

David Harvey

# Crónicas anticapitalistas



**Akal / Cuestiones de antagonismo**

DAVID HARVEY

# **CRÓNICAS ANTICAPITALISTAS**

Traducción de Francisco López Martín



ARGENTINA / ESPAÑA / MÉXICO

**David Harvey** es Distinguished Professor de Antropología y Geografía en el Graduate Center y director de investigación del Center for Place, Culture and Politics, ambos de la City University of New York (CUNY). En Ediciones Akal ha publicado *Espacios del capitalismo global. Hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual* (2021), *Marx, el capital y la locura de la razón económica* (2019), *Senderos del mundo* (2018), *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad* (2017), *Guía de El Capital de Marx* (2014 y 2016), *Ciudades rebeldes* (2013), *El enigma del capital y las crisis del capitalismo* (2012), *París, capital de la modernidad* (2008), *Breve historia del neoliberalismo* (2007), *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica* (2007), *El nuevo imperialismo* (2004) y *Espacios de esperanza* (2003).



*Diseño interior y cubierta: RAG*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original: *The Anti-Capitalist Chronicles*

© David Harvey, 2020

© Ediciones Akal, S. A., 2023  
para lengua española

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028

[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 9788446053811



Proyecto financiado por la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, Ministerio de Cultura y Deporte

 **Plan de Recuperación,  
Transformación y Resiliencia**

Financiado por la Unión Europea-  
Next Generation EU

# Índice

[Prefacio](#)

[Nota de los editores](#)

[Nota del autor](#)

[Agradecimientos](#)

[I. EL MALESTAR MUNDIAL](#)

[II. BREVE HISTORIA DEL NEOLIBERALISMO](#)

[III. CONTRADICCIONES DEL NEOLIBERALISMO](#)

[IV. LA FINANCIARIZACIÓN DEL PODER](#)

[V. EL GIRO AUTORITARIO](#)

[VI. SOCIALISMO Y LIBERTAD](#)

[VII. LA IMPORTANCIA DE CHINA EN LA ECONOMÍA MUNDIAL](#)

[VIII. LA GEOPOLÍTICA DEL CAPITALISMO](#)

[IX. EL SÍNDROME DE CRECIMIENTO](#)

[X. LA EROSIÓN DE LAS OPCIONES DE LOS CONSUMIDORES](#)

[XI. ACUMULACIÓN PRIMITIVA U ORIGINAL](#)

[XII. ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN](#)

[XIII. PRODUCCIÓN Y REALIZACIÓN\[1\]](#)

[XIV. EMISIONES DE DIÓXIDO DE CARBONO Y CAMBIO CLIMÁTICO](#)

[XV. TASA FRENTE A MASA DE LA PLUSVALÍA](#)

[XVI. ALIENACIÓN](#)

[XVII. ALIENACIÓN EN EL TRABAJO: LA POLÍTICA DEL CIERRE DE UNA PLANTA](#)

[XVIII. LA POLÍTICA ANTICAPITALISTA EN LA ÉPOCA DEL COVID-19](#)

[XIX. LA RESPUESTA COLECTIVA A UN PROBLEMA COLECTIVO](#)

[Preguntas para el debate y lecturas complementarias](#)

# Prefacio

JORDAN T. CAMP

Con *Crónicas anticapitalistas*, mis coeditores, Christina Heatherton y Manu Karuka, y yo estamos inmensamente orgullosos de inaugurar nuestra colección de libros Red Letter. Red Letter presenta obras de intelectuales comprometidos con las luchas de los pobres, la clase trabajadora y los desposeídos en Norteamérica desde una perspectiva internacionalista. Inspirados en Antonio Gramsci, publicamos obras de intelectuales radicales emergentes, autores, académicos y permanentes impulsores de movimientos políticos y sociales. En medio de un creciente interés por el socialismo, nuestros libros están pensados como recursos para la educación popular en los movimientos obreros y socialistas, así como para su adopción en las aulas. Nuestro objetivo es situar el antiimperialismo y la lucha de clases en el centro de la agenda política e intelectual.

Estas *Crónicas anticapitalistas* fueron concebidas para intervenir en los debates sobre la crisis del capitalismo neoliberal y la renovación de la izquierda socialista. Se desarrolló a través de los intercambios en The People's Forum, incubadora de movimientos y espacio educativo y cultural en la ciudad de Nueva York. En este esfuerzo hemos tenido la oportunidad de interactuar con movimientos políticos y sociales de Estados Unidos y del Sur Global, incluyendo el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) en Brasil; Abahlali baseMjondolo de Sudáfrica, el movimiento de los habitantes de las chabolas y el Sindicato Nacional de Trabajadores del Metal de Sudáfrica (NUMSA, por sus siglas en inglés); y la Campaña de los Pobres, la Lucha por los 15 dólares, los movimientos contra la guerra en América del Norte, y muchos más. En estas luchas, vemos surgir nuevas visiones para un cambio social fundamental. Estamos inmensamente orgullosos de trabajar en colaboración con algunos de los más destacados académicos

marxistas de Estados Unidos y del mundo, y por encima de todo con David Harvey.

Pocos autores poseen la claridad y la visión de futuro del teórico marxista David Harvey, conocido en todo el mundo. Desde la publicación de su éxito de ventas *Breve historia del neoliberalismo* (2005), Harvey ha seguido la evolución del capitalismo neoliberal, así como las mareas de la oposición radical que se levantan contra él. Ahora, en medio de las olas de crisis económica, la lucha de clases y la reacción neofascista, Harvey explica cómo plantear posibles alternativas socialistas al capitalismo y dilucida cómo pueden y deben organizarse los movimientos para dicha transición. *Crónicas anticapitalistas* ofrece las reflexiones de Harvey sobre la crisis y la posibilidad de cambio, y supone una actualización y una evaluación lúcida de los años transcurridos desde que se publicó por primera vez *Breve historia del neoliberalismo*.

Mientras que algunas obras declaran la muerte del neoliberalismo, *Crónicas anticapitalistas* sostiene que el proyecto neoliberal está muy vivo, pero que, significativamente, ha perdido su legitimidad. El neoliberalismo, incapaz de obtener el consenso que antes tenía, ha desarrollado alianzas con el neofascismo para sobrevivir. Por lo tanto, el surgimiento de fuerzas reaccionarias nacionalistas y violentas no es accesorio o accidental para la supervivencia del capitalismo; como sostiene Harvey, esa violencia ha estado presente desde su sangriento comienzo<sup>[1]</sup>. En *Breve historia del neoliberalismo*, Harvey argumentó que el golpe de Estado en Chile en 1973, respaldado por la CIA, supuso un paso decisivo en el giro hacia el neoliberalismo. En aquel momento, el presidente estadounidense Richard Nixon ordenó a la CIA «hacer gritar a la economía» en Chile para impedir que el socialista democráticamente elegido, Salvador Allende, «tomara las riendas del poder». Las fuerzas democráticas fueron reprimidas con violencia por la fuerza militar. En nuestro momento actual de golpes de Estado respaldados por Estados Unidos en América Latina, de apoyo a la extrema derecha y de represión de los movimientos políticos de izquierda en el hemisferio, las ideas de Harvey son fundamentales para entender

la evolución del Estado neoliberal y, sin duda, la lucha que tenemos ante nosotros[2].

Entonces como ahora, el auge del Estado neoliberal es inconcebible al margen de las luchas de clase que se libran en Estados Unidos y en todo el mundo. En los años sesenta y setenta, las luchas de liberación nacional y socialistas circularon por África, Asia y América Latina. Estas luchas estaban vinculadas a una geografía en expansión de insurgencias urbanas en Norteamérica y Europa. Tal como vengo argumentando, las luchas antiimperialistas en lugares como Vietnam estaban específicamente vinculadas a los levantamientos en lugares como Watts en 1965 y Detroit en 1967. En conjunto, estas luchas condujeron a una crisis de hegemonía del capital y del Estado. La respuesta política de las fuerzas estatales y capitalistas a esta crisis produjo una nueva coyuntura histórica y geográfica. El ascenso del neoliberalismo no puede entenderse fuera de este contexto global de insurgencia[3].

En este periodo, como se explica en *Breve historia del neoliberalismo*, se demostró que los intereses de la clase dominante estaban desconectados de los intereses de las masas. El aumento de los gastos en guerra y militarismo, igual que el encarcelamiento masivo y la vigilancia policial a gran escala, contribuyeron a la crisis de legitimidad del neoliberalismo. Para resolver esta crisis, los Estados capitalistas promovieron políticas autoritarias y soluciones de libre mercado. En estos esfuerzos se percibe el giro neoliberal. Esta contrarrevolución neoliberal global, debemos recordarlo, fue el producto de luchas políticas y de clase; unas luchas que podrían haber tenido, y que aún podrían tener, diferentes resultados[4].

El desarrollo del Estado neoliberal ha ido acompañado de la producción de un sentido común históricamente específico. Harvey emplea el concepto de sentido común, como hizo el teórico marxista italiano Antonio Gramsci, para describir las «suposiciones y creencias generalmente asumidas» que aseguran el consentimiento a la coerción[5]. El sentido común oscurece las fuentes de los problemas políticos y económicos a través de relatos culturalistas y nacionalistas sobre la raza, el género, la sexualidad, la religión, la familia, la libertad, la corrupción y la ley y el orden. Estos relatos se

han movilizado para asegurar el consentimiento a lo que Harvey describe como la «restauración del poder de clase». Harvey sostiene que las cuestiones políticas son difíciles de plantear cuando se ocultan como relatos culturales. El huracán Katrina que azotó Nueva Orleans en 2005, por ejemplo, representó una catástrofe ambiental que requirió planes de evacuación organizados por el Estado, el despliegue de medidas de salud pública de emergencia y la distribución de alimentos y medicinas. Esta catástrofe se reformuló como una crisis racista de orden público, resuelta por el Estado mediante la policía, la intervención militar y las armas. Esta redefinición permitió que los fondos federales se desviaran hacia la represión y las inversiones corporativas en lugar de destinarse a la supervivencia, un claro proyecto de restauración de clase[6].

El sentido común neoliberal ha circulado durante décadas por los medios de comunicación, las universidades y los laboratorios de ideas. En oposición a él, los movimientos anticapitalistas de África, Asia, América y Europa se han basado en el trabajo teórico de Harvey para contrarrestar su circulación.

Estos movimientos de masas de la izquierda, así como los ciclos de protestas contra la austeridad desde Chile hasta Líbano y Haití, revelan que el neoliberalismo ya no es capaz de asegurar el consentimiento de las masas. El estado actual de las cosas representa lo que Gramsci denominó «crisis de autoridad», un momento en el que la «clase dominante ha perdido su consenso», es decir, «ya no es “líder” sino solo “dominante”, ejerciendo solo la fuerza coercitiva», y por lo tanto «esto significa que las grandes masas se han desprendido de las ideologías tradicionales, y ya no creen lo que antaño». Este momento es imprevisible, pero ofrece una oportunidad única para que los activistas y las fuerzas de oposición se organicen[7].

Mientras que la legitimidad del Estado neoliberal se ha erosionado, *Crónicas anticapitalistas* sostiene que su proyecto político está *sano y activo*. Con el fin de actualizar su análisis de *Breve historia del neoliberalismo* para que resulte aplicable al momento actual, Harvey propone que el neoliberalismo no puede sobrevivir en el presente sin una alianza con el neofascismo. Para sostener este argumento,

explora cómo la administración del presidente de extrema derecha Jair Bolsonaro en Brasil ha utilizado la violencia y las apelaciones de sentido común racistas, sexistas y reaccionarias para imponer un modelo neoliberal. Destaca las similitudes con el régimen de Augusto Pinochet en Chile tras el golpe de Estado respaldado por la CIA que lo instaló en el poder en 1973. A lo largo de su carrera política, Bolsonaro ha elogiado la dictadura militar que gobernó Brasil en los años setenta y ochenta. Elogió públicamente al hombre que había torturado bajo la dictadura a la ex presidenta brasileña Dilma Rousseff, ella misma destituida en un «golpe parlamentario» en 2016. Bolsonaro ha explotado la angustia que producen los problemas de las drogas, las bandas y el crimen en las favelas para ganar el consentimiento a un proyecto neofascista, que combina el compromiso de aplastar a la izquierda socialista con un ataque a la democracia. Como sugiere Harvey, Bolsonaro explota los relatos de sentido común para restaurar el poder de clase en el país y la región[8].

El ascenso de Bolsonaro es una expresión política de la crisis del capitalismo y del Estado neoliberal; una crisis en la que el sistema no es capaz de seguir como hasta ahora. La crisis, como sostiene João Pedro Stedile, economista y cofundador del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) en Brasil, se «caracteriza por poner en cuestión la esencia del modo de producción capitalista, ahora hegemonizado por el capital financiero y las grandes corporaciones internacionales» que controlan la producción mundial. La crisis actual, según Stedile, deja dolorosamente al descubierto que el capitalismo es incapaz de resolver las contradicciones que le son inherentes. El capital, en otras palabras, no puede promover la acumulación ilimitada de riqueza y al mismo tiempo satisfacer las necesidades de la mayoría empobrecida; no tiene un programa para el pueblo ni para el país. El gobierno de Bolsonaro representa una incómoda alianza entre los financieros de la Escuela de Chicago, los fundamentalistas cristianos evangélicos y los sectores más conservadores del ejército. Apoya las llamadas soluciones de libre mercado a los problemas, apoyándose en todo el peso de la represión estatal y la criminalización de la protesta. Según Stedile,

en el Brasil de Bolsonaro los neoliberales promueven de manera activa las políticas inauguradas por la dictadura chilena, solo que en un nuevo contexto. Es significativo que el gobierno brasileño de extrema derecha cuente con el apoyo del gobierno de Trump, que persigue de forma activa una estrategia imperial abiertamente agresiva en América Latina[9].

En 2010, Harvey pronunció una conferencia titulada «Organizarse para la transición anticapitalista» en el Foro Social Mundial de Porto Alegre (Brasil). Argumentó que la crisis hegemónica que tomó forma tras la crisis financiera mundial de 2007-2008 representaba una oportunidad para construir un movimiento anticapitalista de verdad global. Sugirió que la pregunta de Lenin «¿qué hacer?» no podía responderse plenamente sin la formación de organizaciones políticas capaces de tomar el poder del Estado y articular soluciones alternativas a «las perpetuas crisis futuras del capitalismo con resultados cada vez más mortíferos». Concluyó que «la pregunta de Lenin exige una respuesta»[10].

Para responder a esa pregunta en la actualidad, Harvey aboga por construir movimientos anticapitalistas con el objetivo estratégico de controlar «tanto la producción como la distribución de las plusvalías». A medida que las luchas se radicalizan, y que entienden que el origen de sus problemas es sistémico y estructural, «más que particular y local», el germen de este movimiento se hace evidente. Es en este terreno, sostiene Harvey, donde «la figura del líder “intelectual orgánico”, de la que tanto habla la obra de Antonio Gramsci, el autodidacta que llega a comprender el mundo de primera mano a través de amargas experiencias, pero da forma a su comprensión del capitalismo en general, tiene mucho que decir». En este sentido, Harvey sugiere que es imperativo aprender a escuchar a los intelectuales orgánicos de los movimientos políticos y sociales de Brasil, India y todo el Sur Global. «En este caso», escribe Harvey, «la tarea [...] es magnificar la voz subalterna para que se pueda prestar atención a las circunstancias de la explotación y la represión y a las respuestas que se pueden plasmar en un programa anticapitalista»[11].

*Crónicas anticapitalistas* forma parte de este esfuerzo más amplio por dar forma a un programa anticapitalista. Lo hace en medio de un momento ilustrativo de la depravación del neoliberalismo. En el instante de escribir estas líneas, la pandemia mundial de coronavirus está haciendo estragos en Estados Unidos y en todo el mundo. Mientras la gente en Estados Unidos necesita desesperadamente atención médica, equipos de protección para emergencias y fondos federales para pagar el alquiler, comprar comida y mantenerse con vida, el gobierno de Trump está redefiniendo la crisis mediante relatos racistas y nacionalistas. En lugar de invertir en la vida, su gobierno defiende que la gente vuelva a trabajar por el bien del país y que el dinero federal se desvíe no a las intervenciones médicas de urgencia, sino a los bancos y las empresas. Con *Crónicas anticapitalistas*, Harvey ayuda a los activistas a «extraer significados políticos» de estas construcciones culturales prejuiciosas[12]. Al poner de relieve las causas y consecuencias de la crisis actual, Harvey demuestra que «no existe un desastre verdaderamente natural». De hecho, tal como argumenta, las últimas cuatro décadas de políticas neoliberales han dejado a la población «totalmente expuesta y mal preparada para enfrentarse a una crisis de salud pública de este tipo». La supervivencia dependerá de la superación de estas condiciones[13].

En este momento, la irracionalidad de las soluciones neoliberales a la crisis se hace más patente que nunca. Los ideólogos de la extrema derecha abogan por que los pobres, los enfermos y los ancianos sacrifiquen sus vidas yendo a trabajar por el supuesto bien de «la nación». Está claro que el capital no puede buscar soluciones de libre mercado a la crisis y al mismo tiempo satisfacer las necesidades de la mayoría empobrecida. Los pobres, la clase trabajadora y los desposeídos se han vuelto esencialmente desechables, aun cuando su trabajo se reconoce como esencial. «Los niveles de desempleo aumentarán casi con toda seguridad a niveles comparables a los de los años treinta», advierte Harvey, «en ausencia de intervenciones estatales masivas para oponerse al modelo neoliberal». Esta situación representa sin duda una crisis. Como muestra Harvey, también ofrece una oportunidad sin

precedentes para ir a contracorriente. Este esfuerzo requerirá de la educación popular y la movilización política para ilustrar las posibilidades de una alternativa socialista. Este, como nos muestra Harvey, es el imperativo anticapitalista de nuestro tiempo. Esperamos que este libro ayude a cuantos están comprometidos en esta lucha[14].

<sup>1</sup>Jipson John y Jitheesh P. M., «“The Neoliberal Project is Alive but Has Lost its Legitimacy”: An Interview with David Harvey», *The Wire*, 16 de febrero de 2019 [<https://thewire.in/economy/david-harvey-marxist-scholar-neo-liberalism>] (consultado el 12 de mayo de 2020).

<sup>2</sup>Nixon citado en Peter Kornbluh, «Chile and the United States: Declassified Documents Relating to the Military Coup, September 11, 1973», National Security Archive Electronic Briefing Book n.o 8 [<https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB8/nsaebb8i.htm>] (consultado el 12 de mayo de 2020); David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2005, pp. 7-9 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2015].

<sup>3</sup>David Harvey, *The Limits to Capital*, Nueva York, Verso, 2006, pp. x-xi [ed. cast.: *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992]; Vijay Prashad, *The Poorer Nations: A Possible History of the Global South*, Nueva York, Verso, 2012, p. 5 [ed. cast.: *Las naciones pobres: una posible historia global del Sur*, Barcelona, Península, 2016]; Jordan T. Camp, *Incarcerating the Crisis: Freedom Struggles and the Rise of the Neoliberal State*, Oakland, University of California Press, 2016; Neil Smith, *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space*, Athens, University of Georgia Press, 2010, p. 240 [ed. cast.: *Desarrollo desigual: naturaleza, capital y la producción del espacio*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020].

<sup>4</sup>Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing: Lineages of the 21st Century*, Nueva York, Verso, 2007, pp. 154-155 [ed. cast.: *Adam Smith en Pekín*, Madrid, Akal, 2007]; Ruth Wilson Gilmore, *Golden Gulag: Prisons, Surplus, and Opposition in Globalizing California*, Berkeley, University of California Press, 2007; Jordan T. Camp, «The Bombs Explode at Home: Policing, Prisons, and Permanent War», *Social Justice* 44, n.o 2-3 (2017), p. 21; Gillian Hart, «D/ developments after the Meltdown», *Antipode* 41, n.o S1 (2009), pp. 117-141; Camp, *Incarcerating the Crisis*, cit.

<sup>5</sup>Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks* [1971], Nueva York, International Publishers, 2003, pp. 323, 328 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, Madrid, Akal, 2023].

<sup>6</sup>Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, cit., p. 39; Clyde Woods, *Development Drowned and Reborn: The Blues and Bourbon Restorations in Post-Katrina New Orleans*, ed. Jordan T. Camp y Laura Pulido, Athens, University of Georgia Press, 2017.

<sup>7</sup>A. Gramsci, *op. cit.*, pp. 275-276; Jordan T. Camp y Jennifer Greenburg, «Counterinsurgency Reexamined: Racism, Capitalism, and U.S. Military Doctrine», *Antipode* 52, 2 (2020), pp. 430-451.

<sup>8</sup>Vincent Bevins, «The Dirty Problems with Operation Carwash», *The Atlantic*, 21 de agosto de 2019 [despaved-way-bolsonaro/596449/] (consultado el 12 de mayo de 2020); The Intercept, Secret Brazil Archive [<https://theintercept.com/series/secret-brazil-archive/>] (consultado el 12 de mayo de 2020); Jordan T. Camp, «The Rise of the Right in Latin America: An Interview with Stephanie Weatherbee Brito», *The New Intellectuals*, 12 de marzo de 2020 [<https://tpf.link/tni>] (consultado el 15 de junio de 2020).

<sup>9</sup>João Pedro Stedile, «Contemporary Challenges for the Working Class and Peasantry in Brazil», *Monthly Review*, 1 de julio de 2019 [<https://monthlyreview.org/2019/07/01/contemporary-challenges-for-the-working-class-and-peasantry-in-brazil/>] (consultado el 12 de mayo de 2020).

<sup>10</sup>David Harvey, «Organizing for the Anti-Capitalist Transition», charla en el Foro Social Mundial de 2010, Porto Alegre, Brasil, [anti-capitalist-transition/] (consultado el 12 de mayo de 2020).

<sup>11</sup>*Ibid.*

<sup>12</sup>D. Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, cit., p. 39.

<sup>13</sup>D. Harvey, «La política anticapitalista en la época del COVID-19», capítulo 18 de este libro.

<sup>14</sup>*Ibid.*; Editorial, «Coronavirus and the Crisis of Capitalism», *New Frame*, 13 de marzo de 2020 (consultado el 12 de mayo de 2020).

# Nota de los editores

JORDAN T. CAMP Y CHRIS CARUSO

En este libro, *Crónicas anticapitalistas*, David Harvey, destacado geógrafo marxista y teórico del capitalismo, propone intervenciones en la coyuntura actual. Brinda observaciones oportunas e intervenciones incisivas en los acontecimientos actuales y los debates contemporáneos. Asimismo, el libro ofrece un marco marxista para analizar los rasgos infravalorados de las luchas anticapitalistas y sus conexiones a nivel internacional.

Pocos están mejor situados para examinar la actual crisis del capitalismo y la encrucijada de la posibilidad política. David Harvey es un destacado teórico en el campo de los estudios urbanos, al que el *Library Journal* calificó como «uno de los geógrafos más influyentes de finales del siglo xx», además de ser Catedrático Distinguido de Antropología y Ciencias de la Tierra y del Medio Ambiente en el Graduate Center de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, así como autor de más de veinte libros.

Harvey habla a nivel internacional no solo en campus e institutos, sino también en campamentos de indigentes, edificios tomados, escuelas de educación popular, prisiones y reuniones de activistas, entre otros lugares. Es un intelectual público que dialoga con decenas de movimientos sociales de todo el mundo. Se doctoró en la Universidad de Cambridge y fue Profesor y Catedrático de Geografía en la Johns Hopkins, Miliband Fellow en la London School of Economics y Catedrático Halford Mackinder de Geografía en Oxford.

Aunque destaca como uno de los autores más citados en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales, desde la publicación de *El nuevo imperialismo* (2003) Harvey se ha centrado cada vez más en escribir para un público amplio, en libros como *Breve historia del neoliberalismo* (2005), *El enigma del capital* (2010), *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo* (2014) y *Marx, el capital y la locura de la razón económica* (2017).

Junto con estas publicaciones, Harvey también ha sido un innovador en internet durante más de diez años. Tiene más de 120.000 seguidores en Twitter (@profdavidharvey), un sitio web muy activo (davidharvey.org) y presencia en las redes sociales. El demógrafo principal del Pew Research Center, Conrad Hackett, publicó una lista de los sociólogos más seguidos en Twitter en 2017, y David Harvey ocupó el cuarto lugar. Hackett también puso un enlace con una lista de los economistas más seguidos en Twitter y Harvey ocupó el puesto número 15. Aquí tenemos una prueba de la amplia influencia de Harvey, la única persona que apareció en ambas listas, pese a no ser sociólogo ni economista.

Este libro se inspira en las *Anti-Capitalist Chronicles* de Harvey, un podcast bimensual y una serie de vídeos en línea que analizan el capitalismo contemporáneo desde una perspectiva marxista. El podcast es posible gracias a Democracy at Work, una organización sin ánimo de lucro que financia medios de comunicación y retransmisiones en directo. Su trabajo analiza el capitalismo como un problema sistémico y aboga por soluciones sistémicas. Este no es el primer libro de David Harvey inspirado en sus proyectos digitales en línea. En 2008, David Harvey y el coeditor Chris Caruso produjeron «Reading Marx's *Capital* with David Harvey» [Leer *El Capital* de Marx con David Harvey], un curso de vídeo en línea y gratuito y org/reading-capital/). Los cursos en línea de Harvey y el sitio web que los acompaña atrajeron a un gran público mundial: se vieron más de cuatro millones y medio de veces en más de doscientos países. Ese público actuó de diversas formas, como la autoorganización de cientos de círculos de estudio sobre *El Capital* en todo el mundo y la iniciativa espontánea de *crowdsourcing* que está traduciendo las conferencias del volumen I del profesor Harvey a 45 idiomas.

El éxito viral de las clases sobre *El Capital* se ha atribuido a la reactivación del interés por el estudio de Marx, que había mermado desde la caída del Muro de Berlín en 1989. El curso en línea «Reading Marx's *Capital*» presagió el posterior desarrollo del Massively Open Online Course (MOOC) y representó una innovación en la tecnología educativa que ahora es ampliamente emulada. Esas

clases en línea fueron la inspiración para *Guía de El Capital de Marx. Libro primero* (2010) y *Guía de El Capital de Marx. Libro segundo* (2013).

El análisis expuesto en *Crónicas anticapitalistas* es esencial para que los movimientos políticos y sociales y la gente de a pie preocupada por la injusticia puedan cartografiar el terreno actual de la lucha de clases. Escrito en un estilo conversacional, este volumen ofrece un nuevo y accesible punto de entrada a la obra del autor. Resultará de provecho tanto para quienes lean a David Harvey por primera vez como para quienes estén bien versados en sus textos. Al final del libro, hemos incluido recomendaciones de lecturas complementarias sobre el tema, así como preguntas de debate para cada capítulo. Basándonos en el fenómeno global de los círculos de estudio que han surgido espontáneamente en torno al curso «Reading Marx's *Capital* with David Harvey», hemos estructurado este libro para que pueda utilizarse como una herramienta de educación popular por parte de organizadores, activistas y otros agentes, así como en entornos didácticos más formales.

A lo largo de sus diecinueve capítulos, Harvey aborda temas contemporáneos como la concentración del poder financiero y monetario en la economía, la pandemia del COVID-19, el cierre de una planta de General Motors, la alianza emergente entre neoliberales y neofascistas en Brasil y en todo el mundo, la importancia de China en la economía mundial, las emisiones de dióxido de carbono y el cambio climático. Retoma conceptos clave del marxismo y el socialismo, como los orígenes y el desarrollo del capital, la alienación, el socialismo y la «no libertad», y la geografía y la geopolítica de la acumulación del capital. Harvey considera los intentos y fracasos del gobierno de Trump para resolver la crisis del neoliberalismo y la necesidad de organizar una alternativa socialista.

Vivimos tiempos oscuros y peligrosos, marcados por la apremiante necesidad de emprender un análisis profundo y alcanzar una honda comprensión de las fuerzas que se han desplegado contra nosotros, así como de descubrir alternativas con visión de futuro para transformar la sociedad y satisfacer las necesidades de todos. La obra de Harvey ha contribuido a la renovación de la tradición

marxista, que ha servido de faro para los revolucionarios durante más de un siglo. Este libro reaviva esa tradición con el fin de iluminar nuestro camino al enfrentarnos a las urgentes luchas por la vida y la muerte que se libran en la actualidad.

# Nota del autor

DAVID HARVEY

La idea de los podcasts que llegaron a llamarse *The Anti-Capitalist Chronicles* surgió de las conversaciones con la iniciativa de medios Democracy at Work en noviembre de 2018. Agradezco a Rick Wolff por dar impulso a la idea, así como por proporcionar la infraestructura necesaria para poner en línea los podcasts. También doy las gracias a Maria Carnemolla Mania por gestionar la serie junto con Bryan Isom, quien mostró un incansable compromiso a la hora de grabar y hacer publicables los podcasts. Más adelante, me sorprendió un tanto la propuesta de Jordan Camp y Chris Caruso de crear una versión en libro a través de Pluto Press. No estaba completamente seguro de que fuera una buena idea, pero ahora estoy convencido de su utilidad, aunque solo sea con fines pedagógicos, dadas las difíciles circunstancias políticas actuales. En cualquier caso, me ha encantado apoyar las iniciativas del recién fundado The People's Forum en Nueva York: con su ayuda he trasladado algunas de mis obligaciones docentes, así como mi biblioteca, a la esfera pública. Me complace contribuir al lanzamiento de Red Letter. Al abordar los podcasts, no tenía un plan general en mente. Para ordenar el flujo de ideas, atendí a los sucesos de actualidad y a la evolución de mis intereses, así como los de colegas y amigos cercanos. Aunque el resultado pueda parecer algo caótico, la sagaz labor de edición realizada por Jordan y Chris, junto con las sugerencias del grupo editorial, han ayudado a dar forma al proyecto. Por último, agradezco toda la ayuda que me ha brindado a lo largo de los años Chris Caruso para introducir la perspectiva marxista de la totalidad en la corriente principal de la estrategia anticapitalista. Vivimos tiempos peligrosos, pero también propicios a la exploración de nuevas posibilidades.

# Agradecimientos

Agradecemos a The People's Forum su apoyo a este proyecto, y en particular a Claudia de la Cruz, Manolo de los Santos, Layan Fuleihan, David Chung, Belén Marco Crespo, Bryant Diaz, Juan Peralta, Rita Henderson y muchos otros. Trabajar con el editor de adquisiciones, David Shulman, ha sido un placer. Queremos agradecerles a él y a sus colegas David Castle y Veruschka Selbach de Pluto Press el estímulo y el apoyo a Red Letter. Robert Webb nos ha guiado en el proceso de producción. Muchas gracias a Aya Ouais por su ayuda en la investigación y las transcripciones para este libro, a Elaine Ross por la edición de los textos y a Melanie Patrick por el diseño de la portada de la edición original de la obra. Nuestro más profundo agradecimiento a Christina Heatherton, Manu Karuka, Kanishka Goonewardena y al Grupo de Trabajo sobre Capitalismo Racial del Centro para el Estudio de las Diferencias Sociales de la Universidad de Columbia por los inestimables comentarios que condujeron a esta publicación.

Jordan T. Camp desea dar las gracias al Centro para el Lugar, la Cultura y la Política del Centro de Graduados de la Universidad de la Ciudad de Nueva York por ofrecer una comunidad intelectual vital y productiva para completar el libro como profesor visitante. Las conversaciones con Ruth Wilson Gilmore, David Harvey, Peter Hitchcock, Zifeng Liu, Maria Luisa Mendonca, Lou Cornom, Mary Taylor y muchos más han alimentado el proceso de edición.

Chris Caruso quiere agradecer a David Harvey su generosidad en la realización de este proyecto, su apoyo a las iniciativas de los movimientos sociales en todo el mundo, y su colaboración desde hace quince años en la educación política en línea. Gracias también a los compañeros y mentores Willie Baptist, Roy Singham, General Baker, Marian Kramer, Kathleen Sullivan y Ronald Casanova por su insistencia en la necesidad de una educación política rigurosa para el desarrollo de intelectuales orgánicos procedentes de las filas de los

pobres y los desposeídos. Gracias a mi esposa Liz y a mis hijos Sophia y Luke por la esperanza y la inspiración que me brindan.

# I. EL MALESTAR MUNDIAL

El enorme estallido de luchas políticas que en el otoño de 2019 se produjo en todo el planeta –desde Santiago de Chile hasta Beirut, Bagdad, Teherán, París, Quito, Hong Kong, India, Argelia, Sudán y muchos otros lugares– sugiere que el mundo está aquejado de algún mal endémico. En parte, los problemas pueden atribuirse a los fallos de la gobernanza democrática y a una alienación general de las prácticas políticas dominantes. La otra queja que nos resulta familiar es el fracaso del modelo económico imperante, que supuestamente debería mantenernos empleados con unos ingresos adecuados, poner comida asequible en nuestra mesa, camisetas en nuestros torsos, zapatos en nuestros pies, teléfonos en nuestras manos y coches en nuestros garajes, y al mismo tiempo proporcionar una serie de servicios colectivos (sanidad, educación, vivienda y transporte) para garantizar una calidad de vida diaria razonablemente satisfactoria.

Los recientes acontecimientos que se han producido en Chile parecen ser paradigmáticos no solo en lo que respecta a la naturaleza de los problemas, sino también a los medios habituales con los que se abordan políticamente. Desde hace mucho tiempo he tenido los ojos puestos en Chile, porque fue uno de los iniciadores del giro neoliberal en 1973, cuando el general Pinochet desalojó del poder a Salvador Allende, el presidente socialista elegido democráticamente, con un golpe militar, e instaló a los «Chicago Boys» que impusieron el modelo económico neoliberal en el país. En una entrevista concedida al *Financial Times* a principios de octubre de 2019, el presidente Piñera, un hombre de negocios conservador, describió Chile como un «oasis» de crecimiento sólido, con una economía fuerte y excelentes indicadores económicos. Chile, afirmó, estaba en excelente forma, era un modelo para el resto de América Latina. Unas tres semanas después, las noticias informaban de una grave revuelta en el país. El problema inicial fue el aumento de las tarifas del metro. Los estudiantes de secundaria salieron a la calle

(de forma muy parecida a como lo hicieron en 2006) para protestar. Piñera, desde la comodidad de un restaurante de lujo, prometió frenar a la chusma sin ley de los alborotadores. Fue una invitación tácita a la policía para que saliera a sofocar el descontento con violencia. La policía se mostró dispuesta a ello. Muchas más personas se unieron a las protestas contra la policía. Se quemaron algunas estaciones de metro y tres iglesias. Se atacaron supermercados. Se declaró el estado de emergencia. Se llamó a los militares y pronto millones de ciudadanos indignados protestaron pacíficamente por todo, incluida la presencia de los militares (que no se veían en las calles desde los años de la dictadura). Piñera reconoció de forma tardía que debía escuchar y hacer algo. Aumentó las pensiones y la seguridad social y subió el salario mínimo. Suspendió el estado de excepción y pidió a las fuerzas de seguridad que se retiraran. Surgió la demanda de una nueva constitución para Chile. La actual, de carácter neoliberal, se redactó durante la dictadura militar. En ella se ordenaba la privatización de las pensiones, la sanidad, la educación, etc. Se acordó en última instancia que la constitución necesitaba revisarse. Se propuso un plebiscito sobre cómo hacerlo para abril de 2020 (recientemente pospuesto a causa del coronavirus). El país cayó en una paz incómoda.

Los acontecimientos de Chile no fueron aislados. Algo similar había ocurrido antes en Ecuador. El Fondo Monetario Internacional (FMI) había ordenado un ajuste estructural, y eso significaba nuevos impuestos y la supresión de las subvenciones a los combustibles. Se produjeron protestas masivas. Las poblaciones indígenas ya se habían puesto en pie y marcharon en masa sobre Quito, la capital (acción esta que traía ecos de los años noventa y de las protestas que con anterioridad habían llevado al poder al socialista Rafael Correa). Las protestas amenazaron con ser tan grandes que el gobierno se retiró a Guayaquil, dejando Quito en manos de los manifestantes. Finalmente, el presidente Moreno –cuyo nombre de pila es Lenin– anuló el programa del FMI y regresó a Quito para negociar.

Chile y Ecuador estaban revueltos en el otoño de 2019. En una dirección muy diferente, Bolivia también se hallaba en problemas. El presidente, Evo Morales, fue acusado por poderosas fuerzas de la derecha, respaldadas por manifestaciones callejeras organizadas, de manipular los resultados electorales a su favor. Ante la «insistencia» de los militares, él y su gobierno huyeron del país para buscar asilo en otros lugares. Los movimientos de masas salieron a la calle y los grupos en conflicto se enfrentaron entre sí. En el momento de escribir estas líneas, Bolivia está sumida en la confusión, mientras espera nuevas elecciones en junio (ahora aplazadas), aunque Morales tiene prohibido presentarse (tal como le ocurrió a Lula en Brasil antes de la elección de Bolsonaro).

Al otro lado del mundo, el Líbano también se encuentra en estado de agitación. Los jóvenes frustrados han salido una y otra vez a las calles en un movimiento masivo de protesta contra el gobierno. Lo mismo ha sucedido en Bagdad (Iraq), pero en este caso han muerto doscientas o trescientas personas en manifestaciones masivas, surgidas sobre todo de las zonas de bajos ingresos y empobrecidas de la ciudad que habían sido abandonadas políticamente durante años. Algo análogo ha ocurrido también en Teherán. En Francia, las protestas de los Chalecos Amarillos llevan desarrollándose durante un año o más (aunque cada vez con intensidad menor), y recientemente se mezclaron con las protestas antigubernamentales contra las reformas de las pensiones, que colapsaron París y otras ciudades importantes durante unos días. Hay protestas cívicas por todas partes. Si, desde una nave espacial situada muy por encima del planeta Tierra, pudiéramos ver todos los lugares de las protestas parpadeando en rojo, concluiríamos casi con absoluta seguridad que el mundo está totalmente revuelto. También ha surgido una ola de protestas laborales. En Estados Unidos, por ejemplo, las huelgas de profesores (muchas no oficiales) han proliferado los últimos años en los lugares menos imaginables, culminando en Chicago en septiembre de 2019. Se han producido algunas huelgas importantes en Bangladés e India y también algunos movimientos laborales de calado (aunque difíciles de rastrear o de seguir) en China.

Entonces, ¿en qué consisten todas estas protestas? ¿Tienen algo en común? Cada una de ellas obedece a una serie de preocupaciones particulares. El hilo conductor parece ser la constatación de que la economía no está cumpliendo sus promesas para las masas, y que el proceso político está deformado a favor de los ultrarricos. Puede que funcione para el 1% más rico, o para el 10% más rico, pero no funciona para las masas, y las masas son conscientes de ello y salen a la calle a protestar diciendo que este modelo político-económico no responde a nuestras necesidades básicas.

En Chile, el 1% más rico controla aproximadamente un tercio de la riqueza. La misma cuestión se plantea en casi todas partes. El aumento de la desigualdad parece estar en la raíz de los problemas y, por lo tanto, no son solo las clases bajas, sino las clases medias las que están sufriendo mucho. ¿Qué es lo que no funciona en la economía? En dos o tres casos, de hecho, en Teherán, en Ecuador y en Chile, el desencadenante de la revuelta fue parecido: un aumento del precio del combustible y de los costes de transporte. La mayoría de la gente tiene que desplazarse por la ciudad, y el coste de lograrlo es de suma importancia. Si se vuelve prohibitivo, las poblaciones de bajos ingresos en particular se ven muy afectadas. De ahí la sensibilidad al aumento de los costes del transporte y del combustible.

Lo interesante es que el detonante evoluciona hasta convertirse en algo generalizado y sistémico. Las protestas pueden haber obedecido en un principio a los precios del transporte y de los alimentos, y en algunos casos también a la falta de acceso a los servicios urbanos y a una vivienda digna y asequible. Esta suele ser la base económica inicial. Pero las protestas rara vez se quedan en ese punto. Proliferan y se generalizan a gran velocidad. Hay dos maneras de entender este fenómeno. La primera es atribuir los problemas a la forma actual de acumulación de capital, a saber, el neoliberalismo. El problema no es el capitalismo, sino su forma neoliberal. Incluso hay quienes en los sectores empresariales pueden estar de acuerdo con esa idea y plantear la posibilidad de introducir reformas. En los últimos tiempos, algunos grupos empresariales han

reconocido que se han centrado demasiado en la eficiencia y la rentabilidad, y que ahora es importante abordar las consecuencias sociales y medioambientales de sus acciones. Con eso se quiere decir que el modelo neoliberal nos ha traído hasta aquí, pero que ya hemos tenido suficiente y que debemos evolucionar hacia una versión más amplia de lo que es la acumulación de capital. Se dice que necesitamos una forma de «capitalismo con conciencia», más responsable socialmente y más equitativa. Y se admite que uno de los temas generales de las protestas es el de la creciente desigualdad social, que también debe abordarse. El problema radica en la forma neoliberal del capital.

En Chile ese argumento es muy explícito, ya que, si las protestas y la violencia disminuyeron, fue porque el presidente y el Congreso decidieron colectivamente que harían un referéndum sobre la cuestión de cuál sería el mejor medio para diseñar una nueva constitución que sustituya a la neoliberal.

Aunque la forma neoliberal del capitalismo adolece de algunos problemas graves que piden a gritos una rectificación, no estoy de acuerdo en que el neoliberalismo sea el problema fundamental. Para empezar, hay algunas partes del mundo donde el capitalismo neoliberal no es dominante, y, sin embargo, tampoco en ellas el modelo económico funciona para la masa de la población. El problema, en definitiva, es el capitalismo y no su modelo neoliberal. Creo que ahora estamos tomando conciencia de que este puede ser el problema de fondo.

La actual oleada de protestas presenta muy pocas novedades. A lo largo de los últimos treinta años, hemos sido testigos de múltiples movimientos de protesta, muchos de los cuales se han centrado en el deterioro de la vida cotidiana, en particular, aunque no exclusivamente, en las zonas urbanas. Aunque también ha habido protestas obreras, está claro que la mayoría de los movimientos de verdad masivos han tenido una base urbana, y que han evolucionado según una lógica diferente y han sido animados por una composición social y de clase distinta en comparación con las luchas proletarias y de la clase trabajadora que tradicionalmente han anclado las luchas y la teorización anticapitalistas.

Por ejemplo, en 2013, en Turquía, hubo una protesta contra la propuesta de sustituir el Parque Gezi, en el centro de Estambul, por un centro comercial. Se produjo una secuencia de acontecimientos por desgracia demasiado frecuente. La policía, a instancias del presidente Erdoğan, atacó violentamente a los manifestantes. Más gente salió a protestar por la violencia policial. En un santiamén, hubo protestas masivas no solo en Estambul, sino en todas las demás ciudades importantes de Turquía. Siguió un prolongado periodo de grandes protestas en todo el país por la falta de consulta pública o de gobernanza democrática, cuyos efectos persisten hasta la actualidad.

Lo mismo ocurrió unas semanas después en Brasil. Una subida de las tarifas de los autobuses provocó protestas callejeras de los estudiantes en São Paulo. La policía, a instancias del gobernador de ese Estado (y no del alcalde de São Paulo), aplastó violentamente el movimiento de protesta estudiantil, lo que dio lugar de inmediato a una amplia defensa popular (parte de ella organizada por los anarquistas del Bloque Negro) de los estudiantes. Muy pronto, las protestas se extendieron como un reguero de pólvora por un centenar de ciudades de Brasil. En Río continuaron día y noche. Y fueron mucho más allá de los problemas de transporte. El enfado de la población por la enorme cantidad de dinero que se estaba gastando en la construcción de nuevos estadios e infraestructuras para la Copa del Mundo y los Juegos Olímpicos, así como por la corrupción que conllevaba, hizo que acudiera un gran número de manifestantes. La gente aprecia el fútbol en Brasil, pero no le gustaban las enormes inversiones en estas infraestructuras, cuando no había dinero para hospitales, escuelas y todas las cosas necesarias para mejorar la vida diaria.

Ya hay una larga historia de movilizaciones masivas similares. No suelen durar mucho. La mayoría se producen sin previo aviso, luego se calman y la gente se olvida de ellas, y después vuelven a estallar. En los últimos treinta años ha aumentado el número de movilizaciones masivas que se producen una y otra vez. Quizá todo empezó con el movimiento antiglobalización, cuando se interrumpieron las reuniones de la Organización Mundial del

Comercio (OMC) en Seattle. De forma repentina e inesperada para las autoridades, todo tipo de personas se dirigieron a Seattle y protestaron. Los delegados de la conferencia de la OMC no pudieron llegar a las reuniones. Después hubo todo un periodo en el que cada reunión del G20, del G8, del FMI o del Banco Mundial fue objeto de piquetes por parte de un gran número de manifestantes. Y luego surgió Occupy Wall Street y todo tipo de movimientos similares en todo el mundo en 2011. Hemos visto una y otra vez movimientos masivos de este tipo, y en la mayoría de los casos han provocado efectos de contagio. Las protestas en una parte del mundo animan las protestas en otra completamente diferente.

Pero ninguna de estas protestas ha persistido, aunque vuelvan de manera periódica. Además, a menudo han estado muy fragmentadas. En estas movilizaciones masivas participan diferentes grupos, pero rara vez se coordinan entre sí, aunque todos estén en el mismo barco. Pero puede que las cosas estén cambiando. En Líbano, por ejemplo, ha habido una larga y amarga historia de conflicto y guerra civil, protagonizada en gran medida por facciones y grupos religiosos enfrentados entre sí. Pero ahora (2019), por primera vez en muchos, muchos años, todas las facciones religiosas se han unido (especialmente los jóvenes que carecían de perspectivas económicas) y han empezado a protestar contra la forma de gobierno cleptócrata, autocrática y oligárquica que existía en el país y la total falta de oportunidades económicas, sobre todo para los jóvenes. En otras palabras, todo el mundo estaba de acuerdo, al margen de la facción religiosa a la que perteneciera, en que el modelo políticoeconómico no funcionaba, en que había que hacer algo radicalmente distinto y en que las distintas facciones religiosas tenían que relacionarse de otra forma entre sí. Por primera vez, las distintas facciones de la oposición se reunieron y entablaron un diálogo mutuo para protestar contra el modelo político-económico y exigir la creación de alguna alternativa (aunque no se sabe exactamente cuál).

Fui testigo de algo similar en Brasil, tras la elección de Bolsonaro. Está al frente de un gobierno muy derechista, autoritario y cristiano evangélico, aunque comprometido con la neoliberalización. En Brasil

hay varios partidos de izquierda en la oposición. Está el Partido de los Trabajadores, que es el más grande y que antes tenía el poder. Pero hay varios partidos de izquierda fragmentados que tienen alguna representación política. Cada partido político cuenta con su propio laboratorio de ideas financiado por el Estado. Si tienes representación en el Parlamento, obtienes algo de dinero para crear un grupo de reflexión y dedicarte a la investigación política. Hay seis partidos políticos de izquierda, pero no se han entendido en el pasado. De hecho, a menudo se han opuesto violentamente entre sí. Sin embargo, cuando visité el país en la primavera de 2019, los seis partidos se habían reunido para organizar una reflexión de una semana sobre la situación política. Al final de la semana, hubo un mitin masivo conjunto en el que se reunieron todos los líderes políticos. Todos ellos dieron charlas juntos, se abrazaron en el escenario y, de repente, se vio a una izquierda que podría trabajar junta de una manera que no se había visto antes. Me parece que lo mismo ocurre en Chile. Diferentes facciones de la izquierda se han reunido y han empezado a hablar sobre la perspectiva de crear una nueva constitución.

De modo que, tal vez, el bandazo hacia la derecha que se ha producido en la política de todo el mundo esté inspirando un espíritu más colaborativo en la izquierda. Quizá en esta ocasión estemos ante algo diferente. Tal vez las recientes movilizaciones puedan institucionalizarse y organizarse para tener capacidad de resistencia. Hay una gran diferencia entre movilización y organización. En los últimos treinta años hemos sido testigos de una asombrosa capacidad de movilización casi instantánea, gracias en parte, por supuesto, a las redes sociales en línea. Incluso en Estados Unidos hemos asistido a marchas masivas de mujeres, protestas por los derechos de los inmigrantes, movimientos como Black Lives Matter o «MeToo», etc. La movilización ha sido espectacular. Pero la organización a largo plazo parece inexistente. Lo que vemos ahora es quizá el comienzo de la unión de todos cuantos sienten que algo no funciona en el modelo económico de base; que ese modelo necesita un cambio radical, para que proporcione salud, bienestar, buena educación, buenas pensiones, etc., a la masa de la población,

en lugar de ofrecer un fuerte crecimiento económico y grandes beneficios económicos para el 1% o el 10% más privilegiado.

He estado tratando de pensar en lo que esto podría significar: ¿existe una contradicción de raíz en la forma en que el capital está funcionando en la actualidad, una contradicción que realmente necesita abordarse? Y, en ese caso, ¿cuál sería dicha contradicción? Un problema grave y evidente es el nivel de desigualdad social. Casi todos los países del mundo han experimentado un aumento de la desigualdad social en los últimos treinta años. Mucha gente cree que se ha llegado demasiado lejos y que, por lo tanto, tiene que haber algún tipo de movimiento para intentar recuperar un nivel de igualdad mucho mayor en la sociedad; que hay que ofrecer mejores bienes y servicios públicos a las masas de la población. Esa es la primera cuestión.

La segunda cuestión es el problema del cambio climático y la degradación del medio ambiente en general. Sabemos que el cambio climático ha llegado a un punto en el que tiene que darse algún tipo de respuesta colectiva. Esto resulta cada vez más evidente para más personas en todo el mundo. El gráfico de los niveles de dióxido de carbono en la atmósfera durante los últimos ochocientos mil años proporcionado por la Oficina Nacional de Administración Oceánica y Atmosférica de Estados Unidos ha sido ampliamente difundido, y se ha hablado mucho sobre sus repercusiones políticas. Hay problemas graves y en apariencia irresolubles de desigualdad social y degradación medioambiental. Pero también hay otras razones para considerar que el capital no solo es cada vez más irracional e injusto en su trayectoria evolutiva, sino bárbaro e incluso suicida. Si esto es así, es evidente que el capital debe ser sustituido por otro orden económico. Así como Marx se escandalizó por las condiciones de las fábricas que entonces imperaban en Gran Bretaña (reveladas por Engels y los informes de los inspectores de las fábricas), considerándolas inhumanas y totalmente inaceptables, también nosotros podemos observar las condiciones actuales de las fábricas en Bangladés, o en China, y concluir que «esta no es la manera en que un mundo civilizado debe organizar su producción». Pero ¿por qué el capital sigue organizando la producción de este modo, cuando

existe la tecnología necesaria para hacerlo de otra forma? Asimismo, en la actualidad se da un factor adicional, que Marx no abordó pero que ha llegado a ser decisivo. El objetivo del capital es siempre el crecimiento: tiene que serlo porque está animado por la búsqueda de beneficios. Una economía capitalista sana es aquella en la que todo el mundo tiene beneficios positivos, lo que significa que al final del día hay más valor del que había al principio. La plusvalía al final de la jornada se utiliza entonces, bajo la fuerza de las «leyes coercitivas» de la competencia, para crear más valor. El crecimiento capitalista es un crecimiento compuesto. El crecimiento compuesto es ahora el problema. El tamaño de la economía mundial se duplica más o menos cada veinticinco años.

En la época de Marx, la duplicación del tamaño de la economía cada veinticinco años no suponía realmente un problema. Pero las cosas han cambiado. La economía de 4 billones de dólares que existía en 1950 se convirtió en una economía de 40 billones de dólares en el año 2000, y en una economía de 80 billones de dólares ahora (en dólares constantes de 1990). Si el crecimiento mantiene ese ritmo, como sugieren las leyes del movimiento del capital, entonces tendremos que enfrentarnos a una economía de 160 billones de dólares en 2050, de 320 billones en 2075 y de 640 billones a finales de siglo. Así actúa el crecimiento compuesto. Desafía todas las barreras y límites, incluso cuando parece postular en sí mismo la imposibilidad de alcanzar su espiral de crecimiento sin fin.

Marx citaba a Richard Price, quien, en 1772, escribió un tratado sobre el interés compuesto. Price calculó que, si se invertía un centavo en la fecha del nacimiento de Jesucristo, a un interés compuesto del 5%, al llegar a 1772 se necesitarían 150 esferas del tamaño del planeta Tierra, todas de oro macizo, para igualar el valor de la inversión. Si el penique se invirtiera a interés simple, en 1772 solo valdría siete chelines y calderilla. Marx insistió en la imposibilidad del interés compuesto a largo plazo. Pero las leyes abstractas del movimiento del capital entrañan una acumulación de capital infinita y sin límite. La posibilidad de que este crecimiento continuo alcance límites insuperables no era un problema evidente

en época de Marx. Posiblemente le pareciera inconcebible que el capital sobreviviese tanto tiempo. El crecimiento exponencial de la oferta monetaria mundial y de los créditos mundiales desde 1970 atestiguan la trayectoria de crecimiento compuesto subyacente y los problemas decisivos que se plantean para la producción, la distribución, el consumo y la realización del valor dentro de los mercados mundiales bajo el dominio del capital. El capital está teniendo verdaderas dificultades para encontrar oportunidades de inversión rentables para los 80 billones de dólares disponibles en la actualidad (gran parte de ellos inmovilizados en fondos de inversión). Y, cuando lo consigue, tiene que someter la mayor cantidad de trabajo posible a los niveles más altos de explotación para validar la creación al por mayor de valor de cambio en formas de dinero creadas. Dónde y cómo se puede invertir el capital monetario de forma rentable es un problema crucial, sobre todo porque solo hay un tipo de capital que puede acumularse sin límite, y es el capital monetario. Las perspectivas de utilizar la enorme masa de dinero de inversión para abordar las dos cuestiones fundamentales de la degradación medioambiental y la desigualdad social sin la intervención de un gobierno mundial o, al menos, sin una fuerte coordinación entre los distintos gobiernos del mundo, resultan casi nulas.

Cuando el dinero mundial estaba limitado por el oro, no podía acumularse infinitamente. La cantidad de oro que se puede obtener es finita, y gran parte de ella está ya en la superficie. Pero el patrón oro se abandonó en 1971 y la oferta monetaria mundial se liberó de su base de oro. A partir de entonces se produjo este tremendo crecimiento de la oferta monetaria. Dicha oferta se convierte en lo que los bancos centrales del mundo decidan que sea, con la Reserva Federal de Estados Unidos a la cabeza porque el dólar es la moneda de reserva mundial y la mayoría de las transacciones internacionales se producen en contratos denominados en dólares. Cuando nos encontramos con dificultades económicas, la Reserva Federal simplemente imprime más dinero, lo que aumenta la cantidad de dinero en circulación. Pero entonces la cuestión es qué va a hacer ese dinero y cómo se va a invertir de forma rentable. Hemos visto

todo tipo de ajustes en la economía mundial para enfrentarse a ese problema. Existe, por ejemplo, lo que Marx llamaba un problema de realización: ¿cómo se puede reinvertir todo ese dinero de manera que encuentre un mercado para generar más beneficios? ¿De dónde va a salir ese beneficio? ¿Y cómo se van a solucionar los problemas sociales y medioambientales? Mientras el fracaso del modelo político-económico dominante es claramente visible y las protestas políticas proliferan, en este momento se presta poca atención a cómo se podrían abordar los problemas implícitos dentro o fuera de los marcos existentes de gestión económica del capitalismo global. Los desequilibrios monumentales que están surgiendo en la economía mundial exigen grandes reajustes. Pero la otra cara de la moneda es esta: el capital es demasiado grande, demasiado monstruoso, demasiado enorme para sobrevivir. No puede sobrevivir en su forma actual ni en su trayectoria de crecimiento actual. Por un lado, no podemos prescindir de él; por el otro, está en una trayectoria suicida. Este es el dilema central.

Hay muchas contradicciones en el sistema capitalista, y algunas son más destacadas que otras. Las increíbles desigualdades sociales y de clase y el colapso de las condiciones medioambientales son prioridades obvias. Pero luego viene la contraposición «demasiado grande para fracasar, demasiado monstruoso para sobrevivir». Ni la desigualdad social ni la degradación medioambiental pueden abordarse sin asumir esta contradicción subyacente. Un programa socialista y anticapitalista tendrá que transitar por un camino al filo de la navaja entre la preservación de lo que está al servicio de la población mundial y parece demasiado grande y fundamental para fracasar, al tiempo que se enfrenta al hecho de que se está convirtiendo en algo demasiado monstruoso para sobrevivir sin desencadenar conflictos geopolíticos que probablemente convertirán las innumerables guerras pequeñas y luchas internas que ya asolan el planeta en una conflagración global.

Este es el núcleo del problema. En la época de Marx, de haberse producido un colapso repentino del capitalismo, la mayoría de las personas del planeta habrían sido capaces de alimentarse y reproducirse. Eran razonablemente autosuficientes a nivel local; se

procuraban el tipo de cosas que necesitaban para vivir y reproducirse. La gente podía poner algún tipo de desayuno en su mesa, al margen de lo que ocurriese en la economía y los mercados mundiales. Ahora mismo, eso ya no es así en muchas partes del planeta. La mayoría de la gente en Estados Unidos, en gran parte de Europa, en Japón, y cada vez más en China, India, Indonesia y América Latina, depende en grado creciente del suministro de alimentos a través de la circulación del capital. En la época de Marx, tal vez el 10% de la población mundial era vulnerable a las interrupciones de la circulación del capital, frente a muchos más que estaban sujetos a las hambrunas, las sequías, las epidemias y otras perturbaciones ambientales. La crisis del capitalismo europeo de 1848 se debió, por una parte, a las malas cosechas y, por la otra, a un choque especulativo centrado en la financiación del ferrocarril. Desde entonces, el capital que opera en el mercado mundial ha eliminado en gran medida la perspectiva de hambruna por causas supuestamente naturales. Si hay hambruna, las causas subyacentes (a diferencia de los desencadenantes inmediatos) pueden atribuirse de manera invariable a los fallos del sistema social y político de gobernanza y distribución capitalistas. Gran parte de la población mundial depende ahora de la circulación del capital para obtener y garantizar su suministro de alimentos, para acceder a los combustibles y a la energía necesaria en la vida diaria, y para mantener las elaboradas estructuras y equipos de comunicación que facilitan la coordinación de las necesidades básicas de producción.

El capital, en este momento, puede ser demasiado partícipe de la reproducción de la vida cotidiana para fracasar. Las consecuencias económicas y las repercusiones y costes sociales de un fallo masivo y prolongado en la continuidad de la circulación del capital serían catastróficos y potencialmente letales para una parte significativa de la población mundial. Sin duda, las poblaciones indígenas y campesinas del altiplano andino podrían sobrevivir bastante bien, pero, si el flujo de capital se interrumpiera durante un periodo prolongado, quizá dos tercios de la población mundial se verían amenazados por el hambre en unas pocas semanas, privados de combustible y luz, al tiempo que quedarían inmovilizados y carentes

de casi toda capacidad de reproducir sus condiciones de existencia de forma efectiva. En el presente no podemos permitirnos ningún tipo de ataque sostenido y prolongado contra la circulación del capital, o ninguna interrupción de su flujo, aunque con ello se frenaran estrictamente las formas más atroces de acumulación. El tipo de fantasía que los revolucionarios albergaban antaño –la idea de que el capitalismo podría ser destruido y quemado de la noche a la mañana y que algo diferente podría construirse de inmediato sobre sus cenizas– es imposible hoy en día, incluso suponiendo que alguna vez hubo un momento en que tal derrocamiento revolucionario podría haber ocurrido. Alguna forma de circulación de mercancías y, por lo tanto, de capital monetario tiene que mantenerse en movimiento durante un tiempo considerable para que la mayoría de nosotros no muera de hambre. En este sentido, cabe decir que el capital parece ahora demasiado grande para fracasar. Podemos aspirar a hacer nuestra propia historia, observó Marx, pero esto nunca puede lograrse en las condiciones que nosotros elegimos. Estas condiciones dictan una política que consiste en mantener muchas de las cadenas y flujos de mercancías existentes, al tiempo que se socializan y quizá se modifican poco a poco para adaptarse a las necesidades humanas. Como señaló Marx en su comentario sobre la Comuna de París,

para llevar a cabo su propia emancipación, y con ella la forma superior a la que la sociedad actual tiende irresistiblemente por sus propios organismos económicos, ellas [las clases trabajadoras] tendrán que pasar por largas luchas, por una serie de procesos históricos que transformen las circunstancias y a los hombres. Sus únicos ideales consisten en liberar los elementos de la nueva sociedad de la que está preñada la vieja sociedad burguesa que se derrumba.

La tarea consiste en identificar lo que está latente en nuestra sociedad actual para encontrar una transición pacífica hacia una alternativa más socialista. La revolución es un proceso largo, no un acontecimiento.

## II. BREVE HISTORIA DEL NEOLIBERALISMO

En 2005 escribí un libro titulado *Breve historia del neoliberalismo*. No me gusta hacer publicidad de mis propias publicaciones, pero es bastante importante contar lo que ha sucedido desde entonces. El tema principal del libro era la forma en que el poder político y económico se había movilizado en la década de 1970 para tratar de obtener la mayor acumulación posible, y la mayor riqueza y poder posibles, dentro de la clase empresarial.

En los años setenta, esa clase se sintió amenazada porque se estaba aprobando una gran cantidad de legislación contraria a las empresas: regulaciones medioambientales, protección de los consumidores, seguridad y salud en el trabajo, cuestiones de este tipo. Hubo un famoso memorándum enviado por Lewis Powell, que más tarde pasó a formar parte del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Su mensaje esencial era que «las cosas han ido demasiado lejos. La retórica anticapitalista se ha vuelto demasiado fuerte. Tenemos que contraatacar y movilizarnos». Entonces se reunieron todo tipo de organizaciones, como la Mesa Redonda de Negocios, la Cámara de Comercio y un surtido de laboratorios de ideas de derechas ya existentes o creados entonces para revertir la marea de la retórica anticapitalista, que se estaba volviendo, efectivamente, muy fuerte. El modo en que todo eso ocurrió era uno de los asuntos prioritarios del libro. A mi juicio, el neoliberalismo se definió siempre como un proyecto de clase, un proyecto para acumular más riqueza y poder dentro de una pequeña élite. Aquí estamos, muchos años después, y, de hecho, ese proceso de acumulación de riqueza y poder dentro de una clase muy reducida ha llegado más lejos que nunca.

A menudo me preguntan: «¿Se acabó el neoliberalismo en 2007-2008? ¿Fue esa la crisis del neoliberalismo? Y, de ser así, ¿dónde estamos ahora?». Y esas son algunas de las preguntas que debemos

considerar seriamente desde el punto de vista político. Pero, para ello, tenemos que entender un poco el funcionamiento del neoliberalismo como proyecto. Yo consideraba, por ejemplo, que, si bien era un proyecto de una pequeña élite de la clase capitalista y de las grandes corporaciones, necesitaba una base popular sólida. A partir de los años setenta, hubo un intento de captar al Partido Republicano. Hubo un intento de procurarse una base popular para ese proyecto de una pequeña élite. Esa base popular era en gran medida la derecha religiosa, que se politizó cada vez más a partir de esos años.

También se intentó brindar una justificación teórica. No creo, por ejemplo, que a los capitalistas que se reunieron en la década de 1970 esto les preocupara en especial, pero encontraron a mano una doctrina económica que se llamaría monetarismo o economía de la oferta, que era una forma clara de decir: «Bueno, tenemos que cambiar la dinámica. Tenemos que sacar al Estado de las intervenciones en la economía. Tenemos que crear mercados más libres. Tenemos que deshacernos del poder de los sindicatos, en particular». Así pues, la economía de la oferta entró en escena como una teoría económica conveniente para fundar el proyecto neoliberal.

La estrategia pasaba por decir que la economía debía gestionarse controlando las condiciones de la oferta, y la condición de la oferta cuya gestión resultaba más crucial era, por supuesto, la de la fuerza de trabajo. La mano de obra era demasiado fuerte en la década de 1970. Los trabajadores tenían sindicatos poderosos, y en Europa y Gran Bretaña había partidos obreros, y partidos socialdemócratas, e incluso el Partido Demócrata en Estados Unidos estaba muy comprometido con los grandes sindicatos. Las primeras fases del neoliberalismo consistieron en frenar el poder de los sindicatos, tanto grandes como pequeños, y en tratar de reconfigurar la situación política para debilitar el papel de los trabajadores por cualquier medio posible.

Para ello, era necesario que la élite empresarial obtuviera algún tipo de poder político. Eso significaba gastar dinero en las elecciones. En los años setenta hubo muchas controversias sobre el

exceso de dinero que se destinaba a los comicios. ¿Estaba justificado tanto dispendio? Durante esos años, el Tribunal Supremo de Estados Unidos juzgó varios casos. En resumen, se pasó de una situación en la que se consideraba que el dinero en las elecciones era necesario, pero que debía ser módico, a la apertura de los comicios a la monetización absoluta. El gasto de dinero fue finalmente sancionado y protegido por el Tribunal Supremo como una forma de libertad de expresión. Por lo tanto, nadie debería obstaculizar el libre flujo de dinero en la política. Esto permitió que las grandes empresas y los individuos ricos dominaran cada vez más ese ámbito.

También necesitaban dominar los medios de comunicación, y empezaron a hacerlo muy eficazmente mediante la consolidación y centralización de los controles y la propiedad de las empresas. En algún momento necesitaban agenciarse las universidades. Pero, a principios de los años setenta, el movimiento estudiantil era demasiado anticorporativo y antibélico, y el profesorado demasiado progresista, para que esto fuera factible. Hubo un intento de rodear las universidades con laboratorios de ideas: el Instituto Manhattan, la Oficina Nacional de Investigación Económica, la Fundación Olin, la Fundación Heritage y otras similares. Todos estos institutos estaban financiados por el gran capital. Produjeron una afluencia de publicaciones y una abundancia de argumentos que estaban en contra del sindicalismo, a favor de las empresas y en pro de la libertad de mercado y de la apertura de este a niveles mucho mayores de competencia. Esta fue la situación que prevaleció a partir de los años setenta, y fue un proyecto bastante exitoso.

Al llegar a la década de 1990, el sindicalismo había quedado desactivado en gran medida. La mayor parte del aparato regulador para controlar a las corporaciones estaba desmantelado. Con Clinton, el Partido Demócrata se había convertido en un agente de la política neoliberal. Clinton llegó al poder prometiendo una reforma progresista de la sanidad y mejores condiciones de vida para la gente. Pero lo que acabó dando al país fue el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que era un acuerdo antisindicalista. El acuerdo se firmó sin la presencia de ningún miembro de los grandes sindicatos. El Partido Demócrata se alejó de

su base sindical tradicional y comenzó a cultivar las élites profesionales urbanas cosmopolitas como su nueva base de poder.

Clinton nos dio el TLCAN y la reforma de la asistencia social tal como la conocíamos. Nos dio el proyecto de encarcelamiento, que criminalizó a muchos jóvenes negros. Derogó las regulaciones financieras; una pieza crucial de la legislación que había estado en vigor desde la década de 1930, llamada la Ley Glass-Steagall, fue abolida. Clinton fue un agente principal del proyecto neoliberal. Al otro lado del Atlántico, Tony Blair desempeñó un papel neoliberal análogo. Teníamos que colaborar con las empresas en lugar de ser antagonicos, dijo.

Para la década de 1990, el proyecto neoliberal había tenido bastante éxito. Si se observan los datos sobre la desigualdad social, lo que se ve es un enorme aumento de este parámetro en casi todos los principales países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE): Gran Bretaña, Estados Unidos, muchos países europeos. Esa creciente desigualdad social está documentada en el libro de Thomas Piketty *El capital en el siglo XXI*. En realidad no es un libro sobre el capital, sino sobre la creación de niveles cada vez mayores de desigualdad social bajo el capitalismo, a partir de la década de 1970.

Aquí tenemos lo que podríamos llamar un proyecto político exitoso. Los sindicatos quedaron desactivados. La regulación medioambiental no se aplicó. Se recortó la regulación de las finanzas. Entonces pensamos en la elección socialista de Allende en Chile y en la contrarrevolución neoliberal de Pinochet en 1973. Toda una era liderada, inicialmente, por Margaret Thatcher y Ronald Reagan en sus respectivos países, y luego por otras figuras en todo el mundo. En el libro sobre el neoliberalismo, intenté hacer un repaso de todos estos acontecimientos y hablar del estado en el que nos encontrábamos justo después del año 2000. Por aquel entonces ese exitoso proyecto neoliberal había superado todos los obstáculos. Parecía que había muy poca oposición posible. Margaret Thatcher había pronunciado una famosa frase: «No hay alternativa». No solo estaba convencida de que iba a transformar la economía, sino que, además, quería cambiar la forma de pensar de la gente y toda la

cultura económica. La forma de pensar que se promovía era la del individualismo, la responsabilidad y la superación personales. Todos debíamos ser nuestros propios empresarios e invertir en nosotros mismos.

Así, si acabábamos sumidos en la pobreza, era porque no habíamos invertido correctamente en nosotros. Si caíamos en la pobreza, era por culpa nuestra. La culpa la teníamos nosotros, no el sistema. Si perdíamos nuestra casa en una ejecución hipotecaria, no era culpa del sistema, era culpa nuestra. Existía esta noción de autosuficiencia. Al llegar a los años noventa, esa idea se había vuelto dominante. Sin embargo, tiene una raíz muy profunda. Esta es una de las cosas que enfatizo bastante en el libro. La década de 1960 había sido testigo de un movimiento muy fuerte de personas que querían libertad individual y justicia social. Ese movimiento de la generación del 68, si queremos llamarlo así, era contrario a lo que pretendía el capital. La respuesta del capital fue decir: «Te damos la libertad individual, y también valoramos la libertad individual, y estructuraremos las cosas en torno a la libertad individual, particularmente en el mercado, para que tengas mucha libertad de elección en el mercado. Pero el trato es que os olvidéis de la justicia social».

Ese fue el pacto con el diablo que Reagan y Thatcher ofrecieron a la generación del 68 en los años setenta y ochenta, hasta la época de Clinton en los noventa. Al llegar a esa década, mucha gente empezó a aceptar que, si tenía problemas, era por su propia culpa. Que el sistema, de hecho, iba muy bien. Iba muy bien para los ultrarricos y los empresarios de éxito. Los ultrarricos se estaban haciendo cada vez más y más ricos. La brecha entre lo que ganaban los directores generales y lo que ganaban los empleados era cada vez más y más amplia.

Luego llegó, por supuesto, 2007-2008, y la gran crisis. Parecía que el sistema había fracasado. Aquí, creo, nos encontramos con un punto absolutamente crucial para entender lo que está sucediendo a nuestro alrededor en este momento. En la década de 1990, y hasta mediados de la década de 2000, la ciudadanía estaba convencida de que este sistema era, al menos, viable. Cuando se llega a 2007-

2008, se reconoce que no lo es. Y además, todo el mundo empezó a ver que los ultrarricos eran los que se habían beneficiado. En 2007-2008, cuando el gobierno rescató a los banqueros, rescató a Wall Street, les dio todo, y los banqueros de Wall Street se embolsaron bonus por valor de más de 30.000 millones de dólares en 2008 por llevar el sistema financiero mundial al colapso, en aquel momento todo el mundo dijo que el sistema jugaba a favor de los ultrarricos. Empezamos a ver un ataque contra todo lo que había predicado el sistema neoliberal.

Pero entonces la gran pregunta es: ¿hubo realmente un ataque contra el poder del capital, o el ataque fue suavizado de alguna manera para que el neoliberalismo continuara? Mi argumento es que el neoliberalismo no terminó en 2007-2008. Lo que hizo fue perder fue su legitimidad, y su legitimidad política en particular. El descontento con el sistema estaba ahí. El descontento se hizo, y se ha hecho, más y más profundo. En otras palabras, la gente empezó a distanciarse de todo el sistema económico en el que se encontraba. Pero, al mismo tiempo, el sistema en sí no cambiaba.

De hecho, desde 2007-2008, los ricos se han beneficiado más que nadie. Han utilizado la doctrina de «nunca dejes que una buena crisis se desperdicie», y en realidad la han utilizado en su propio beneficio. Si se observan los datos de Gran Bretaña y Estados Unidos, se verá que el 1% más privilegiado ha aumentado su riqueza y poder en un 14, un 15, tal vez un 20%, mientras que todos los demás se han quedado estancados o han retrocedido desde 2008. El proyecto neoliberal no ha llegado a su fin. De hecho, ha seguido adelante. Pero lo ha hecho en una situación en la que ya no tiene la legitimidad de antes. Hubo que encontrar una nueva forma de legitimidad para el proyecto neoliberal. Esta nueva forma de legitimidad es algo a lo que creo que tenemos que prestar mucha atención.

En 2007-2008 se produjo esta crisis. El desplome tuvo lugar en el mercado inmobiliario. Alrededor de 7 millones de hogares perdieron sus casas en Estados Unidos. Cuando ocurre algo así, es de esperar que quienes se han visto privados de sus hogares protagonicen una reacción en masa. Se esperaría que salieran a la calle a protestar.

Hubo un poco de eso, pero en general, lo que ocurrió en 2007-2008 fue que la gente que perdió sus casas se culpó a sí misma. La cultura neoliberal que se había construido a partir de los años ochenta, que trataba de la superación personal y la inversión en el propio capital, etc., llevó a la gente a culparse a sí misma y a interiorizar los problemas. Por supuesto, había muchas personas, en los medios de comunicación y en otros lugares, que estaban demasiado dispuestas a culpar a las víctimas.

Ahora bien, cuando se culpa a las víctimas, siempre hay una voz oculta, residual, que pregunta: «¿De verdad tengo yo la culpa?». Y hay un malestar, y un sentimiento de inadecuación. Y así, toda la población que se vio afectada por la crisis de 2007-2008 se quedó en el limbo. Vieron al gobierno ocuparse de los banqueros y curar las heridas de la banca. Pero nadie vino a ayudarlos. Recibieron en cambio una política de austeridad creciente en lo tocante a las prestaciones públicas, y se enfrentaron a la hostilidad que despertó su condición de fracasos nocivos. ¿Y para qué la austeridad? ¿Para pagar a los banqueros? ¿Para pagar a los ultrarricos? Esto dejó a las víctimas con la sospecha de que algo iba mal.

Esa sospecha llevó a la gente a preguntarse: «¿Qué fue lo que falló en el sistema financiero para que padeciéramos una crisis tan grande? ¿Y por qué se hizo mundial?». La respuesta típica era: «El sistema financiero es muy complicado. No podéis entender todos estos instrumentos, como los *swaps* de incumplimiento crediticio y las obligaciones de deuda colateralizada»; son cosas demasiado complicadas para que vosotros, simples mortales, podáis entenderlas. Todo el mundo empezó a decir: «El sistema financiero es muy complicado. Nadie puede entenderlo excepto los expertos».

Entonces la gente dijo: «Bueno, si solo los expertos pueden entenderlo, ¿cómo es que estaban tan equivocados? ¿Por qué no vieron lo que podía salir y salió mal?». Hubo un momento maravilloso en el que la reina de Inglaterra, nada más y nada menos, se sentó con un grupo de economistas en uno de esos tés en el Palacio de Buckingham y, al parecer, se dirigió a los economistas y les dijo: «¿Cómo es que no vieron venir la crisis?». Los economistas no sabían qué decir. Convocaron una reunión de la

Real Sociedad Económica y trataron de encontrar algunas respuestas para poder ir a tomar el té con su majestad la próxima vez y decir: «Bueno, ya hemos entendido lo que salió mal». La única respuesta que se les ocurrió fue: «No calibramos bien el riesgo sistémico».

Ahora bien, esta admisión resulta sorprendente. Si hay un sistema, y hay un riesgo en el sistema, y ese riesgo es además sistémico, no accidental, cabría pensar que mucha gente le habría prestado atención. Pero resultó que ninguno de los economistas, ninguno de los teóricos, ninguno de los expertos estaba alerta frente a los crecientes riesgos del sistema. Los riesgos, cuando finalmente provocaron la crisis, pillaron a todo el mundo por sorpresa. Ahora bien, aquí se aprecian deficiencias en la capacidad intelectual y falta de imaginación. Y esto significaba que había algo realmente erróneo en el propio sistema que debía corregirse. Aquí es donde creo que nos encontramos después de 2007-2008, para empezar a pensar qué fue lo que salió mal y cómo plantearse la legitimación, en realidad, de lo que estaba sucediendo, en términos de la continua ventaja de los ultrarricos obtenida a través de las políticas del gobierno. ¿Qué tipo de respuestas pueden surgir de todo esto?

# III. CONTRADICCIONES DEL NEOLIBERALISMO

He analizado el proyecto neoliberal a través de la lente de *El Capital* de Marx. He intentado identificar la contradicción fundamental del proyecto neoliberal. Las contradicciones tienen varias dimensiones en la obra de Marx, pero hay una forma sencilla de verlas. En el volumen I de *El Capital*, Marx analiza lo que ocurre en una sociedad sometida a un fuerte cambio tecnológico y a una intensa búsqueda de beneficios. Analiza la «producción de plusvalía» que se basa en la explotación de la fuerza de trabajo en la producción. Por lo tanto, la supresión del poder de la mano de obra, que comenzó en la década de 1970, corresponde al análisis que Marx expuso en el volumen I de *El Capital*.

Al final de ese volumen, Marx describe una situación en la que los capitalistas, dado que tienen mucho poder, pueden aumentar la explotación de los trabajadores y así maximizar su tasa de ganancia. La maximización de la tasa de ganancia se basa en la disminución del salario. Uno de los gráficos más importantes que figuran en *Breve historia del neoliberalismo* muestra que la participación de los salarios en la renta nacional ha disminuido progresivamente desde la década de 1970. Los aumentos de la productividad no han ido acompañados de ningún aumento de los salarios reales. El volumen I de *El Capital* predice un empobrecimiento creciente de grandes segmentos de la población, el aumento del desempleo, la creación de poblaciones desechables y la producción de una mayor precariedad dentro de la fuerza de trabajo. Este es un análisis que se desprende del texto mismo.

Ahora bien, si se lee el volumen II de *El Capital*, se llega a otra conclusión, porque allí Marx examina cómo circula el capital, qué relación establece entre la demanda y la oferta y cómo se mantiene en equilibrio a medida que el sistema se reproduce. Para mantener el equilibrio, hay que estabilizar la tasa salarial. Dicho en términos

muy sencillos, si se disminuye continuamente el poder de los trabajadores y los salarios bajan, entonces la pregunta es: «¿Dónde está el mercado? ¿Qué pasa con el mercado?». Así que Marx empieza a decir que lo relatado en el volumen I produce una situación en la que los capitalistas van a tener dificultades en el mercado porque están pagando a los trabajadores cada vez menos, y cada vez hay menos mercado. Aquí radica una de las contradicciones centrales del periodo neoliberal y de la era neoliberal, a saber: «¿De dónde va a salir el mercado?».

Esta pregunta puede responderse de varias maneras. Una de ellas es la expansión geográfica. La incorporación de China, Rusia y los países del antiguo imperio soviético de Europa del Este al sistema capitalista mundial abrió nuevos y enormes mercados y posibilidades. Hay muchas otras formas de dar respuesta a este problema. Pero la de mayor calado fue poner en manos de la gente tarjetas de crédito. Que se endeuden. Empujarlos a endeudarse. Crear niveles de deuda cada vez más altos.

En otras palabras, si los trabajadores no tienen suficiente dinero para comprar una casa, entonces les prestas dinero para hacerlo. Y, a su vez, el mercado inmobiliario se encarece, porque has prestado dinero a los trabajadores. En la década de 1990 se prestó cada vez más dinero a personas que tenían ingresos cada vez más bajos. Esta fue una de las causas de la crisis de 2007-2008. Con el tiempo, el crédito se extendió a casi todo el mundo, sin importar sus ingresos y su capacidad para pagar su hipoteca. Esto no fue un problema mientras los precios de la vivienda subían. Si los hipotecados tenían dificultades, ellos (o su banco) siempre podían vender con beneficio.

Pero la cuestión principal era cómo se podía gestionar el lado de la demanda en una situación en la que los salarios estaban disminuyendo. Como he sugerido, una de las formas de salvar la brecha era ampliar el sistema de crédito. Las cifras al respecto son de veras asombrosas. En 1970, el endeudamiento total en una sociedad capitalista —en una típica sociedad capitalista— era relativamente módico. Y la mayor parte del endeudamiento no era acumulativo. Se pedía prestado aquí y se pagaba allí. Por lo tanto, el endeudamiento neto no creció muy rápido en esa década.

Pero a partir de entonces la deuda neta empezó a aumentar en relación con el producto interior bruto (PIB). Y ahora tenemos una situación en la que el endeudamiento total en el planeta es de aproximadamente el 225% de la producción total de bienes y servicios mundiales. Por supuesto, esto son solo números, y es difícil ponerlos en contexto, pero el contexto sería que, en 1980, México se metió en un problema de deuda, y solo estaba endeudado hasta alrededor del 80 o el 90% de su PIB. Así que en aquel entonces, estar endeudado en un 80 o un 90% se consideraba una situación de crisis que había que abordar. Pero ahora el mundo está tres o cuatro veces más endeudado que entonces y a nadie parece preocuparle demasiado. Por lo tanto, una de las cosas que hemos visto durante este periodo ha sido un endeudamiento creciente.

La otra cosa que me pareció muy importante de entender durante la década de 1980 fue que el proyecto neoliberal no podía sobrevivir sin tener un Estado fuerte. Ahora bien, esto, desde el punto de vista ideológico, es bastante complicado, porque gran parte de la retórica neoliberal afirma: «Fuera el Estado. Prescinde del Estado. El Estado es un problema, así que tenemos que deshacernos de la intervención del Estado». «El gobierno», por citar las famosas palabras de Ronald Reagan, «no es la solución... El gobierno es el problema».

Pero el Estado no se desvaneció. Dejó de apoyar a las personas mediante la creación de estructuras de bienestar, como la sanidad, la educación y una amplia gama de servicios sociales, y dio su respaldo al capital. El Estado se convirtió en un agente activo que ayudaba y a veces incluso subvencionaba al capital. A partir de la década de 1980, vemos todo tipo de juegos realizados por el Estado en favor del capital.

Pongamos un ejemplo reciente: Amazon decidió crear un segundo centro de servicios en Estados Unidos e invitó a ciudades y gobiernos locales a presentar ofertas. «¿Qué nos van a dar?», preguntó Amazon. Aquí tenemos a una de las empresas más ricas del mundo, que reclama, básicamente, subvenciones para operar. Nueva Jersey iba a ofrecer esto, y otra ciudad iba a ofrecer aquello. Ahora es normal que las empresas reciban subvenciones del erario

público para hacer su trabajo. La ciudad y el estado de Nueva York ofrecieron todo tipo de incentivos, pero la población local en este caso se rebeló y Amazon se vio obligada a retirarse. Sin embargo, tal cosa es inusual.

Foxconn, que acaba de acordar la instalación de una fábrica en Wisconsin, ha recibido 4.000 millones de dólares en incentivos por parte del gobierno estatal. Este, en lugar de invertir 4.000 millones de dólares en educación, asistencia sanitaria y otras necesidades de la gente, entrega 4.000 millones de dólares a Foxconn. El Estado argumenta entonces: «Bueno, así se crean puestos de trabajo», pero en realidad no se van a crear tantos, y cuando haces cálculos resulta que solo hay probablemente unos 20.000 dólares por puesto de trabajo, que se ofrecen como subvención. El Estado ha pasado de apoyar a las personas a apoyar a las empresas por cualquier medio a su alcance, mediante acuerdos fiscales, subvenciones directas, la provisión de las infraestructuras y la evasión de las restricciones reglamentarias.

Para que esto ocurra se necesita un Estado fuerte. No se puede tener un Estado débil. Una de las cosas de las que hablé en el libro sobre el neoliberalismo fue de la alianza emergente entre el neoliberalismo y el neoconservadurismo. Los «neocons», como se los llamaba en los años noventa, formaron una facción fuerte en el gobierno. Llegaron al poder con el gobierno de Bush hijo, que estaba muy centrado en combinar la ética neoconservadora, representada por Donald Rumsfeld y Dick Cheney, con los principios económicos neoliberales. Los neocons defendían un Estado fuerte, que era un Estado militarizado. Y este Estado también iba a apoyar el proyecto neoliberal del capital.

Sucedió que el Estado militarizado también fue a la guerra con Iraq, que resultó desastrosa. Pero la cuestión es que el proyecto neoliberal se unió a un fuerte Estado neoconservador. Esta alianza fue muy significativa y se fortaleció con el tiempo, a medida que el neoliberalismo perdía su legitimidad popular.

El apoyo estatal al gran capital no desapareció en 2007-2008. Durante los años de Bush, por diversas razones, el proyecto neoconservador perdió cada vez más legitimidad debido a la guerra

de Iraq. Los neoconservadores nos metieron en ella. Nos metieron en el aventurerismo extranjero. Al final del gobierno de Bush, la alianza entre los neoconservadores y el neoliberalismo estaba deshecha. Los neoconservadores estaban realmente acabados. Los principales actores, como Condoleezza Rice y Rumsfeld, se desvanecieron en el fondo de la política. Esto significó la desaparición de la legitimidad que el movimiento neocon proporcionaba a la política neoliberal de la era Bush. Entonces llegó la crisis de 2007-2008. El Estado tuvo que hacerse fuerte y rescatar al gran capital. Esta fue la gran historia de 2007-2008.

En Estados Unidos salimos de la crisis gracias a la movilización de un fuerte poder estatal surgido de las cenizas del proyecto neoconservador. Esta estrategia tal vez fuera ideológicamente inconsistente con el argumento neoliberal contra la fuerte intervención del Estado. Pero el Estado no tenía otra opción que intervenir en nombre del capital, no en nombre del pueblo. Si había que elegir entre apoyar a los bancos y a las instituciones financieras, por un lado, o apoyar a la gente, por el otro, la opción clara era apoyar a las instituciones financieras. Esto se convirtió en una de las reglas fundamentales del juego político neoliberal, seguida de manera implacable en los años siguientes. La crisis de 2007-2008 podría haberse resuelto ofreciendo subsidios masivos a los propietarios de viviendas amenazados de ejecución hipotecaria. Entonces no habría habido un movimiento masivo de ejecuciones hipotecarias. Así se habría salvado el sistema financiero, en lugar de salvarlo y que la gente perdiera sus casas. Entonces, ¿por qué nunca se intentó esta solución obvia?

Que la gente perdiera sus casas fue en realidad algo bastante bueno desde el punto de vista del capital. Porque entonces había un montón de casas precintadas que todos los fondos de cobertura y los grupos de capital privado podían comprar por casi nada y luego hacer una fortuna, hasta el punto de reactivar el mercado inmobiliario. De hecho, uno de los mayores propietarios en Estados Unidos en este momento es Blackstone, una empresa de capital privado. Compró todas las viviendas embargadas que pudo y las convirtió en un negocio muy rentable. Se ha forrado con la

catástrofe del mercado inmobiliario. Steven Schwartzman, jefe de Blackstone, se convirtió en una de las personas más ricas del mundo casi de la noche a la mañana.

Todo esto quedó claro en 2007-2008. El Estado no respondía a las necesidades de las personas. Respondía a las necesidades del gran capital. Ya no había un movimiento neocon que tuviera credibilidad.

Entonces, ¿de dónde iba a venir la legitimidad política? ¿Cómo se iba a construir la legitimidad después de 2007-2008? Esto nos lleva a una de las claves de lo que ha sucedido en tiempos más recientes. Ya he sugerido que la gente fue abandonada a su suerte en 2007-2008; sentía que nadie estaba dispuesto a ayudarla ni se preocupaba por su situación. Estábamos en la fase final de casi tres décadas de una desindustrialización que había destruido muchas comunidades y dejado a mucha gente sin oportunidades de empleo decente. La gente había quedado marginada, y las poblaciones marginadas tienden a ser muy inestables. Suelen estar malhumoradas, por una parte, y deprimidas, por otra. Entre las consecuencias de esa situación están la drogadicción y el alcoholismo. La epidemia de opiáceos se ha instalado y la tasa de suicidios ha crecido. De hecho, la esperanza de vida ha descendido en muchas partes de Estados Unidos; el estado de la población no es nada bueno. La población en su conjunto se siente maltratada.

Llegados a este punto, la gente empieza a plantearse una pregunta: «¿Quién tiene la culpa de todo esto?». Lo último que quieren los grandes capitalistas y sus medios de comunicación es que se empiece a culpar al capitalismo y a los capitalistas. Eso ya había ocurrido antes, en 1968 y 1969, cuando la gente empezó a culpar al capital y a las corporaciones. El resultado fue un movimiento anticapital.

En 2011, por supuesto, surgió el movimiento Occupy, que señaló con el dedo a Wall Street y lo culpó. La gente comenzó a pensar: «Bueno, ya sabes, a lo mejor aquí está pasando algo, y es que se está privilegiando a los banqueros, responsables de un montón de actividades criminales sin que ninguno de ellos haya ido a la cárcel». El único país del mundo que manda a la cárcel a los grandes banqueros (y no a unos pocos subalternos canallas) es Islandia.

En realidad, Wall Street se puso bastante nervioso cuando Occupy señaló al 1%, diciendo que ahí es donde reside el problema. De inmediato, todas las grandes instituciones, que para entonces estaban bien dominadas por el capital, construyeron una serie de explicaciones alternativas, como «el problema son los inmigrantes» o «el problema es la población holgazana de las prestaciones sociales» (a menudo codificada racialmente), o «la competencia desleal de China», o «la gente que no se ha cuidado ni ha invertido en sí misma de forma adecuada». La epidemia de opioides se explicó como un trágico fracaso de la voluntad individual.

Esos rumores y habladurías empezaron a difundirse en la prensa mayoritaria y en muchas de las instituciones controladas por la extrema derecha y la derecha alternativa, que, en ese momento, de repente contó con el patrocinio del Tea Party y de los hermanos Koch, mientras algunas facciones del gran capital, alimentadas por un enorme flujo de dinero para comprar poder electoral, dominaban los gobiernos estatales, así como el gobierno federal.

Todo esto era la continuación de una tendencia de los años setenta que suponía la consolidación del poder de la clase capitalista en torno a un proyecto político. Pero esta vez había que culpar de todos los problemas a los inmigrantes, o a la competencia extranjera y al estado del mercado mundial, o a una regulación demasiado asfixiante, etcétera. ¡La culpa es de todos menos del capital!

Al final, acabamos con Donald Trump, un tipo paranoico, errático y un poco psicópata, en la presidencia. Pero miren lo que ha hecho. Ha desregulado todo lo que ha podido. Ha destruido la Agencia de Protección del Medio Ambiente, que es una de las cosas que los grandes capitalistas han perseguido desde los años setenta. Hizo una reforma fiscal que le dio casi todo al 1% más rico y a las grandes corporaciones y a los tenedores de bonos, y casi nada al pueblo. La desregulación de la explotación de minerales, la apertura de las tierras federales, todo ello ha quedado asegurado. Aquí tenemos una serie de políticas neoliberales en estado puro. Solo las guerras arancelarias y quizá las políticas antiinmigración quedan fuera del manual de estrategia neoliberal. Desde el punto de vista de

la economía, Trump está siguiendo básicamente el evangelio neoliberal.

Pero ¿cómo se justifica la política económica? ¿Cómo se legitima? Trump trata de legitimarla mediante una retórica nacionalista y antiinmigración. Se trata de una forma clásica de actuación por parte del capital. Vemos a los hermanos Koch dominando la política electoral con su poder monetario, dominando los medios de comunicación a través de Breitbart, Fox News y todo lo demás. Y persiguen este proyecto neoliberal (al margen de las guerras de aranceles y la estrategia antiinmigración) sin ninguna clase de pudor.

No obstante, en este momento la clase capitalista no está tan consolidada y unificada como en los años setenta. Algunos de sus sectores se dan cuenta de que en el modelo económico neoliberal hay algo que claramente no funciona. Y algunos aspectos de la política de Trump, por ejemplo, los aranceles, la lucha contra el libre comercio y la estrategia contra la inmigración, no coinciden de forma necesaria con las ideas de los hermanos Koch. No es lo que quiere la clase capitalista en su conjunto. Tenemos una situación en la que la propia clase capitalista está un poco dividida, pero se puede ver que la respuesta a 2007-2008 estuvo directamente relacionada con el auge de este «culpar a cualquiera que no sea el capital», que fue una táctica desesperada por parte de la clase capitalista. Hasta ahora ha tenido éxito. Pero también es claramente frágil e inestable. Y las poblaciones inestables, sobre todo las marginadas, pueden optar por direcciones políticas muy divergentes.

# IV. LA FINANCIARIZACIÓN DEL PODER

Permítanme volver a un aspecto de toda esta historia que me parece significativo y merece un análisis individualizado. Me refiero a la creciente financiarización de todo y al increíble aumento del poder financiero. Este fenómeno tiene algunas características interesantes, porque históricamente las finanzas se consideraban a menudo una función parasitaria, como algo que no producía nada. Hasta los años setenta, las actividades financieras no se incluían en las cuentas nacionales. No formaban parte de la medida del PIB, porque se consideraban simplemente actividades transaccionales y no productivas. Pero, con el crecimiento del poder financiero, vemos que los financieros afirman cada vez más su carácter productivo y, por lo tanto, reclaman su inclusión en las cuentas nacionales. Esto se ha convertido en un tema muy importante, como pueden imaginar, con el Brexit en Gran Bretaña, porque se supone que la City de Londres es productiva para la economía británica. Todo el mundo quiere aferrarse al papel de la City de Londres. En 1970 no habría sido clasificada como productiva. Se la habría clasificado como actividad transaccional y circulante, y no, por lo tanto, directamente productiva de nada. Gran Bretaña producía coches y objetos, y lo financiero era irrelevante. Pero Lloyd Blankfein, antiguo jefe de Goldman Sachs, sostuvo a gritos que Goldman no solo hace «el trabajo de Dios», sino que es, de hecho, uno de los sectores más productivos de la economía estadounidense. Los trabajadores de Goldman Sachs se cuentan, según él, entre los más productivos del mundo.

Esto plantea la interesante cuestión del valor de los servicios financieros. ¿Podríamos vivir todos sencillamente gracias a ellos? No podemos comerlos, vestirlos o vivir en ellos. Por lo tanto, el argumento de que los servicios financieros son en gran medida parasitarios es bastante sólido. Si se los clasifica como parasitarios e

improductivos –una idea muy extendida en la retórica de Occupy Wall Street–, entonces perderán su posición privilegiada desde el punto de vista político y económico. Pero, ahora mismo, Goldman Sachs afirma ser tan productiva que si Nueva York intentara existir sin ellos la ciudad estaría al borde del desastre económico. La regulación restrictiva de sus actividades ha tenido consecuencias negativas para el empleo y el crecimiento, según ellos. Una mayor desregulación de los servicios financieros ha sido durante mucho tiempo un foco de agitación en Nueva York. Justo antes del colapso de 2007-2008, el entonces alcalde de Nueva York, Michael Bloomberg, ejerció una fuerte presión para que se desregularan aún más los servicios financieros en Nueva York, con el fin de hacerla más competitiva con respecto a Londres. Una mayor desregulación liberaría la capacidad productiva latente que ya existía. La capacidad productiva, nos dijeron, estaba retenida y frenada por todo este aparato regulador. Pues bien, llegó el crac y luego llegaron las regulaciones, en forma de la Ley de Reforma financiera Dodd-Frank. ¿Y qué vemos ahora? Se ha puesto en marcha una campaña, que no brilla especialmente por su sutileza, para desactivar la Ley DoddFrank y desregular aún más los servicios financieros. El gobierno de Trump, que ha continuado con la tradición de contratar a ejecutivos de Goldman Sachs para dirigir el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, se ha sumado con gusto a esa corriente.

¿Son las finanzas productoras de valor? De ser así, ¿cómo lo hacen? Creo que en este asunto se da una característica muy interesante, cuya comprensión me exige volver a Marx. El capital siempre tiene que ver con el crecimiento, y en concreto con el crecimiento compuesto: el 3% de crecimiento compuesto es, al parecer, la norma ideal. Pero el crecimiento compuesto produce una curva de crecimiento exponencial, que va cada vez más rápido. Existe una famosa historia sobre la persona que inventó el juego de ajedrez y a la que el rey le ofreció una recompensa. El inventor dijo: «Quiero un grano de arroz en la primera casilla, y luego quiero que se duplique en todas las demás». El rey aceptó y pensó que no había problema. Pero para cuando llegó a la casilla 34 aproximadamente, ya no quedaba arroz en el mundo. Así funciona el

interés compuesto. Pasas de 1 a 2 a 4 a 8 a 16 a 32 a 64, y así de forma sucesiva. Solo tienes que ir por ese camino. El capital ha estado creciendo a una tasa compuesta de alrededor del 3% anual desde 1750, más o menos. En promedio, un poco menos que eso desde un punto de vista histórico, porque periodos de depresión como el de los años treinta interrumpieron la senda de crecimiento. Pero digamos que es un 3% de tasa de crecimiento compuesto. En la época de Marx, un 3% de tasa de crecimiento compuesto sobre todo lo que se producía solo en Europa Occidental y Gran Bretaña y tal vez en la costa este de Estados Unidos no era gran cosa. Sin embargo, una tasa de crecimiento compuesto del 3% ahora mismo, en adelante, es un enorme problema. La manera de absorber esta tasa de crecimiento compuesto supone un problema real. Hay que encontrar y ampliar continuamente las oportunidades de inversión para obtener cada vez más dinero. En este momento, el PIB mundial se acerca a los 80 billones de dólares.

Por lo tanto, tenemos que encontrar nuevas oportunidades de inversión para 80 billones de dólares más que, con suerte, produzcan al menos un 3% de beneficio en los próximos veinticinco años. En el año 2000, solo necesitábamos absorber 40 billones de dólares. En otros veinte años, estaremos hablando de 160 billones de dólares. La economía mundial necesita duplicar su tamaño cada veinte años, más o menos. ¿Qué forma puede adoptar una expansión tan extraordinaria? ¿Puede la economía expandirse físicamente? Fijémonos en su expansión física durante los últimos cuarenta o cincuenta años. Todo el imperio de la antigua Unión Soviética ha entrado en el sistema capitalista. China se ha unido al sistema capitalista. Muchos países que en el pasado eran más bien inactivos y no tenían demasiado desarrollo capitalista, como Indonesia e India, están ahora por completo integrados en la economía capitalista mundial en expansión. Una tasa compuesta de crecimiento físico es potencialmente catastrófica por razones medioambientales, entre otras.

Mi dato favorito al respecto es el consumo de cemento en China. En los dos años posteriores a 2012, los chinos consumieron el doble de cemento que Estados Unidos en los cien años anteriores. Si eso

es lo que entraña el crecimiento compuesto desde un punto de vista físico, entonces el desastre está servido. Dentro de sesenta años estaremos de cemento hasta el cuello. Así que la manera en que el sistema va a expandirse supone un auténtico problema. ¿Puede expandirse en términos de mercancías producidas y consumidas? ¿Puede expandirse en términos de actividad productiva y producción de plusvalía? ¿Puede expandirse en términos de poder monetario? La única de estas opciones que en principio no tiene ningún límite es el dinero. Se trata simplemente de añadir ceros a la masa monetaria mundial.

Esto es, en efecto, lo que hace la flexibilización cuantitativa de los bancos centrales de todo el mundo. La oferta monetaria mundial se ha expandido de forma exponencial desde la década de 1970. Esta expansión puede, en principio, continuar de manera indefinida. Pero, si hay cada vez más dinero en el mundo, se plantea la cuestión de para qué se puede utilizar y qué puede comprar. Es difícil que todo ese dinero nuevo se destine a inversiones reales. Cuando se rescató a los bancos con mucho más dinero después de 2007-2008, la esperanza era que gran parte de él se dedicara a aumentar la actividad productiva. Pero menos del 20% se destinó a eso. El resto se utilizó para recomprar acciones, invertir en el valor de los activos en el mercado de valores o comprar activos de recursos naturales (incluyendo tierras y propiedades). Por lo tanto, no se dedicó a nada productivo. Se destinó principalmente a instrumentos monetarios y a especular con el valor de la tierra y de las propiedades. Aquí se aprecia algo interesante. Una de las respuestas al colapso de 2007-2008 –que comenzó en los mercados inmobiliarios– fue revitalizar y acelerar la especulación en los principales mercados inmobiliarios. En China, la actividad en este sector ha sido frenética. Desde la crisis en las industrias de exportación sufrida por China en 2008, el 15% del crecimiento del país se ha basado en la construcción de viviendas. Alguien del Banco de la Reserva Federal de San Francisco dijo en cierta ocasión: «Estados Unidos tiene una larga experiencia en salir de las crisis construyendo casas y llenándolas de cosas». Y si observamos los mercados inmobiliarios de las principales áreas metropolitanas del mundo, veremos que se ha producido un

increíble auge del valor de las propiedades, hasta el punto de que grandes segmentos de la población no tienen un lugar asequible para vivir. Para la parte de la población que trata de vivir con 50.000 dólares al año, encontrar un lugar de residencia en la ciudad de Nueva York es imposible en estos momentos. La crisis de la vivienda asequible es real y generalizada.

La situación es demencial. La parte monetaria ha aumentado de forma muy rápida desde 2007-2008, sin que haya habido mucho «progreso» en la parte física. En algunas zonas del mundo se han producido avances, pero en general casi toda la reciente expansión monetaria ha acabado, de manera desproporcionada, en manos de los ricos.

Este fenómeno queda especialmente de manifiesto en el caso de las políticas de flexibilización cuantitativa, en las que los bancos centrales (la Reserva Federal en Estados Unidos, el Banco de Inglaterra, el Banco Central Europeo y el Banco Central Japonés) compran pasivos de hipotecas y bonos en manos de los bancos comerciales. Los bancos centrales pagan en efectivo. Así se aumenta la liquidez (dinero libre) en la economía, al tiempo que se almacenan las hipotecas y los bonos, que de otro modo lastrarían la actividad de los bancos comerciales. En eso consiste la flexibilización cuantitativa, una de las respuestas principales a la crisis de 2007-2008. Los bancos centrales del mundo aumentaron la oferta monetaria mundial. Pero este dinero extra no fluyó siempre hacia la actividad productiva, sino que se destinó en gran medida a la compra de valores de activos.

Muchos afirmaban que la flexibilización cuantitativa beneficiaba básicamente a las clases altas a expensas de las clases bajas. Sin embargo, el Banco de Inglaterra realizó un estudio detallado que demostró que las clases bajas se beneficiaron proporcionalmente más de la flexibilización cuantitativa que las clases altas. Solo al final del artículo se entendía lo que esto significaba: el 10% más humilde de la población recibió de media en cinco años algo así como 3.000 libras más. El 10% más privilegiado recibió 325.000 libras más. Pero la tasa de mejora de las clases bajas fue mayor que la de las clases altas. Aquí se ve realmente lo pobre que es el 10% más humilde.

¿Qué preferirías tener: una tasa de rendimiento del 10% sobre diez dólares o una tasa de rendimiento del 5% sobre un millón de dólares? Eso es lo que, en efecto, estaba ocurriendo. Las clases altas han aumentado increíblemente la masa de su riqueza y su poder, mientras que el 10% más humilde puede permitirse un par de tazas de café más a la semana gracias a la flexibilización cuantitativa. Pero el informe estaba encabezado por este titular: «Los pobres en realidad se beneficiaron más, en términos relativos, que los ricos». Esta distinción entre la tasa y la masa de aumento es de suma importancia. Las grandes corporaciones pueden tener tasas de rendimiento relativamente bajas, pero se puede ver que la masa absoluta de rendimiento para Exxon, o para cualquier empresa de tamaño similar, es una enorme cantidad de dinero, en comparación con, digamos, una tasa de rendimiento relativamente alta de un restaurante familiar que lucha por pagar las subidas de los alquileres y de los costos de entrega en Manhattan.

Los cambios relativos en la disposición de la masa son indicativos de que el lado del dinero se ha vuelto cada vez más importante. Aquí es donde radica la creciente desigualdad social. El aspecto monetario de las cosas forma incluso parte del funcionamiento de las empresas. Pensamos en General Motors, por ejemplo, como una empresa que fabrica automóviles, pero una de las divisiones más exitosas de la empresa ha sido General Motors Acceptance Corporation, que en realidad se dedica a prestar dinero para la compra de automóviles. Llegó a ser tan grande y exitosa que finalmente se convirtió en un banco independiente. Muchas de las grandes empresas automovilísticas ganan más dinero con las operaciones financieras que con la fabricación de coches. Hace poco vi algunos datos sobre las aerolíneas, y resulta que, mediante la cobertura de los precios del combustible y ese tipo de operaciones, ganan más dinero con sus manipulaciones financieras que con el hecho de llevar a la gente a cualquier lugar. Muchas empresas de producción se dedican a las manipulaciones financieras. Si dan ese paso, es ante la perspectiva de obtener una buena tasa de rendimiento. Pero eso significa que una corporación debe moverse con rapidez, ser muy sofisticada y tener acceso a buena información

para recaudar fondos de una cosa para otra y así maximizar los ingresos y la tasa de rendimiento entre esto y aquello. La dirección de muchas empresas está formada cada vez en mayor medida por expertos en finanzas, no en ingeniería. Los gobiernos y los estados locales a menudo ayudan a estructurar gangas financieras útiles. Por ejemplo, un banco puede pedir un préstamo a la Reserva Federal a, digamos, un tipo de interés del 1,5%, y colocar el dinero en bonos del Tesoro al 3%. Al hacerlo, los bancos no están sino ganando dinero. Pero esto se volvió muy habitual después de 2007-2008. Todo este dinero se inyectó en el sistema, pero muy poco se destinó a la actividad productiva. Se dedicó principalmente a jugar con el sistema financiero. Esto incluía la compra de activos. Ha habido mucho de lo que se llama «acaparamiento de tierras» en todo el mundo. He leído un informe en el que se dice que la dotación de la Universidad de Harvard está muy presente en la compra o el arrendamiento de tierras en América Latina. Otros actores se encuentran muy presentes en África, donde los precios de la tierra se están disparando.

Así pues, estamos entrando en una economía especulativa que es difícil de legitimar como actividad productiva. Pero también tenemos considerables dificultades para entender las intrincadas complejidades del sistema financiero. Detrás de todo esto, vemos la aparición de una clase inversora distintiva (por ejemplo, los fondos de cobertura y de capital privado), cuyo único interés es obtener una alta tasa de rendimiento por cualquier medio posible sin ninguna restricción política, social o económica.

Entre estos inversores, los principales son los fondos de pensiones. Los fondos de pensiones están ahí, diciendo: «Quiero una alta tasa de rendimiento», y salen a preguntar: «¿Cómo podemos conseguirla? ¿Con un acaparamiento de tierras en África?». Mi fondo de pensiones, el TIAA, está supuestamente involucrado en acaparamientos de tierras en América Latina. No me gusta y protesto. Pero entonces la dirección dice que la obligación fiduciaria de un fondo de pensiones es obtener la mayor tasa de rendimiento posible, y, si esa se consigue mediante el acaparamiento de tierras en América Latina, eso es lo que hay que hacer. De lo contrario,

afirman, se los puede acusar de no cumplir con su obligación fiduciaria. En este momento hemos construido una economía demencial, tan enteramente financiarizada que se olvida de la producción, al mismo tiempo que se carga cada vez más de deudas que, o bien se hipotecan a futuro, o bien resultan impagables.

Para Marx, siempre hay un elemento parasitario en el sector financiero, pero también un elemento constructivo. Necesitamos el sistema financiero para suavizar los diferentes tiempos de rotación en la compra y venta de mercancías. Hay muchas funciones financieras que son muy útiles y ayudan a coordinar los flujos de capital. Por ejemplo, antes había sociedades de ayuda mutua, que eran pequeñas instituciones de ahorro y préstamo, en las que la población local podía poner su dinero y obtener un pequeño tipo de interés, pero luego ese dinero podía prestarse a alguien de la comunidad para comprar una casa. La mayoría de la gente aceptaría que este es un uso benéfico del sistema de crédito. Este permitió a la gente reunir dinero colectivamente para emprender proyectos muy necesarios (como la construcción de un hospital). Hay un lado constructivo en el sistema de crédito. Pero luego está ese lado especulativo demencial, como la compra de tierras en Brasil con fines de especulación. El Estado debería intervenir para controlar el lado especulativo y facilitar el lado benéfico. Pero el lado especulativo es, por supuesto, el que favorecen los capitalistas, sobre todo si ofrece una mayor tasa de rendimiento. Los capitalistas pretenden abolir las intervenciones y los controles reglamentarios del Estado. En este momento, están tratando de conseguir una mayor desregulación del sistema financiero, de modo que está a punto de librarse una gran batalla, me parece, sobre la cuestión de lo que ocurre con los servicios financieros y hasta qué punto son productivos. Las elecciones en Estados Unidos previstas para 2020 plantearán esa cuestión y ya se puede ver a quién favorece el gran capital. Y Trump está encantado de complacerlo.

Los empleados de Goldman Sachs son trabajadores improductivos. Hay que proclamarlo a los cuatro vientos. Lo mejor que podemos decir de ellos es que son improductivos pero necesarios. No debemos confundir la hierba con la maleza. Necesitamos, dentro del

marco del capitalismo, un sistema de crédito decente y bien regulado. Es necesario que se organice y regule como un servicio público, proporcionando crédito para funciones y necesidades sociales apropiadas. Necesitamos que este invierta en proyectos a largo plazo con beneficios futuros, como las infraestructuras físicas y sociales en educación, por ejemplo. En otras palabras, necesitamos un sistema de crédito adecuado y entidades de crédito que ayuden a determinar y financiar el futuro. Eso es seguro. En cambio, no necesitamos Goldman Sachs. De Goldman Sachs ha salido el secretario del Tesoro de Estados Unidos desde la década de 1990 aproximadamente. Así que, en efecto, es Goldman Sachs quien ha estado dirigiendo la política económica de Estados Unidos. ¿En interés de quién? Pues de Goldman Sachs. Y eso es lo que está en el corazón del proyecto neoliberal. Tenemos que resucitar la retórica de Occupy Wall Street, que pone de manifiesto los elementos especulativos parasitarios dentro del sistema de crédito. Es vital entender qué es y qué no es productivo en el sistema financiero. Se trata de un reto intelectual y teórico, además de una cuestión práctica.

Las finanzas y la deuda exigen mucho trabajo en el futuro. Los estudiantes endeudados lo entienden. Acumulan 100.000 dólares de deuda y han de pasarse diez o quince años trabajando para pagarla antes de poder tener una vida que puedan llamar propia. Este es su trabajo futuro. También es nuestro futuro colectivo. Estamos entrando en una situación de esclavitud de la deuda, de servidumbre por ella, en la que muchos de nosotros estamos muy endeudados. Esto se relaciona con algo que mencioné antes. Como los salarios han estado cayendo en términos relativos, hubo que mantener la demanda aumentando el recurso al crédito. El sistema capitalista sobrevive extendiendo y ampliando el sistema de crédito. El crecimiento del crédito es el crecimiento del capital. Este es nuestro dilema actual. Evidentemente, esta situación no puede prolongarse hasta la eternidad, pero debe continuar para que el capital sobreviva. Lo que se puede hacer al respecto se abordará en un próximo capítulo.

# V. EL GIRO AUTORITARIO

Que los pobres sigan siendo pobres y los ricos se hagan ricos es algo que, en la canción de Leonard Cohen, todo el mundo sabe y, además, «así son las cosas». Pero si todo el mundo lo sabe, ¿por qué «todo el mundo» no hace nada al respecto?

La pregunta que me parece interesante es la siguiente: ¿qué es lo que todo el mundo sabe realmente sobre nuestra coyuntura actual? Consideremos, por ejemplo, los resultados electorales que se produjeron el 8 de octubre de 2019 en Brasil. Lo que sucedió fue que un tipo llamado Jair Bolsonaro obtuvo el 46% de los votos en la primera ronda de las elecciones. Esto fue un 10% más de lo que predecían las encuestas, por lo que le fue mucho mejor de lo que se esperaba. Frente a él, en segundo lugar, estaba el candidato del Partido de los Trabajadores, que obtuvo alrededor del 29% de los votos, y luego un montón de otros candidatos, por lo que hubo de celebrarse una segunda vuelta; pero estaba bastante claro que Bolsonaro muy probablemente se impondría en la segunda ronda de las elecciones.

Ahora bien, este resultado presenta una serie de aspectos interesantes, porque Bolsonaro es un candidato de derecha un poco descabellado, intolerante e imprevisible. Para empezar, los resultados provocaron una enorme subida en la Bolsa brasileña. Las acciones subieron un 6% al día siguiente. El real brasileño mejoró un 3% en los mercados mundiales en un momento en que los mercados emergentes estaban atravesando un mal momento en general. La respuesta comercial a la victoria de Bolsonaro fue muy positiva. La gran pregunta es: ¿por qué? Al fin y al cabo, nada había en el historial de Bolsonaro que sugiriese que era en especial proempresarial. Como congresista, había sido un verso suelto de la extrema derecha. Se había presentado a las elecciones fundamentalmente con una plataforma para acabar con la corrupción, que amenazaría a muchas empresas y a los políticos.

Acabar con la corrupción, o, como lo llamamos en Washington, «drenar el pantano», se está convirtiendo en un gambito político. Sin embargo, hay una gran diferencia entre enfrentarse a la corrupción y utilizarla como medio para perseguir a los adversarios. En Brasil, sin duda, parece haber mucha corrupción. Pero es innegable que se está utilizando esencialmente para castrar a la izquierda en lugar de ir a por la derecha. La presidenta Dilma Rousseff fue destituida por una acusación menor de corrupción. Había manipulado los datos estadísticos, nada más. No era un caso de corrupción personal. Quien la persiguió acabó en la cárcel por corrupción, y del nuevo presidente que ocupó el lugar de Dilma se sabía que había dicho cosas muy, muy corruptas. Pero nadie fue tras él, presumiblemente porque era un conservador. También conspiró para que Lula fuera encarcelado por corrupción, en lo que constituyó, como mínimo, un caso dudoso. Por lo tanto, cuando Bolsonaro decía que iba a perseguir la corrupción, estaba claro que iba a perseguir la corrupción en el Partido de los Trabajadores y en la izquierda. Pero esto es algo que está ocurriendo en todo el mundo. Los chinos, por ejemplo, han puesto en marcha un programa muy ambicioso contra la corrupción, y no está claro si es para ir contra los opositores o si realmente está abordando las causas de la corrupción, que sin duda existe, sobre todo en el nivel local de la política china.

Bolsonaro también expresa su admiración por la dictadura militar que existió en Brasil en las décadas de 1970 y 1980. Los militares, dice, garantizaban la seguridad (de cierto tipo). Bolsonaro argumentó que esto era lo que podría necesitarse para proporcionar seguridad a la población y frenar la actividad criminal, fuera de control sobre todo en las favelas urbanas, donde el tráfico de drogas y las bandas eran supuestamente dominantes. Bolsonaro sugirió que, en caso de necesidad, recuperaría a los militares para hacer frente a estos problemas. También expresó su admiración por el presidente de Filipinas, Duterte, que había recurrido a medios extrajurídicos para hacer frente a las bandas de narcotraficantes y a la delincuencia. Si te encuentras con un traficante de drogas, lo matas a tiros y ya está. Bolsonaro es de esa clase de personas. Por si fuera poco, consta que ha dicho todo tipo de cosas misóginas,

desagradables y denigrantes sobre las mujeres y la gente de color, las mismas a las que nos hemos acostumbrado en Estados Unidos con el presidente Trump. Esta circunstancia le hizo ganarse a Bolsonaro el apodo de «Trump del Trópico». Así es la plataforma política con la que Bolsonaro finalmente fue elegido.

De modo que la pregunta es: ¿por qué todos los financieros y el mercado de valores brasileño se unen tras Bolsonaro y dicen: «Genial. Esto es lo que queremos y necesitamos»? Pues resulta que Bolsonaro tiene un asesor financiero, un economista llamado Paulo Guedes, formado en Chicago. Fíjense bien: ¡Chicago! Recuerden que fue Chicago quien proporcionó los Chicago Boys al general Pinochet tras el golpe de Estado de 1973 en Chile, en el que se derrocó al presidente socialista Salvador Allende y se reimaginó la economía en términos de la teoría económica de Chicago. Los Chicago Boys cobraron gran importancia en la primera ola de neoliberalización que se desató en América Latina con el golpe de Pinochet. Aquí estamos, unos cuarenta años después, en presencia de un economista de Chicago que dice estar a favor de la privatización, de la austeridad fiscal y de los equilibrios presupuestarios a expensas de los programas sociales para los pobres y, en particular, a costa del gran programa que el Partido de los Trabajadores había puesto en marcha. Se trataba de algo llamado Bolsa Familia, que era un subsidio para las poblaciones de bajos ingresos siempre que enviaran a sus hijos a la escuela. Esto proporcionó bastante poder adquisitivo a las clases bajas de Brasil. Guedes es partidario de reformar las pensiones. Considera que el sistema estatal de pensiones de Brasil es demasiado generoso y hay que reducirlo. También está a favor de la privatización de todos los activos estatales. En resumen, es partidario de un programa neoliberal clásico. Esto fue lo que celebró el mercado de valores. Bolsonaro le traía sin cuidado. Lo que le importaba era que Guedes se convirtiese en ministro de Economía y las políticas neoliberales que aplicaría. Cuando tomó posesión de su cargo como ministro de Economía, anunció que seguiría los pasos del Chile de Pinochet.

Lo inquietante es que parece estar surgiendo una alianza entre la economía neoliberal, por un lado, y el populismo de derechas, por

otro. Esta idea se apoya en varios ejemplos comparativos. Por ejemplo, Alternativa para Alemania, el partido de derecha surgido en 2013 y que es antiinmigración, xenófobo y nacionalista. Surgió casi de la nada y, en el momento de escribir estas líneas, es el tercer partido más grande en el Bundestag. Tenía que apoyar alguna clase de programa económico. Cuando se les preguntó, se limitaron a decir que era el «ordoliberalismo», una versión alemana del neoliberalismo. Esta versión no se basa totalmente en una ideología de libre mercado. Se trata de mercados libres guiados por el Estado. En realidad, los mercados libres guiados por el Estado han estado en el centro de la versión europea del neoliberalismo en general, así como de la versión alemana del neoliberalismo en todo momento. En la práctica, por supuesto, la mayoría de los países que abrazan la ideología neoliberal cuentan con mucho apoyo estatal. De todos modos, el partido nacionalista de derechas Alternativa para Alemania declaró que su política económica era la versión alemana del neoliberalismo.

Aquí tenemos dos claros ejemplos de movimientos políticos populistas de extrema derecha que abrazan lo que podría llamarse propaganda neofascista, incluso nazi en el caso alemán, y que defienden el neoliberalismo. Empieza a parecer que está surgiendo una alianza entre estos movimientos de derecha populista alternativa y el proyecto neoliberal. ¿Es esto lo que está ocurriendo en Estados Unidos en estos momentos?

Trump ciertamente está articulando una alternativa de extrema derecha. No rechaza las influencias supremacistas blancas y neonazis, como vimos en Charlottesville. No niega la política de la derecha alternativa de Steve Bannon. ¿Hasta qué punto está también comprometido con la perpetuación del neoliberalismo? Puede ser una conexión incómoda, pero el vínculo está ahí. Si no me equivoco y el neoliberalismo siempre ha sido un proyecto de las clases altas y de la clase capitalista dirigido principalmente a mantener y, si es posible, aumentar su riqueza y su poder, y si toda la historia del neoliberalismo ha consistido en eso y ha funcionado de manera que los ricos se han enriquecido de forma inevitable y los pobres se han estancado o han empeorado, entonces el éxito del

proyecto neoliberal es innegable, dada la evidencia del aumento de la desigualdad social allí donde se han aplicado sus políticas. Esta es la historia que realmente tenemos que revisar.

Vivimos tiempos en los que no es sencillo ofrecer definiciones claras de la estructura de clases, en particular cuando examinamos el concepto de clase trabajadora, porque tenemos mucho empleo temporal y mucho empleo en el sector de los servicios. Las fábricas no existen de la misma manera que en el pasado, al menos en Estados Unidos. Todas se han ido a China. La clase trabajadora ha quedado fragmentada y dividida de mil formas en los países capitalistas avanzados.

Pero la definición de la clase capitalista no presenta ningún problema. Sabemos quiénes son y a qué se dedican. Tomemos el ejemplo de los hermanos Koch. Heredaron su posición de clase y su imperio industrial. Industrias Koch es una empresa privada muy grande. Son una de las mayores corporaciones de Estados Unidos. Son una empresa química, pero también se dedican a la producción de materiales. Se dice que casi todo lo que usamos hoy en día probablemente incorpora algún producto de los hermanos Koch.

Así que la empresa tiene intereses industriales muy amplios y extensos. Es enormemente rentable, y los propios hermanos Koch son enormemente ricos. ¿Qué tipo de política siguen? En algunos aspectos se ajustan a la ideología neoliberal clásica. Creen en el libre mercado y en el libre comercio. Lindan con el lado libertario del neoliberalismo. Quieren rectitud fiscal por parte del Estado. No desean que el Estado intervenga. No les gusta la regulación estatal y cosas por el estilo, pero son fieles a sí mismos, en el sentido de que también profesan algunas posiciones algo progresistas. Creen en una inmigración adecuada. Creen, por ejemplo, en la reforma penitenciaria y creen que los aranceles no son una buena idea. Han atacado a Trump por su conflicto con China.

Los dos primeros de esos aspectos, la inmigración y la reforma penitenciaria, tienen mucho que ver con la desregulación y la apertura del mercado laboral, que, por supuesto, reviste siempre gran interés para la clase capitalista. Contar con mercados laborales libres y abiertos, y que muchos expresos no pudieran volver a

trabajar a causa de las diversas restricciones a las que se han enfrentado, significaba que había cierta inflexibilidad en la mano de obra que a los hermanos Koch no les gustaba. Así que tienen algunas posiciones aparentemente progresistas en medio de estos otros compromisos con el libre mercado y el libre comercio. Al principio, los hermanos Koch ayudaron a financiar el Tea Party. Apoyaron al Partido Republicano con enorme contundencia y en su propio beneficio. Uno de los hermanos Koch[1] declaró que los últimos cinco años han sido los mejores para Industrias Koch y para sus intereses particulares.

Ahora bien, es interesante que hayan dicho cinco años, porque eso se remonta a una época anterior a la elección de Trump, y por supuesto se refiere al final de la presidencia de Obama, cuando los republicanos controlaban todos los instrumentos en el Congreso y pudieron detener casi cualquier tipo de intervención regulatoria por parte del gobierno, incluida toda clase de expansión del presupuesto. Durante esos años, las cuestiones relativas a la no ampliación del límite de la deuda, el equilibrio del presupuesto y la reducción de impuestos se convirtieron en elementos destacados de la ecuación política.

Había muchas cosas de este tipo que impedían al gobierno introducir más regulaciones (por ejemplo, sobre el medio ambiente). A los hermanos Koch esta situación les venía muy bien. Lo único que podía hacer Obama era legislar por orden ejecutiva, una maniobra rotundamente criticada por el Congreso republicano, a cuyo juicio iba más allá de la autoridad de la presidencia, por ejemplo, cuando prohibió la minería en tierras federales y adoptó medidas de ese tipo. Obama promulgó toda una serie de órdenes reguladoras sobre la inmigración, la minería, el medio ambiente y aspectos similares que no fueron del agrado de los hermanos Koch. Pero lo que se puede hacer por orden ejecutiva se puede deshacer por orden ejecutiva, así que cuando llegó Trump una de las primeras medidas que adoptó fue revertir casi todas las órdenes ejecutivas de Obama. A los hermanos Koch esto les pareció genial. Por ejemplo, ya no se podía hablar del cambio climático. La Agencia de Protección del Medio Ambiente no podía ni siquiera mencionar el tema. Se

redujeron los controles reguladores de la minería en tierras federales. Se permitió la perforación en el Ártico y en alta mar. Básicamente, todo el aparato regulatorio de las finanzas fue eliminado de forma gradual a través de órdenes ejecutivas, y, por supuesto, estas se han extendido a las medidas sobre inmigración. En lo que respecta a los hermanos Koch, la política de los últimos cinco años les ha sido en extremo favorable, dejando aparte los dos temas de ámbito nacional que tanto les interesan: la inmigración y la reforma penitenciaria. Tampoco les gustaron las políticas arancelarias de Trump, que, en todo caso, no forman parte del manual neoliberal. Pero, en términos generales, a los hermanos Koch les ha ido muy bien con la presidencia de Trump y el control republicano del Congreso. Tienen un comité de acción política muy grande que ha estado activo durante algún tiempo. Han invertido 100 millones de dólares en la campaña republicana para mantener el control de las dos Cámaras del Congreso. Pero también apoyaron a algunos demócratas conservadores para ayudar a contrarrestar la deriva hacia la izquierda de ciertas facciones del Partido Demócrata.

Los hermanos Koch son fervientes partidarios del proyecto neoliberal. No apoyan a los candidatos republicanos que se oponen firmemente a la reforma migratoria y que respaldan las guerras arancelarias impulsadas por el gobierno de Trump. Desde el punto de vista de su política libertaria y desde el punto de vista de los intereses empresariales en general, ni las guerras arancelarias ni los controles migratorios son una buena idea. Interfieren con la libre circulación de bienes y servicios y también de la fuerza de trabajo. El apoyo a la ofensiva de Trump sobre los aranceles proviene tanto de los demócratas como de los republicanos. La cuestión de los aranceles ya se ha resuelto entre México y Canadá con el apoyo de todos los partidos. Se ha hablado mucho del gran éxito que esto ha representado desde el punto de vista de Estados Unidos, pero en realidad las cosas distan de ser así. Se habla mucho sobre multitud de nuevos acuerdos comerciales en perspectiva. Ya hay un nuevo acuerdo arancelario con Corea del Sur, y otro que está fraguándose poco a poco con los europeos y que probablemente veremos cumplido. El único país con el que no va a haber un acuerdo

arancelario fuerte y vinculante es China, y está claro que Trump va a ir a por ella, lo que probablemente les parezca bien hasta cierto punto en algunos círculos de negocios y en el Partido Demócrata. Pero a muchas empresas de Estados Unidos, así como a los agricultores, tampoco les gustan los aranceles a China.

El gobierno de Trump está dando marcha atrás en la cuestión de los aranceles probablemente por razones electorales. Pero el área en la que el gobierno de Trump se ha empleado a fondo ha sido la reforma fiscal. La reforma fiscal de 2017 fue un enorme regalo para las corporaciones, un enorme regalo con el que las Industrias Koch al parecer se beneficiaron inmensamente, y no solo ellas, sino también los individuos ricos con los que mantienen vínculos. Esta es, de nuevo, una de las áreas en las que la política de Trump y los intereses de la clase capitalista se han superpuesto con claridad. Veamos el panorama. Los hermanos Koch estaban interesados en la reforma fiscal y los beneficios fiscales. Los han conseguido. Les interesaba la desregulación de todo, y la tienen, desde el medio ambiente hasta la regulación de las finanzas. Tienen casi todo lo que quieren. Este es exactamente el tipo de política que se está llevando a cabo en Brasil. También es el tipo de política que se practica en Polonia y Hungría, así como en la India de Modi. La extrema derecha está unificada en su apoyo a los proyectos neoliberales y a la creciente concentración y centralización de la riqueza en la sociedad, incluso cuando apoya el aumento de la represión de los movimientos de oposición.

El resultado es que los hermanos Koch y otros como ellos se enriquecen cada vez más. Pero luego utilizan parte de esa riqueza para lanzar enormes empresas filantrópicas. Esta es la forma en que los ricos justifican su riqueza. Cuando se visita el Museo de Historia Natural de Nueva York y se entra en la Sala de los Dinosaurios, se está en la sala de donaciones de los hermanos Koch. Cuando los niños miran los dinosaurios, ven que la exposición está patrocinada por los hermanos Koch, lo que proporciona a estos una estupenda publicidad como buenos ciudadanos, dado que apoyan este tipo de cosas. Vayan al Lincoln Center y vean el ballet en el Auditorio Koch.

Los ricos participan en este enorme juego filantrópico para cultivar el apoyo público, la conciencia pública, el desarrollo de cierto tipo de cultura pública y ciertas formas de pensar y conocer.

He utilizado a los hermanos Koch como emblema de lo que es la clase capitalista. No creo que sea difícil en estos tiempos definir la clase capitalista y a lo que se dedica. Fijémonos en los hermanos Koch. Pero también podríamos detenernos en Michael Bloomberg. Aquí es donde las cosas se ponen interesantes. La clase capitalista no es homogénea. Puede que todos apoyen el libre mercado, el libre comercio, la libertad de regulación, la privatización, la rectitud fiscal y todo lo demás, y sean homogéneos en lo que a eso respecta, pero luego tienen sus preocupaciones propias.

Por ejemplo, los hermanos Koch odian la regulación medioambiental. Rechazan e impiden el debate sobre el cambio climático. Están muy contentos con lo que dice Donald Trump al respecto y con que este ponga al frente de la Agencia de Protección Ambiental (EPA, por sus siglas en inglés) a una nulidad de derechas que odia la protección del medio ambiente y pretende convertir la EPA en una institución muerta. Desde Ronald Reagan, la táctica ha sido convertir la EPA en una organización no funcional. Abolirla sería demasiado, pero debilitarla resulta sencillo. Michael Bloomberg, en cambio, se toma en serio la cuestión del cambio climático, de modo que, al parecer, en las elecciones de 2018 dedicó unos 100 millones de dólares a apoyar a los candidatos demócratas que estuvieran a favor de la regulación medioambiental y de las políticas para mitigar las emisiones de carbono.

Cuando hablo del neoliberalismo y de la clase capitalista, no hablo de una clase capitalista totalmente homogénea. Hay diferencias en su seno. Bloomberg está a favor de la regulación medioambiental, pero no de la regulación financiera. Los hermanos Koch no están a favor de ninguna de ellas. Bloomberg no está a favor de que un gran segmento del gobierno federal se dedique a apoyar las necesidades de las poblaciones de bajos ingresos y los hermanos Koch también están de acuerdo con él en eso. Bloomberg discrepa de los hermanos Koch y de muchos otros sobre el cambio climático y el

control de armas, pero no sobre los fundamentos del apoyo al capitalismo.

Un número relativamente pequeño de personas y corporaciones extremadamente ricas dirigen *de facto* la política estadounidense. A menudo parece que tenemos un solo partido político en Estados Unidos. Contamos con dos alas de ese mismo partido político. Llamémoslo el Partido de Wall Street. Una mitad del partido está financiada y dirigida por los hermanos Koch y su calaña, y esa es la parte republicana. La otra mitad está financiada por Michael Bloomberg, Tom Steyer, George Soros y otros de su calaña, que es la parte del Partido Demócrata. Ambas alas dependen de la financiación de la clase capitalista. También apoyan ampliamente el proyecto neoliberal en general, con divergencias específicas, en particular sobre el cambio climático y la gestión. Apoyan la educación superior, pero cada una tiene en mente un tipo de educación distinta. La educación neoliberal, la educación empresarial, el cultivo del espíritu empresarial en las escuelas sobre una base meritocrática y cosas similares lo defiende un ala. El cultivo de la responsabilidad social y la autosuficiencia lo apoya la otra ala. Ambas apoyan proyectos sociales y culturales, pero también de distinta índole. Ambas están de acuerdo con un tipo de multiculturalismo limitado. Ambas tienden a apoyar preocupaciones sociales limitadas sobre los derechos de las mujeres (sin pasarse) y los derechos de los homosexuales (lo mismo).

Hay cierta configuración del poder económico que interviene en el ámbito de la política, pero que ahora mismo tiene que decidir qué hacer con la política etnonacionalista de extrema derecha e incluso con la política neonazi. La tendencia a la política neomilitar dictatorial que se da en el caso de Brasil está obteniendo cierto apoyo en la comunidad empresarial, aunque no necesariamente entre las grandes corporaciones. La comunidad empresarial sigue brindando apoyo político a las políticas de derecha, pero, si ya no puede hacerlo a través de los medios neoliberales convencionales, como ocurrió en las décadas de 1980 y 1990, o mediante el respaldo a las políticas autoritarias que surgieron en la década de 2000, entonces parece estar preparada para abrazar la política neofascista.

Utilizo el término fascismo de forma deliberada. Les recuerdo que Franco, Hitler y Mussolini tuvieron ciertas relaciones con las grandes corporaciones y trabajaron muy estrechamente con ellas a lo largo del tiempo mientras desarrollaban su marca particular de socialismo: el nacionalsocialismo.

No sostengo que un movimiento de este tipo sea inevitable, pero sí que hay señales de advertencia de que el proyecto neoliberal se halla en peligro y está perdiendo su legitimidad, y de que quienes lo defienden entre los grandes empresarios están buscando mecanismos populares de apoyo. La oligarquía global que gobierna está extremadamente concentrada y es muy pequeña. El último informe de Oxfam sobre la distribución de la riqueza, por ejemplo, decía que ocho individuos controlan tanta riqueza como el 50% de la población más pobre del mundo. Hace veinte años, la lista de individuos que poseían esa cantidad de riqueza y poder era de 340. En cierto modo, el proyecto neoliberal ha tenido demasiado éxito en la consecución de su objetivo de una creciente centralización de la riqueza y el poder de la clase capitalista.

Cómo se justifica y legitima esta concentración de la riqueza y cómo se va a preservar en estos días son las grandes preguntas que debemos afrontar. ¿Vamos a tolerar esta aparente alianza entre la economía neoliberal y las formas políticas neofascistas? Tales alianzas están empezando a aparecer en todo el mundo de forma preocupante. El fenómeno Bolsonaro en Brasil es real. Miremos a Duterte en Filipinas, a Erdoğan en Turquía, a Orban en Hungría y a Modi en India. Si observamos a todas estas personas, es evidente que estamos ante una situación peligrosa. El *establishment* liberal, el Partido Demócrata de Michael Bloomberg, por ejemplo, no es lo bastante fuerte para resistir esta evolución política. Se necesitará un movimiento masivo de oposición para contrarrestar esta alianza neoliberal neofascista que está llegando a imperar. Pero esto requiere que todo el mundo conozca la naturaleza profunda de los problemas a los que nos enfrentamos y el abanico de respuestas verosímiles.

<sup>1</sup>Uno de los hermanos, David Koch, murió recientemente, en agosto de 2019.

# VI. SOCIALISMO Y LIBERTAD

El tema de la libertad surgió hace poco cuando di unas charlas en Perú. Los estudiantes estaban muy interesados en la pregunta: «¿Exige el socialismo una renuncia a la libertad individual?». La derecha ha conseguido –sobre todo en Estados Unidos, pero también en otros lugares– apropiarse del concepto de libertad y utilizarlo como arma en la lucha de clases contra los socialistas que supuestamente se dedican a la «no libertad». La sumisión del individuo al control estatal impuesto por el socialismo o el comunismo es algo que hay que evitar y eludir, decían, a toda costa. Mi respuesta fue que no debemos renunciar a la idea de la libertad individual como parte de un proyecto socialista emancipador. De hecho, deberíamos ponerla en el centro y no en la periferia. La consecución de las libertades individuales es, según he argumentado, un objetivo primordial de los proyectos emancipatorios socialistas. Pero ese logro requiere la construcción colectiva de una sociedad en la que cada uno de nosotros tenga oportunidades y posibilidades adecuadas para realizar sus propias potencialidades.

Marx tenía algunas cosas interesantes que decir sobre este tema. Una de ellas es que «el reino de la libertad comienza cuando se deja atrás el reino de la necesidad». La libertad no significa nada si no tienes suficiente para comer, si se te niega el acceso a una atención sanitaria adecuada, a la vivienda, al transporte, a la educación, etc. El papel del socialismo es satisfacer esas necesidades humanas básicas para que entonces la gente sea libre de hacer exactamente lo que quiera. El punto final de una transición socialista, y el punto final de la construcción de una sociedad comunista, es un mundo en el que las capacidades y poderes individuales se liberan por completo de los deseos, las necesidades y otras limitaciones políticas y sociales. En lugar de admitir que la derecha tiene el monopolio de la noción de libertad individual, tenemos que reclamar la idea de libertad para el propio socialismo.

Pero Marx también señaló que la libertad es un arma de doble filo. Su forma de ver este problema desde el punto de vista de los trabajadores resulta interesante. En una sociedad capitalista, dice Marx, los trabajadores son libres en un doble sentido. Pueden ofrecer libremente su fuerza de trabajo a quien quieran en el mercado laboral. Pueden ofrecerla en cualesquiera condiciones contractuales que puedan negociar de forma libre. Pero, al mismo tiempo, no son libres, porque han sido «liberados» de cualquier control o acceso a los medios de producción. Por lo tanto, tienen que entregar su fuerza de trabajo al capitalista para poder vivir.

Se trata de una libertad de doble filo. Para Marx, esta es la contradicción fundamental de la libertad en el capitalismo. En el capítulo sobre la jornada laboral que figura en *El Capital*, lo expresa así: el capitalista es libre de decir al trabajador: «Quiero emplearte con el menor salario posible durante el mayor número de horas posibles haciendo exactamente el trabajo que yo especifique. Eso es lo que te exijo cuando te contrato». Y el capitalista es libre de hacerlo en una sociedad de mercado porque, como sabemos, la sociedad de mercado consiste en pujar por esto y por aquello. Por otro lado, el trabajador también es libre de decir: «No tienes derecho a hacerme trabajar catorce horas al día. No tienes derecho a hacer lo que quieras con mi fuerza de trabajo, sobre todo si eso acorta mi vida y pone en peligro mi salud y mi bienestar. Solo estoy dispuesto a trabajar una jornada justa con un salario justo».

Por la naturaleza misma de la sociedad de mercado, tanto el capitalista como el trabajador tienen razón en lo que piden. Por lo tanto, dice Marx, a los dos les asiste la misma razón en virtud de la ley del valor que domina en el mercado. Entre derechos iguales, dice entonces, la fuerza decide. La lucha de clases entre el capital y el trabajo decide la cuestión. El resultado depende de la relación de poder entre el capital y el trabajo, que en algún momento puede volverse coercitiva y violenta. La lucha entre el capital y el trabajo es realmente lo que se juega en la determinación de cuánto tiempo debe trabajar el trabajador por día, qué salario se pagará y cómo serán las condiciones laborales. El capitalista es libre de maximizar la tasa de explotación de los trabajadores en virtud de la ley del valor,

mientras que el trabajador es libre de resistir. La colisión entre ambas libertades se da en el capitalismo de forma cotidiana.

Esta idea de la libertad como arma de doble filo es muy importante y merece un análisis más detallado. Una de las mejores elaboraciones sobre el tema es un ensayo de un historiador económico llamado Karl Polanyi, que escribió un libro titulado *La gran transformación*. Ahora bien, Polanyi no era un marxista. Puede que leyera algo de Marx, pero no suscribía la visión marxista de las cosas. Sin embargo, evidentemente, pensó mucho en la cuestión de los derechos y de la libertad bajo el capitalismo. En *La gran transformación* dice que hay formas buenas y formas malas de libertad. Entre las formas malas de libertad se encuentran la libertad de explotar a nuestros semejantes sin límites; la libertad de obtener ganancias desmesuradas sin prestar un servicio proporcional a la comunidad; la libertad de impedir que los inventos tecnológicos se utilicen en beneficio público; la libertad de beneficiarse de las calamidades públicas o inducidas por la naturaleza, algunas de las cuales se diseñan en secreto para obtener ventajas privadas (una idea que Naomi Klein analiza en su trabajo sobre el «capitalismo del desastre» en *La doctrina del shock*). Pero, continúa Polanyi, la economía de mercado bajo la que prosperaron estas libertades también produjo otras que apreciamos mucho: libertad de conciencia, libertad de expresión, libertad de reunión, libertad de asociación, libertad de elegir el propio trabajo. Aunque apreciemos estas libertades por sí mismas –y creo que muchos de nosotros todavía lo hacemos, incluso los que estamos en el campo marxista (incluyéndome a mí)–, son, en gran medida, subproductos de la misma economía que también es responsable de las libertades malas.

La respuesta de Polanyi a esta dualidad resulta muy extraña, dada la actual hegemonía del pensamiento neoliberal y la forma en que el poder político existente nos presenta la libertad. Escribe lo siguiente: «La desaparición de la economía de mercado», es decir, su superación, «puede convertirse en el comienzo de una era de libertad sin precedentes». Decir que la verdadera libertad comienza

cuando dejamos atrás la economía de mercado es una afirmación bastante impactante. Continúa:

La libertad jurídica y real puede volverse más amplia y general que nunca. La regulación y el control pueden lograr la libertad no solo para unos pocos, sino para todos, de manera que la libertad no sea un privilegio contaminado en su origen, sino un derecho prescriptivo que se extienda más allá de los estrechos límites de la esfera política, hasta la organización íntima de la propia sociedad. De ese modo, las viejas libertades y derechos cívicos se sumarán al fondo de nuevas libertades generadas por el ocio y la seguridad que la sociedad industrial ofrece a todos. Una sociedad así puede permitirse ser a la vez justa y libre.

Ahora bien, esta idea de una sociedad basada en la justicia y la libertad me parece que fue el programa político del movimiento estudiantil de los años sesenta y de la llamada generación del 68. Había una demanda generalizada de justicia y libertad: libertad frente a la coerción del Estado, libertad frente a la coerción impuesta por el capital corporativo, libertad frente a las coerciones del mercado. Pero esa demanda estaba también atemperada por la exigencia de justicia social. En este contexto escribí mi primer libro radical, *Social Justice and the City (La justicia social y la ciudad)*. La respuesta política que dio el capitalismo a esta situación en los años setenta fue interesante. Suponía abrirse paso a través de esas demandas y, en efecto, decir: «Cedemos en lo que toca a las libertades (aunque con algunas salvedades), pero a cambio os olvidáis de la justicia». La cesión de las libertades estaba limitada. Significaba, en su mayor parte, libertad de elección en el mercado. El libre mercado y la ausencia de regulación estatal eran las respuestas a la cuestión de la libertad. Pero de la justicia había que olvidarse. La competencia en el mercado, supuestamente organizada para garantizar que todos reciban lo que merecen, se encargaría de ello. El efecto, sin embargo, fue desatar muchas de las libertades

malas (por ejemplo, la explotación de otros) en nombre de las libertades virtuosas.

Este giro estaba claramente previsto por Polanyi. El paso al futuro que auguraba estaba bloqueado por un obstáculo moral, observaba, y dio a ese obstáculo el nombre de «utopismo liberal». Creo que todavía nos enfrentamos a los problemas que plantea este utopismo liberal. Es una ideología que está muy presente en los medios de comunicación y en los discursos políticos. El utopismo liberal de, por ejemplo, el Partido Demócrata es una de las cosas que se interponen en el camino de la consecución de la libertad real. «La planificación y el control», escribió Polanyi, «son atacados como una negación de la libertad. La libre empresa y la propiedad privada se declaran como lo esencial de la libertad». Esto fue lo que plantearon los principales ideólogos del neoliberalismo, la idea formulada por Milton Friedman y en la que Hayek insistió: a saber, que la libertad del individuo frente a la dominación del Estado solo puede garantizarse en una sociedad que se basa en los derechos de propiedad privada y en la libertad individual en mercados libres y abiertos.

La planificación y el control, entonces, son atacados como una negación de la libertad. Se declara que la propiedad privada es lo esencial de la libertad. Se dice que ninguna sociedad construida sobre otra base merece ser llamada «libre». La libertad que crea la regulación se denuncia como falta de libertad. La justicia, la libertad y el bienestar que ofrece son denunciados como un camuflaje de la esclavitud.

Para mí, esta es una de las cuestiones cruciales de nuestro tiempo. ¿Vamos a ir más allá de las limitadas libertades del mercado, de las determinaciones impuestas por este y de la regulación de nuestras vidas por las leyes de la oferta y la demanda, lo que Marx llamaba las leyes del movimiento del capital?, ¿o vamos a aceptar, como dijo Margaret Thatcher, que no hay alternativa? Nos liberamos del control del Estado, pero nos convertimos en esclavos del mercado. Esta situación no tiene alternativa, más allá de ella no hay

libertad. Esto es lo que predica la derecha y lo que mucha gente ha llegado a creer. Aquí estriba la paradoja de nuestra situación actual: en nombre de la libertad en realidad hemos adoptado una ideología utópica liberal que es una barrera para el logro de la libertad real. No creo que haya libertad en un mundo en el que alguien que quiere obtener una educación tiene que pagar una inmensa cantidad de dinero por ella y carga con una deuda estudiantil que afecta enormemente a su futuro. Estamos hablando de servidumbre por deudas; estamos hablando de esclavitud por deudas y esto es inaceptable. La educación tendría que ser gratuita; no se debería cobrar por ella. Lo mismo tendría que ocurrir con la asistencia sanitaria, la provisión básica de vivienda y los elementos esenciales de una nutrición adecuada.

Si echamos la vista muchas décadas atrás, pasamos de un mundo en los años sesenta en el que había una provisión social de vivienda a otro en el que no hay ninguna. En Gran Bretaña, por ejemplo, una gran proporción de la provisión de vivienda en los años sesenta procedía del sector público; era vivienda social. Cuando yo crecía, esa vivienda social servía para satisfacer una necesidad a un nivel elemental y con un coste razonablemente bajo. Entonces llegó Margaret Thatcher y lo privatizó todo, y dijo, básicamente: «Seréis mucho más libres si sois dueños de vuestras propiedades y podéis formar parte de una democracia de propietarios». Y, de ese modo, pasamos de una situación en la que el 60% de la vivienda estaba en manos del sector público, a otra en la que ese porcentaje se había reducido al 20%, o incluso menos. La vivienda se convierte en una mercancía, y la mercancía pasa a formar parte de la actividad especulativa. En la medida en que se convierte en un vehículo de especulación, el precio de la propiedad sube, y se produce un aumento del coste de la vivienda sin que haya un aumento real de la oferta directa.

Cuando era niño, me crié en lo que podría llamarse una comunidad respetable de clase trabajadora en la que la gente poseía una vivienda. La mayoría de las personas de la clase trabajadora no tenían casa en propiedad, pero había un segmento que sí que tenía, y dio la casualidad de que yo me crié en una

comunidad de ese tipo. La casa se consideraba un valor de uso, es decir, era un lugar en el que vivíamos y hacíamos cosas; nunca se hablaba realmente de su valor de cambio. Hace poco vi unos datos que mostraban que el valor de la vivienda de la clase trabajadora no había variado en absoluto durante cien años o más, hasta la década de 1960.

Luego, en la década de 1960, la vivienda empezó a considerarse un valor de cambio en lugar de un valor de uso. La gente empezó a preguntarse: «¿Qué valor tiene esto? ¿Podemos mejorar su valor? Si es así, ¿cómo lo hacemos?». De repente, las consideraciones sobre el valor de cambio entraron en juego. Entonces llegó Margaret Thatcher y dijo: «Bien, vamos a privatizar todas las viviendas sociales para que todo el mundo pueda participar en el mercado inmobiliario y empezar a beneficiarse del aumento del valor de cambio». La cuestión de la vivienda como valor de cambio empezó a cobrar importancia.

Una de las consecuencias de esto es que a las personas que se encontraban entre los elementos más humildes de la población desde el punto de vista de los ingresos les resultaba cada vez más difícil encontrar un lugar donde vivir. En vez de vivir en lugares muy céntricos donde tuvieran fácil acceso a las oportunidades de trabajo y empleo, se vieron cada vez más expulsadas del centro de las ciudades y de las mejores ubicaciones, y tuvieron que recorrer distancias cada vez más largas para llegar a su puesto de trabajo. En los años noventa, la vivienda se convirtió en un instrumento de ganancia especulativa. Bajo las presiones especulativas, el valor de la vivienda aumentó a menudo de forma brusca (aunque también errática). El resultado global ha sido que muchas de las personas con los niveles de ingresos más bajos de la población no pueden encontrar un lugar donde vivir. Obteniendo a causa de ello el incremento de personas sin techo y situándonos en un escenario de crisis de vivienda asequible.

Cuando yo era joven, en la Gran Bretaña socialista, había algunos sinte- cho, pero muy pocos. Pero ahora, si estás en Londres o en grandes ciudades de ese tipo, encuentras cada vez más personas sin hogar que viven en la calle. En Nueva York hay 60.000 personas sin

hogar. Una gran parte de los chicos jóvenes son indigentes, no en el sentido de que los veas en las calles, sino de que se pasan la vida yendo de casa de un pariente o de un amigo a la de otro durmiendo en sofás, lo que se llama «*couch surfing*». Las comunidades solidarias no se crean precisamente así.

En la actualidad vemos que se construye mucho en las ciudades de todo el mundo. Pero es una operación especulativa; en realidad, estamos construyendo ciudades para que la gente especule, y no para que la gente viva. Y si creamos ciudades con fines de inversión y no para vivir, se produce el tipo de situación que vemos en la ciudad de Nueva York, donde hay una gran crisis de viviendas asequibles en medio de un boom de construcción centrado en el mercado de los ricos. Se necesita al menos un millón de dólares para entrar en ese mercado. La masa de la población está mal atendida en cuanto a los valores de uso de la vivienda; tiene muy poco acceso a los valores de uso adecuados. Al mismo tiempo, estamos construyendo grandes y enormes apartamentos de alto valor para los ultrarricos. Michael Bloomberg, el antiguo alcalde de Nueva York, tenía la ambición de que todos los multimillonarios del mundo fueran a invertir y tuvieran un gran apartamento en Park Avenue o en algún lugar por el estilo. Eso es lo que ha sucedido, así que nos encontramos con jeques árabes y multimillonarios de India, China o Rusia que no viven en Nueva York, solo vienen aquí una o dos veces al año, y eso es todo. Esto no puede ser la base de una vida digna en un entorno de vida decente para la masa de la población.

Estamos construyendo ciudades y viviendas de una manera que proporciona una tremenda libertad a las clases altas, al tiempo que la restringe para el resto de la población. A esto es a lo que creo que se refiere el famoso comentario de Marx según el cual hay que superar el reino de la necesidad para alcanzar el reino de la libertad. Lo que tenemos ahora mismo en la ciudad de Nueva York es la libertad de inversión, la libertad de las clases altas para elegir dónde van a vivir, mientras que la masa de la población no tiene casi ninguna opción. Así es como las libertades del mercado limitan las posibilidades, y, desde ese punto de vista, creo que la perspectiva socialista es hacer lo que sugiere Polanyi; es decir, colectivizar la

cuestión del acceso a la libertad, del acceso a la vivienda. Hacerlo pasar de ser algo que está simplemente en el mercado a ser algo de dominio público. Nuestro lema es: «La vivienda debe estar en el dominio público».

Esta es una de las ideas básicas del socialismo en el sistema contemporáneo: poner las cosas en el dominio público. Me anima que el Partido Laborista en Gran Bretaña –uno de los pocos partidos tradicionales que parece tener una vigorosa urgencia democrática sobre lo que está haciendo– propuso que muchas áreas de la vida pública deberían retirarse del mercado y devolverse al dominio público; por ejemplo, el transporte. Si dices en Gran Bretaña que la provisión privada de transporte en los ferrocarriles está produciendo un sistema más eficiente, todo el mundo se reirá de ti. Saben perfectamente cuáles han sido las consecuencias de la privatización. Ha sido un desastre. Un caos. Ha habido una descoordinación absoluta. Y lo mismo ocurre con el transporte público en las ciudades. También vemos la privatización del suministro de agua, supuestamente benéfica; pero el resultado, por supuesto, es que el agua se cobra. Es una necesidad básica; no debería prestarse a través del mercado; tienes que pagar tu tarifa de agua, y el suministro de agua no ha sido bueno.

Por lo tanto, el Partido Laborista dijo: «A ver, hay una serie de cosas que son necesidades básicas para la población y que no deben proporcionarse a través del mercado. Vamos a poner fin al asunto de los préstamos estudiantiles; vamos a poner fin al acceso a la educación a través de la privatización; vamos a hacer que las necesidades básicas se proporcionen a través del dominio público». Hay un deseo, creo yo, de decir: «Tomemos estas necesidades básicas y saquémoslas del mercado. Proporcionémoslas de otra manera». Podemos hacerlo con la educación, podemos hacerlo con la sanidad, podemos hacerlo con la vivienda y deberíamos hacerlo con el suministro de alimentos básicos. De hecho, en algunos países de América Latina se ha experimentado con el suministro de alimentos básicos a las poblaciones de menores ingresos a un precio reducido. No veo ninguna razón por la que no debamos tener una

configuración de suministro de alimentos básicos para la mayoría de la gente en el mundo actual.

Esto es lo que significa que el reino de la libertad solo es posible cuando hemos satisfecho realmente todas las necesidades básicas que necesitamos para que todo el mundo lleve una vida decente y adecuada. Y esa es la idea de libertad que perseguiría una sociedad socialista. Pero para ello necesitamos un camino y un esfuerzo colectivos. Por desgracia, el Partido Laborista en Gran Bretaña perdió las elecciones de forma miserable. Pero creo firmemente que la pérdida no se debió a su programa progresista (que contaba con un gran apoyo ciudadano), sino a la incapacidad del Partido Laborista de mostrarse firme con respecto al Brexit y de hacer frente al ataque de los medios de comunicación de masas por todo tipo de supuestos errores por su parte.

Terminaré con una observación. A menudo se dice que para lograr el socialismo tenemos que renunciar a una parte de nuestra individualidad. Bueno, hasta cierto punto eso puede ser cierto; pero, como insistió Polanyi, puede lograrse una mayor libertad cuando vamos más allá de las crueles realidades de las libertades individualizadas del mercado. Entiendo que, para Marx, la tarea es maximizar el ámbito de la libertad individual, pero que eso solo puede ocurrir cuando se atiende el ámbito de la necesidad. La tarea de una sociedad socialista no es regular todo lo que ocurre en la sociedad; en absoluto. La tarea de una sociedad socialista es asegurarse de que todas las necesidades básicas sean atendidas, proporcionadas libremente, para que la gente pueda hacer lo que quiera cuando quiera.

No se trata solo de que los individuos tengan acceso a los recursos para hacerlo, sino también de que tengan tiempo para ello. La libertad, el tiempo libre, el verdadero tiempo libre, es algo absolutamente crucial para la idea de una sociedad socialista. Un tiempo libre de verdad para que cada uno haga lo que quiera da la medida de aquello a lo que aspira el socialismo. En la actualidad, si le preguntas a alguien: «¿Cuánto tiempo libre tienes?», por lo general te responde: «Casi nada. Estoy siempre ocupado con esto o aquello». Si la verdadera libertad es un mundo en el que tenemos

tiempo libre para hacer lo que queramos, entonces el proyecto emancipador socialista propone ese elemento como algo central en su misión política. Es algo por lo que todos podemos y debemos trabajar.

# VII. LA IMPORTANCIA DE CHINA EN LA ECONOMÍA MUNDIAL

El 2 de enero de 2019, tras el cierre de la bolsa, Apple Computer anunció que no iba a cumplir sus objetivos de ventas, especialmente en China. Hubo un desplome inmediato de las acciones de Apple (bajaron un 6%) y, al día siguiente, la bolsa, que ya había perdido mucho dinero, bajó otro 2,5%. Lo interesante de todo esto es que fueron las ventas de ordenadores de Apple en China las que desencadenaron el problema. Los ordenadores de Apple se fabrican, por supuesto, en China, pero Apple también tiene un mercado importante allí. La principal explicación oficial del problema fue que el mercado de consumo en China se estaba debilitando por una serie de razones. La más aducida era la iniciativa de Trump sobre los aranceles. Pero la otra, que venía en la letra pequeña de la información ofrecida con posterioridad, era el estancamiento del mercado de consumo de China.

Sin embargo, cuando miramos más de cerca, descubrimos que los ordenadores de Apple estaban perdiendo popularidad y que la cuota de Apple en el mercado chino se había reducido a un mero 7%. El otro 80% estaba cubierto por empresas informáticas chinas con nombres como Huawei, Xiaomi, Oppo o Vivo, de las que nadie había oído hablar fuera de China. La mayoría de ellas solo existían nominalmente en 2010. La producción china de iPhones, ordenadores y productos similares ha experimentado un enorme aumento, y dicho aumento se acompaña de un coste mucho más bajo y sistemas operativos mucho más sencillos y bien adaptados a los usos chinos. Muchas ciudades chinas –yo puedo dar testimonio de ello– pasaron de una economía de dinero en efectivo a una economía de pagos en línea en solo tres años, gracias a un iPhone

de fabricación china muy fácil de utilizar. Yo ni siquiera podía pagar un café con dinero en efectivo.

Menciono esto porque la presencia y la importancia de China en la economía mundial está poco representada en muchos relatos contemporáneos de lo que ocurre en el mundo. En cambio, como demuestra el caso de Apple, lo que sucede en China va a ser determinante para el desarrollo capitalista mundial en general. De hecho, ya ha sido determinante, especialmente desde la crisis de 2007-2008. El capital, y el capitalismo en general, se salvaron de la depresión en 2007-2008 gracias a una expansión de la economía china. También tenemos que entender el gran tamaño de la economía china y la rapidez de su transformación. Que, en tres años, las principales ciudades de China hayan pasado de una economía en efectivo a una economía sin efectivo es un ejemplo de ello.

Pero empecemos por el tamaño de la economía china. Actualmente es la segunda economía del mundo, según las medidas convencionales del PIB. Si se toma la medida de la paridad del poder adquisitivo, que se basa en lo que puede comprar una moneda local, la economía china es la mayor del mundo. Si la economía china florece, florece el resto del mundo. Si la economía china entra en recesión, la evolución del capital sufre un tremendo revés.

La otra cara de esta situación, importante desde un punto de vista anticapitalista, es que China sigue comprometida con su posición marxista. Sigue estando gobernada por un Partido Comunista, y, aunque mucha gente dirá que el Partido Comunista chino es de hecho un partido de clase capitalista, no ha dejado de ser nominalmente un Partido Comunista, en el que las ideas de Marx, Lenin, Mao, Deng Xiaoping y ahora Xi Jinping se citan como esenciales para sus ambiciones. El último congreso del Partido declaró que para el año 2050 se proponen ser una economía por entero socialista. Esa economía plenamente socialista se caracterizará por la igualdad, por la democracia, por una relación benigna con la naturaleza, por un mundo cultural de belleza y excelencia. Esto se logrará a través del Partido Comunista. La declaración dejaba muy claro que no hay ninguna posibilidad de

democracia en este momento, que el dominio continuado del Partido era absolutamente crucial, pero que el Partido iba a ser el instrumento para esta transición al socialismo con características chinas.

Quienes estamos interesados en el futuro del socialismo creo que debemos tomarnos en serio lo que está ocurriendo y lo que se planea en China. Debemos tener presentes dos preguntas: ¿hasta qué punto depende el futuro del socialismo de lo que ocurra en China y, a partir de ahí, qué tipo de socialismo será? La segunda pregunta es: ¿estará el futuro del socialismo en todo el mundo determinado por lo que pueda ocurrir en China, por esta transformación programática de su economía en una supuestamente socialista con características chinas?

Creo que todas las personas de izquierdas deberíamos prestar atención a estas cuestiones porque, en cierto sentido, vivimos en un mundo en el que lo que Marx llamó «las leyes coercitivas de la competencia» desempeñan un papel muy importante a la hora de definir quiénes somos. Y nosotros competimos mucho con China, y China compite mucho con nosotros. Esta competencia no es solo económica, sino también política y cultural. Esta es una de las cosas que el gobierno de Trump ha llevado al primer plano de nuestra conciencia. Tenemos que pensar en China de una manera más coherente.

No soy un experto en China. Me gustaría saber mucho más sobre ella, conocer el idioma. He estado allí algunas veces y he leído mucho sobre la materia. Intento estar al tanto de lo que ocurre, sobre todo en la prensa financiera. Pero he de decir que no tengo una respuesta muy clara a las preguntas que he planteado. No dispongo de un análisis claro de todo lo que está ocurriendo allí. Evidentemente, China es una sociedad muy complicada, pero hay ciertas cosas que me llaman la atención cuando busco respuestas a preguntas cruciales.

Lo primero es que la gran transición se produjo en 1978, cuando Deng Xiaoping y un grupo de jóvenes se reunieron, analizaron la situación y, en efecto, dijeron: «Tenemos que cambiar algo, y tenemos que cambiarlo de forma que nos permita aumentar la

productividad de la economía de manera espectacular». En ese momento, la economía china estaba estancada. Y se enfrentaba a la siguiente situación: el Banco Mundial calculó en 1980 que 850 millones de personas vivían en condiciones de pobreza extrema en China y que la situación no mejoraba. Eso por un lado.

Por otro, China estaba rodeada de países que se desarrollaban a un ritmo muy rápido y que mejoraban su nivel de vida a gran velocidad. Era el caso de Japón, de Corea del Sur y, lo que era aún más importante, de Taiwán, que los chinos consideran parte de China. También era el caso de Hong Kong, que en ese momento formaba parte nominalmente de China, y de Singapur. Así que fuera del país había una diáspora china que estaba floreciendo, haciéndose bastante rica, mientras que en la propia China continental la economía estaba estancada.

La dirección del Partido vio que se trataba de una situación muy amenazadora, al margen de los ataques que pudieran venir directamente de las potencias imperialistas. Se dio cuenta, como decía Marx, de que el mundo de la libertad comienza cuando se deja atrás el mundo de la necesidad. Antes de poder empezar a decir de veras que eran un país en desarrollo, tenían que salvar una enorme brecha en cuanto a la cobertura de las necesidades de la población. En ese contexto decidieron introducir un elemento económico que iba a ser decisivo en los años venideros. Iban a obligar a las entidades económicas a competir entre sí para aumentar la productividad. El mecanismo consistía en introducir las fuerzas del mercado en la economía.

Al hacerlo, por supuesto, consultaron con economistas occidentales. Milton Friedman visitó el país en 1980. Hubo una revisión considerable de la forma en que se enseñaba economía en las universidades, de modo que, si vas a China ahora mismo, encontrarás a muy poca gente que haya estudiado a Marx con mucho celo en los departamentos de Economía. La mayoría está formada por personas que se han doctorado en el MIT, Stanford y lugares similares. La economía neoclásica se entiende muy bien en China, por lo que su método de análisis de la economía empezó a

cambiar, lo mismo que sus políticas. La economía política de Marx se considera una rama de la filosofía, no de la economía.

Esta transformación tuvo un éxito asombroso. Si examinamos cualquiera de los otros países que salieron del comunismo o del socialismo para entrar en el capitalismo, como los del antiguo imperio soviético, veremos que todos pasaron por un periodo de desastre económico crónico, y a menudo catastrófico, del que todavía no se han recuperado. China, en cambio, se desarrolló a una velocidad enorme. El Banco Mundial calculó en 2014 que los 850 millones de personas en situación de pobreza extrema que había en 1980 se habían reducido a 40 millones. En tiempos más recientes, China ha planeado conseguir la pobreza cero en el país para 2022. Con independencia de lo que se piense al respecto, no hay duda de que el nivel de vida de la gente en China, su acceso a los productos básicos, a los bienes de consumo, etc., ha aumentado de forma muy sustancial. Ha sido un logro asombroso. Pero no solo ha hecho eso. También ha desarrollado formas de vida completamente nuevas.

La vida cotidiana en China se ha transformado gracias a la rápida urbanización. En la década de 1990, había cientos de ciudades con más de un millón de habitantes. La tasa de urbanización ascendía a un 15% anual y la migración de la población de las zonas rurales a las ciudades era tremenda. Por ejemplo, se estimaba que unos 300 millones de personas se habían trasladado del campo a las ciudades en los últimos diez o quince años. A título comparativo, la migración total de Irlanda a Estados Unidos fue de unos 30 millones de personas repartidas a lo largo de un siglo. Cuando empezamos a comparar lo que ha sucedido en China con lo que ha ocurrido en otras partes del mundo, vemos que la velocidad y la escala de transformación en el país asiático son enormes, algo nunca visto en la historia de la humanidad.

Consideremos uno de los medios cruciales por los que China salvó el capitalismo global del colapso absoluto en tiempos recientes. En 2007-2008 se produjo la crisis mundial. Esta crisis hundió el mercado de consumo en Estados Unidos, lo que significó que las empresas y los países que alimentaban el mercado de consumo estadounidense entraron en recesión. Se dice que China perdió alrededor de 30

millones de empleos en 2007-2008 en las industrias de exportación. Hubo un tremendo malestar laboral en el país durante ese tiempo; hay informes sobre gran número de incidentes de protesta laboral en China. Además, durante ese ejercicio muchas empresas quebraron. Muchas compañías no pagaron los salarios que debían durante seis meses. Muchos desempleados se quedaron en la calle sin nada.

La crisis en China fue tremenda. Pero en 2009 el FMI y la Organización Internacional del Trabajo (OIT) hicieron una encuesta para responder a la pregunta: «¿Cuál fue la pérdida neta de empleo por el crac de 2007-2008 en todo el mundo?». En Estados Unidos fue de unos 14 millones de personas. Pero en China fue de solo 3 millones. De alguna manera, China había creado 27 millones de puestos de trabajo en un año y medio. Eso es absolutamente extraordinario. La primera vez que vi ese dato, me dije que nadie había oído hablar hasta entonces de nada semejante. Pero, cuando profundicé en mis lecturas, descubrí que China, a lo largo de la década de 2000, ya estaba creando 20 millones de puestos de trabajo al año. Había ya en marcha una enorme transformación en el empleo, que simplemente se había duplicado para hacer frente a la crisis.

Ahora bien, en 2007-2008, China no podía crear puestos de trabajo en las industrias de exportación, porque estaban muertas, y muchas de ellas fueron a la quiebra. Así que lo que hizo China fue ampliar un proceso que había comenzado en la década de 1990. Incrementaron las inversiones en infraestructuras, sobre todo en el sector de la construcción. Para ilustrar esto suelo emplear un gráfico sobre el consumo de cemento en China. Si se consumen grandes cantidades de cemento, eso significa que se está construyendo mucho.

A partir de 2007-2008, China triplicó su consumo, hasta el punto de que, entre 2009 y 2012, usó mucho más cemento en dos o tres años que Estados Unidos en cien. Si vives en Estados Unidos, sabes que se consume mucho cemento, pero el ritmo de China resultaba asombroso, y estaban construyendo, casi sin cesar y sin límite, nuevas ciudades, nuevas carreteras y autopistas y una red ferroviaria de alta velocidad. En 2008 no había ni un solo kilómetro

de ferrocarril de alta velocidad; en 2014, tenían unos 25.000, y ahora quizá tengan unos 32.000. Todo esto requiere una gran cantidad de materiales, por lo que China experimentó un gran auge en términos de inversión en infraestructuras. Recordarán ustedes que, después de 2007-2008, en Estados Unidos se lanzó una propuesta: «Podemos volver a ponerlo todo en marcha, tenemos todos estos puentes que se caen a pedazos, deberíamos invertir en infraestructuras». Políticamente, no se permitió que eso sucediera, porque los republicanos en particular dijeron: «Necesitamos austeridad, no podemos ampliar el presupuesto, no podemos hacer esas cosas». Así que en Estados Unidos se llevó a cabo una política de austeridad, la misma que se impuso en Europa y que se promovió en Japón. Esta política de austeridad triunfó en el resto del mundo capitalista con el siguiente mensaje: «La crisis de 2007-2008 fue una crisis de deuda, tenemos que pagar la deuda, ¿cómo vamos a hacerlo? Mediante una política de austeridad. La gente tiene que sufrir para redimir la deuda y lograr que la economía vuelva a contar con una base sólida». Cuando te pones a mirar lo que eso significó para países como Grecia, compruebas los terribles resultados de ese tipo de política.

Los chinos hicieron exactamente lo contrario, dijeron: «Vale, tenemos este problema, tenemos a toda esta gente pululando por ahí, hay un tremendo malestar social, tenemos que volver a poner a esta gente a trabajar, tenemos que crear millones de puestos de trabajo y hacerlo muy rápido, lo vamos a hacer con la construcción. Vamos a construir sin parar. ¿Cómo vamos a pagarlo? No nos importa. De hecho, vamos a pagarlo endeudándonos, o de la forma que sea». Y los chinos se endeudaron en su propia moneda, no en una moneda extranjera, y esto les permitió salir de la crisis. Ahora bien, si para salir de la crisis te dedicas a construir como un loco, necesitas materiales de construcción. Una de las consecuencias fue que todos esos países y todas esas economías que suministraban materias primas como hierro y otros minerales a China salieron de la crisis de 2007-2008 con bastante rapidez. Australia, por ejemplo, suministra muchos recursos minerales a China. América Latina sufrió la crisis, pero no lo pasó tan mal como se hubiera pensado en

circunstancias normales. Países como Chile no paraban de enviar cobre a China, el resto de América Latina estaba mandando soja y minerales. A eso me refiero cuando digo que China salvó la economía mundial en 2007-2008.

La asombrosa expansión de China fue fundamental en aquel momento, y lo ha sido desde entonces. El aumento del PIB de China ha sido, de hecho, el elemento más significativo en la reactivación de la economía mundial desde 2007-2008. Pero, como he indicado, gran parte de dicho aumento se financió con deuda. Y se superó el límite de la deuda. Lo segundo que ocurrió fue que China no solo utilizó la financiación de la deuda, sino que tuvo que ampliar su mercado de consumo interno; hubo de construir la capacidad de consumo dentro de la economía china. Ahora bien, esto es algo importante a nivel mundial, porque al capital extranjero China le interesa no solo como un lugar para producir bienes de bajo costo, sino también como un mercado de consumo.

Al principio he mencionado que el mercado chino era terriblemente importante para Apple, aunque ya no le vaya bien en él. Otras empresas hacen un tremendo negocio en China. Por ejemplo, Starbucks tiene fama de tener más cafeterías en China que en Estados Unidos. Si Trump se mete demasiado con los chinos, me imagino que pondrán restricciones a Starbucks, por lo que es posible que las empresas estadounidenses en general tengan dificultades para hacer negocios lucrativos en China. Algunas empresas automovilísticas estadounidenses ya están teniendo relaciones complicadas con las autoridades chinas. Es posible que esta sea una de las formas en que China puede crear un movimiento contrario a los aranceles de Trump. El mercado chino de automóviles es ahora el mayor del mundo, y las empresas estadounidenses no pueden permitirse el lujo de quedar excluidas de él.

El mercado interior en China está creciendo, pero tiene que hacerlo de una manera determinada. Por ejemplo, si se construyen viviendas al ritmo que lo hacen los chinos, la gente ha de comprarlas o tener dinero para invertir en ellas. Para ello, necesitan acceder a préstamos. Antes de 2007-2008, había muy poca financiación hipotecaria de fácil acceso en China. Pero cuando comenzó este

enorme proceso de construcción, tuvieron que crear nuevos instrumentos para que la gente pudiera financiar la compra de viviendas. El sector financiero tiene que ampliarse con el fin de prestar a las empresas para que construyan viviendas y apartamentos, al tiempo que tiene que ampliarse con vistas a capacitar a los consumidores para que compren esos productos inmobiliarios. Esto significa que hay que reforzar las instituciones financieras para que respalden todo este proceso.

En la Revolución Cultural, antes de 1978, los bancos básicamente no existían en China. A partir de 1978, la banca volvió a aparecer con enorme rapidez. Sobre todo desde 1995, más o menos, los bancos empezaron a desempeñar un papel mucho más vigoroso en la sociedad china. Los cuatro mayores bancos del mundo son ahora chinos. Se ha pasado de una situación en 1978 en la que los bancos chinos no existían a otra en la que tienen los cuatro bancos más grandes del mundo; el quinto banco es un banco japonés y el sexto es J. P. Morgan. En Estados Unidos nos gusta pensar que tenemos los bancos más grandes y poderosos del mundo, pero los chinos tienen cuatro bancos que son mucho más grandes que cualquiera de los nuestros. Estos bancos están prestando dinero a los promotores y también, por supuesto, a los consumidores. La economía china se está financiando a un ritmo muy rápido. Aquí tenemos otro aspecto crucial en el que la economía china se está transformando radicalmente a una velocidad sin precedentes.

Los chinos también han admitido que no se puede construir una economía vigorosa si la única forma de industrialización con la que cuentas son las formas de producción con bajos salarios y alto contenido de mano de obra. Los chinos planean ahora transformarse en una economía que produzca bienes de alto valor por medios intensivos en capital. Aquí es donde las nuevas empresas informáticas chinas entran de repente en escena. De nuevo, obsérvese la rapidez con la que esto ha sucedido. Muchos empresarios, científicos e ingenieros chinos se han formado en Estados Unidos. Muchos de ellos habían trabajado para Apple y Google y en empresas informáticas como Microsoft. En China se produjo un interesante debate sobre si podían crear el equivalente a

un Silicon Valley chino. Y, en caso afirmativo, ¿cómo podrían lograrlo?

Uno de los grandes malentendidos sobre China radica en que en Occidente se cree que es una economía muy centralizada. No es así. Se trata de una máquina increíble en la que la centralización y la descentralización trabajan juntas. En esencia, el Partido en Pekín propone algo. El resto del país responde de forma totalmente descentralizada y localizada. La gente trata de encontrar su propia manera de responder a lo que pide el gobierno central. Este propone, mientras que la localidad dispone. La descentralización es una herramienta muy importante para perpetuar el poder centralizado.

Si los chinos tienen un problema, lo externalizan de una manera determinada. Se invita a todas las localidades, las ciudades y los gobiernos regionales a que ayuden a resolverlo. Si una localidad resuelve el problema, entonces el gobierno central da instrucciones a todas las demás para que adopten esa solución. Para que el sistema funcione, se necesitan empresarios locales que sean muy activos. Parece que las localidades están muy aisladas unas de otras. Forman entidades competitivas dentro de la totalidad del Estado chino y compiten intensamente entre sí.

A los alcaldes de una ciudad local no se los elige en unos comicios, sino que los nombra el Partido. Un alcalde suele ocupar el cargo durante tres años y medio, digamos cuatro años. Por lo tanto, eres alcalde durante cuatro años y, al final de ese periodo, te van a evaluar. Estás en el Partido, y el Partido va a examinar lo que has hecho. Al final de los cuatro años, hay una hoja de cálculo que mide los logros: ¿cuánto ha crecido el PIB local? ¿Cómo has garantizado la armonía social? Hace poco me dijeron que la hoja de cálculo tiene ahora unos cuarenta puntos, cuando antes no pasaba de siete u ocho. Pero uno de los baremos más importantes es el de cuánto ha crecido la economía local.

Como alcalde, tienes cuatro años para lograr que la economía local crezca. Si haces un buen trabajo, consigues un gran crecimiento y mantienes la armonía social, es posible que te ofrezcan un puesto en otro lugar. De este modo, puedes ascender en

la jerarquía del Partido. Incluso puedes acabar en el comité central de Pekín. Pero, en esos cuatro años, tienes que esforzarte al máximo para intentar que las cosas funcionen. En principio, tienes libertad para trabajar no solo sobre las ideas o los problemas procedentes de Pekín. Puedes aprovechar cualquier idea que parezca funcionar a nivel local y, si tiene éxito, cabe esperar que Pekín la vea con buenos ojos y te recompense. No obstante, ha habido algunos casos evidentes en los que el Partido ha desaprobado la acción de gobierno y los funcionarios locales han sido reprendidos, degradados o incluso encarcelados.

Un par de empresarios con experiencia en Silicon Valley propusieron al gobierno municipal de Pekín crear un espacio en la ciudad para la innovación en alta tecnología y construir incubadoras para nuevas empresas de electrónica y alta tecnología. Los gobiernos locales pueden despejar fácilmente un espacio, ya que todo el terreno es propiedad del Estado. Pekín, en solo seis meses, desalojó a todo el mundo de una zona concreta de la ciudad y creó un espacio llamado «la avenida de los emprendedores». Crearon una nueva organización para facilitar la puesta en marcha de espacios de incubación y reunieron todos los servicios de apoyo necesarios. Pekín tenía un problema por los alquileres muy elevados de espacios, así que el gobierno invitó a las empresas de nueva creación a que no pagaran alquiler alguno. Imagínense eso en Nueva York o en Londres.

Esta iniciativa tuvo mucho éxito. Se convirtió en un espacio empresarial extremadamente competitivo, caracterizado por lo que llaman «una cultura de la copia». En ese espacio hay poco o ningún respeto por los derechos de propiedad intelectual. Si alguien tiene una buena idea, otros la roban de inmediato. Así que, si se te ocurre una buena idea, tienes que ponerla en práctica muy rápido, porque, de lo contrario, otro se la apropiará. Era una situación muy dinámica. En este espacio concreto de Pekín, las empresas empezaron a desarrollar todo tipo de nuevos sistemas telefónicos, nuevas estructuras para utilizarlos. Se pasaba por las diferentes fases de innovación, difusión y aplicación en un espacio de tiempo muy breve.

Así se creó el equivalente a Silicon Valley, y se hizo en unos tres años. Pero su filosofía y su cultura eran muy diferentes a las de Silicon Valley. En Silicon Valley, por ejemplo, robar las ideas de otras personas no está bien. Así lo explica Kai-Fu Lee en su libro *AI Superpowers: China, Silicon Valley and the New World Order* (*Superpotencias en Inteligencia Artificial: China, Silicon Valley y el nuevo orden mundial*):

Los empresarios de Silicon Valley se han ganado la reputación de contarse entre los más trabajadores de Estados Unidos, fundadores apasionados que pasan la noche en vela en una carrera loca para sacar un producto, y luego lo actualizan de forma obsesiva mientras buscan la siguiente bomba. Los emprendedores de allí trabajan con ahínco, pero yo he pasado décadas profundamente integrado en la escena tecnológica de Silicon Valley y de China, trabajando en Apple, Microsoft y Google, antes de incubar e invertir en docenas de empresas chinas de nueva creación. Puedo decirles que Silicon Valley parece sumamente perezoso en comparación con su competidor del otro lado del Pacífico. Los emprendedores chinos de éxito en internet han llegado hasta donde están conquistando el entorno competitivo más feroz del planeta. Viven en un mundo donde la velocidad es esencial. Copiar es una práctica aceptada, y los competidores no se detendrán ante nada para ganar un nuevo mercado. Cada día que se pasa en la escena de las *start-ups* chinas es una prueba de fuego, como un día de gladiador en el Coliseo. Las batallas son a vida o muerte y los adversarios no tienen escrúpulos.

Así es el mundo que crean estas nuevas empresas, que no existían antes de 2010-2011, pero que de repente han llegado y se han hecho con el 40% del mercado chino de teléfonos móviles casi de la noche a la mañana. Ahora bien, este mundo me da mucho que pensar; esta economía de la copia, por supuesto, es una de las cosas que más molestan a los empresarios estadounidenses, dado que no hay una defensa de los derechos de propiedad intelectual

dentro de China, como tampoco mucho respeto por ellos fuera de ese país. Lee continúa hablando de la forma en que este universo digital alternativo que se está creando se convierte en el estándar por el que se evalúa a todo el mundo. A veces visito Nankín. El segundo año que estuve allí, fui a la oficina de planificación local para ver una enorme exposición que trataba sobre la creación de una cultura de Silicon Valley en esta ciudad. El gobierno central, al comprobar lo que había pasado con los emprendedores de Pekín, se dirigió a todas las ciudades de China y les dijo: «Haced esto». De ello se deduce que China va a apostar por la alta tecnología, la inteligencia artificial y muchas otras actividades de alto valor añadido. Esto es lo que está ocurriendo ahora.

La situación queda patente en la historia sobre Apple con la que empecé este capítulo. La competencia china en este campo se ha vuelto en poco tiempo tan feroz, y de tanta calidad, que Estados Unidos se ve seriamente amenazado. Por ejemplo, Huawei se ha convertido en una nueva gran empresa. Un director general de Huawei fue detenido en Canadá a instancias de Estados Unidos por comerciar con Irán. Estados Unidos ha atacado de manera feroz a Huawei por motivos de seguridad. Evidentemente, aquí hay algo más que un simple problema de comercio con Irán. Huawei ha apostado de una manera muy fuerte por la innovación.

La quinta generación de sistemas de comunicación –5G–, que puede manejar datos masivos, está a punto de instaurarse. Huawei ha estado muy por delante en el desarrollo de la tecnología de redes 5G. Otras empresas no pueden competir técnicamente. Estados Unidos ha argumentado que no se debe invertir en esta tecnología porque permitirá al gobierno chino escuchar las conversaciones de todo el mundo. Se dice que la red no es segura. No se puede garantizar que funcione realmente sin que el gobierno chino la utilice. Este es el argumento que esgrime el gobierno estadounidense, y sobre esta base Estados Unidos prohíbe la utilización de la tecnología 5G de Huawei. Algunos países, tras la presión de Estados Unidos, han seguido su ejemplo. Australia y Nueva Zelanda se cuentan entre ellos, y Estados Unidos está intentando (sin éxito) convencer a los europeos. De hecho, los

británicos han aceptado recientemente una aplicación limitada de la tecnología de Huawei. Pero la mayor parte del resto del mundo está adoptando esa tecnología. Es de mejor calidad y más barata.

De nuevo, fíjense en la velocidad del cambio. En 2008 pensábamos en China como un país y una economía que era el taller del mundo, con una mano de obra de bajos salarios. Sigue siendo una economía industrial de bajos salarios muy importante. Pero, desde 2008, China se ha movido de repente a lo grande en esta área, y, en el espacio de unos ocho años, se ha posicionado para ser un importante competidor en las industrias de alta tecnología. Si nos fijamos en las diez principales empresas de alta tecnología del mundo, veremos que cuatro de ellas son chinas. Eso no ocurría en 2008. Este es el modelo chino en movimiento. Es sumamente rápido, está respaldado por el gobierno y cuenta con la ventaja de la escala masiva. Es objeto de fuertes intervenciones gubernamentales, pero también está muy descentralizado, de modo que la cultura empresarial se ha convertido en algo absolutamente crucial en lo que podríamos llamar el «capitalismo de gladiadores» que está surgiendo en el contexto chino.

Ahora bien, creo que en este punto debemos plantear la siguiente pregunta: ¿es este el futuro no de China, sino del capitalismo? El capitalismo ha crecido históricamente por lo general a través de un desarrollo geográfico desigual. Un lugar se desarrolla y se convierte en hegemónico. Si yo hubiera dado una charla de este tipo en los años ochenta, estaríamos hablando de Japón o de la Alemania Occidental de entonces. Estas eran las principales economías de la década y todo el mundo tenía que hacer lo que hacían los japoneses, así que todo el mundo empezó a hablar de sistemas de producción «justo a tiempo», y todo lo demás. Cuando se llega a los años noventa, Japón ha entrado en crisis y Alemania está metida en la reunificación. ¿Quién es el jefe de filas en aquel entonces? Bueno, tenemos el Consenso de Washington, que es básicamente el surgimiento de Estados Unidos en los años de Clinton como una economía de crecimiento con el boom de las puntocom. Estados Unidos reafirma su posición como la economía más importante. Los intelectuales estadounidenses anuncian «el fin de la historia» y

dicen: «Todo el mundo tiene que ser como nosotros, porque hemos encontrado la respuesta a cómo debe o no debe ser el capitalismo». Entonces se produce el crac económico de 2001, seguido de la burbuja inmobiliaria y luego el crac de 2007-2008. Para entonces la cuestión de quién es el mandamás y debe ser copiado por todo el mundo se está convirtiendo en un interesante asunto global en un escenario sumamente competitivo e inestable. Parece que se están formando diferentes hegemonías regionales. Está el circuito chino, el norteamericano y el europeo, con Japón incomódamente situado en medio de todo ese panorama.

Así pues, nos encontramos ante una situación en la que los chinos están empezando a ocupar el primer puesto. De modo que ustedes se preguntarán: ¿qué tipo de capitalismo va a ser este? Y ahí es donde entra la inteligencia artificial, porque los chinos han decidido que la inteligencia artificial es el futuro. Ahora bien, ¿de qué trata la inteligencia artificial? Bueno, el objetivo es encontrar una manera de eliminar la mano de obra del proceso de producción, y esta es, en mi opinión, la gran pregunta: ¿qué va a pasar con la mano de obra? La respuesta nos dirá hasta qué punto el Partido Comunista de China cree realmente en el socialismo.

# VIII. LA GEOPOLÍTICA DEL CAPITALISMO

Quiero tratar el tema de la geografía y la geopolítica del capital porque, dada mi formación como geógrafo, pienso que siempre tengo que insertar un poco de geografía en mis análisis. Para acercarse a esta cuestión desde un punto de vista marxista, es importante recordar que Marx comenzó *El Capital* con el argumento de que un modo de producción capitalista es un modo de producción en el que la riqueza se mide, o «aparece», en forma de mercancías. *El Capital* como libro comienza con la teoría de la mercancía. El surgimiento de una economía de la mercancía y de una cultura política de la mercancía lleva mucho tiempo gestándose. Así es como Shakespeare (uno de los autores favoritos de Marx) expone la transición en *El rey Juan (Acto II, Escena II)*.

¡Loco mundo, locos reyes, loco arreglo! [...]  
[Esa dama] de rostro suave, zalamera Mercancía.  
Mercancía, la desviación del mundo:  
el mundo, de por sí bien balanceado,  
hecho a correr parejo sobre parejo suelo,  
hasta que esta ventaja, este sesgo a lo vil,  
este viraje de la marcha, esta Mercancía,  
le hace perder toda ecuanimidad,  
toda dirección, meta, curso, designio.  
Y este mismo desvío, esta Mercancía,  
timadora y alcahueta, esta palabra que todo lo perturba. [...]  
¿Y por qué he de insultar a esta Mercancía?  
Pues porque todavía no me ha cortejado:  
no que yo tenga fuerza para cerrar la mano  
al saludar mi palma sus bellos serafines;  
sino porque mi mano aún no ha sido tentada.  
Así el pobre mendigo insulta al rico.

Bien, mientras sea yo un mendigo, insultaré  
y diré que ser rico es el mayor pecado;  
y cuando sea rico, mi virtud será  
decir que el peor vicio es la mendicidad.  
Y pues los reyes rompen la fe ante la Mercancía,  
ilucro, sé mi señor, que yo te adoraré![\[1\]](#).

Shakespeare escribió estos versos en ese momento histórico en el que la forma mercantil del capital empezaba a imponerse en Gran Bretaña y Europa Occidental. La monetización de todo empezó a ser muy significativa. Con anterioridad, la gente organizaba su pensamiento y sus acciones principalmente a través de la lealtad a los parientes y a la familia, y muchos intercambios eran bienes en especie. Esta diferencia entre la lealtad a la familia y la obediencia a los incentivos monetarios aparece con frecuencia en las obras de Shakespeare.

Se trata de una diferencia vigente incluso hoy en día. Consideremos la serie de televisión *Juego de Tronos*; en esta moderna y popular saga, el tema de la lealtad a la familia frente a la búsqueda del poder del dinero ocupa un lugar destacado. Pero lo que está en juego son diferentes espacialidades. La lealtad a la familia está asociada al territorio, mientras que el dinero cruza fácilmente las fronteras. Por un lado, son los Lannister contra los Stark contra los Tyrell, etcétera; el pueblo es leal a una «casa», a una persona o a una familia. Esta lealtad es diferente de la búsqueda de oro, que entra en el *Juego de Tronos* a través de la participación del Banco de Hierro. La familia se ubica en un lugar, un espacio y un tiempo determinados y, por lo tanto, suele definirse territorialmente. Los Stark están en el norte y los Lannister en el sur, etc. Sus lealtades se enmarcan en una estructura territorial. Las guerras entre las familias y las facciones se libran a través de esas estructuras territoriales.

En la situación europea de la época de Shakespeare, estas guerras eran incoherentes y episódicas, y en ellas se daban todo tipo de alianzas. Esto puede resultar confuso porque a menudo es difícil saber quién apoya a quién y por qué las facciones cambian de

bando. En toda Europa, la Paz de Westfalia impuso en 1648 cierto orden en ese caos. Así llegó a su fin el largo periodo de guerras de religión, guerras de etnia, guerras entre clanes, guerras entre todos. Básicamente se estableció la idea de que debía haber algo llamado Estado, un Estado-nación, dentro del cual habría soberanía. La idea general era que cada Estado debía respetar la soberanía, la integridad y las fronteras de los demás Estados. Esa premisa no siempre se cumplió en la historia posterior, pero fue un acuerdo muy importante. Aclaró y estabilizó las estructuras territoriales de poder en toda Europa. Lo acompañó el surgimiento de una lógica de poder político y económico contenida y circunscrita dentro de esta estructura territorial fija. Desde 1648 se ha intentado continuamente crear dentro de cada territorio, bajo la rúbrica de un Estado-nación, algún tipo de configuración de poder que se sostuviera a título interno y al tiempo tuviera la capacidad de proyectarse sobre el mundo que le rodeaba. Esta lógica de poder se construyó inicialmente en torno a una presencia militar. También se apoyó en una educación y una cultura superiores, sobre todo de las élites. Detrás de ella estaban los esfuerzos por crear un Estado ideal. Las instituciones estatales surgieron junto con ciertas estructuras jerárquicas que ejercían el mando y el control sobre la población dentro del Estado. Estas estructuras institucionales se convirtieron en uno de los rasgos configuradores y condicionantes del ascenso del poder de la clase capitalista.

Marx no dedicó demasiado espacio a analizar estas estructuras territoriales de soberanía y poder, aunque a menudo indicó que tenía la intención de hacerlo en algún momento. Como resultado, ha habido un debate de larga duración y, todo hay que decirlo, por lo general no concluyente dentro de la tradición marxista sobre cómo teorizar el Estado capitalista. Sin embargo, Marx concentró su atención en otra fuente de poder: la que reside en el control de los medios de producción y la capacidad de dedicarse a la producción rentable de mercancías. En última instancia, estos fenómenos se transformaron en el poder sobre la circulación y acumulación de capital, y también dentro de esos procesos. La medida y el lugar iniciales de este poder residían en el dominio del dinero, que

históricamente significaba el oro. A través de esta lente surgió otra forma de entender lo que estaba sucediendo en el mundo. Los investigadores aconsejan con frecuencia, cuando se enfrentan a algún tipo de problema o enigma político, «seguir el dinero». Cuando sigues el dinero, descubres quién hace realmente qué entre bastidores y dónde reside el poder. Esta es la forma de poder capitalista.

Hay, pues, dos lógicas de poder. Por una parte, una lógica territorial que se vincula al Estado y a sus instituciones, y, por la otra, una lógica capitalista que se deriva de la circulación y la acumulación incesante de capital en gran medida a través de la acción de los intereses privados. En este último caso se puede aspirar a un inmenso poder convirtiéndose en uno de esos ocho multimillonarios que se dice que controlan el 80% de los recursos del mundo. Este poder puede utilizarse para dominar y controlar a los demás, a los trabajadores y a las clases populares en particular. Pero se ejerce en un contexto en el que también operan las formas territoriales de poder. A menudo se plantea el problema de cuál es la relación de los multimillonarios capitalistas con el poder territorial del Estado y viceversa. Los capitalistas más poderosos y sus facciones a menudo intentan convertir al Estado en un agente de sus propios intereses. Pero el poder del Estado tiene una complejidad mayor, porque el Estado debe responder a los deseos y necesidades de una población diversa de ciudadanos, y los multimillonarios pueden no ser populares entre ella. La gran cuestión que se plantea es la de la legitimidad de quien ostenta el poder dentro del Estado. También existe una perpetua disputa sobre cómo se ejerce el poder monetario dentro del aparato estatal. En este sentido, la gran pregunta es cómo entender mejor las relaciones entre esas dos lógicas de poder. Para empezar, no están separadas la una de la otra. Interactúan constantemente entre sí. Por ejemplo, una clase acomodada creará instituciones internacionales para regular lo que ocurre en el ámbito monetario, pero lo hará de manera que confirme o altere la lógica territorial del poder y beneficie a las élites territoriales en relación con la clase de los capitalistas cosmopolitas.

El FMI, por ejemplo, desempeña un importante papel en la regulación de los intercambios monetarios en todo el mundo. Hay otras instituciones, como el Banco de Pagos Internacionales de Basilea, que desempeñan funciones similares. También está el Banco Mundial. Hay muchas instituciones de este tipo con un gran poder sobre las vías de acumulación de capital. También hay muchas instituciones privadas de alcance mundial. Una de las más poderosas en Estados Unidos es la consultora McKinsey. Los bufetes internacionales de consultores, contables y abogados tienen una enorme influencia sobre cuestiones jurídicas y financieras, pero, además, son la fuente de muchos análisis de políticas públicas. Cualquiera que se acerque al poder territorial suele llamar a McKinsey o a otra de las grandes consultoras si tiene un problema.

Todas estas empresas suelen ofrecer recetas neoliberales para la acción y todas parecen estar de acuerdo en lo tocante a la aplicación de políticas concretas. A menudo he fantaseado con algunos colegas sobre la creación de una versión de izquierdas de McKinsey, de modo que, cuando alguien llegue al poder con una política de izquierdas real, tenga una consultora que pueda dar una respuesta socialista a los problemas políticos, como la falta de viviendas asequibles o el modo de abordar la degradación del medio ambiente.

La relación entre las estructuras territoriales de poder y la lógica capitalista del poder es de suma importancia. Cuando se examina la lógica capitalista del poder, Marx sostiene que el capital es el valor en movimiento. Esta lógica de poder tiene que ver con el movimiento y todo se encuentra supeditado a este. Hay un flujo de dinero, un movimiento de las mercancías, un movimiento de la producción, un movimiento de los factores de producción como el trabajo y los recursos y cosas similares. Las formas monetarias de poder no son estacionarias o estáticas, sino que están en constante movimiento. A un Estado le resulta muy difícil evitar, controlar o incluso contener ese movimiento perpetuo. Las formas de poder estatal más estáticas y limitadas espacialmente se ven desafiadas de manera incesante por el movimiento del capital.

Cuando Mitterrand llegó a la presidencia de Francia en 1981, decidió que iba a utilizar los poderes del Estado para aplicar un

programa socialista. Nacionalizó los bancos y trató de reorientar la economía hacia la conquista del mercado interior. Para ello necesitaba controlar el movimiento y la posible fuga de capitales. La respuesta del capital al programa de Mitterrand fue salir corriendo del país lo más rápido posible. No quería operar en un mundo controlado por el socialismo. La respuesta del Estado fue imponer controles de capital. Esto significaba controlar y restringir el uso de las tarjetas de crédito en el extranjero. En los años ochenta, las tarjetas de crédito no eran tan habituales como ahora. Pero en Francia, la Carte Bleue, como se la llamaba, que es en realidad una tarjeta de crédito Visa, era muy popular. La gente la utilizaba cuando se iba de vacaciones. Mitterrand tenía que controlar su uso. La población de Francia estaba absolutamente indignada. En pocos meses, Mitterrand se dio cuenta de que no podía controlar la fuga de capitales del país. Su popularidad se desplomó hasta casi cero. Tuvo que dar marcha atrás.

Revirtió la nacionalización de los bancos y se convirtió en un buen presidente neoliberal (como Thatcher al otro lado del Canal) a partir de entonces. El poder del flujo de capital disciplinó las capacidades del aparato estatal. El poder del capital se había convertido para entonces en una fuerza omnipotente que regulaba lo que ocurría en la economía mundial. Tenía claramente la capacidad de disciplinar el poder territorial en todo el mundo. Durante el periodo neoliberal, el Estado se ha movilitado cada vez más como agente del poder monetario y de clase capitalista. Los tenedores de bonos controlan el poder del Estado en su propio interés.

Cuando Bill Clinton fue elegido presidente en 1992, se produjo una anécdota maravillosamente ilustrativa, aunque tal vez se trate de una historia apócrifa. Acababa de ser elegido y se dispuso a esbozar su programa económico. Sus asesores económicos, sobre todo Robert Rubin, que venía del gran banco de inversión Goldman Sachs, lo miraron y le dijeron que esas medidas no podían llevarse a cabo. «¿Por qué no?», respondió Clinton. Y Rubin dijo algo así como: «Wall Street no te dejará». «¿Quieres decir que todo mi programa económico y todas mis perspectivas de reelección dependen de un puñado de jodidos operadores de bonos de Wall Street?», preguntó

Clinton. Y Rubin, al parecer, contestó: «Sí». Clinton llegó al poder prometiendo asistencia sanitaria universal y todo tipo de cosas maravillosas, ¿y qué nos dio? Nos dio el TLCAN. Nos dio la reforma del sistema de bienestar para que fuera mucho más punitivo. Nos dio la reforma del sistema de justicia penal que aceleró el encarcelamiento masivo. Nos dio la Organización Mundial del Comercio (OMC) y, al final de su mandato, derogó la Ley Glass-Steagall, el último cortafuegos de control regulatorio sobre la banca de inversión. En otras palabras, aplicó un programa que Goldman Sachs deseaba desde hacía tiempo. Ha habido muy pocos momentos en la historia de Estados Unidos desde Clinton en los que el secretario del Tesoro no haya procedido de Goldman Sachs. Este es un indicador importante de la forma en que los tenedores de bonos dictan lo que se puede hacer en el ámbito del poder estatal.

Si dices esto en Estados Unidos, te acusan inmediatamente de conspiranoico. Nadie te cree. Pero si vas a Grecia y preguntas a la gente si el gobierno o los tenedores de bonos controlan o no las cosas, entonces la respuesta es muy distinta. Si preguntas: «¿Quién los obligó a someterse a toda esta austeridad después de 2011? ¿Quién tiene realmente el control aquí?», la respuesta es, por supuesto, los tenedores de bonos y un gobierno socialista, Syriza, que en un momento crucial cedió a los intereses financieros y aplicó las medidas que exigían los tenedores de bonos. Y hay luchas similares en toda Europa. En Italia, ahora mismo (2019), los tenedores de bonos dicen en esencia una cosa, no de forma directa sino a través de las instituciones europeas, y los poderes estatales italianos (en calidad de tales) dicen algo completamente distinto.

Al principio, Grecia estaba endeudada con los bancos europeos, en particular con entidades alemanas y francesas que habían prestado sin restricciones a partir del año 2000, más o menos. Si Grecia hubiera declarado la suspensión de pagos en 2011, los bancos franceses y alemanes se habrían visto muy perjudicados. Los gobiernos alemán y francés habrían tenido que rescatarlos para compensar sus pérdidas por el impago griego. Pero las potencias europeas presionaron seriamente a Grecia para que no diera ese paso. A los griegos se les prometió una y otra vez que recibirían

ayuda de la Unión Europea. Pero eso no ocurrió. La deuda con los bancos se transfirió de los bancos privados a la llamada Troika: el Banco Central Europeo, el Fondo Europeo de Estabilización Financiera y el FMI. Así, en lugar de que los bancos privados quebraran, las instituciones internacionales asumieron la deuda e insistieron en su pago. La Troika impuso un paquete de austeridad: Grecia tuvo que privatizar los activos del Estado, vender todos los bienes públicos, los activos y las tierras (¡incluso se propuso la privatización del Partenón!). El Estado tuvo que recortar las pensiones y todas las formas de gasto social, cerrar hospitales, escuelas y demás, y la gente tuvo que aprender a vivir casi sin ayudas ni servicios sociales. Grecia se vio en esta situación. Si se pregunta a los propios griegos: «¿Quién manda aquí, tu gobierno o los tenedores de bonos?», la respuesta es muy clara. En estos momentos, así vienen a ser las cosas en todo el mundo.

En términos globales, la acumulación de capital depende de la forma en que los gobiernos territoriales responden a las perspectivas de acumulación de capital. ¿Qué vemos entonces? El ejemplo más reciente que tenemos en Estados Unidos es el de la multinacional Foxconn, que dice que vendrá a Wisconsin y abrirá una fábrica de algún tipo siempre que reciba un paquete de subvenciones lo bastante atractivo. Del mismo modo, Amazon le dice a la ciudad de Nueva York: «Estamos pensando en instalarnos aquí, así que debes proporcionarnos toda la ayuda y todos los fondos que necesitemos». Una y otra vez, las grandes empresas dicen: «Tenemos muchos lugares a los que ir: ¿cuál de ustedes nos dará el mejor trato?». De hecho, Amazon anunció que iba a instalar un nuevo campus y convocó una licitación, lo que provocó una competencia interurbana e interestatal. Se le ofreció un buen trato en la ciudad de Nueva York, pero los ciudadanos se rebelaron y entonces Amazon dijo que se iría a otra parte. Al final, una parte del campus llegó a Nueva York, pero a otro barrio. Foxconn negoció con Wisconsin y el gobierno decidió dar a la multinacional 4.000 millones de dólares en subvenciones para que instalara allí una fábrica. El caso de Foxconn es interesante porque realiza gran parte de su trabajo en China fabricando productos electrónicos de Apple, pero es una empresa

taiwanesa. Una empresa taiwanesa con grandes operaciones en China que ahora se instala en Wisconsin, siempre que se le concedan suficientes subvenciones (principalmente en forma de renuncia a futuros impuestos). El cálculo es que el Estado ofrece más de 200.000 dólares por cada puesto de trabajo creado. A renglón seguido, Foxconn se da la vuelta y dice: «Por cierto, no fabricaremos nada allí. Simplemente vamos a crear un campus de investigación». El gobierno de Wisconsin no puede hacer nada al respecto. La relación de poder entre las entidades territoriales y las corporaciones ha tendido a favorecer a estas últimas en los últimos tiempos.

Esto no entraña que los territorios sean irrelevantes. Muchos investigadores llegaron a esa conclusión en los años ochenta, hasta el punto de decir que el Estado carece ahora de relevancia. Todo el poder está en otra parte. Con el desplazamiento del poder hacia las grandes corporaciones y la creciente facilidad para la movilidad geográfica, las pequeñas diferencias geográficas se vuelven aún más importantes en el afán de maximizar los beneficios. Las grandes empresas buscan las ventajas de estar ubicadas en un lugar y no en otro. Incluso una pequeña ventaja fiscal entre un sitio y otro puede llegar a ser decisiva. Esto significa que los gobiernos locales o incluso naciones enteras (Irlanda es muy buena en esto) han organizado sus disposiciones fiscales para ofrecer las máximas ventajas a las corporaciones privadas. Eso produce una feroz competencia interurbana, interregional e internacional entre los Estados para intentar atraer la inversión extranjera. Aquí tenemos uno de los grandes objetivos del poder estatal en estos momentos. El resultado: el poder del Estado se vuelve servil al capital privado. De modo que quien manda, si no son los tenedores de bonos, son las grandes corporaciones monopolistas. La situación era distinta en los años cincuenta y sesenta en los países capitalistas avanzados, porque el Estado, en ese momento, era mucho más socialdemócrata y mucho más poderoso en relación con el capital. Parte de la misión del Estado consistía en garantizar el bienestar a la masa de su población. No siempre lo conseguía y, efectivamente, hubo muchos problemas (por ejemplo, de paternalismo). Además, en esas

décadas había fuertes controles de capital, por lo que no se podía mover el dinero por el mundo con tanta facilidad como ahora. Recuerdo la primera vez que fui al continente desde Inglaterra. Tuve que solicitar al banco que me diera cheques de viaje. Solo me permitieron llevar 40 libras en cheques de viaje, y me estamparon esa cantidad en el reverso del pasaporte. No pude conseguir otras 40 libras hasta el año siguiente. Este tipo de cosas hoy serían increíbles, pero cuando yo era un niño esa era la situación. Todo el mundo en Gran Bretaña vivía bajo un régimen de controles de capital. Dichos controles eran coherentes con los acuerdos de Bretton-Woods de 1944 sobre el funcionamiento del sistema monetario internacional. El sistema de controles de capital internacionales de BrettonWoods se rompió a finales de los años sesenta y se abandonó en los setenta. A partir de entonces, el movimiento del capital monetario dentro de la economía mundial fue mucho más flexible.

Esto nos lleva a la cuestión del movimiento geográfico del capital. En el curso de su movimiento, el capital asume tres formas primarias. La primera es como dinero. La segunda es como mercancía. Y la tercera es como actividad de producción. ¿Cuál de esas formas de capital se mueve con mayor facilidad? Resulta que es el dinero. Pienso en el dinero como la mariposa del capital. Revolotea por el mundo y siempre que ve una flor tentadora se posa en ella. Y luego vuelve a emprender el vuelo hacia otra parte. La mercancía es la oruga del capital. Se arrastra con bastante lentitud y a menudo es pesada y difícil de mover (por ejemplo, las barras de acero frente a los diamantes). La tercera forma de capital, la producción, es la menos móvil. En mi opinión, la cuestión de cuál de estas formas domina en un periodo histórico concreto es terriblemente significativa y, en parte, la respuesta viene dada por la movilidad que necesita el capital.

Giovanni Arrighi propuso un argumento de interés que es relevante a este respecto. Afirmó que el capital siempre alcanza un punto en el que tiene verdaderas dificultades para la expansión en su forma de producción, y su forma de mercancía se vuelve muy lenta. Cuando eso ocurre, es probable que surja un intento de crear

un sistema financiero más fluido. Arrighi documenta cambios periódicos de este tipo a lo largo de la historia. Venecia y Génova llegaron a un punto en el que se convirtieron en ciudades financieras además de comerciantes y productoras de mercancías. Gracias a esa vertiente financiera, adquirieron una mayor movilidad geográfica y flexibilidad en el uso del dinero. Esta financiarización desempeñó un papel importante en el movimiento de poder y capital desde las ciudades-Estado italianas hacia el norte, hacia Holanda. Así se constituyó la segunda hegemonía dentro del sistema comercial mundial. El capital mercantil y financiero se centró en los Países Bajos y en el poder de esa región, de manera que Ámsterdam, Amberes y poderosas ciudades mercantiles como Utrecht y Brujas se convirtieron en vigorosos centros de acumulación de capital.

Pero este sistema alcanzó también sus límites máximos y pasó a producir otra fase de financiarización, que dio lugar a otro cambio hegemónico de concentración y centralización del capital hacia Gran Bretaña a finales del siglo XVII y el siglo XVIII. Este fue el capital que produjo la Revolución Industrial y cimentó un tipo diferente de hegemonía dentro del sistema mundial, con la industrialización en el país y las colonias y ocupaciones imperiales en el extranjero. A esto le siguió, en última instancia, el traslado financiarizado de Gran Bretaña a Estados Unidos, que se convirtió en el centro hegemónico sin rival del sistema capitalista a partir de 1945. Arrighi afirmaba que había indicios de que Estados Unidos empezaba a alcanzar sus límites en cuanto a su capacidad productiva en los años ochenta. En esta época vemos un fuerte movimiento hacia la financiarización. Y la gran pregunta en este momento es: ¿A dónde van a dirigirse las finanzas? Pues a donde las capacidades de producción estén más abiertas a una nueva explotación. Y, en la actualidad, ese lugar es, por supuesto, China. Si esto significa o no que China está destinada a ser el próximo hegemón mundial es una cuestión abierta al debate. Cada cambio hegemónico ha supuesto una espectacular alteración de escala, desde las ciudades-Estado italianas hasta los Países Bajos primero, Gran Bretaña después y finalmente Estados Unidos. Será necesario un cambio de escala para desplazar a Estados Unidos, y las consecuencias de algo así resultan casi

inconcebibles. Arrighi pensaba que ese cambio ahora podría suponer el ascenso de Asia como región hegemónica conglomerada. En términos de población, China más India más Indonesia estarían ciertamente en condiciones de hacerlo, pero es difícil ver cómo podrían funcionar todos esos elementos de manera conjunta y, en ese caso, cuáles serían las consecuencias para la producción, el consumo, el bienestar social y las condiciones medioambientales. Estamos ante una de esas situaciones en las que el capitalismo financiarizado tiene una gran flexibilidad por lo que respecta a la flor en la que se va a posar y las condiciones son óptimas para que se produzca la inversión financiera y el desarrollo capitalista. Esta es la situación en la que nos encontramos ahora. De nuevo, es la forma monetaria del capital la que está reterritorializando principalmente las estructuras capitalistas y el poder económico y político en nuestros tiempos.

En la primera parte de este capítulo me he centrado en las movilidades geográficas de las diferentes formas de capital y en cómo una lógica territorial de poder organizada a través de los aparatos estatales y los gobiernos contrasta con el flujo geográfico molecular del capital corporativo que se dedica a la producción de mercancías y a las operaciones financieras. Ahora quiero abordar toda esta cuestión desde un ángulo diferente, utilizando un constructo teórico al que soy bastante aficionado, que es la idea (o teoría) de lo que yo llamo una «solución espacial».

El capital se desarrolla y, a medida que se desarrolla, se expande. La geografía del capital consiste, por lo tanto, en su interminable expansión en el espacio. Dentro de un territorio concreto, las posibilidades de expansión están limitadas en gran medida por los recursos, la población, las infraestructuras disponibles, etc. En un momento determinado, la expansión capitalista alcanza un límite dentro de ese territorio. Los excedentes de capital se acumulan en una determinada parte del mundo, a menudo acompañados de excedentes de mano de obra. Estos excedentes de capital necesitan una salida para un empleo rentable. ¿A dónde pueden ir? Una posibilidad es desarrollar colonias. Otra es exportar el capital (y en algunos casos también la mano de obra) a algún otro lugar del

mundo donde el sistema capitalista aún no se haya implantado. Esto es lo que yo llamo «la solución espacial», una respuesta a la sobreacumulación de capital que es producto inevitable de la búsqueda de beneficios.

En Marx encontramos una interesante descripción de cómo funciona esta solución espacial. El territorio con excedente de capital presta dinero a algún otro lugar del mundo, que lo utiliza para comprar mercancías al país con excedente de capital. El país de destino puede utilizar las mercancías que compra para satisfacer los deseos y necesidades de su población (a través del consumismo) o para generar infraestructuras y operaciones que conduzcan a un mayor desarrollo del capitalismo en su territorio.

Gran Bretaña, por ejemplo, tuvo un grave problema de exceso de capital a partir de 1850, aproximadamente. El mercado interior estaba saciado y había pocas oportunidades rentables para emplear el capital dentro de su territorio. Así pues, empezó a exportar capital. Pero eso se podía hacer de diferentes formas. Un modelo típico sería el siguiente. Prestaría dinero a Argentina para construir ferrocarriles, pero todo el equipo ferroviario vendría de Gran Bretaña. De modo que el capital británico prestado a Argentina absorbería el excedente de capacidad productiva para la producción de acero y equipo ferroviario en Gran Bretaña. El problema de la capacidad productiva excedente se resuelve, pero al mismo tiempo Argentina construye ferrocarriles a través de la Pampa que sirven para llevar el trigo a los puertos de la manera más rentable posible. Y entonces el trigo barato se vende a Gran Bretaña. El trigo barato en Gran Bretaña reduce el coste del pan, lo que significa que los industriales pueden reducir los salarios y aumentar los beneficios porque los costes de reproducción de la fuerza de trabajo son menores. De este modo, un excedente de capital en una parte del mundo se utiliza para desarrollar una expansión del sistema capitalista en otra, al tiempo que aumenta los beneficios en el país de origen al reducir los costes de los bienes de consumo básicos.

En el siglo XIX, los centros de excedentes de capital eran muy escasos y estaban muy alejados entre sí. Se encontraban principalmente en Gran Bretaña y en algunas partes de Europa

Occidental. Muchos de esos excedentes fluyeron hacia Estados Unidos. Con el excedente de capital pueden suceder dos cosas. Puede estar controlado por el poder estatal o fluir de forma libre a través del sistema de mercado. La relación británica con el resto del mundo en el siglo XIX resulta instructiva a este respecto. Gran Bretaña necesitaba ampliar sus mercados. Mediante la absorción de India en el Imperio británico, este último destruyó la industria textil de las aldeas indias y sustituyó los productos de la industria india por importaciones de las fábricas textiles de Gran Bretaña. India se organizó como un mercado cautivo para la industria británica. Pero tenía que pagar de alguna manera los textiles importados.

¿Cómo iba a hacerlo? Había que exportar algo desde India para poder pagar los textiles británicos. India tenía algunas exportaciones. Té y yute y cosas así. Pero no eran suficientes. Así que los británicos «persuadieron» a India para que produjera opio y lo enviara a China. El mercado chino del opio fue forzado a abrirse por la acción militar/naval (las llamadas Guerras del Opio). China tuvo que pagar el opio con plata que primero fue a India antes de pasar a Gran Bretaña para pagar los textiles. Rosa Luxemburg lo explica en su libro sobre el imperialismo británico, *Die Akkumulation des Kapitals (La acumulación del capital)*. En este caso, la solución espacial al problema de la capacidad productiva excedente en la industria textil británica se basaba en la destrucción de la industria india de la confección, la transformación del mercado indio en un mercado de exportación cautivo para los productos británicos y, a continuación, la creación de otras formas de producción y comercio de mercancías; como el comercio del opio, que aportaba suficiente plata para pagar los textiles.

Pero esta solución espacial también requería algo más. Y este «algo más» entrañaba la producción de infraestructuras físicas adecuadas. De nuevo, Marx tiene algunas cosas muy interesantes que decir sobre India a este respecto. Una de las formas de unificar el mercado indio y hacerlo más accesible a la dominación extranjera fue la inversión en transporte y comunicaciones. Gran Bretaña construyó los ferrocarriles en India. Si usted va a India, verá una impresionante estación de tren victoriana en el centro de Mumbai,

que es una muestra de esta actividad colonial británica. Así que, de nuevo, la exportación de la capacidad productiva excedente a alguna otra parte del mundo para construir infraestructuras requería que ese lugar tuviera algún medio para pagarla. El capital extranjero podría prestar el dinero para construir las infraestructuras, lo que produciría una tasa de retorno al capital extranjero a través de su uso. Entonces, si las infraestructuras mejoraban la productividad en India o la capacidad de India para producir y vender a través del mercado, todos podrían beneficiarse. Aquí volvemos a ver una forma de solución espacial. La utilización de India como fuente de materias primas, como fuente de extracción de riqueza monetaria y como mercado fue fundamental para que Gran Bretaña pudiera hacer frente a su tendencia a producir excedentes de capital. Pero hay otra forma de solución espacial a través de la exportación de capital, cuyo más claro representante fue Estados Unidos. El excedente de capital británico llegó a Estados Unidos porque había un territorio abierto para el desarrollo como resultado del genocidio de la población nativa. Pero en Estados Unidos ese excedente no se utilizó tan solo para crear un mercado. Aunque hubo algo de eso, los empresarios estadounidenses también lo utilizaron para establecer un centro alternativo de acumulación de capital. Se invirtió en la actividad productiva, en lugar de organizarse para satisfacer el consumismo. El capital británico desempeñó un papel muy importante en la financiación no solo de la creación de un mercado alternativo, sino también de todo un nuevo centro de acumulación de capital dentro de Estados Unidos. A medida que ese centro despegaba en Estados Unidos, la demanda de maquinaria y otros medios de producción aumentaba tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña y Europa. Y eso pone mucha demanda en el mercado mundial, parte de la cual va a ser satisfecha por la expansión de la producción británica para el mercado estadounidense. Pero este proceso sirve para crear un rival territorial en el campo de la producción capitalista de mercancías. Estados Unidos, en algún momento, desarrolló su propia forma de acumulación de capital, que estaba destinada a entrar en competencia con la producción británica y europea. Estados Unidos compite con Gran Bretaña y, en

última instancia, vence a Gran Bretaña por la posición hegemónica en el capitalismo global a través de la competencia. Así que, en cierto sentido, Gran Bretaña desempeñó un papel crucial en la financiación del agente de su propia desaparición. Esto, también, es una forma de solución espacial.

Pero la solución espacial desempeña un papel muy importante en relación con la formación de la crisis, porque también entraña desplazamientos temporales y espaciales a largo plazo. Tomemos el caso de la inversión en ferrocarriles en Estados Unidos. Se trata de una forma de inversión a largo plazo. No es que se obtenga una tasa de rendimiento en seis meses. Si hay una tasa de retorno, será a largo plazo, y porque en ese largo plazo la productividad de la economía estadounidense aumentará. Pero esto abarcará un periodo de diez, quince o veinte años. Se trata de una inversión a muy largo plazo. Y la inversión a largo plazo significa apelar a algún tipo de sistema de crédito que permita movilizar el poder del dinero en un horizonte temporal tan amplio. Esto conlleva el uso de lo que Marx llamaba «capital ficticio» (un derecho monetario transferible y comercializable sobre algo que todavía no existe) para construir finalmente las nuevas infraestructuras. Dichas infraestructuras se convierten entonces en la base de una forma alternativa de acumulación y de una dinámica alternativa en la circulación del capital. Tales sistemas tienen una historia interesante. Este tipo de soluciones espaciales se han producido a una velocidad cada vez mayor en la economía mundial desde 1945, pero sobre todo desde 1970, más o menos. Los excedentes de capital de Estados Unidos y de otras partes del mundo se han desplegado para crear sistemas de producción alternativos en otros espacios abiertos. Los sistemas de producción alternativos no se han centrado principalmente en la creación de nuevos mercados. He argumentado (de forma controvertida) que, en lo que respecta a la Gran Bretaña del siglo XIX, la aventura india era menos rentable para la industria británica que la estadounidense, porque el poder colonial en India suprimió el dinamismo inherente al capitalismo (los «instintos animales» de los empresarios) en favor de la construcción de un mercado de consumo pasivo. El objetivo de los británicos era impedir que se desarrollara

en India un sistema de producción capitalista rival. Querían tener a India en el bolsillo como mercado. Pero esto frena el dinamismo del capital. En definitiva, frena el crecimiento y la expansión continua del mercado. Así que la solución india se volvió cada vez menos rentable a largo plazo para la empresa británica. Mientras que, en Estados Unidos, Gran Bretaña no controlaba las cosas; no podía controlar el dinamismo que, por un lado, ampliaría continuamente la solución espacial disponible mediante el desarrollo del mercado estadounidense, al tiempo que, por otro lado, llevaría a Estados Unidos a superar en última instancia a Gran Bretaña en la lucha geopolítica por la hegemonía.

A partir de 1945, la economía mundial sufrió un auténtico problema. Se temía una vuelta a las condiciones que dieron lugar a la depresión en los años treinta, pero esta vez con un enorme aumento de la capacidad productiva asociada a la economía de guerra y con mucho personal militar que regresaba a casa. Y los responsables políticos estadounidenses comprendieron algo importante. Estados Unidos se beneficiaría de la descolonización. Las posesiones coloniales debían salir del control de Gran Bretaña, Francia u Holanda. No debían ser mantenidas como mercados cautivos por las potencias imperiales. Estados Unidos no tenía tantos mercados cautivos, por lo que, en su propio interés, exigió y ordenó que se abrieran todos esos mercados. Estados Unidos pensó que podía colonizarlos con la misma facilidad que Gran Bretaña y Francia, pero a través de un sistema de libre comercio mundial.

La descolonización y la apertura del mundo a estructuras alternativas de desarrollo ayudarían a absorber los excedentes de capital estadounidenses. Esta fue la genialidad del Plan Marshall. Pero el Plan Marshall no consistía simplemente en intentar utilizar Europa como un sumidero conveniente para los excedentes de mercancías de Estados Unidos. También tenía como objetivo reconstruir el capital y los lugares de acumulación de capital en todo el globo para ampliar el mercado mundial de forma espectacular. En la medida en que los excedentes de capital se trasladaron a Japón y a Europa, se produjo la revitalización y la reactivación de las economías japonesa y europea. En el periodo que va de 1945 a

1970, más o menos, la economía mundial experimentó un crecimiento asombroso, y gran parte de él dependió de la creación de estos centros alternativos de crecimiento y acumulación de capital en Japón y en Europa Occidental. En la década de 1980, estas áreas alternativas de acumulación empezaron a superar a Estados Unidos en la escena mundial. Así que Estados Unidos se encontró de repente en una situación en la que había ayudado a crear a sus propios rivales. Si yo diera esta charla en los años ochenta, hablaría de Japón y Alemania Occidental como hegemónicos en el capitalismo global. Eran los que realmente iban a la cabeza. Y Estados Unidos lo había fomentado porque le beneficiaba fomentarlo, sobre todo en el contexto de la Guerra Fría con los soviéticos y la perspectiva de una alternativa comunista como la que estaba surgiendo en China. Pero entonces Estados Unidos se enfrentó al problema de cómo hacer frente al crecimiento explosivo de Alemania Occidental y Japón. La respuesta de Estados Unidos fue crear un orden mundial en el que todos pudiéramos competir y nos beneficiáramos del comercio abierto. Estados Unidos veía la globalización y el libre comercio en mercados abiertos como la solución. También estaban convencidos de que podían ganar con este sistema reglamentado (en parte porque estaba construido para favorecer al capital estadounidense).

Se trata del orden neoliberal de libre comercio, de la reducción sistemática de las barreras arancelarias, de la creación de un sistema financiero mundial que facilitó la circulación de capitales y mercancías de una parte a otra del globo. La creación de nuevas tecnologías de transporte y comunicaciones, etc., ayudó mucho. Muchas cosas influyeron en esto. Pero una de las consecuencias fue el desarrollo de múltiples centros alternativos de acumulación de capital. Japón, por ejemplo, se desarrolla muy fuertemente durante los años sesenta, de manera que se encuentra con enormes cantidades de capital excedente a finales de los setenta. ¿Y qué va a hacer con él? Los japoneses exploran soluciones espaciales a través de la exportación de capital y comienzan a «colonizar» el mercado de consumo estadounidense. A continuación se produce la «invasión» japonesa de la economía estadounidense. Compraron el

Rockefeller Center. Entraron en Hollywood adquiriendo Columbia Pictures. El capital excedente fluye desde Japón hacia Estados Unidos. Pero también se expande por el resto del mundo, incluso adopta una postura mini-imperialista en muchos mercados emergentes, como en América Latina. Poco después, vemos que se producen secuencias similares en el resto de Asia. Corea del Sur se desarrolla, inicialmente no como una economía de libre mercado, sino bajo una dictadura militar. Pero Estados Unidos anima a Corea del Sur a desarrollarse por una razón geopolítica muy sencilla: la contención del comunismo. La Unión Soviética y China representaban una amenaza. Para contener el expansionismo comunista, se necesitaba una Corea del Sur próspera, capitalista, procapitalista. Estados Unidos apoyó el desarrollo de la economía surcoreana, facilitó la transferencia de tecnología y ofreció un acceso favorable a los mercados estadounidenses. Pero, a finales de la década de 1970, Corea del Sur está generando un excedente de capital con su increíble aparato productivo. ¿Y qué hace? Busca una solución espacial. Establece la producción de automóviles en Estados Unidos y se agencia algunas de sus empresas de electrónica, al tiempo que coloniza sus mercados y organiza la producción en otros emergentes. Los excedentes de capital salen de Corea del Sur a finales de la década de 1970. De repente, aparecen empresas de subcontratación en Centroamérica y África dirigidas por los surcoreanos. Las prácticas laborales y de derechos humanos de los coreanos son bastante brutales.

Pero, en un abrir y cerrar de ojos, la misma secuencia ocurre en Taiwán. Estados Unidos apoya a Taiwán porque quiere que tenga un desarrollo económico próspero para así asegurarse de que permanezca en la órbita estadounidense, en lugar de ser absorbido de nuevo por la China comunista. De modo que la industria taiwanesa empieza a ser muy importante. Alrededor de 1982, surge el problema del excedente de capital y de repente aparece un flujo de exportaciones de capital desde Taiwán. ¿A dónde se dirige? Va a todo el mundo, pero en gran medida a China, que acaba de abrirse al desarrollo capitalista. Este fue el momento en que Foxconn, que ahora es uno de los mayores conglomerados del mundo, comenzó a

instalarse en China. Los productores surcoreanos también se trasladaron a China, al igual que los japoneses. Pero Taiwán se movió masivamente. Así que todos empezaron a trasladar la producción a China. El desarrollo chino, por lo tanto, se basa en gran medida en el capital taiwanés, japonés, surcoreano y, por supuesto, hongkonés a partir de 1978. El caso de Hong Kong resulta muy interesante. Antes de la apertura de China, la industria textil y de la confección de Hong Kong ya había derrotado y superado a la industria textil británica, que estaba siendo desindustrializada. Las fábricas textiles y de ropa de Mánchester no podían competir con los productos textiles de Hong Kong. El capital de Hong Kong quería expandirse, pero carecía de la mano de obra, los recursos y el mercado necesarios dentro de su territorio. Entonces, China se abrió de repente, y con ella Shenzhen. El capital de Hong Kong voló a China para aprovechar una masa de mano de obra barata. La industrialización china de los años setenta y ochenta fue el resultado de todas estas importaciones de capital procedentes de Hong Kong, Taiwán, Corea del Sur y Japón.

El resultado es la creación de una increíble economía productiva dentro de China. ¿Y qué hace esa economía? Comienza a derrotar a su competencia. ¿Qué pasa con Japón? La economía japonesa está de capa caída desde 1990, aproximadamente. Taiwán ha estado en aprietos incluso cuando Foxconn, que es una empresa taiwanesa, emplea a 1,5 millones de personas en China. Pero ahora Foxconn tiene capacidad productiva en América Latina y África. Incluso va a ir a Wisconsin. Aquí tenemos la solución espacial en movimiento. El capital se desplaza perpetuamente de un lugar a otro.

Ahora le toca a China enfrentarse al problema de qué hacer con el capital excedente. Quizá sea una coincidencia o quizá no. Pero en 2008, todo parece haber cambiado de dirección en China. Ese año se produjo una enorme crisis en el capitalismo global. El principal mercado de consumo de China en Estados Unidos se desplomó y las exportaciones a Estados Unidos cayeron de forma espectacular. Pero en 2008, por primera vez, la inversión extranjera directa en China fue superada por la exportación de capital de China al extranjero. Después, las exportaciones de capital se dispararon muy por encima

de las importaciones de capital. China se convierte en un agresivo exportador neto de capital. La mayor parte de la exportación adopta la forma de crédito comercial y no de inversión directa en la producción. China suministra crédito comercial a África Oriental para absorber el excedente de producto chino (por ejemplo, rieles de acero). En el año 2000, el mapa de las exportaciones de capital de China estaba prácticamente en blanco. Pero en 2015, el excedente de capital chino está por todas partes. El mundo entero se ve atrapado en la búsqueda de China de una solución espacial para el capital excedente chino. Los chinos empiezan a orquestar todo esto en torno a algo llamado la «Iniciativa del Cinturón y la Ruta», que es un plan de expansión geopolítica en el que el capital excedente de China se destina a reconstruir la conectividad del transporte y las comunicaciones del continente euroasiático, con ramificaciones a través de África y hacia América Latina. Las estrategias geopolíticas de este tipo tienen una larga historia.

Halford Mackinder fue profesor de Geografía en la Universidad de Oxford, lugar donde enseñé durante siete años (1987-1993) en la cátedra de Geografía que lleva su nombre. Mackinder fue un imperialista reaccionario de derechas que escribió en la primera mitad del siglo XX. También fue un pensador geopolítico que ideó la siguiente formulación. Dijo que quien controla el corazón de Europa Central controla la *isla mundial* de Eurasia, y quien controla la *isla mundial* controla el mundo. Los chinos llevan al menos diez siglos pensando en su posición geopolítica y en su poder. Han leído a Mackinder. Estados Unidos también tiene su propia teoría e historia geopolítica. Pero la musa estadounidense fue Alfred Thayer Mahan, que escribió sobre el papel del poder marítimo en la historia durante la década de 1890. Mackinder hizo hincapié en el poder terrestre y Mahan en el marítimo. Mackinder fue sobre todo influyente en la década de 1920, pero siguió escribiendo hasta la Segunda Guerra Mundial. En las décadas de 1920 y 1930 surgió toda una escuela de pensamiento geopolítico alemán: la *Geopolitik*. Sostenía que los Estados se parecen un poco a los organismos. Como tales, necesitan alimentarse libremente de un acceso adecuado a los recursos (por ejemplo, el petróleo) y definir su propio espacio vital. La teoría del

*Lebensraum*, asociada al geopolítico alemán Haushofer, fue de todo punto crucial para la ideología nazi sobre la dominación mundial. La expansión nazi en Europa del Este (y en los campos petrolíferos de Rumanía) en la década de 1930 apelaba a la necesidad de que el Estado alemán adquiriera espacio vital y controlara la *isla mundial*. La lucha por la dominación mundial se centró en el control del *Heartland* de Europa Central, tal como lo había definido Mackinder. El control sobre el *Heartland* creó el camino hacia la dominación mundial. De ahí la invasión de Checoslovaquia y luego de Polonia.

Lo que estamos viendo ahora a través del proyecto chino del Cinturón y la Ruta es una expansión de la influencia geopolítica de China en Asia Central. La solución espacial al problema de los excedentes de capital de China se está convirtiendo en un proyecto geopolítico en el que Asia Central está siendo absorbida por la esfera de influencia de China mediante inversiones en infraestructuras. Resulta interesante que Estados Unidos organice gran parte de su poder mundial a través del poder marítimo y que esté surgiendo un grave conflicto entre China y Estados Unidos en el mar de la China Meridional, pero que China también haga hincapié en el poder terrestre en Asia Central, donde a Estados Unidos le resulta difícil ejercer mucha influencia geopolítica. China está empezando a afirmar un control casi total sobre lo que ocurre en Asia Central, y Estados Unidos no está en condiciones de disputar esta influencia. Pero el proyecto del Cinturón y la Ruta va mucho más allá. Ahora está desempeñando un papel muy importante en África, que en pocos años, a partir de 2008, se ha endeudado enormemente con los préstamos chinos para construir infraestructuras (como los ferrocarriles en toda África Oriental). La expansión capitalista en África resulta cada vez más acusada (por ejemplo, en Etiopía y Sudán). La mayor parte de las inversiones chinas en África (y en América Latina) adoptan la forma de préstamos comerciales y no de inversión extranjera directa (aunque hay algo de eso en relación con los recursos minerales, como el cobre en Zambia). Los chinos están aplicando la clásica táctica de prestar dinero a los países para que compren los excedentes de productos chinos (acero, equipos de

transporte y cemento), tal como Gran Bretaña sostuvo el desarrollo de Argentina en el siglo XIX por interés propio.

Pero tampoco hay que perder de vista el ángulo geopolítico. No creo que Mackinder tenga razón, pero los chinos quizá piensen que sí la tiene y que el control de Asia Central es un proyecto geopolítico crucial por derecho propio. Esto explicaría su brutal trato a los uigures musulmanes en el oeste de China. Si están pensando en estos términos, entonces van a utilizar su excedente de producción de cemento y acero para construir ferrocarriles a lo largo de Asia Central y, en última instancia, hasta Europa. Los primeros trenes van ahora de China a Londres. Y tardan dos o tres semanas, aproximadamente, en lugar de seis semanas o más por mar. Los chinos creen que podrán reducir de forma radical el tiempo que se tarda en ir de China a Europa si cuentan con una red ferroviaria de vía rápida a través de Asia Central. Esto es lo que están construyendo. Los comentaristas financieros occidentales a menudo describen ese proyecto como una inversión inútil desde un punto de vista económico. No puede ser rentable. Probablemente no lo sea a corto plazo. Pero, a largo plazo, en realidad va a reconfigurar, en el plano geopolítico, cómo se estructura el mundo entero. El proyecto chino es, casi con toda seguridad, geopolítico y no principalmente económico. Así que no es casualidad que los chinos, que durante muchos años no plantaron cara a Estados Unidos en ningún sitio, estén disputando el poder estadounidense en el mar de la China Meridional. Pero también tienen un terreno, Asia Central, en el que no se da confrontación alguna. Rusia no impugna el proyecto chino. De hecho, la alianza entre Rusia y China parece fortalecerse cada año. Estados Unidos no tiene capacidad para hacer gran cosa en Asia Central. Y es interesante. Cuando estuve en China, me aconsejaron varias veces que no dijera nada negativo sobre Rusia. Es evidente que existe una alianza de intereses entre los dos países, y no solo en Asia Central. Ambos están apoyando a Venezuela frente a los repetidos intentos de Estados Unidos de derrocar al gobierno de Maduro, ya sea mediante intentos de golpe de Estado directos, sanciones o el fomento de disturbios internos. Se empieza a apreciar la aparición de una tenebrosa división geopolítica en el mundo que

pronto puede convertirse en una contienda activa. Pero fíjense que este proyecto del Cinturón y la Ruta también converge con el problema de encontrar una solución espacial para disponer de los excedentes de capital y capacidad productiva.

El capital está obligado a tener una tasa compuesta de crecimiento del 3% constantemente, lo que significa una tasa compuesta de reorganización de la geografía global del capital y de la acumulación de capital. Lo que empezamos a ver es que estas soluciones espaciales circulantes, de Estados Unidos a Japón, de Japón a China, de China a Asia Central y África, son una manifestación geopolítica de la lógica del crecimiento compuesto del capital. Hemos de tener mucho cuidado desde un punto de vista geográfico. Este es el tipo de cosas que dieron lugar en el siglo pasado a dos guerras mundiales. En ambas ocasiones hubo rivalidades geopolíticas. No estoy diciendo que vaya a haber una guerra mundial ni nada por el estilo; solo digo que el papel de las rivalidades y teorías geopolíticas debe analizarse con mucho cuidado. Teniendo en cuenta todas las tensiones actuales, especialmente en Oriente Medio, sería una tontería ignorarlas. Cuando la búsqueda de soluciones espaciales para la sobreacumulación de capital se funde con las rivalidades geopolíticas, como ocurrió en la década de 1930, entonces es el momento de dar un paso atrás y tener mucho cuidado de no caer de cabeza en la vorágine de las guerras globales. La geopolítica de la solución espacial tiene que ser objeto de un estudio serio.

<sup>1</sup>Reproducimos la traducción de Pedro Serrano que se encuentra en William Shakespeare, *Dramas históricos*, ed. Andreu Jaume, Barcelona, Penguin, pp. 469-470, con la salvedad de que traducimos *commodity* como «Mercancía», y no como «Interés», para velar mejor por la continuidad de la argumentación de David Harvey, e introduciendo leves modificaciones por razón de género gramatical [n. del t.].

# IX. EL SÍNDROME DE CRECIMIENTO

En 1970 impartí por primera vez clases sobre *El Capital* de Marx. A partir de entonces, lo hice durante muchísimos años consecutivos. Pero en 2019 he vuelto a dar clases sobre el volumen I después de una larga pausa. Siempre es interesante volver al texto de Marx. Las circunstancias en 1970 eran muy diferentes a las de 2019. Consideremos, por ejemplo, cómo veía yo el largo capítulo sobre la maquinaria y la industria moderna. Durante muchos años, argumentaba Marx, el capital luchó por desarrollar una tecnología adecuada a su propia naturaleza. Esta tecnología —el sistema fabril— difería sustancialmente de las tecnologías feudales basadas en las habilidades laborales y las formas primitivas de organización que caracterizaban el periodo «manufacturero», que duró desde 1650 hasta la Revolución industrial de finales del siglo XVIII.

Cuando enseñé todo esto en 1970, pasamos por el capítulo sobre el periodo manufacturero como si fuera solo de interés histórico. Lo realmente importante estaba en el siguiente capítulo, dedicado al sistema de fábricas. Marx nos proporcionó un relato fantástico (aunque bastante extenso!) de cómo se estableció el sistema fabril, cómo se extendió y qué consecuencias sociales conllevó. El sistema fabril no era solo una máquina; se trataba de un sistema de máquinas, máquinas que producían máquinas, con inmensas repercusiones sobre cómo se utilizaba, posicionaba y abusaba del trabajo en la producción. Las formas genéricas de tecnología, como la máquina de vapor, podían aplicarse en todo tipo de ámbitos diferentes. Los materiales que Marx extrajo de los informes de los inspectores de las fábricas son un testimonio vivo de la naturaleza revolucionaria y de los dolorosos sufrimientos experimentados en la transición a la forma industrial de trabajo.

Pero esta vez, de repente, pensé que muchos jóvenes de Estados Unidos de hoy en día con probabilidad no sabrían mucho sobre las

fábricas. Posiblemente no conocerían a un trabajador real de una fábrica y menos a un obrero sindicalizado de una factoría. En los años setenta, la mayoría de los hogares tenían algún contacto con el mundo del trabajo en las fábricas y conocimientos al respecto.

En Estados Unidos, el sistema fabril ha desaparecido en gran medida. Pero ¿qué lo ha sustituido? Lo que realmente me intrigó esta vez fue que muchas de las cosas que se decían en el capítulo sobre la industria manufacturera casaban con las realidades contemporáneas. El trabajo precario, por ejemplo. El constante cambio de escalas y divisiones del trabajo. Los intentos de quienes dominan las habilidades para monopolizarlas y procurarse una posición privilegiada en la fuerza de trabajo. El capital libró una batalla contra esas habilidades monopolizables y hubo constantes intentos por su parte para reproletarizar el proceso de trabajo y a los trabajadores con el fin de que desapareciera el privilegio que suponía el monopolio de sus habilidades. En el siglo XVIII eran las herramientas particulares las que conferían privilegios, pero en nuestros días son las habilidades con los algoritmos informáticos y otras tecnologías de la información análogas.

Esto es extraño, pensé, porque Marx a veces cae en un pensamiento teleológico sobre la evolución humana, sugiriendo que hay un movimiento progresivo que se desarrolla inexorablemente hacia un futuro predeterminado que conduce al comunismo. El trabajo fabril acabará sustituyendo todo lo demás, parecía insinuar, al menos dentro del capitalismo, si no más allá.

Cuando parece que las cosas se mueven hacia atrás, la sensación resulta muy extraña. Yo siempre había tenido mis reservas sobre las interpretaciones teleológicas de Marx. Me daba la sensación de que Marx no estaba profundamente comprometido con ella, aunque a menudo aparece en sus escritos. Incluso en su época, estaba bastante claro que había muchos procesos laborales que no eran de tipo fabril, y que estos persistían incluso en los periodos y lugares en los que el trabajo fabril estaba más desarrollado. La tesis de que el trabajo fabril estaba destinado a expulsar todas las demás formas de trabajo parecía de imposible consumación. Tomemos, por ejemplo, la industria automovilística japonesa de los años ochenta. Por una

parte, existían empresas muy grandes que utilizaban mano de obra fabril para ensamblar los automóviles. Pero, por otro lado, cuando uno se fijaba en el suministro de todas las piezas para la industria automovilística, comprobaba que se hacía en muchos pequeños talleres que empleaban mano de obra cualificada con múltiples ecos del sistema manufacturero.

Yo siempre había pensado que tal vez Marx no tuviera razón al sugerir que el sistema fabril eliminaría todas estas otras formas de trabajo. Lo mismo cabía decir de los procesos laborales cambiantes que estudiaba yo en el París del Segundo Imperio. En lugar de asistir a una toma de control por parte de las grandes fábricas –por supuesto, hubo algunas que lo hicieron–, lo que se apreciaba era una proliferación de divisiones específicas y especializadas del trabajo en muchos sectores organizados en líneas artesanales. Por ejemplo, en torno a 1850, París tenía una importante industria de flores artificiales, y hacia 1855 los talleres dedicados a ese sector habían empezado a especializarse. En 1850, un taller fabricaba rosas artificiales y otro margaritas artificiales, y así sucesivamente. En la década de 1860, se encuentran talleres especializados en la producción de pétalos, otros en la fabricación de tallos y otros en la de hojas, mientras que en algún lugar alguien juntó todos esos elementos. En el París del Segundo Imperio, no se observa un movimiento hacia la mano de obra fabril, sino una creciente dispersión de la división del trabajo entre estas numerosas pequeñas empresas artesanales que se estaban descentralizando en lugar de centralizarse, como es propio del sistema fabril.

He llegado a la conclusión de que la forma industrial ha estado perpetuamente en transformación, y de que el capital siempre ha podido elegir entre diferentes tipos de procesos laborales y distintas formas de organización. El capital opta por la forma que es más apropiada y que resulta más propicia al estilo particular de explotación en el que participa en cada momento. Una de las razones por las que se produce la descentralización de los procesos laborales en el periodo neoliberal es que los trabajadores de las fábricas estaban bastante bien organizados y sindicalizados. El capital puede evitar esa situación adoptando un proceso de trabajo

descentralizado, que los trabajadores a duras penas podrían someter a una organización.

Todo esto me pasa por la cabeza cuando doy clases sobre estos dos capítulos dedicados al sistema manufacturero y el sistema fabril. Pienso en cómo el capital pasa de un tipo de estructura de explotación a otra y en que si la mano de obra adquiere un poder muy fuerte, como el que tenía en el siglo XVIII a través de la monopolización de ciertas habilidades, entonces el capital tratará de quebrarlo. El sistema fabril devaluó y descalificó la fuerza de trabajo, pero, en 1970, surge exactamente el problema contrario. La mano de obra empleada en las grandes fábricas está bien organizada y ejerce un poder considerable frente al capital, por lo que lo mejor que podía hacer este era buscar un sistema laboral descentralizado en el que el trabajo no tuviera la capacidad de desafiar al capital de la misma manera. Esa es una de las razones por las que hemos visto tanta dispersión y descentralización de la actividad industrial, acompañada de formas de organización horizontales y en red, en lugar de las formas de organización jerárquicas que antes prevalecían. Me parece muy interesante que ese haya sido el movimiento predominante adoptado por el capital, pero resulta que ese es también el movimiento dominante que ha ocurrido en la organización de la izquierda. La organización de la izquierda se ha hecho más descentralizada y horizontal. Al igual que el capital, se ha vuelto anti jerárquica, en contra de las formas políticas que surgieron en respuesta al proceso de trabajo fordista y al sistema fabril.

Todo esto apunta a un hecho muy interesante: cuando se lee *El Capital* de manera crítica (como debe ser), surgen ideas sobre lo que ocurre a tu alrededor y por qué se dan esos fenómenos aquí y ahora. Se plantean preguntas, y es muy importante que las formulemos hoy, aunque las respuestas puedan ser diferentes. Para ilustrar este punto, permítanme tomar un ejemplo aparentemente humilde de una interpretación del texto de Marx.

Los economistas, los responsables políticos y la prensa financiera citan con frecuencia la tasa de crecimiento como una medida crucial de la salud y el bienestar de la economía. Estimular una tasa de crecimiento pujante se cita con frecuencia como un objetivo político

esencial. Pero hay otro aspecto del crecimiento que, pese a ser significativo e importante, se descuida en gran medida. Se trata de la masa de crecimiento. ¿Cuánto crecimiento absoluto ha habido y qué vamos a hacer con la masa que se produce?

El otro día estaba leyendo mi revista financiera favorita, el *Financial Times*, y había un artículo que resumía un informe del Banco de Inglaterra sobre si la flexibilización cuantitativa había contribuido a la desigualdad. Lo que mostraba era que, en promedio, el 10% de la población más pobre de Gran Bretaña recibió alrededor de 3.000 libras esterlinas en total entre 2006-2008 y 2012-2014, mientras que los muy ricos, el 10% más acomodado, recibieron un promedio de 325.000 libras esterlinas durante ese periodo. De esto se podría deducir inmediatamente que la flexibilización cuantitativa benefició más a los ricos que a los pobres. Mucho se ha abundado en esta afirmación. Incluso la primera ministra británica, Theresa May, la suscribió. El informe, sin embargo, negaba que esto fuera así. Las 3.000 libras esterlinas que recibió el 10% más humilde fueron un aumento proporcional mayor que las 325.000 libras esterlinas del 10% más acomodado. La flexibilización cuantitativa benefició proporcionalmente más a los pobres que a los ricos. El problema, concluyen los autores del informe, es que la gente no entiende cómo interpretar de modo correcto la información económica. Debería concentrarse en las tasas de cambio, no en las cifras absolutas.

Lo que quiero argumentar es que 3.000 libras a lo largo de seis años es menos de diez libras a la semana para los menos pudientes. Eso no aumenta sustancialmente el poder económico y político de nadie. Es una cantidad bastante nimia, en gran medida irrelevante para sus vidas, mientras que, para el 10% más rico, 325.000 libras es una suma bastante relevante, aun- que, dada la cantidad de dinero que ya tienen guardado, también podrían considerarla nimia. Pero es una contribución significativa a la masa de la riqueza que controlan y que pueden utilizar con fines políticos, económicos y de otro tipo para mantener su poder. Aunque la tasa de cambio puede haber sido menor, el efecto absoluto fue mucho más significativo para el 10% más acomodado.

Una tasa baja sobre una gran suma produce una masa muy grande. Pongá- moslo así: ¿preferirían tener ustedes una tasa de rendimiento del 10% sobre 100 dólares o una tasa de rendimiento del 5% sobre 10 millones de dólares? Está claro que la tasa de rendimiento del 5% va a producir una masa mucho mayor, y eso puede ser la fuente de una desigualdad también mucho mayor. A lo largo de seis años, el 10% más pobre podría comprarse tres tazas de café más a la semana, mientras que el 10% más rico tendría suficiente para adquirir un estudio en Manhattan. Los autores del informe llevan razón al decir que debemos interpretar bien los datos. Pero tenemos que hacerlo de forma crítica. La recomendación del informe disfraza el inaceptable aumento de la desigualdad al proponer una medida de tasas, y no de masas, lo que da la impresión de que los efectos son admisibles.

Esta cuestión adquiere una importancia crucial en determinados contex- tos. Tomemos, por ejemplo, el problema del calentamiento global. Aunque desde luego es importante que intervengamos en el ritmo de aumento de las emisiones de carbono, lo que en sí mismo plantea importantes cuestiones políticas, la masa ya existente de gases de efecto invernadero (dióxido de carbono, metano, etc.) en la atmósfera exige también respuestas políticas. Me parece que ese es el problema más inmediato y grave que deberíamos analizar.

Centrarse en la tasa de aumento no contribuye a ello. Hay situaciones en las que la masa de gases de efecto invernadero resulta mucho más significativa. De hecho, en los medios de comunicación públicos se habla muy poco de la masa existente y de sus consecuencias, lo que constituye un grave proble- ma. Curiosamente, entre los economistas marxistas también hay una fetichi- zación de las tasas y muy poca consideración de la importancia de la masa. Esto se aprecia en las famosas páginas que dedicó Marx a la tasa de ganancia decreciente en el volumen III de *El Capital*. La teoría de la tasa de ganancia decreciente ha sido la base de gran parte del pensamiento marxista sobre la formación de crisis. Se dice que hay una tendencia a la caída de la tasa de ganancia en la dinámica capitalista. Dicha tendencia se explica por la aplicación de innovaciones que ahorran trabajo en el proceso laboral

a través de la competencia entre empresas capitalistas individuales, en lo que Marx llamó plusvalía relativa. Las empresas con una tecnología superior pueden vender al coste promedio mientras producen por debajo de él. Esto produce un exceso y la competencia por ese exceso de beneficio impulsa la innovación tecnológica. Una vez que tengo una tecnología superior, obtengo el beneficio extra y mis competidores responden innovando para obtener una tecnología superior propia. Parte del dinamismo del capital se debe a este tipo de competencia por la ventaja tecnológica. Pero dicha competencia está constantemente economizando en el trabajo y elevando su productividad, y, al elevar la productividad del trabajo, estás, por supuesto, reduciendo el valor que se produce. La competencia por la plusvalía relativa produce una consecuencia de clase: hay menos valor y plusvalía para repartir. El resultado es una tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

Este argumento se expone en el volumen III de *El Capital*, y el texto que la mayoría de nosotros utilizamos es el que editó Engels. Aunque es importante reconocer el tremendo trabajo que hizo Engels, tuvo que dar forma a ciertos aspectos del pensamiento de Marx de una manera que tal vez no siempre fuera coherente con las intenciones de este. Marx escribió sobre el problema de la caída de la tasa de ganancia en un largo capítulo que adopta la forma de un argumento continuo. Comienza exponiendo el argumento de la caída de la tasa de beneficio y parece muy satisfecho consigo mismo. Ha resuelto un problema que había desconcertado a los economistas políticos clásicos. Pero luego parece decir: «Bueno, este es un punto de partida que nos permite examinar algunas cuestiones más generales». Engels dividió el único capítulo de Marx en tres. El primero se llama «La caída de la tasa de ganancia», el segundo «Influencias compensatorias» y el tercero «Contradicciones en la ley». De esa manera, parece que la ley sea lo central y que todo lo demás suponga modificaciones de la ley en la práctica. Uno sale pensando que la ley es fundacional y lo demás es secundario.

Pero, cuando se leen los cuadernos originales, Marx parece decir otra cosa. Y esa «otra cosa» resulta fascinante. Lejos de ser una

fuerza compensatoria, la masa creciente de beneficios se ve como un producto conjunto. Marx lo expresa así:

Pese a la enorme caída de la tasa general de ganancia, el número de trabajadores empleados por el capital, es decir, la masa absoluta de trabajo puesta en movimiento por él –y por lo tanto la masa absoluta del trabajo excedente absorbido, y por lo tanto la masa de plusvalía que produce, y por lo tanto la magnitud o masa absoluta de la ganancia producida por él–. Esa masa puede, en consecuencia, crecer y hacerlo progresivamente, a pesar de la caída progresiva de la tasa de ganancia. Este no solo puede sino que debe ser el caso de la base del modo de producción capitalista.

La clase trabajadora no esperaba milagros de la comuna. Esto está lejos de ser una fuerza compensatoria. «Las mismas leyes», dice Marx, «producen a la vez una masa absoluta creciente de ganancia, de la que se apropia el capital social, y una tasa de ganancia decreciente».

A Marx se le plantea en ese punto un problema. «¿Cómo presentar entonces esta ley de doble filo?», se pregunta. Nos encontramos ante una «ley de doble filo»: una disminución de la tasa de ganancia unida al aumento simultáneo de la masa absoluta de ganancia que surge del mismo proceso. «Las mismas razones», dice Marx, «que producen una disminución absoluta de la plusvalía y, por lo tanto, de la ganancia, traen consigo un crecimiento de la masa del trabajo excedente, de la plusvalía y, por lo tanto, de la ganancia producida y apropiada por el capital social. ¿Cómo se puede explicar esto? ¿De qué depende? ¿Qué condiciones participan en esta aparente contradicción?». Estas son las preguntas esenciales que plantea.

Aquí tenemos una contradicción capital. Mientras que la tasa de ganancia puede estar disminuyendo, la masa de ganancia puede estar aumentando. Esto nos dice algo fundamental sobre la naturaleza del modo de producción capitalista. Las consecuencias son importantes. En un artículo reciente del *Financial Times* se

comentaba la importancia de la caída de la tasa de crecimiento en China durante los últimos seis meses de 2018, que produjo nerviosismo en los mercados financieros. La expectativa era que esto produciría graves problemas globales. Una recesión en China podría originar una recesión global, tal vez incluso una depresión. Pero parece que los chinos no estaban preocupados. Cuando se les preguntó por qué, la respuesta fue que a ellos les preocupaba sobre todo la absorción de mano de obra. Necesitaban crear 10 millones de empleos urbanos al año, lo que es mucho comparado con, digamos, 3 millones en Estados Unidos. Pero los chinos podrían generar fácilmente 10 millones de puestos de trabajo con una tasa de crecimiento mucho más baja en 2018 de lo que era posible en la década de 1990, cuando crecían al 12% o más. En aquel momento era difícil, si no imposible, crear 10 millones de puestos de trabajo, pero en 2018, con una tasa de crecimiento del 6%, resultaba fácil, porque tenían una base suficientemente grande sobre la que una tasa de crecimiento más baja podía producir los puestos de trabajo que necesitaban. De modo que la tasa de crecimiento más baja no les molestó en absoluto. No necesitaban estimular la tasa de crecimiento para cumplir su objetivo político de crear 10 millones de nuevos empleos urbanos.

Cuanto más grande sea la economía, menor debe ser la tasa de crecimiento para producir nuevos puestos de trabajo o nueva demanda. Pero no es así como piensan o hablan los responsables políticos. «Debemos lograr un crecimiento del 4%», dijo Trump cuando llegó al poder, presumiendo de que «pronto lo tendremos». No ocurrió así, y durante su presidencia las tasas de crecimiento han sido bajas, pero la cuestión es si eso realmente importa o no. Muchas de las cosas que se requieren y se necesitan en la sociedad pueden suministrarse solo con una tasa de crecimiento muy modesta. Una tasa de crecimiento elevada plantearía otro tipo de problema. Por ejemplo, si la producción de automóviles se duplica porque la productividad en la industria del automóvil hace lo propio, habrá el doble de automóviles en la calle, consumiendo el doble de gasolina y con el doble de posibilidades de atascos. Si eso ocurriera a nivel mundial, ¿qué efecto tendría sobre el calentamiento global y

todo lo demás? En otras palabras, debemos tomarnos muy en serio la cuestión de la masa. Podemos hacerlo en sentido positivo, como en el caso chino de la absorción de mano de obra, o en el negativo, que sería contribuir al calentamiento global por el aumento de la masa de automoción. Aunque la tasa de crecimiento sea baja, si la industria automovilística es muy grande y esa tasa de crecimiento se aplica a la industria automovilística, eso significa un gran número de coches nuevos en la carretera, lo que aumenta la masa de emisiones de carbono y, a su vez, empeora cada vez más el problema de la masa existente de emisiones de efecto invernadero.

Concluyo: hay que tomarse en serio la relación entre tasas y masas. Con demasiada frecuencia se descuida en las publicaciones sobre el tema. Cuando se menciona, a menudo se le quita relevancia. Los tipos importan, pero lo que ocurre con la masa es solo colateral. Cuando el asunto sale a relucir, como en el informe del Banco de Inglaterra, resulta que hacer hincapié en las tasas en lugar de en las masas es exculpatorio para las clases altas. ¡Cuidado con el sesgo de clase en la forma en que los economistas y los medios de comunicación informan sobre el mundo! En el informe del Banco de Inglaterra se invita al 1% más humilde a celebrar sus tres tazas de café extra a la semana con sus 3.000 libras y se los insta a apreciarlas como algo que vale mucho más que comprar un pequeño estudio por 325.000 libras.

# X. LA EROSIÓN DE LAS OPCIONES DE LOS CONSUMIDORES

Una de las cosas más deliciosas que se pueden hacer con Marx es improvisar a partir de sus ideas victorianas, a veces pintorescamente expresadas, en relación con las circunstancias contemporáneas y conectar su teorización con lo que está sucediendo a nuestro alrededor en el presente. En el capítulo sobre la maquinaria que figura en el volumen I de *El Capital* destaca con mucha fuerza la idea de que la autonomía del trabajador es arrebatada por el sistema fabril. Los trabajadores artesanos precapitalistas controlaban sus herramientas. Tenían cierto poder porque su contribución a la producción era la habilidad en el uso de su herramienta. Se trataba de un «regalo gratuito» del trabajo al capital. Por otro lado, era uno de esos regalos que es un cáliz envenenado. El capital tiene que aceptar que el trabajador es autónomo porque es él quien tiene la habilidad. Si los obreros «soltaban las herramientas», el capitalista estaba perdido, y si no querían hacer el trabajo de una manera determinada, no lo hacían.

Sin embargo, lo que ocurre con la máquina es que la habilidad se sitúa en su interior. La autonomía en cuanto a la velocidad del proceso se encuentra entonces fuera del ámbito del trabajador. Aparece entonces la imagen del autómatas de *Tiempos modernos*, de Charlie Chaplin, en la que el trabajador se convierte, como dice Marx, en un apéndice de la máquina. El obrero tiene que hacer lo que la máquina quiere que haga a la velocidad establecida por un poder externo.

La tesis de la erosión de la autonomía del trabajador está bien documentada en la historia del capital. Esto me lleva a pensar en la cambiante autonomía del consumidor. ¿Hasta qué punto somos autónomos en nuestras elecciones de consumo? ¿Hasta qué punto

nos hemos convertido en apéndices de la máquina de producción de consumo capitalista? En efecto, se podría reescribir el capítulo de Marx sobre la máquina para hablar del consumismo contemporáneo. Esta reflexión se me ocurrió en gran medida el otro día, al pasear por primera vez por esa nueva zona de Nueva York llamada Hudson Yards. Se promociona como el mayor desarrollo inmobiliario de Estados Unidos, quizá incluso del mundo, aunque francamente no creo que se acerque a lo que se ha hecho en China. Lo increíble de Hudson Yards es que penetras en él y te topas con un centro comercial. Mi reacción fue: «¿Por qué necesita Nueva York otro centro comercial?». Este centro comercial está construido con materiales preciosos, grandes zonas por las que se puede caminar, aunque no hay espacio para sentarse, a no ser que entres en una de las cafeterías, restaurantes o lo que sea. Es un entorno muy árido. Hermoso a su manera, bello desde un punto de vista arquitectónico, se podría decir. Pero, al mismo tiempo, parece vacío, no necesariamente de gente, sino de cualquier significado real. Lo que me lleva a preguntarme: «¿Cómo ha llegado a construirse semejante monstruosidad?».

Resulta interesante que, desde su práctica finalización el mes pasado, los comentarios al respecto no hayan sido nada positivos. Los principales críticos de arte y arquitectos, entre otros, no han prodigado precisamente elogios. Se ha gastado una gran cantidad de dinero y recursos en vidrio y mármol y todo lo demás, para hacer un espacio que, en verdad, no es muy atractivo. Sospecho que la mayoría de la gente piensa así. De modo que ahora se habla de poner más vegetación, de añadir más jardinería, de hacerlo más grato. Acaban de abrir un espacio público llamado el Shed, que se supone que es un espacio destinado a espectáculos. Pero, una vez más, resulta evidente que la función del Shed es crear tantos espectáculos como sea posible para que la gente vaya allí y después se pasee por el centro comercial y quizá coma o compre algo. Se trata de manipular las necesidades y los deseos de las personas. De construir algo a imagen y semejanza del capital.

Así hablaba Marx del sistema fabril. Sostuvo que no fue construido para aligerar la carga de trabajo. De hecho, comienza el capítulo

sobre la maquinaria comentando que John Stuart Mill no podía entender por qué la maquinaria, que debería aligerar la carga de trabajo, en realidad terminó haciéndola cada vez más opresiva. Pues bien, podemos decir lo mismo de Hudson Yards. He aquí una situación en la que el capital construye algo, que para un observador de paso debería servir para mejorar la calidad de vida de la población, y al mismo tiempo lo único que hace realmente es presentar de forma simbólica la naturaleza de lo que es el capital contemporáneo. Es una intervención simbólica, no una intervención real. Algunas personas van a vivir allí, pero cuando se preguntan por los precios de la vivienda, esta no resulta en absoluto asequible. La mayoría de las viviendas son de muy alta calidad y están pensadas, una vez más, para el 1% del 10% más rico. Entonces te preguntas: «¿Qué habría pasado si todos los recursos que se destinaron a la construcción de este lugar se hubieran invertido en la creación de viviendas asequibles que Nueva York necesita desesperadamente? ¿En qué tipo de ciudad estaríamos viviendo?». Además, ¿qué habría pasado si este esfuerzo gigantesco se hubiera orientado a crear la posibilidad de elección del consumidor respecto de, por ejemplo, diferentes formas de vida, distintas formas de ser?

Será interesante ver si Hudson Yards es ocupado por la gente y «civilizado», convirtiéndose en un lugar donde pueda desarrollarse algo vibrante, como ha ocurrido con Washington Square, por ejemplo, que es un espacio público donde, cuando sale el sol, aparecen los músicos y toda clase de personas en monopatín, gente jugando a las cartas y jugadores de ajedrez y de damas en la esquina. Allí se despliega toda una forma de vida, y será interesante comprobar si algo así ocurre en Hudson Yards. Si la gente lo desea, eso puede ocurrir, a pesar de la horrible arquitectura. En París, por ejemplo, el Centro Pompidou, un centro de arte, no es un mal edificio, pero tiene un patio delantero horrible, que es la pieza de arquitectura más inhóspita y aburrida que se pueda imaginar. Pero, de alguna manera, la gente entra en él y lo convierte en un espacio vibrante y vivo. Esto depende, sin embargo, de que las autoridades toleren ciertos grados de libertad dentro de los espacios públicos, de manera que puedan apropiárselos libremente diferentes personas

dedicadas a distintas actividades. De este modo, el espacio puede resultar más interesante y habitable. En otras palabras, los diseñadores construyeron un espacio con la esperanza de que alguien viniera a hacerlo interesante. Espero que ese alguien que venga a Hudson Yards lo civilice y lo convierta en algo radicalmente distinto. Sin embargo, con demasiada frecuencia, los intereses privados que ahora gestionan el lugar prohíben, en nombre de la seguridad y el control social, las locas pasiones que hacen interesantes esos espacios.

Esto me lleva de vuelta a la cuestión relativa a la naturaleza y las cualidades de la vida cotidiana bajo el capital. Marx había sostenido que el tiempo libre es uno de los grandes indicadores de una sociedad digna. Indicó que debemos aspirar a lo que llamó «el reino de la libertad», y ese reino de la libertad, dijo, comienza cuando se deja atrás el reino de la necesidad. Así, una sociedad positiva es aquella en la que el reino de la necesidad está cubierto; todo el mundo tiene suficiente comida, ropa, vivienda, empleo y posibilidades de llevar una vida adecuada. Después, todo es tiempo libre. La gente hace lo que quiere, en los espacios que quiera. En otras palabras, estamos ante la idea de que la gente va a usar, a consumir su tiempo, gozando de alguna clase de autonomía.

Pero la posibilidad de esa autonomía ha sido constantemente erosionada por la invasión del capital en la vida cotidiana. El capital nos quita la autonomía en el empleo de nuestro tiempo y hace imposible que grandes segmentos de la población abandonen el ámbito de la necesidad. De hecho, la mayor parte de la población se esfuerza por acceder a las necesidades básicas, lo que significa que tiene una capacidad y un tiempo muy restringidos para la libertad de expresión. Las mejores ciudades son aquellas en las que existe una gran autonomía de los grupos sociales para hacer lo que quieran, como quieran hacerlo. Una y otra vez vemos que las tecnologías y las capacidades para una forma de vida autónoma y libre se erosionan, se quitan, se eliminan.

Esto es uno de los aspectos tristes de la vida contemporánea. Cada vez se ocupa más el tiempo, cada vez se controla más la elección del consumidor. Consideremos algo como internet, que

tiene una historia muy interesante. Lo que comenzó en el ejército fue retomado por un sistema artístico de creación entre pares en el que se producían todo tipo de innovaciones, impulsadas por individuos creativos que muy a menudo estaban en asociación o en conversación con otros. En ese momento, internet parecía ser un vehículo para el avance social, la comunicación social, la producción social e incluso, en algunos casos, la revolución social. Pero, en pocos años, ese proceso se monopolizó y se gestionó cada vez más como un modelo de negocio. El modelo de negocio capitalista se apodera de nosotros, así que tenemos los Facebooks, los Googles, los Amazons, todos los cuales están esencialmente monopolizando la calidad de la vida diaria e induciendo todo tipo de formas de consumismo, carentes, en mi opinión, de alma. Esa es la sensación que desprende Hudson Yards, y no es de extrañar que Amazon, a la cual se negó la posibilidad de ubicarse en Queens, esté ocupando gran parte del espacio vacante en Hudson Yards. Amazon y Hudson Yards son el uno para el otro, pero no hay nada para nosotros. Hudson Yards parece muy hermoso (resplandeciente y brillante) desde la distancia: una ciudad esplendorosa en una colina. Semeja un Oz desde lejos, pero, cuando te acercas, nada sucede allí, ninguna emoción anima a la población que circula por ese lugar. Insisto: no pretendo decir que sea imposible que el espacio pueda convertirse en algo diferente. Las poblaciones pueden tomar el control de sus espacios sociales, darles un sabor determinado y sacar el máximo partido a lo que es una ciudad aun cuando el capital se limita a fomentar formas de consumo no autónomas.

Marx no dedica demasiado tiempo a hablar del consumo. Pero este consumismo nos remite a la charla anterior: a medida que la masa de capital aumenta exponencialmente, se plantea la cuestión de dónde está el mercado para esa masa creciente. Y cómo se va a absorber esa masa a través del consumismo. A medida que aumenta la cantidad total de mercancías, es obvio que debe haber poblaciones cada vez más grandes para consumirlas. Pero deben tener el dinero necesario para comprarlas. Todo esto significa que la sociedad tiene que estructurarse de alguna manera no solo para hacer frente a la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, sino a

la dificultad de alcanzar el valor de una masa creciente, y esa masa creciente es cada vez más problemática. A menudo cito el caso del consumo de cemento en China, que en dos años empleó un 45% más de cemento que Estados Unidos en cien años. Se trata de un ejemplo de aumento de la masa de producción y consumo de cemento a través de un proyecto de urbanización masiva diseñado para contrarrestar la recesión de 2007-2008 en las industrias exportadoras de China. Lo que plantea el siguiente problema: si la masa sigue aumentando como lo ha hecho en la producción y consumo de cemento, entonces vamos a encontrarnos con graves aprietos tanto para los consumidores como para el medio ambiente.

Esta es una de las principales dificultades a las que nos enfrentamos en la actualidad con el calentamiento global y otros problemas medioambientales. La creciente masa de mercancías va asociada a una creciente masa de residuos. En la actualidad, ha surgido una repentina preocupación por prohibir las bolsas de plástico y otros productos de ese material porque su masa de residuos circula por los océanos, lo que ha dado lugar a casos terribles, como el hallazgo de una ballena muerta con el estómago lleno de ellas. La creciente masa de producción, consumo y eliminación de residuos de plástico es algo que hay que tener en cuenta. La demanda mundial de recursos básicos también se ha disparado. La producción de cobre, litio y mineral de hierro se ha incrementado en gran medida como respuesta a la asombrosa urbanización de China. Incluso en condiciones de caída de las tasas de beneficios, la masa de productos básicos en circulación sigue aumentando a un ritmo compuesto. La creciente masa de extracciones minerales resultante de la urbanización despilfarradora (como Hudson Yards) debe entenderse como algo necesario para la reproducción del capital y el sostenimiento de la acumulación de capital. Pero ¿hasta qué punto es necesario este extractivismo para la reproducción de un modo de vida? ¿Y qué tipo de vida va a ser esa? A menudo he comentado que, aunque se discute mucho sobre qué tipo de ciudades queremos construir, la verdadera pregunta es qué tipo de personas queremos ser. Es la respuesta a esta última pregunta la que debería determinar qué tipo de ciudad queremos

construir. No quiero ser el tipo de persona que querría vivir en Hudson Yards sin una buena dosis de influencia civilizadora previa, lo cual es muy difícil de imaginar. No resulta fácil suponer que esos rascacielos sean tomados por los sin techo, por grupos de punk rock o por comunas feministas, todo lo cual podría hacer que el entorno social fuera bastante más interesante.

El aumento de la masa de producción en general y del consumo masivo en particular se ha considerado un rasgo positivo en la historia humana del capital, aunque lo ha acompañado un trasfondo de descontento con algunas de las cualidades de la vida cotidiana que se asocian con el estrés de vivir en una sociedad consumista y competitiva. Creo que deberíamos abordar la cuestión del consumismo desde una perspectiva totalmente distinta. El síndrome de crecimiento interminable y compuesto del consumismo contemporáneo, que es paralelo a la acumulación interminable de capital, necesita una evaluación y una respuesta críticas. Deberíamos, por ejemplo, pensar de forma más creativa en la disminución y el control de la masa de recursos que estamos extrayendo de las entrañas de la tierra para alimentar el consumismo compensatorio contemporáneo que es tan decisivo para la acumulación interminable de capital. Esta es una de las grandes tareas sociales y políticas que tenemos por delante. Como muchos señalan ahora en el caso del clima, es fácil reconocer que las cosas, una vez que alcanzan cierta masa, se vuelven difíciles de controlar, si no imposibles. Pero entonces lo verdaderamente importante es que centrarse en controlar la tasa de emisiones de carbono se vuelve cada vez menos relevante, porque la masa ya es lo bastante grande para hacer un daño extraordinario.

En todas estas cuestiones, la de la masa frente a la tasa es crucial. Pero ninguno de esos asuntos puede tratarse de forma aislada. La interminable expansión del capital impone un determinado estilo de vida a la masa de la población. Pero esa misma expansión impone cambios en el estilo de vida y el ritmo de los cambios también se acelera. Estos son los tipos de cambios en el estilo de vida que van unidos a los principios consumistas y a los procesos laborales de la acumulación interminable. Las motivaciones subjetivas y los deseos

de gratificación instantánea forman parte de la totalidad de las relaciones que apoyan y confirman los principios fundamentales del capitalismo neoliberal.

La aceleración, por ejemplo, forma parte del modo de producción capitalista. Es una de las formas en las que puedo aventajarte en cuanto a la producción que tengo y a mi competitividad. Si me muevo más rápido que tú, gano. Por lo tanto, hay un tremendo énfasis en acelerar las cosas, y el resultado es que la mayoría de nosotros tenemos que vivir mucho más rápido que antes en todos los aspectos; tenemos que consumir más rápido, adaptarnos más rápido y trabajar más rápido. El consumo relajado y lento se convierte en un fetiche irrealizable. A la gente le gusta pensar que se puede construir una sociedad alternativa volviendo al uso de alimentos lentos y locales. Me gusta la idea de los alimentos lentos, pero, por otro lado, no es así como la mayoría de la gente va a poder vivir, y no va a ser un movimiento de consumo revolucionario, ni mucho menos. Pero al menos plantea la cuestión de la velocidad a la que funciona una sociedad, la forma en que cambian los deseos, las necesidades y los anhelos, centrados en satisfacciones instantáneas, donde el espectáculo desplaza a los objetos reales como objetos de consumo. La ventaja de los espectáculos es que se acaban en un instante. Es posible que se intente validar Hudson Yards organizando espectáculos en el Shed y en otros espacios. Tal vez puedan encontrar un museo que se instale allí, en un intento de validar culturalmente el resto del entorno. El análisis del capital tiene que pensar en la tasa, la masa, la velocidad y la totalidad de las relaciones. La tasa, la masa y la velocidad afectan también al consumismo, y el efecto resultante es la definición de un estilo de vida particular, que para muchas personas se ha convertido en alienante y ajeno, incluso cuando ofrece satisfacciones superficiales y gratificaciones instantáneas. Estamos ante una situación en la que el descontento con la calidad de la vida cotidiana puede fácilmente encontrarse y crecer.

# XI. ACUMULACIÓN PRIMITIVA U ORIGINAL

La octava parte de *El Capital* trata de lo que Marx llama acumulación primitiva u original, que es la historia de cómo surgió el capital y cómo llegó al poder. Una de las cosas que me gusta de la lectura de *El Capital* es que Marx cambia su estilo de escritura en función de los temas que trata. Hay algunos pasajes muy líricos, otros densamente teóricos, otros que son relatos históricos fácticos, mientras que otros son secos como el polvo y explican cuánto de esto es igual a aquello. Pero la sección final sobre la acumulación primitiva se compone de capítulos breves, agudos y brutales. Es casi como si Marx tratara de enfatizar mediante su estilo de escritura la brutalidad y la violencia con las que el capital llegó a ser lo que es.

La historia que cuenta Marx sobre los orígenes del capital iba en contra de la opinión y los relatos burgueses de su época. Los economistas políticos de aquel entonces presentaban una historia virtuosa sobre los comienzos del capital. Había personas cuidadosas y reflexivas, abstemias y responsables, que miraban al futuro y eran capaces de aplazar las gratificaciones. Por otro lado, estaban los despilfarradores, que optaban por malgastar su tiempo en una vida desenfrenada. Los virtuosos se convirtieron en los empresarios que aplazaron las gratificaciones, que ahorraron, acumularon y miraron al futuro. A los despilfarradores solo les quedaba una posibilidad de ganarse la vida, que era ofrecer su fuerza de trabajo a los capitalistas frugales que se responsabilizaban de cómo ponerla a trabajar fructíferamente. La otra historia con la que ahora estamos más familiarizados, pero que también existía en la época de Marx, era que el capital derivaba de las virtudes cristianas, una interpretación que Max Weber convirtió más tarde en un texto importante, *La ética protestante y los orígenes del capitalismo*. El protestantismo ético y la abstinencia cuáquera vinieron al rescate de un sistema económico feudal en decadencia. La virtud cuáquera, la

gratificación diferida, la gestión cuidadosa del dinero, las habilidades empresariales y la lealtad a la familia apoyada por la propiedad privada fueron la base del surgimiento del capitalismo. Marx no contaba con la versión de Weber, pero tenía a su disposición muchos relatos que hacían hincapié en la naturaleza de la cristiandad, Martín Lutero y la tolerancia de los cuáqueros. Marx se enfrenta a todos esos relatos y los descarta. Las cosas no sucedieron así. La realidad es que el capital surgió, según él, «a sangre y fuego». Fue un proceso violento y brutal, que pasó por la usurpación de un sistema de gobierno anterior y de las relaciones de poder, por el robo, el hurto, la violencia y el fraude, por la apropiación indebida del poder del Estado y por la utilización de casi todo tipo de medios criminales que se puedan imaginar.

Esta es la historia que Marx quiere contar. Tal vez exagera un poco, pero, por otra parte, cuando miramos atrás, vemos que a lo largo de esta historia ocurrieron muchas de las cosas que él decía. Descarta de plano la historia religiosa por considerarla hipócrita de raíz. Si quieres ver lo que de verdad hicieron los religiosos, solo tienes que fijarte en la forma en que se organizó la parroquia cristiana, en el tratamiento de los pobres en las casas de beneficencia, los orfanatos y todo lo demás. Construyeron las cárceles y establecieron una política de encarcelamiento (que ha durado hasta hoy). La represión violenta de los vagabundos y el abuso de la dignidad humana acompañaron la forma en que el cristianismo trató los problemas del desempleo y la pobreza.

Pero la historia principal que Marx quiere contar es la de las formas violentas por las que se privó a la masa de la población del acceso a los medios de producción –sobre todo a la tierra– y de la posibilidad de reproducir su vida cotidiana fuera de la venta de su fuerza de trabajo como mercancía a los nacientes capitalistas. Esta violenta expropiación y esta violenta reorganización del orden social constituyen, para Marx, el pecado original del capital. Y me parece interesante examinar la forma en que articula esta noción de pecado original. Porque hay algunos pensadores, por ejemplo Derrida, que dirían que todo orden social, al nacer, lleva las marcas de sus orígenes violentos, y que ningún orden social puede borrar esa

historia. La violencia de sus orígenes lo persigue continuamente y vuelve sin cesar. Estamos en un muy buen momento para analizar el retorno de muchas de estas formas violentas de expropiación, expulsiones, desalojos y cosas similares que Marx describe como presentes en los orígenes mismos del capitalismo. Resulta que muchos de esos fenómenos están ocurriendo hoy en día a nuestro alrededor: el fraude y la mentira, las mistificaciones para encubrir la atroz apropiación que realizan los ricos y los poderosos, aprovechándose de los vulnerables y de los pequeños grupos de la población. Es un momento interesante para observar cómo nos persigue actualmente la violencia de la acumulación primitiva.

Marx sostiene que el orden feudal fue socavado de varias maneras muy características. Lo fue en parte por el capitalismo mercantil basado en la compra barata y la venta cara o en la apropiación directa de productos de poblaciones vulnerables e incapaces de resistir el poder militar y financiero de los mercaderes. También fue socavado por la usura. Los prestamistas hicieron un buen negocio con el despojo de las tierras. De modo que el prestamista de dinero y el capitalista mercantil socavaron conjuntamente el poder feudal. Así se abrió la posibilidad de acumular y concentrar el capital monetario en muy pocas manos, y, después, de intentar despojar a la masa de la población de cualquier activo productivo que controlara. La historia de Marx sobre la acumulación primitiva trata al final de la formación de la clase trabajadora que no tiene medios de existencia o subsistencia aparte de la venta de su fuerza de trabajo en los mercados laborales.

Este es el secreto que Marx quiere revelarnos a través de varias etapas históricas. El proceso empieza, por supuesto, primero con la tierra: la apropiación de la tierra, el cercamiento de tierras comunales, la imposición de la propiedad privada sobre la tierra y la concentración gradual de la tierra a través de la expoliación de las propiedades eclesiásticas, la adquisición y la privatización del derecho de propiedad estatal (o real) sobre la tierra. Esta privatización produjo una clase de capitalistas terratenientes cuya principal ocupación consistía en apartar a los trabajadores de la tierra para obligarlos a quedarse en la calle. Esto conllevó, según

Marx, el derrumbamiento de un orden social que se había basado en el acceso a las tierras comunales. Así, uno de los grandes movimientos a los que asistimos es el cercamiento de las tierras comunales, que, por lo demás, es un proceso legal. Marx destaca la forma en que los procesos ilegales de expropiación acaban convirtiéndose en legales. El Estado comandado por el capital aprueba leyes para expropiar poblaciones y privatizar el acceso a la tierra. Los capitalistas industriales surgen de una manera diferente. Toman como base la propiedad de la tierra y la existencia del trabajo asalariado, pero consiguen el poder del dinero y comienzan a utilizarlo para ganar más. Este es el momento originario del capital.

Marx relata en *El Capital* esta historia extraordinaria. Y la cuenta de varias maneras. Pero una de las cosas que más llama la atención es la tremenda hipocresía en la que se basa este sistema. La hipocresía estriba, por un lado, en que la teoría liberal considera que la propiedad privada surge cuando los individuos combinan su trabajo con la tierra y afirman su derecho indiscutible al producto de su propia actividad. Pero los trabajadores empleados por el capital no tienen derecho al producto de su propio trabajo. Ese producto pertenece al capital. Y los trabajadores tampoco tienen derecho a controlar el proceso de trabajo, porque el proceso de trabajo está diseñado por el capital. La teoría de los derechos liberales propuesta por John Locke resulta completamente pervertida por lo que ocurre en los siglos XVII y XVIII, cuando la sociedad comienza a avanzar hacia un orden social más capitalista basado en el trabajo asalariado.

Esto me parece importante porque permite plantear la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto los procesos de acumulación primitiva que describe Marx perduran en el presente? A veces, Marx parece dar la impresión de que antaño el capital estaba plagado de estos procesos violentos ilegales, pero que, una vez ha surgido y se ha constituido formalmente, toda esa ilegalidad anterior puede desaparecer, dando lugar a una sociedad en la que, como dice Marx, la economía sutil de la toma de decisiones a través de un sistema económico impide las expropiaciones violentas y se impone el imperio de la ley. Así, en la primera parte de *El Capital* de Marx, se

tiene la sensación de que existe un proceso de mercado esencialmente pacífico y legal; que el intercambio de mercado está bien establecido, al igual que la equiparación de la tasa de ganancia, los derechos de propiedad privada, etc. Se supone que el sistema de mercado libre funciona de una manera perfeccionada y más bien utópica. En los primeros capítulos de *El Capital*, Marx retoma las visiones utópicas de la economía política clásica de Adam Smith y David Ricardo. Dice, en efecto, que aceptemos su visión utópica y tratemos de elaborar la teoría de cómo funciona el capital sobre la base del intercambio de libre mercado, un sistema legal basado en los derechos de propiedad privada, y cosas por el estilo. Así, se tiene la impresión de que, hace tiempo, hubo un enfrentamiento violento que condujo al surgimiento del capital, pero que después el capital se asentó y se convirtió en un sistema legal, y todo se resolvió según las leyes del movimiento de la acumulación de capital. Lo que Marx muestra es que este sistema no funciona en beneficio de todos (como pretendía Adam Smith), sino que privilegia a los capitalistas ricos frente a los trabajadores pobres. Pero se trata de un proceso legal y, por lo tanto, la violencia, las expropiaciones, las expulsiones, etc., ya no son necesarias.

Pero, si observamos la forma en que se organiza la sociedad hoy en día, vemos que se está produciendo una gran cantidad de expropiaciones violentas, y de violencia y coacción en relación con el empleo de mano de obra. Estamos rodeados de una violencia cotidiana que se da en la sociedad. Parece como si el pecado original del capital volviera perpetuamente a perseguirnos. En nuestra época, esto se está convirtiendo en una cuestión crucial: ¿cómo hacer frente a la ilegalidad del capital? Por desgracia, la teoría del capital propuesta por la utópica economía política clásica no ha triunfado. El capitalismo ya no puede entenderse, si es que alguna vez fue posible hacerlo, como un sistema pacífico, lícito y no coercitivo. De hecho, aquí estamos tratando no solo de la continuación sino de la resurrección de sistemas de expropiación violenta que ocurrieron en el pasado. Vivimos con una forma de capital basada no en la igualdad de intercambio, sino en cierta violencia de expropiación y despojo.

Ha habido cierta controversia sobre el grado en que las técnicas y prácticas de la acumulación primitiva han continuado en el curso de la larga historia del capitalismo. Un par de pensadoras importantes han argumentado que no se puede concebir una sociedad realmente estable sin la continuidad de algunas de estas prácticas. Este es el caso, en particular, de Hannah Arendt, y también de Rosa Luxemburg. Rosa Luxemburg insistió en la idea de que el relato de Marx sobre la continuidad de la producción capitalista no tiene en cuenta algo importante. En su opinión, la expansión del sistema que se requiere para la acumulación de capital depende de la continuidad de las prácticas de acumulación primitiva dentro de la dinámica del capitalismo. El capital solo logra perpetuarse si tiene un lugar fuera de la dinámica del capitalismo del que pueda alimentarse la acumulación de capital. Este exterior se obtuvo con las prácticas coloniales e imperialistas. La expansión del capital dependía de la acumulación primitiva que se producía en los márgenes de la sociedad capitalista y, según Luxemburg, esta es una característica permanente del capitalismo. A su juicio, el imperialismo es una característica necesaria del capitalismo; la acumulación primitiva en la periferia es necesaria para la supervivencia del capital. Cuando la periferia sea totalmente absorbida y no haya lugar a donde ir, eso marcará el fin del capitalismo. Pero, mientras tanto, decía, hay una diferencia real entre entender la dinámica del capital como un sistema que funciona de manera muelle y que se rige por la ley, y la acumulación primitiva que tiene lugar en gran medida en la periferia. La absorción de zonas de la periferia en el sistema capitalista siempre iba a estar basada en apropiaciones y expropiaciones violentas, y en la violencia de las intervenciones imperialistas.

Analizar esa tesis puede resultar interesante. Hay pasajes de Marx en los que incluso él parece aceptar que algo como lo que describe Luxemburg ocurriría en la práctica. Reconoce, por ejemplo, que la expansión del sistema requiere una expansión del acceso a las materias primas, así como del mercado. Y, cuando esto ocurre, dice inmediatamente que, en realidad, si observamos la cuestión desde un punto de vista táctico, esto es lo que Gran Bretaña estaba haciendo en India, que se convirtió en el gran mercado para la

expansión de la industria del algodón de Lancashire. Para que tal cosa ocurriera, había que destruir la industria textil autóctona de India, y eso era parte de lo que pretendía el poder británico: destruir la industria textil india para que los indios tuvieran que consumir los productos de algodón de Lancashire. Por lo tanto, se atendieron las necesidades del mercado británico mediante la apertura del mercado indio, lograda por la destrucción de la capacidad industrial autóctona. Pero entonces India necesitaba tener alguna forma de pagar todos esos productos de algodón que llegaban, y eso condujo a organizar gran parte de la producción india en torno a las materias primas. Así, el algodón en bruto, el cáñamo, el yute y otros productos similares se convirtieron en producciones de exportación. Sin embargo, como señaló Luxemburg, todo eso no bastaba para cubrir el valor total del algodón que se importaba. De modo que India necesitaba alguna otra forma de pagarlo, y aquí entramos en el tipo de violencia de la acumulación primitiva, porque, como señala Luxemburg, India fue obligada por los británicos a empezar a cultivar opio en grandes cantidades, y luego esa sustancia fue llevada a China e introducida a la fuerza en ese país con las Guerras del Opio. Los chinos no la querían, pero los obligaron a aceptarla. Se obligó a Shanghái a abrir un puerto de tratado a través del cual se podía vender opio a los chinos en grandes cantidades. Ese opio se pagaba con plata, que los chinos tenían en abundancia. De modo que, en efecto, la plata china fluyó a India, y luego pasó de India a Gran Bretaña.

Luxemburg describe un sistema imperial en el que la acumulación primitiva tiene lugar en la periferia, y que continuará indefinidamente hasta que toda la periferia sea absorbida dentro de la dinámica capitalista; en cuyo caso el capital no podría encontrar un mercado adecuado para sí mismo. De modo que esta historia trata del imperialismo como la perpetuación de la acumulación primitiva en la periferia; y, en realidad, incluso descubrimos que en la periferia ocurren el tipo de cosas de las que hablaba Marx. Por ejemplo, la movilización del campesinado chino en la producción capitalista global a partir de 1980, más o menos, es un caso clásico de acumulación primitiva del tipo que Marx describe en los siglo XVII

y XVIII. Del mismo modo, la desposesión del campesinado en India y el aumento de las estructuras de trabajo asalariado en ese país, así como la destrucción de las formas de organización campesina en todo el mundo, sugieren que la acumulación primitiva de la que hablaba Marx no ha dejado de ser una característica de la sociedad capitalista. Pero, de nuevo, la teoría de la acumulación primitiva de Marx está orientada principalmente no tanto a las cuestiones del mercado y de la materia prima como a la formación de una fuerza de trabajo asalariada mundial. Y me parece significativo que la mano de obra asalariada mundial haya aumentado en unos mil millones de personas desde 1980, más o menos. La acumulación primitiva en ese sentido clásico sigue dándose en la actualidad.

Hay que dar crédito a la pregunta de Luxemburg: ¿qué pasará cuando todo el planeta se haya organizado internamente conforme al capitalismo y no quede espacio externo para que la acumulación primitiva continúe? En ese caso, necesitaremos, creo yo, una forma alternativa paralela a la acumulación primitiva, que permita la estabilización del sistema, y de eso hablaré en el siguiente capítulo.

# XII. ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

Hace tiempo impartí un seminario con mi buen amigo Giovanni Arrighi, que siempre buscaba entender los cambios profundos en las estructuras globales de acumulación de capital. Recorrimos los innumerables procesos de acumulación de capital que se dan en el capitalismo contemporáneo. En algún momento, recuerdo haber dicho: «Mira, no solo estamos tratando con la acumulación de capital basada en la explotación del trabajo vivo en la producción de la manera que Marx describe en el volumen I de *El Capital*. También tenemos que considerar las prácticas de acumulación basadas en la desposesión pura y dura». La respuesta de Giovanni fue preguntarme si yo quería decir que teníamos que pensar en la acumulación por desposesión. A lo que yo respondí que sí. Desde entonces, he escrito a menudo sobre la acumulación por desposesión como una forma de acumulación paralela a la explotación del trabajo vivo en la producción.

Cuando hablo de acumulación por desposesión, no me refiero a la acumulación primitiva. Esta última obliga a la gente a abandonar la tierra, cerca las tierras comunales y conduce a la creación de una fuerza de trabajo asalariada. Me refiero, en cambio, a la forma en que la riqueza ya acumulada es objeto de apropiación o de robo por ciertos sectores del capital sin tener en cuenta la inversión en la producción. Esto puede ocurrir de diferentes maneras. Sostengo que el capitalismo contemporáneo depende en gran medida, y cada vez más, de la acumulación por desposesión, en contraposición a la acumulación mediante la explotación del trabajo vivo en la producción. ¿Qué quiero decir con esto? Por ejemplo, en cierto momento de *El Capital*, Marx examina la creciente centralización del capital. Esto entraña que el capital roba y consolida los activos de los pequeños productores que han sido expulsados del negocio. Las fusiones y adquisiciones son un gran negocio hoy en día. El gran

capital se apodera de los peces pequeños, por decirlo así, los engulle y comienza a ampliar su poder y su masa simplemente mediante la toma de otros capitales. Hay «leyes» de centralización del capital. Las grandes corporaciones capitalistas se apoderan de las más pequeñas para crear una situación casi monopólica en la que las primeras dominan todas las demás y cobran precios de monopolio.

Si nos fijamos en algo como el auge de Google, por ejemplo, ¿cuántas pequeñas operaciones absorbió esta compañía en su proceso de expansión hasta llegar a ser una gran empresa? Así es como funciona Silicon Valley: los emprendedores desarrollan pequeñas aplicaciones y crean pequeñas empresas personales. En un momento u otro, estas son compradas por el gran capital y pasan a formar parte de un vasto conglomerado. Las corporaciones pueden entrar en un proceso de acumulación no mediante el empleo de mano de obra, sino apoderándose de los activos de otros y despojándolos de ellos. El sistema de crédito, observa Marx, se convierte en uno de los principales vehículos para la centralización del capital. Las compras apalancadas se vuelven comunes. Hay todo tipo de estrategias para facilitar las compras y adquisiciones. Si se corta el flujo de liquidez a algún sector de la economía y a las empresas les resulta difícil, cuando no imposible, refinanciar su deuda, entonces estas pueden verse obligadas a declararse en quiebra aunque el negocio sea sólido. Los bancos y los financieros pueden comprar las empresas y obtener grandes beneficios cuando se restablezca la liquidez. Esto es lo que sucedió en la crisis del Este y el Sudeste Asiático en 1997-1998.

Algo así ocurrió durante la crisis inmobiliaria en Estados Unidos. Mucha gente se vio obligada, en algunos casos de forma ilegal, a renunciar al valor de su vivienda mediante una ejecución hipotecaria. Los propietarios no pudieron pagar sus hipotecas y un gran número de casas tuvieron que ser vendidas a precios baratos. Una empresa de capital privado como Blackstone se encargó de comprar las casas embargadas a precios de saldo. En poco tiempo, Blackstone se convierte en el mayor arrendador del país, si no del mundo. Ahora es propietaria de miles y miles de casas, que alquila con un alto índice de beneficios. Cuando el mercado inmobiliario se

recupera, y dependiendo del mercado en el que te encuentres –en San Francisco y Nueva York la recuperación fue bastante rápida, en otros lugares no–, entonces puedes venderlas con un gran margen de beneficio. Este es un segmento muy grande de la economía, que funciona sobre la base de un proceso de acumulación que nada tiene que ver con la producción. Se trata de sacar provecho del comercio de los valores de los activos. Pero en este caso entraña comerciar con los valores de los activos en condiciones en las que dichos valores se ven forzados a devaluarse en un determinado momento histórico por los mecanismos del mercado. Los activos se revalorizan posteriormente y son las empresas de capital riesgo las que pueden sacar provecho de la revalorización.

Estamos ante un modo de acumulación que nada tiene que ver con la producción. Si se observa con detenimiento, se ve que gran parte de la riqueza de la sociedad se capta y se comercializa de esta manera. Esto significa que la acumulación de capital se está produciendo a través de la revalorización de los valores de los activos. La acumulación ya no está ligada a la producción, sino que descansa en el comercio amañado sobre los valores de los activos. Ahora bien, este proceso se da también de otras formas. Por ejemplo, si hay una parte de la ciudad que parece que va a mejorar, se produce el famoso proceso de gentrificación en el que las poblaciones de bajos ingresos son expulsadas o desalojadas de la zona. ¿Cómo se hace eso? Algunos medios son legales, otros parecen turbios y otros están completamente fuera de la ley. A los propietarios, por supuesto, se les ocurren formas increíbles de intentar sacar a los inquilinos de sus edificios. En la década de 1970 existía la estrategia de quemar edificios para cobrar el seguro y así despejar el camino para un nuevo desarrollo a gran escala; sabido es que la radio de la ciudad de Nueva York proclamó una noche: «El Bronx está en llamas». Estos procesos de desalojo están cobrando importancia en las zonas urbanas de todo el mundo capitalista. Pero las poblaciones desalojadas tienen que vivir en algún sitio, normalmente muy lejos, en la remota periferia urbana.

La situación se parece un poco a lo que Marx llamaba acumulación primitiva de la tierra, con la diferencia de que no crea trabajo

asalariado, sino que libera espacios para que el capital pueda entrar y reconstruir en un área determinada, regentrificar a través de una estrategia de acumulación por urbanización. Ante algo así, vemos una vez más el fenómeno de la acumulación por desposesión. La gente es despojada de sus derechos, de su acceso a buenas zonas de la ciudad para vivir. Se la obliga a vivir en los márgenes, donde quizá tenga que hacer largos desplazamientos para llegar al trabajo. Y, por ese camino, una y otra vez veremos desalojos y expulsiones. Seremos testigos de operaciones similares con la tierra. En la actualidad se está produciendo el llamado «acaparamiento de tierras». Está ocurriendo en toda África y en toda América Latina. El capital busca buenos lugares para invertir: «Mira, el futuro está en el control de la tierra y de sus activos, como las materias primas, los recursos minerales y la capacidad productiva de la tierra». El gran capital empieza a monopolizar y la riqueza se concentra cada vez más en manos de los rentistas, en lugar de en las de los productores directos.

La acumulación por desposesión empieza a manifestarse también bajo otro aspecto. Las personas empleadas en Estados Unidos suelen tener derechos de asistencia sanitaria y de pensión incluidos en sus contratos de trabajo. Estos derechos son una característica sumamente importante pero amenazada de la sociedad contemporánea, sobre todo en el mundo capitalista avanzado. Ahora estamos viendo cómo se plantean algunas de estas cuestiones incluso en países como China. Los derechos de pensión prometen el acceso a una renta futura, supuestamente garantizada, basada en ciertas contribuciones que las personas han hecho a sus fondos de pensiones. Sin embargo, muchas empresas se encuentran en una situación en la que las obligaciones de los fondos de pensiones o de la asistencia sanitaria son demasiado elevadas para poder financiarlas de forma continua. De modo que hemos visto a las grandes empresas intentando deshacerse de sus obligaciones. El caso de las principales aerolíneas ha sido especialmente significativo. United Airlines se declara en quiebra. American Airlines se declara en bancarrota. Eso no significa que dejen de volar. Entran en el Capítulo 11 o lo que sea, y eso les permite renegociar todas sus obligaciones

bajo la supervisión de un juez. Normalmente dicen: «Solo podemos reanudar nuestras operaciones deshaciéndonos de nuestras obligaciones pasadas». Y el juez inquiere: «Bueno, ¿qué quiere decir con eso?». La respuesta es: «Tenemos que deshacernos de nuestras obligaciones en materia de pensiones y sanidad». En efecto, la empresa reniega de ambas, y la gente se encuentra con que ha perdido sus derechos de pensión. En Estados Unidos hay un fondo de seguros de pensiones que dirá: «Bueno, si United Airlines renuncia a su sistema de pensiones y American Airlines hace lo mismo, el Estado lo asumirá». Pero el Estado no suele ofrecer el valor que la gente esperaba. Alguien que trabaja para American Airlines podría esperar obtener 80.000 dólares al año en concepto de pensiones, pero el fondo de pensiones solo paga 40.000 dólares al año, una cantidad con la que a muchas personas les resulta muy difícil vivir. La anulación de los derechos de pensión se convierte en una forma importante de aumentar la acumulación para los capitalistas a costa de los pensionistas.

Esto es lo que le ocurrió a mucha gente en Grecia. Tengo un colega que se jubiló allí hace tres años y solo el mes pasado recibió el primer pago de su pensión. Estuvo tres años sin cobrar nada porque la pensión estatal no se había invertido y financiado de forma responsable. Actualmente hay un gran problema con los derechos de pensión en todo el mundo. El gran capital sigue acumulando a base de no pagar los derechos de pensión que se ofrecían a los empleados en el pasado.

Todas estas formas de acumulación se dan en el presente. No son las mismas que existían cuando Marx escribía sobre los orígenes del capital. No son como la acumulación primitiva. Conciernen a valores que ya han sido creados y distribuidos en el marco del capital, pero que están siendo redistribuidos desde la masa de la población para aumentar la enorme riqueza de activos dentro de las corporaciones, cada vez más centralizadas, y el 10% más rico de la población. Tenemos que tomarnos en serio la acumulación por desposesión. Se ha convertido en uno de los principales mecanismos de reproducción del capital. La acumulación por desposesión siempre ha existido, por supuesto, y siempre ha sido importante. Nunca ha desaparecido.

Desde que Marx escribía sobre la acumulación primitiva en el capital de los siglos XVII y XVIII, ya había elementos de acumulación por desposesión, y el proceso ha continuado desde sus orígenes hasta ahora. Pero, a partir de la década de 1970 en particular, ha habido cada vez más acumulación centrada en la desposesión a expensas de la creación de valor a través del empleo y la explotación del trabajo en la producción. Esto plantea interesantes cuestiones sobre la naturaleza de la sociedad capitalista existente en la actualidad.

¿Hasta qué punto tenemos que organizar la lucha contra la acumulación por desposesión? Hay, por supuesto, luchas generalizadas contra la gentrificación en las que las poblaciones tratan de evitar su desplazamiento y desalojo de lugares valiosos. Hay luchas contra la pérdida del derecho a las pensiones y a la asistencia sanitaria. Hay luchas contra el acaparamiento de tierras comparables a las que Marx mencionaba en los siglos XVII y XVIII, cuando el poder del Estado era frecuentemente movilizadopor las clases acomodadas para despojar al resto de la población. Vemos la expansión y diversificación de las múltiples formas de desposesión en nuestros tiempos. Si observamos, por ejemplo, la última reforma del código tributario y de la legislación fiscal en Estados Unidos, lo que veremos es una redistribución de la riqueza y del poder a través de acuerdos fiscales y una desposesión de ciertos derechos preexistentes en el código tributario. Los flujos de valor se canalizan cada vez más hacia las corporaciones y las clases acomodadas, a expensas de todos los demás. De modo que el código fiscal contemporáneo es un vehículo para la acumulación por desposesión.

Hay muchas técnicas de desposesión. Sería importante tener a mano un estudio completo sobre la acumulación por desposesión en la situación actual y los diversos mecanismos que existen para que se produzca. Vivimos un momento en el que el pecado original que surgió con los orígenes del capitalismo está volviendo con fuerza. La acumulación primitiva se construyó sobre la base de la violencia, la mentira, el fraude, el engaño, etc. Pero, si observamos lo que ocurrió en el mercado inmobiliario en Estados Unidos en 2007-2008, comprobaremos que gran parte de ello se basó en la desposesión ilegal de las poblaciones a través de la violencia, el fraude y la

promulgación de un determinado relato de conspiración y mentiras (como el de culpar a la víctima), que constituyen los principales medios por los que la clase capitalista y las formas de poder político que la acompañan funcionan en la actualidad. La acumulación por desposesión es un aspecto vital del funcionamiento de nuestra economía actual. Y, por supuesto, está generando muchas protestas. Se está produciendo un cambio sísmico en nuestra economía, de manera que el crecimiento se está encauzando hacia la acumulación por desposesión en lugar de hacia los medios más clásicos de explotación y apropiación de la plusvalía a través de un proceso de trabajo organizado.

En la vasta ola de privatización de propiedades estatales y comunes que se ha producido en los últimos tiempos, encontramos un aspecto compartido entre la acumulación primitiva y la acumulación por desposesión. Cuando Margaret Thatcher llegó al poder, de inmediato se dispuso a privatizar no solo la mayor parte de las viviendas sociales, sino también el suministro de agua, el transporte y todo tipo de activos públicos, incluidas todas las empresas estatales. En casi todos los casos, los activos públicos se vendieron a un valor reducido que permitió a las entidades privadas capitalizar la privatización para su propio beneficio financiero. El saqueo del tesoro público prosiguió a buen ritmo. Las entidades en apuros, como el Estado griego durante sus años de crisis, se vieron obligadas a privatizar todo tipo de activos estatales a cambio de ayuda financiera. En el caso griego, se llegó a sugerir la venta y privatización del Partenón para estabilizar las finanzas del Estado endeudado.

El capital mercantil resurge entonces como un importante centro de poder (en relación con el capital de producción industrial) armado con mecanismos distintivos para la apropiación de la riqueza. Una empresa como Google participa en parte en el diseño de nuevos medios de producción, aunque sobre todo se dedica a la apropiación a través de mecanismos de mercado. Es una operación masiva de capitalismo mercantil. Apple también ha adquirido una enorme importancia gracias a las prácticas de apropiación del capitalismo mercantil en el mercado, más que a través de la organización de la

capacidad productiva en el punto de producción. El capitalismo industrial, en cierto modo, está cada vez más subordinado al capitalismo mercantil y a las formas de capitalismo rentista. Los mecanismos por los que funcionan el capitalismo rentista y el capitalismo mercantil tienen que ver cada vez más con la apropiación y la acumulación por desposesión que con la organización de la producción y la explotación del trabajo vivo en la producción. Este es el tipo de sociedad capitalista hacia el que hemos avanzado. Una sociedad que no será domada por las técnicas clásicas de organización de la izquierda, sino por un aparato y un proyecto político completamente diferentes, animados por formas de protesta política distintas a las actuales.

# XIII. PRODUCCIÓN Y REALIZACIÓN[1]

La lucha anticapitalista existe en el punto de la producción, en el punto de la realización en el mercado y en torno a las cuestiones de la reproducción social, no solo de la fuerza de trabajo, sino también de formas de vida. Quiero volver aquí a la cuestión de la producción y la realización. La forma clásica de reflexionar sobre estos fenómenos en la teoría marxista pasa por pensar en la fábrica como un lugar de explotación. La fábrica es el lugar de trabajo colectivo que el capital establece, organiza y domina, y en cuyo seno se produce y reproduce el valor, junto con la plusvalía. Este ha sido el eje de muchas reflexiones. Pero ¿qué sucede cuando las fábricas desaparecen? En las economías capitalistas avanzadas, como las de Estados Unidos y Europa, hemos pasado por un periodo de desindustrialización, en el que la fábrica ha ido perdiendo importancia. Ese fenómeno plantea una cuestión interesante: ¿dónde está hoy la clase trabajadora y quién la constituye? Permítanme primero proponer algo que es un poco heterodoxo: tal vez deberíamos eliminar el término «clase» por el momento y decir simplemente «gente trabajadora». La razón por la que hago esta propuesta es porque «clase trabajadora» suele tener una connotación que alude a cierto tipo de situación laboral, mientras que «gente trabajadora» amplía el foco y nos permite reconstituir una idea diferente de quién es la clase trabajadora, qué podría hacer y cuáles podrían ser sus poderes en la coyuntura actual.

La desindustrialización que se puso en marcha a partir de 1970, más o menos, suprimió una gran cantidad de trabajos manuales. Tomemos como ejemplo Estados Unidos y Gran Bretaña, los dos casos que mejor conozco. En ambos, muchas de las pérdidas de empleo se debieron al cambio tecnológico. Se calcula que alrededor del 60% de las pérdidas de empleo se han debido al cambio tecnológico de los últimos treinta o cuarenta años. El resto han

tenido como causa principal la deslocalización, es decir, el traslado de los puestos de trabajo con salarios bajos a China, o a México, o a donde sea. Pero, con el cambio tecnológico, lo que vemos es una reducción de la mano de obra, que con frecuencia pasa de grandes masas a tan solo unos pocos trabajadores. Por ejemplo, cuando fui a Baltimore en 1969 había una fábrica de acero muy grande que empleaba a más de 30.000 personas. En los años noventa, la fábrica producía la misma cantidad de acero, pero solo empleaba a 5.000 personas, más o menos. En la década de 2000, la acería estaba cerrada, luego se reabrió tras su adquisición con un millar de trabajadores. El sindicato de trabajadores del acero era una institución muy poderosa en la ciudad cuando lo conocí en 1969. Pero ahora, por supuesto, se ocupa sobre todo de los jubilados y pensionistas. El sindicato tiene ya muy poca presencia en la política de la ciudad de Baltimore.

Es tentador decir que la clase trabajadora ha desaparecido. Pero, si lo pensamos bien, quizá no haya sido así. Simplemente ya no fabrica las mismas cosas y no se dedica a las mismas actividades. Por ejemplo, ¿por qué diríamos que hacer automóviles o fabricar acero es una ocupación de la clase trabajadora, mientras que hacer hamburguesas no lo es? Si miramos los datos de empleo, ha habido un aumento masivo en McDonald's, Kentucky Fried Chicken, Burger King y empresas similares. Se ha producido un aumento masivo del empleo en esas áreas. Esos trabajadores están produciendo valor, al igual que los trabajadores del automóvil. Solo que producen alimentos preparados, en lugar de acero y automóviles. Así es como debemos pensar en la «nueva» clase trabajadora. En los últimos tiempos, hemos visto a los trabajadores del sector de la comida rápida empezar a organizarse y a emprender acciones militantes. Pero, dada la naturaleza de su trabajo, su organización es más difícil de llevar a cabo.

Lo que Marx llamaría una «clase-en-sí» se ha ido formando en torno a la difusión y el crecimiento de estas nuevas categorías de empleo. Ahora está empezando a convertirse en una «clase-para-sí», ya que empieza a luchar contra McDonald's y a exigir un salario mínimo decente de 15 dólares por hora o un sueldo base superior.

Hay mucha agitación en el sector de la producción de comida rápida. Pero también debemos considerar a todos los pequeños propietarios de restaurantes y a sus empleados de forma similar. A menudo se ha pensado en Nueva York como una ciudad parasitaria que vive de la producción de valor creada en las grandes ciudades industriales de otros lugares. Pero en realidad es una ciudad en la que se crea una gran cantidad de valor. Si consideramos formas de empleo como las de los trabajadores de los restaurantes, veremos que se ha producido un enorme aumento de su número, lo que se corresponde con un aumento en la producción total de valor. Las industrias de este tipo son muy intensivas en mano de obra. Puede que con el tiempo sean vulnerables a la inteligencia artificial, pero en este momento constituyen un centro de empleo muy importante. Mientras que hace cuarenta años las mayores fuentes de empleo eran las grandes industrias automovilísticas y la industria del acero, de modo que lo que importaba era General Motors, Ford, etc., ahora los mayores empleadores de mano de obra son las franquicias de Kentucky Fried Chicken y McDonald's. Este es uno de los lugares esenciales donde se encuentran las nuevas clases trabajadoras. Pero estos trabajadores son difíciles de organizar, mucha mano de obra es temporal, la gente trabaja allí por un tiempo y luego se va. No obstante, empiezan a surgir algunas posibilidades de organización, sobre todo a través de las redes sociales, y, con ellas, algunas opciones políticas.

El otro día se me ocurrió otra cosa que también podría dar frutos. Estaba mirando por la ventanilla del avión cuando salía del aeropuerto de Dallas y vi a la mano de obra. De repente pensé en toda la gente que estaba trabajando en el aeropuerto. En la teoría de Marx, el transporte produce valor. Por lo tanto, todos cuantos participan en la industria del transporte y en el traslado de personas y mercancías de una parte del mundo a otra son, de hecho, parte de una clase trabajadora productiva. Pero, cuando se observa el tipo de trabajo que hacen, vemos que están ayudando a empujar el avión, a subir o bajar el equipaje, a organizar el embarque y el desembarque de pasajeros. También están las personas que dan servicio y limpian los aviones.

Cuando se observa la estructura de la mano de obra en los aeropuertos, se comprueba que no está bien pagada y, sin embargo, tiene un poder muy singular. Lo que además me llamó la atención –y la idea me ha vuelto a la cabeza en todos los aeropuertos en los que he estado desde entonces– es que, si te fijas bien, ves que la mayor parte del trabajo gracias al que los aeropuertos funcionan realmente en Estados Unidos está a cargo de un gran número de personas de color, afroamericanos en particular, latinxs<sup>[1]</sup>, algunos inmigrantes blancos recientes de Europa del Este y Rusia y mujeres trabajadoras. De repente, se me ocurrió que aquí existía una vía interesante para pensar en la composición de la clase trabajadora contemporánea. Esta clase está dominada por las mujeres asalariadas, los afroamericanos asalariados y otras personas de color, y los inmigrantes asalariados, especialmente los latinos y las latinas. En esta configuración, los intereses mutuos de raza, género y clase se fusionan en un determinado nivel, mientras que las identidades siguen siendo distintas en todo momento.

¿Cómo está pagada esta población y en qué condiciones de seguridad social vive? Todos reciben sueldos bastante bajos y su grado de organización dista de ser óptimo. Así que se me ocurre una fantasía. Supongamos que todos los trabajadores del aeropuerto deciden repentinamente retirar su mano de obra un día determinado, de manera que el aeropuerto cierra. Supongamos que seis aeropuertos de Estados Unidos –Los Ángeles, Chicago, Atlanta, Nueva York, Miami y Dallas-Fort Worth– cierran hasta que se satisfagan las demandas de todos esos trabajadores. Muy pronto, todo el país sería disfuncional. Trump decidió que era una buena idea cerrar la administración durante un mes en enero de 2019. Pero entonces llegó un día concreto –creo que fue un miércoles– en el que resultó que tres aeropuertos de Estados Unidos no podían funcionar. Tuvieron que cancelar un montón de vuelos que salían de LaGuardia y de un par de aeropuertos más, porque los controladores aéreos (empleados del Estado) no podían seguir trabajando. Llevaban meses sin cobrar y no podían mantenerse, por lo que bastantes no se presentaron a trabajar. Curiosamente, golpear a los controladores aéreos fue uno de los grandes movimientos

antisindicales que hizo Reagan en 1982. De repente, a Trump, al gobierno y a todos los demás debió de resultarles claro que en tres o cuatro días la mayoría de los aeropuertos de Estados Unidos cerrarían. Si cierras los aeropuertos de Estados Unidos, básicamente cortas el flujo de capital. Los trabajadores de los aeropuertos tienen un poder político potencial inmenso. Si estuvieran organizados, no solo estaríamos ante una coalición entre afroamericanos, latinxs y mujeres, que ahora constituyen el núcleo del movimiento obrero estadounidense, sino ante una organización obrera con la capacidad de causar graves daños a la economía capitalista si no se satisfacen sus demandas. Entonces surge la pregunta: ¿cuáles serían las demandas de una coalición de este tipo? Obviamente, aumentar los salarios hasta el punto de que pueda llevarse una vida decente en un entorno decente. Creo que un movimiento de trabajadores de todos los aeropuertos supondría una diferencia realmente grande en términos de construcción concreta del poder político de la clase trabajadora.

Solo hay que pensar en las pocas veces que hemos estado cerca de que ocurriera algo de este tipo. Después del 11-S, la gente dejó de volar; durante unos tres días, todo estuvo tranquilo. En aquel momento, recuerdo que Rudolph Giuliani (entonces alcalde de Nueva York) e incluso el presidente Bush se plantaron en los medios de comunicación y dijeron: «Por favor, salgan y empiecen a comprar de nuevo, salgan y empiecen a volar de nuevo». Se dieron cuenta de que, si el país no volvía a ponerse en marcha, se producirían graves pérdidas de capital. Mientras que la respuesta inmediata al 11-S fue el cierre, inmediatamente después lo que encontramos fue esta urgencia para que volviéramos al trabajo y al movimiento.

Luego, un volcán islandés dejó tanta ceniza en el aire que los vuelos transatlánticos no pudieron circular durante unos diez días. Era casi imposible viajar de Nueva York a Londres durante ese tiempo, excepto bajando a Río de Janeiro y luego volando a Madrid; había que dar todo ese rodeo. En lugar de un volcán, me imagino una erupción volcánica de los trabajadores del aeropuerto. Pero, para que eso ocurra, estos deben darse cuenta (a) de que tienen muchos intereses y demandas comunes que querrían intentar

articular y ganar y (b) que tendrían una comunidad entre ellos para perseverar en esas exigencias, y de que además habrían construido una comunidad de poder, un tremendo poder para echar el cierre al sistema. Este era el tipo de cosas con las que en el pasado amenazaban los mineros, los trabajadores de la automoción y similares, y que a veces hacían. Pero ahora el poder para llegar a ese punto se encuentra en otra parte. Y es igual de potente.

La constitución de la fuerza de trabajo ha cambiado. Sería bueno que hubiera una organización que reuniese a todos los trabajadores de restaurantes, no solo a los de comida rápida, aunque la mano de obra de ese sector es un buen punto de partida. Cuando empezamos a pensar en la clase trabajadora contemporánea, vemos que quienes están a la cabeza no son los trabajadores del automóvil ni los mineros. El corazón de la política obrera tradicional en Gran Bretaña solía ser el Sindicato Nacional de Mineros. Fue en su mayor parte destruido por toda una serie de movimientos de Margaret Thatcher (que odiaba a los trabajadores de las minas), pero la minería del carbón en Gran Bretaña ha echado el cierre en gran medida y la política tradicional de la clase trabajadora casi ha desaparecido.

Ante esta historia, tenemos que estar preparados para pensar en configuraciones completamente nuevas de la fuerza de trabajo que tienen el poder de librar la lucha en el punto de su actividad productiva. Esta lucha en el punto de producción no está desconectada, sin embargo, de nuestros actuales estilos de vida. Por lo tanto, lo que ocurre en el punto de realización tiene la misma importancia. En el caso de los trabajadores de los aeropuertos, estamos hablando de que cada vez más gente utiliza las líneas aéreas, de que la industria aérea se está expandiendo a un ritmo muy rápido. No es así en Estados Unidos, por supuesto; pero en China, por ejemplo, están haciendo aeropuertos por todas partes, y cada vez hay más gente que vuela en ese país, de modo que se está viendo un gran aumento de los viajes aéreos en Asia. Esto también entraña el desarrollo de cierto modo de vida, en el que cabe imaginar que podemos movernos libremente siempre que tengamos el dinero para volar a través del Atlántico, para viajar aquí o allá, para ir a cualquier parte. La industria del turismo, con sus paquetes

de vuelos y alojamientos, es uno de los sectores de mayor crecimiento de la economía mundial. Se trata, de nuevo, de un modo de vida. Esta forma de vida, por supuesto, también tiene algunas consecuencias, y una de las que debería preocuparnos mucho es el calentamiento global y la emisión de gases de efecto invernadero. Un vuelo a través de Estados Unidos equivale a las emisiones de gases de no sé cuántos miles de coches en todo un año. Es una fuente importante de gases de efecto invernadero. Ahora bien, ¿queremos seguir con ese estilo de vida en el que el tráfico aéreo es fundamental? Lo relevante aquí es que el crecimiento del tráfico aéreo está creando una clase trabajadora con vistas a facilitar la expansión de este nuevo estilo de vida, pero el crecimiento del tráfico aéreo está en sí mismo atrapado en lo que Marx llama la unidad contradictoria entre la producción y la realización. Las cuestiones relativas a la realización están muy vinculadas a las del estilo de vida, y a la producción de nuevos deseos, necesidades y anhelos. La voluntad, la necesidad y el deseo de viajar, la voluntad, la necesidad y el deseo de estar en una parte del mundo y no en otra. Son cuestiones relacionadas entre sí. Pero creo que aquí también se aprecia la necesidad de pensar en las relaciones entre lo que ocurre en el mundo de la realización, la producción de nuevos deseos, necesidades y estilos de vida, y lo que ocurre en el punto de producción. Por lo tanto, la forma en que nos organizamos en el punto de producción está relacionada con lo que querríamos hacer con ciertas cosas que están sucediendo en el punto de realización. Es asombroso darse cuenta de que gran parte de nuestra economía contemporánea está estructurada en torno al intento de hacer realidad la fantasía de un romance perfecto en un entorno bucólico de mar, arena, sol y sexo.

Cuestiones similares se plantean en el ámbito de la reproducción social. Cuando yo era niño en Gran Bretaña, en la década de 1940, todas las comidas se cocinaban en casa, excepto los viernes, cuando me enviaban a la tienda (que solo abría ese día) para comprar *fish and chips* (envueltos en un papel de periódico que llevábamos nosotros mismos). Por lo demás, la comida se preparaba siempre en casa. Actualmente, en muchas partes del mundo, la preparación de

los alimentos se ha convertido en una mercancía y se ha comercializado. La mayor parte de la comida no se cocina en casa. Las familias tienen una opción: pedir comida para llevar en algún restaurante de la zona, a través de organizaciones como Grubhub, que permiten comprar comida preparada. Esta práctica se está extendiendo a enorme velocidad. En mi último viaje a China me sorprendió ver un gran número de bicicletas con personas que repartían comida, comida china para llevar. ¡En China! Esta es la forma habitual de comercializar y mercantilizar la preparación de alimentos. Puede ser buena o no, podemos debatir sobre sus aciertos y errores. Pero lo que me parece más significativo es el estilo de vida del que estamos hablando. La producción y el desarrollo de estas grandes empresas de comida a domicilio, sumados a los de las industrias de comida rápida, como los Burger Kings, los McDonald's y otras por el estilo, han tenido un enorme efecto en la vida diaria de todos los habitantes de Estados Unidos. Cuando se empieza a unir todas las piezas, tenemos que reconocer que las cualidades de un estilo de vida determinado, y el cómo y el porqué de ciertas formas de provisión que ocurren en su seno, están reconfigurando de manera radical los procesos de reproducción social. Antes, las mujeres se encargaban de la mayor parte de la preparación de los alimentos en casa. Por lo tanto, que la preparación de la comida ya no se realice en el hogar supone dar un golpe a esa discriminación de género en la que las mujeres quedaban esencialmente recluidas en la cocina. Como la gente cena en restaurantes de comida rápida o pide su comida diaria, el trabajo en la cocina ha disminuido mucho. Esta liberación del trabajo de las mujeres en la reproducción social permite la absorción de un número de mujeres cada vez mayor en la fuerza de trabajo (por ejemplo, en los aeropuertos...). Esto no significa que las tareas domésticas desaparezcan, o que la discriminación de género en torno a esas tareas no persista. Pero la organización de la reproducción social en relación con las políticas de realización y división del trabajo ha experimentado una revolución en la última generación.

En todos estos aspectos, cuando nos planteamos la pregunta política «¿Qué hacer?», tenemos que preguntarnos qué hay que

hacer específicamente con respecto al auge de estos nuevos estilos de vida; a la aparición de cierta forma poderosa de organización laboral en torno, por ejemplo, a la comida rápida y los aeropuertos y en el ámbito de la logística, y sobre cómo se puede movilizar el poder de esa nueva fuerza de trabajo de una determinada manera, con fines políticos. Debemos imaginar una transformación del orden social con vistas a que deje de estar centrado en la acumulación de capital y en las estructuras de capital para convertirse en algo mucho más social, mucho más cooperativo y mucho menos partícipe de la rápida expansión de la acumulación de capital. Pero la gran pregunta es cómo lograrlo.

1Nota: este texto se redactó antes de los confinamientos por el coronavirus.

1Palabra del lenguaje inclusivo que pretende recoger en su definición a las personas de género fluido que no se identifican como varones ni como mujeres. Es una opción acogida por el original de Harvey, en sintonía con su sensibilidad político-social, y que debe reflejar la traducción [n. del t.].

# **XIV. EMISIONES DE DIÓXIDO DE CARBONO Y CAMBIO CLIMÁTICO**

En ciertos momentos de mi vida me topo con algo que lo cambia todo y me hace replantearme muchas posiciones que he mantenido hasta entonces. A veces es algo que procede del plano de la teoría. Este es el tipo de cosas que a menudo provienen de una observación más cercana de lo que Marx tiene que decir. Pero en otras ocasiones es simplemente una información dada. Así, hace unos cuatro meses me encontré con un dato que me dejó literalmente boquiabierto y me hizo replantearme muchas de mis ideas. La información estaba contenida en un gráfico publicado por la Oficina Nacional de Administración Oceánica y Atmosférica (NOAA, por sus siglas en inglés). El gráfico mostraba las concentraciones de dióxido de carbono en la atmósfera durante los últimos ochocientos mil años. Parece un periodo largo, pero geológicamente no lo es tanto. No obstante, resulta lo bastante amplio para captar fases de calentamiento y enfriamiento global. En ningún momento de los últimos ochocientos mil años la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera ha superado las 300 partes por millón (ppm). De hecho, ha oscilado entre 150 ppm y 300 ppm a lo largo de todo ese periodo, siendo los puntos más altos los de 300 ppm. Pero llegó a 300 ppm en algún momento después de 1960. Luego, en los últimos sesenta años, ha pasado de 300 ppm a más de 400 ppm. Se trata de un aumento enorme y muy rápido, que supera cuanto se ha experimentado en los últimos ochocientos mil años.

Las consecuencias y las razones de lo sucedido me han dado mucho que pensar. Una de las repercusiones es que, si esos datos llegan a Donald Trump, abolirá la NOAA, la organización que publicó ese documento, o por lo menos le ordenará que no saque más información de este tipo. Pero el aumento y la increíble cantidad de

dióxido de carbono en la atmósfera significa que es ya altísima y resulta casi con seguridad desfavorable para la continuación de la vida humana tal como la conocemos. Todo el hielo de la Tierra no se derrite de la noche a la mañana, tardará cincuenta, quizá cien años en hacerlo, pero acabará fundiéndose por completo. Y, si se funde, se producirá una rápida subida del mar (la capa de hielo de Groenlandia ya está disminuyendo) y el manto de nieve del Himalaya desaparecerá, lo que significa que los ríos Indo y Ganges se secarán en ciertas épocas del año. Habrá una sequía crónica en todo el subcontinente indio y el resto del mundo sufrirá inmensas transformaciones.

¿De dónde vienen esas 400 ppm y qué ha pasado? Voy a adentrarme en un terreno incómodo, porque una de las respuestas tiene que ver con lo que ha ocurrido en China. A eso llegaré en un minuto. Pero primero debemos admitir algo más sobre la dinámica del cambio climático: su carácter desbocado significa que, si el cambio climático derrite el permafrost del Ártico (como ya está haciendo), se liberarán gases de metano (un gas de efecto invernadero mucho más virulento que el dióxido de carbono) que producirán un cambio climático aún más rápido.

Los datos de la NOAA cambiaron mi actitud ante la cuestión del cambio climático y lo que hacer al respecto. Llegados a ese punto, tengo que retroceder un poco para hablar de la perspectiva general que he adoptado sobre las cuestiones y los problemas medioambientales en los últimos sesenta años, desde que tomé conciencia de ellos. Cuando era estudiante, la idea de que la Tierra se estaba quedando sin una base de recursos viable y sostenible causaba una gran agitación. El recurso que más preocupaba en aquella época era la energía, en particular el petróleo y las posibilidades de los combustibles fósiles. Esto ocurrió en los años cincuenta y sesenta. A lo largo de la década de 1960 hubo más agitación, y cuando se llegó a 1970 (el año del primer Día de la Tierra) existía una gran preocupación ante los límites del crecimiento establecidos por la base de recursos naturales, agravada por los problemas de contaminación y el uso de la Tierra como vertedero. Se publicaban numerosos libros que afirmaban que las capacidades

ambientales de la Tierra no eran ilimitadas y que, por lo tanto, se avecinaba una crisis ambiental.

El primer Día de la Tierra marcó un momento en el que incluso la Norteamérica corporativa empezó a entender que podría haber un problema medioambiental. La revista *Forbes* publicó un número especial sobre los límites que existían en el medio ambiente. El primer artículo de ese número era del presidente Richard Nixon y básicamente decía que teníamos que preocuparnos por el medio ambiente, que no podíamos dominarlo por siempre. El poder político aceptaba que podía haber algún problema en este sentido. La revista *Forbes* tenía algunas ideas maravillosas sobre cómo se debía actuar, en particular relativas a la urbanización, con diseños para nuevas ciudades rodeadas de muchos árboles; abundaban los ejemplos de lo que ahora llamamos ecoblanqueo (*greenwashing*) por parte del sector empresarial.

Pero había un ala más radical del movimiento que culpaba al capitalismo de esos males. Ante el vertido de petróleo en la costa de Santa Bárbara (California), los estudiantes de la universidad de esa ciudad enterraron un Chevrolet en la arena como una especie de protesta simbólica contra el uso excesivo y la dependencia de los combustibles fósiles. Hubo una gran agitación cuando se celebró el primer Día de la Tierra en 1970. A mucha gente le preocupaba la calidad de la cadena alimentaria, del aire, etc. Pero lo que me llamó la atención en un acto del Día de la Tierra en Baltimore fue que, en una ciudad donde la mitad de la población era afroamericana, apenas había afroamericanos presentes. Los asistentes eran personas blancas de clase media. La misma semana que asistí a aquel acto, fui al club de jazz Left Bank de Baltimore, que era un local predominantemente negro, con apenas un puñado de blancos. La música fue estupenda. En aquella ocasión, los músicos hablaron de los problemas medioambientales entre grandes ovaciones del público. Su versión fue: «Nuestro mayor problema medioambiental es Richard Nixon». Evidentemente, hay una enorme brecha en la definición de lo que constituye un problema medioambiental.

Esta experiencia hizo que gran parte de la retórica ambientalista me pusiera muy nervioso. En particular, me resistí a ese ala del

movimiento ecologista que proclamaba que el apocalipsis estaba cerca, que el mundo se iba a quedar sin recursos, que todo se iba a derrumbar en un desastre medioambiental. Siempre me he resistido a esas interpretaciones apocalípticas, lo que no quiere decir que pensara que las cuestiones medioambientales eran irrelevantes o no resultaban, en algunos aspectos, preocupantes. De hecho, creo que son muy relevantes y que debemos afrontarlas a medida que surjan. Lo que ocurre es que yo no compartía muchas de las visiones apocalípticas que existían en aquella época y que han existido desde entonces. Sin la visión apocalíptica, el enfoque de las cuestiones medioambientales consiste en tomárselas con seriedad y gestionarlas de modo que nos ocupemos de la contaminación del aire y del agua y de las concentraciones de carbono mediante las normas, la actividad reguladora y otras iniciativas similares, y no pensemos, dominados por el pánico, que hay que hacerlo mañana o todo se irá al garete.

En los años setenta hubo una famosa apuesta entre Julian Simon, un economista, y Paul Ehrlich, un ecologista que insistía en que el mundo estaba superpoblado, nos íbamos a quedar sin recursos, el suministro de alimentos se iba a reducir y estábamos abocados al desastre. Julian Simon negó que fuera así. De modo que hicieron una apuesta en la que este dijo que dentro de diez años veríamos que los precios de los productos básicos iban a ser más bajos de lo que eran entonces, lo que indicaría que no había un problema grave de escasez en el medio ambiente. Ehrlich aceptó y, diez años más tarde, examinaron dichos precios. Simon ganó la apuesta.

Desde entonces, algunas voces han señalado que Ehrlich perdió porque 1970 fue un mal año para realizarla. En otras palabras, si se lanza la apuesta en un momento en que los precios de las materias primas son especialmente altos, es muy probable que bajen durante los diez años siguientes. Si se plantea cuando los precios de las materias primas son bajos, ocurrirá al revés. Como alguien ha señalado desde entonces, si la apuesta se hubiera realizado en 1980 y se hubiese observado lo que ocurrió con los precios entre 1980 y 1990, Ehrlich habría tenido razón. Así que la pregunta sobre si nos hallamos en una situación ambiental difícil o no lleva planteada

mucho tiempo. Están los cornucopianos, que piensan que el medio ambiente tiene una capacidad casi ilimitada para absorber lo que hacen los seres humanos, y los apocalípticos, que creen que va a producirse un colapso medioambiental. Existe la apuesta maltusiana de hace doscientos años, según la cual las tasas de crecimiento de la población mundial, que son cada vez más elevadas, se encontrarán inevitablemente con limitaciones de los recursos naturales, lo que producirá hambruna y pobreza a nivel internacional y, con ellas, degradación social, violencia y guerra.

Todo esto ha sido objeto de un largo debate. Siempre he opinado que debemos tomarnos en serio las cuestiones medioambientales, pero he sido profundamente escéptico con las visiones y las hipótesis apocalípticas. Sin embargo, eso cambió de forma radical cuando vi esas 400 ppm de concentraciones de dióxido de carbono sin que se hubiera producido nada por encima de las 300 ppm en los últimos ochocientos mil años. Esta cifra superior a 400 indica que lo que debemos mirar y controlar no es la *tasa* de emisiones de carbono, sino el *nivel absoluto* de las concentraciones de gases de efecto invernadero que ya están en la atmósfera. El nivel actual garantiza la aceleración de la desecación, el rápido aumento de las temperaturas globales, la veloz subida del nivel del mar, el incremento de la frecuencia de los fenómenos meteorológicos extremos, etc. Esto sugiere que se debe cambiar la política de restricción de la tasa de emisiones de carbono, el asunto del que más se habla en la actualidad. La disminución de las concentraciones existentes de gases de efecto invernadero (dióxido de carbono y metano) constituye un problema apremiante. En el capítulo 9 hablé de la diferencia entre pensar en el mundo en términos de tasas de cambio y hacerlo en términos de masas absolutas de cambio. Y mencioné el caso en el que, si partes de un nivel inicial muy bajo, puedes tener una tasa de cambio muy alta sin que eso suponga una gran repercusión. Y al contrario: si partes de una masa muy alta, entonces una pequeña tasa de cambio puede producir un gran aumento de la masa.

Pero ¿de dónde procede el reciente aumento de la masa de dióxido de carbono en la atmósfera? Los datos muestran que una de

las fuentes se encuentra en el desarrollo experimentado por China a partir del año 2000. Este desarrollo conllevó un crecimiento masivo de las infraestructuras. Me gusta mostrar un gráfico sobre la utilización del cemento en China. Este aumentó enormemente, de manera que China consumió en dos años y medio cerca de un 45% más de cemento que Estados Unidos en cien años. China se había expandido a un ritmo muy rápido a partir de la década de 1990, pero este proceso se aceleró de forma increíble con la crisis de 2007-2008, porque el mercado de exportación de China (a Estados Unidos) se derrumbó y, por lo tanto, se sustituyó por un programa de desarrollo de infraestructuras que habría sido impensable en cualquier otro lugar del planeta. Mientras el resto del mundo apostaba por la austeridad, China apostó por el expansionismo.

Anteriormente he argumentado que China salvó el capitalismo global de la catástrofe en 2007-2008 al emprender esta masiva expansión infraestructural. No lo hizo por propia voluntad, sino porque era la única manera de absorber su problema de exceso de mano de obra producido por el colapso de las industrias exportadoras. De modo que China salvó el capitalismo global a costa de un aumento masivo de las emisiones de gases de efecto invernadero. De ahí, en parte, el salto a más de 400 ppm. Pero China no fue el único lugar que se desarrolló de esta manera. Si se observa el expansionismo en Brasil y Turquía durante estos años, se encontrarán algunos fenómenos similares en respuesta a la caída de 2007-2008, con consecuencias comparables sobre las emisiones de gases de efecto invernadero.

La primera consecuencia es que el debate no puede centrarse en limitar las tasas de cambio, sino que debemos reconocer la importancia de la masa existente. Tenemos que pensar en cómo extraer el dióxido de carbono de la atmósfera en la medida de lo posible. Eso se logra en parte de forma natural, mediante la absorción de dióxido de carbono en los océanos, donde los mariscos lo convierten en conchas, etc. Ahí tenemos una forma natural de absorción. Pero debemos idear formas de absorción de carbono a través de la agricultura. La liberación de las concentraciones de carbono bajo tierra, de la energía almacenada hace eones en épocas

anteriores, está en la raíz de nuestros problemas contemporáneos. El carbono que sacamos del subsuelo debe volver a colocarse bajo tierra si queremos regresar a un mundo de 300 ppm. La vegetación, y hasta cierto punto los crustáceos, lo depositaron originalmente en el subsuelo. Hemos tomado toda esa energía almacenada del subsuelo y la hemos liberado. Tenemos que plantearnos seriamente la posibilidad de reducir esos 400 a 300 ppm, y la única manera de hacerlo es encontrando medios para sacar el dióxido de carbono de la atmósfera y devolverlo al subsuelo. Una de las formas en que puede lograrse ese objetivo es mediante la reforestación. Pero la reforestación se limita a los bosques de nuevo crecimiento. Reforestar el mundo reduciría el contenido de dióxido de carbono en la atmósfera. Se han llevado a cabo programas de reforestación, y en el hemisferio norte se ha producido un aumento neto de la cubierta forestal. Las áreas más problemáticas son las selvas tropicales del Amazonas, Sumatra, Borneo y África, que han sido atacadas con una ferocidad increíble. La deforestación en la Amazonía y el Sudeste Asiático se está acelerando trágicamente. Bolsonaro, que acaba de llegar al poder en Brasil, es como Donald Trump, no cree en ninguna de estas tonterías del cambio climático, y por eso va a ampliar el ataque a la Amazonía para abrirla al cultivo de soja, la cría de ganado vacuno y todo lo demás. Por lo tanto, la lucha por la protección de la selva tropical y la reforestación es un campo crucial para la acción política.

Otra opción –no soy un experto en la materia, y me he topado con esta solución recientemente, así que algunos de ustedes tal vez quieran cerciorarse de lo que digo por sus propios medios– es la existencia de formas de cultivo que toman el dióxido de carbono y lo ponen de nuevo bajo tierra. Ahora bien, por mucho que lo coloquemos a 15 centímetros bajo tierra, si aramos profundo, entonces se libera de nuevo. Tendrá que haber un cambio radical en la tecnología y las técnicas agrícolas. También existen cultivos que ponen el dióxido de carbono a 180 centímetros bajo tierra, de manera que todo un sistema de raíces profundas absorbe el dióxido de carbono y lo mantiene ahí. Si podemos sembrar este tipo de

cultivos, podríamos iniciar un proceso de extracción del dióxido de carbono de la atmósfera y devolverlo al suelo.

Es una posibilidad muy importante. Pero ¿cómo conseguimos que los agricultores la pongan en práctica? ¿Y qué precisará, qué efecto tendrá en la agricultura? Hay una señal de esperanza. En la Unión Europea, y también en Estados Unidos, hay programas que pagan a los agricultores para que no cultiven nada porque hay un excedente agrícola. Esto significa retirar algunas tierras de la producción. Pues bien, en lugar de pagar a los agricultores para que no cultiven nada, ¿por qué no les pagamos para que produzcan los tipos de cultivos que realmente devuelven el dióxido de carbono al suelo? Ahora bien, ¿hasta qué punto tendríamos que explotar esa vía para reducir las concentraciones de 400 a 300 ppm? No tengo ni idea, pero este es el tipo de técnicas y tecnologías que hay que desplegar. De modo que, en cuanto a la producción de emisiones de gases de efecto invernadero, tenemos que considerar seriamente cómo sacar el dióxido de carbono de la atmósfera y devolverlo al subsuelo de donde vino. La única otra forma futurista es diseñar y construir enormes máquinas de extracción de carbono que lo entierren bajo tierra.

Fue así como el gráfico de las concentraciones de dióxido de carbono de los últimos ochocientos mil años cambió por completo mi visión del mundo. La cuestión del cambio climático pasó de ser algo que yo consideraba manejable mediante técnicas normales e intervenciones sensatas a convertirse en un problema que precisa de una transformación radical de todas nuestras formas de pensar, de hacer y de vivir, no solo desde el punto de vista de la reducción de nuestro consumo de combustibles fósiles y de la tasa de emisiones de carbono, sino también de una búsqueda seria de formas de sacar el dióxido de carbono de la atmósfera y devolverlo a su lugar de origen, que es el subsuelo.

Tenemos que reflexionar más seriamente sobre el problema del cambio climático y las emisiones de dióxido de carbono, y pensar en formas de controlar y frenar el continuo aumento de dichas emisiones, sobre todo en China y en los mercados emergentes de todo el mundo. Pero esos países se quejan cuando los gobiernos de

Estados Unidos, Gran Bretaña o Europa les dicen que no deberían actuar así, y responden con toda la razón: «Vosotros lo hicisteis durante cien años y llegasteis a vuestro actual grado de desarrollo, conque ¿por qué no íbamos a hacerlo nosotros durante los próximos cien años?». Las emisiones de carbono de India, China, Brasil y Turquía han aumentado. Tenemos que encontrar una manera de construir un desarrollo económico que no se base en el aumento de la intensidad del carbono y el uso creciente de los combustibles fósiles.

Estamos ante una emergencia que debemos abordar en el plano del pensamiento y de nuestras prácticas económicas y políticas. Pero fijémosnos en que el gran problema de fondo es la acumulación de capital. A fin de cuentas, fue el impulso de la acumulación de capital en China lo que requirió que se desarrollara de la forma en que lo hizo. El capitalismo global a partir de 2007-2008 fue rescatado en gran medida por China y por los mercados emergentes que se involucraron en esa expansión radical que produjo un aumento de las emisiones de gases de efecto invernadero; entonces teníamos una situación en la que la supervivencia del capitalismo dependía de un proyecto expansionista en todos esos países a expensas del rápido aumento de las emisiones de dióxido de carbono. Pero el problema, insisto, son las concentraciones existentes. La comunidad mundial tiene que abordar esta cuestión con la mayor celeridad posible, lo cual supone poner en tela de juicio la fuerza motriz que está detrás de todo, que es la de las tasas de acumulación de capital interminables y compuestas.

# XV. TASA FRENTE A MASA DE LA PLUSVALÍA

En mis clases sobre el volumen I de *El Capital* de Marx, explico que el primer capítulo nos introduce en la idea de valor. El valor, según Marx, es el tiempo de trabajo socialmente necesario. Nada más decir yo eso, un estudiante levanta entonces siempre la mano e inquiera: «¿Qué pasa cuando hay una empresa que no emplea mano de obra? ¿Significa eso que no produce valor?». Esta pregunta ha cobrado cada vez más importancia en los últimos años, puesto que parece que dentro de poco tiempo la inteligencia artificial se hará cargo de muchas actividades del trabajo humano. Es una pregunta perfectamente razonable, pero tiene una respuesta fascinante, en la que quiero detenerme.

En un capítulo posterior del volumen I de *El Capital*, Marx examina la relación entre la tasa y la masa de plusvalía. Se pregunta: ¿están los capitalistas más interesados en la masa de plusvalía o en la tasa a la que la obtienen? Muchas personas familiarizadas con Marx suelen pensar que los capitalistas se centran más en la tasa, pues saben que Marx hace hincapié en la caída de la tasa de ganancia en el volumen III. Pero el volumen I de *El Capital* pone el foco en la masa, porque esta es la que da a los capitalistas su poder. El aumento de la tasa se ve tan solo como un medio para aumentar la masa.

En ese capítulo, Marx pone de manifiesto otra contradicción. Permítanme que la cite con sus propias palabras, porque creo que Marx está muy atento a la forma en que el tiempo de trabajo socialmente necesario depende de la naturaleza de la tecnología y de la naturaleza del proceso de trabajo. Hacia el final de ese capítulo, señala Marx que las masas de valor y plusvalía producidas por diferentes capitales varían según el trabajo que emplean. Esto supone una contradicción. Todo el mundo sabe, escribe, «que un hiladero de algodón, que emplea mucho capital y muy poco

trabajo, no por ello se embolsa menos ganancia o plusvalía que un panadero, que pone en movimiento relativamente mucha fuerza de trabajo y muy pocos medios de producción. Para la solución de esta aparente contradicción», dice Marx, «se necesitan todavía muchos términos intermedios». Ahora bien, cuando Marx afirma algo así, sabes que en algún lugar de su vasta obra vas a encontrar una solución a esa contradicción, o al menos una elaboración de la misma, que explicará su funcionamiento.

También sabemos que cuando Marx está escribiendo el volumen I de *El Capital* ya ha redactado las notas que se convirtieron en la base del volumen III. Así que vamos inmediatamente al volumen III para ver qué dice sobre esto. La respuesta se encuentra en el capítulo sobre la igualación de la tasa de ganancia. A los capitalistas, cuando trabajan en el mercado, les interesa la tasa de ganancia, no la tasa de plusvalía, que mide la explotación del trabajo vivo en la producción. Como los capitalistas compiten entre sí por la tasa de ganancia, la tendencia a largo plazo será la de converger y producir una tasa de ganancia estándar para todas las empresas, sin importar si emplean mucha mano de obra o no.

Si las cosas son así, entonces lo que se da es una transferencia de valor desde aquellas compañías, empresas y regiones que se dedican a actividades intensivas en mano de obra a aquellas otras regiones, empresas y sectores de la sociedad que se dedican a modos de producción intensivos en capital. En otras palabras, se produce una transferencia de valor de las formas de producción intensivas en mano de obra a las formas de producción intensivas en capital. A veces se dice que eso supone una forma de «comunismo capitalista». La regla es la siguiente: «de cada capitalista según el trabajo que emplea, y a cada capitalista según el capital que adelanta». Desde las formas de producción intensivas en trabajo y las economías intensivas en trabajo fluye un subsidio hacia las empresas y economías intensivas en capital. Esta transferencia de valor se produce a través de la competencia por la tasa de ganancia en el mercado. Es un efecto de los mercados perfectamente competitivos y es uno de los hallazgos más importantes de Marx.

Esto plantea cuestiones interesantes. Por ejemplo, si eres un responsable de la toma de decisiones y tienes que decidir qué tipo de industrialización deseas, se plantea una pregunta: ¿quieres que sea intensiva en mano de obra o que sea intensiva en capital? La respuesta es que, si se opta por formas intensivas en mano de obra, se va a transferir valor a las formas intensivas en capital. Un político sensato diría: «No quiero industrializarme con una industria intensiva en mano de obra». Una economía que puede servir de muy buen ejemplo al respecto es Singapur. Cuando fue expulsada de la Federación de Malasia a principios de los años sesenta, tuvo que decidir lo que hacer y qué tipo de estrategia industrial adoptar. Decidió que no iba a dedicarse a actividades intensivas en mano de obra como las existentes en Hong Kong y otros lugares, sino a apostar por las intensivas en capital. Y así lo hicieron. Singapur es un muy buen ejemplo de las ventajas que conlleva dedicarse a formas de producción intensivas en capital. Esto explica por qué tantas economías que entran en el mercado mundial a través de la industrialización con uso intensivo de mano de obra siguen siendo pobres (como Bangladés) o tratan de transformarse a formas económicas con uso intensivo de capital (como hicieron Japón, Corea del Sur, Taiwán y ahora China).

Esta transferencia y el consiguiente subsidio hay que estudiarlos. A través de la igualación de la tasa de ganancia, obtenemos una transferencia de valor de las economías y empresas intensivas en trabajo a las economías y empresas intensivas en capital. Esta transferencia se mantiene y, por lo tanto, ayuda a explicar por qué las economías de baja productividad, cuando se encuentran en una situación en la que compiten con economías sumamente productivas, acaban subsidiando a las economías más intensivas en capital. Por ejemplo, cuando Grecia entró en la Unión Europea, tenía una economía intensiva en mano de obra y de baja productividad en relación con Alemania, que tiene una economía intensiva en capital. El resultado es que Grecia subsidia a Alemania. Esto supondrá una gran conmoción para los alemanes, porque la opinión pública alemana cree que el dinero que prestan a los empobrecidos griegos se debe a que estos son vagos y ociosos y están culturalmente

atrasados. No, el problema de Grecia es que tienen un régimen laboral de baja productividad. Y eso significa que, por mucho que trabajen, la mayor parte del valor que crean va a ser desviado a Alemania por los mecanismos del libre mercado que tienden a igualar la tasa de beneficio. El libre comercio no es en absoluto un comercio justo.

Así funciona esta economía y, en este momento, estamos empezando a ver algo muy importante: una lucha por la intensidad del capital y por qué economías pueden ser intensivas en capital. Volveré a hablar de estos mecanismos más adelante, pero lo fundamental al respecto es que China, pese a haberse basado durante mucho tiempo en una economía intensiva en mano de obra, ha anunciado recientemente que va a pasar a una economía más intensiva en capital. Si lo hace, entonces la transferencia de valor que se produce desde China a las economías intensivas en capital de Europa y Estados Unidos va a disminuir. Hay una batalla entre Trump y los chinos sobre los derechos de propiedad intelectual y sobre la tecnología. Ahora bien, la tecnología es, por supuesto, la sierva de la intensidad de capital. Estados Unidos está tratando de impedir la transferencia de conocimientos tecnológicos a China, para que esta se mantenga en un estado de economía intensiva en mano de obra en beneficio de Estados Unidos. Pero China ya no puede sostener la intensidad de mano de obra, en parte por razones demográficas –los trabajadores empiezan a escasear– y en parte por otras razones que tienen que ver con la naturaleza del mercado.

Las formas de producción con uso intensivo de mano de obra se están trasladando de China a Camboya, Laos, Vietnam e incluso Bangladés. Aquí creo que es útil observar la trayectoria, por ejemplo, de Singapur, que eligió una vía intensiva en capital, y de Bangladés, que tiene una vía intensiva en mano de obra. Se ve inmediatamente que Bangladés es una economía muy problemática y que no le va nada bien, a pesar de que está produciendo una gran cantidad de valor debido a toda la mano de obra que emplea. Por otro lado, Singapur está adquiriendo una gran cantidad de valor pese a no emplear tanta mano de obra. Se está produciendo una transferencia de Bangladés y de economías como la suya a Singapur. Parte de la

tensa relación que existe ahora entre Estados Unidos y China se explica por la transferencia de capital. El objetivo chino es pasar a una economía intensiva en capital para 2025, lo que, por supuesto, lo convertiría en un rival para Estados Unidos. Trump parece empeñado en impedirlo.

La importancia de esta cuestión suele admitirse en los círculos marxistas. Pero Michael Roberts se ha quejado recientemente en su página web de que la transferencia de valor desde las economías capitalistas pobres con niveles tecnológicos más bajos hacia las economías imperialistas ricas ha sido una cuestión muy descuidada por los economistas marxistas en los últimos tiempos. ¿Qué es entonces lo que vamos a ver a través de esta transferencia de valor de los sectores y economías intensivas en trabajo a las intensivas en capital? Lo principal es la tendencia a que las áreas intensivas en capital atraigan una intensidad de capital mucho mayor. Esto es algo que ya expuso el economista sueco Gunnar Myrdal. Señaló los mecanismos por los que las regiones ricas se enriquecen mientras las pobres se estancan o declinan, bajo condiciones de libre comercio e igualación de beneficios. Myrdal llamó a este proceso «causalidad circular y acumulativa». Se produce porque el capital se ve inevitablemente atraído por los sectores, las ciudades y las regiones activas, drenando a los sectores, las ciudades y las regiones menos activas de su riqueza, población, recursos, talentos y habilidades.

Marx ya se había dado cuenta de esta dinámica. Cito lo que dice al respecto en *El Capital*: «La facilidad del comercio y la consiguiente aceleración del movimiento del capital dan lugar a una concentración acelerada tanto del centro de producción como de su mercado. Con esta concentración acelerada de personas y capitales en puntos determinados, la concentración de estas masas de capital en pocas manos progresa rápidamente». En las economías capitalistas se escucha un sonido de succión, que se hace eco de cómo se está extrayendo valor de todo el mundo, el cual se está aglomerando en áreas de gran intensidad de capital y ventajas tecnológicas. Hay una fuerte tendencia –y este asunto está dando lugar a muchos comentarios sobre la economía capitalista en estos tiempos– a que

los grandes centros metropolitanos (como Nueva York, Chicago y San Francisco) atraigan todo el talento, todo el capital, y se conviertan así en los centros de la dinámica y del crecimiento capitalistas, y también en los centros donde se van a labrar las grandes fortunas personales. Si se observa Estados Unidos, por ejemplo, se verá que aproximadamente dos tercios del PIB se crean en una docena de los mayores centros metropolitanos. Las metrópolis se han convertido en imanes irresistibles tanto para el capital como para el talento.

Ahora bien, este proceso resulta interesante porque los economistas clásicos, y más adelante los neoclásicos, fundamentaron sus argumentos en la supuesta neutralidad e igualdad y equidad inherentes de unos mercados que funcionan perfectamente. Pero lo que se está viendo ahora es que los mercados que funcionan perfectamente resultan ser mercados injustos cuando la tasa de beneficio se iguala. En otras palabras, la suposición de que un sistema de mercado puede ser justo se destruye con la igualación de la tasa de ganancia. Podemos ir aún más lejos y decir que tal vez la forma más injusta en que se puede organizar un sistema capitalista es tener un sistema de mercado a través del cual se produce la igualación de la tasa de ganancia, porque parece que es igualitario justo cuando no lo es. Aquí tenemos un caso clásico de cómo «no hay nada más desigual que el tratamiento igual de los desiguales». La igualación de la tasa de ganancia produce el desarrollo geográfico desigual de la riqueza y el poder.

Entonces, ¿cuándo se produce la igualación de la tasa de ganancia? Este asunto hay que analizarlo históricamente. Marx, en efecto, dice que la igualación de la tasa de ganancia crea estructuras comerciales injustas en las que las regiones ricas se enriquecen y las regiones pobres se empobrecen, igual que los Estados ricos y los Estados pobres. El argumento de los economistas neoclásicos es que el libre mercado es un comercio justo y, por lo tanto, va a producir resultados igualitarios, mientras que el argumento de Marx es que no es un comercio justo y, en consecuencia, va a producir formas sumamente concentradas de riqueza y privilegio. Así que una señal

de que la igualación de la tasa de ganancia se está produciendo será el aumento de la desigualdad regional, nacional y social.

En la época de Marx, no había realmente un buen sistema para igualar la tasa de ganancia, porque los costes de transporte de muchas mercancías eran muy altos y existían muchos aranceles y barreras al comercio. En la década de 1860, la capacidad de igualar la tasa de ganancia no era tan fuerte ni siquiera a nivel local, y ciertamente no a nivel internacional. Pero empezó a ser más potente gracias a las innovaciones en las comunicaciones y el transporte: la llegada de los ferrocarriles, los barcos de vapor y el telégrafo significó que podía haber al menos una equiparación de los precios de los principales productos básicos en todo el mundo. Los comerciantes de Londres disponían de información sobre los precios del trigo en Buenos Aires, Odesa y Chicago, por lo que había una mayor aproximación a la igualación de la tasa de ganancia a través del transporte y las comunicaciones. Pero lo que vemos después es esta construcción de un sistema de comercio mundial en el que la igualación de la tasa de ganancia no era una prioridad. Los acuerdos de BrettonWoods, por ejemplo, impedían que el capital pudiera moverse con facilidad por el mundo debido a los controles a los que estaba sujeto. La economía estadounidense no era una economía cerrada, pero algo tenía de eso, porque resultaba difícil mover el capital dentro y fuera de Estados Unidos.

En aquel momento, la economía estadounidense razonablemente podía considerarse una economía por derecho propio. Había trabajadores luchando dentro de ella para obtener ventajas y el movimiento obrero trabajaba en su interior. La organización de la producción dentro de esa economía podía incluso tener un carácter monopolista, de modo que, por ejemplo, si se leen los textos clásicos sobre el capitalismo monopolista de Paul Sweezy y Paul A. Baran, lo que dicen es que Detroit era un muy buen ejemplo de lo que es el capitalismo monopolista. En ese caso concreto, solo había tres grandes empresas que lideraban los precios y se relacionaban entre sí. Pero en lo que respecta a Sweezy y Baran, ese era el tipo de ejemplo típico que se usaba cuando se quería hablar de estructuras monopolísticas. En los años sesenta no había

competencia, por ejemplo, de empresas alemanas y japonesas, sino que estas llegaron mucho más tarde, en los años setenta y ochenta.

Los trabajadores luchaban por obtener ventajas dentro de Estados Unidos, como hacían dentro de Gran Bretaña, de Francia, de Alemania. Podríamos hablar de una clase trabajadora alemana, una clase trabajadora francesa, una clase trabajadora británica y una clase trabajadora estadounidense. Cada una de esas clases trabajadoras podía buscar ventajas dentro de un terreno definido, porque estaban en gran medida exentas de tener que competir con la mano de obra de todas las demás economías del mundo, a causa del sistema de controles de capital. Este sistema duró hasta la ruptura del modelo de Bretton-Woods, que se produjo cuando el dólar salió del patrón oro en 1971. A partir de entonces, el trabajo se encontró de repente con que tenía que competir con todas las fuerzas laborales del mundo. Con anterioridad, su única competencia procedía de la organización de la inmigración de otros lugares. Alemania importó mano de obra turca, Francia mano de obra del norte de África (los magrebíes), Suecia mano de obra de Yugoslavia y Portugal, Gran Bretaña mano de obra de su antigua zona imperial, del sur de Asia y de las Indias Occidentales, y Estados Unidos abrió su sistema de inmigración en 1965.

Durante la década de 1960, el principal problema de los trabajadores era la forma en que se utilizaba la inmigración para tratar de socavar tanto las leyes como las capacidades laborales. Esto condujo a la aparición de cierto sentimiento antiinmigrante dentro de muchos de los movimientos de la clase trabajadora en Europa e incluso en cierta medida en Estados Unidos. Por supuesto, vemos muy reavivado ese sentimiento en la actualidad. Sin embargo, en la década de 1970, de repente se abolieron los controles de capital, y este pudo empezar a moverse libremente de una parte del mundo a otra. La abolición de las barreras de control de capitales se complementó con la reducción de los costes de transporte y la mejora de las comunicaciones para que el capital tuviera una gran movilidad. Finalmente, sobre todo a partir de los años ochenta, empezamos a ver la aparición de una situación en la

que la igualación de la tasa de ganancia se hace cada vez más significativa.

Así pues, sugiero que las condiciones históricas bajo las cuales se iba a establecer la igualación de la tasa de ganancia faltaron durante gran parte del siglo XIX, y hasta el final del periodo de Bretton-Woods. Pero lo que realmente ha marcado el periodo de la globalización a partir de los años ochenta ha sido que la igualación de la tasa de ganancia podría ocurrir, lo que significa que durante este espacio de tiempo es probable que veamos mucha más transferencia de valor desde las economías intensivas en mano de obra hasta las economías intensivas en capital. En otras palabras, la distinción entre economías intensivas en mano de obra y economías intensivas en capital ha pasado a primer plano. Por lo tanto, ahora se ha convertido en un foco de lucha, una lucha feroz para tratar de evitar que ciertas áreas del mundo se conviertan en intensivas en capital. Esto es lo que Estados Unidos está tratando de hacer en relación con China en este momento.

¿Por qué molesta tanto a Estados Unidos que China quiera convertirse en una economía intensiva en capital para 2025? ¿Por qué le molestan tanto las transferencias de tecnología realizadas a China? ¿Y por qué, en consecuencia, se libra esta gran lucha sobre los derechos de propiedad intelectual, el principal escollo en las negociaciones entre Trump y los chinos? Tenemos entonces una situación en la que, históricamente, el contraste entre las economías intensivas en mano de obra y las intensivas en capital no era tan significativo, aunque Marx lo veía como teóricamente importante cuando escribía *El Capital* a mediados del siglo XIX. Sin embargo, hemos llegado a un punto en el que lo que Marx veía como una característica posible de una economía capitalista en estado puro ha llegado a materializarse. Esta es la razón que subyace al conflicto emergente entre Estados Unidos y China sobre la tecnología.

# XVI. ALIENACIÓN

La alienación es un concepto que tiene una historia algo accidentada en la izquierda. Pero hay una muy buena razón para que hoy queramos resucitarlo. Creo que tiene una gran relevancia para ayudarnos a entender las relaciones entre la política y la economía. Su accidentada historia se explica en parte porque a Marx, en sus primeros años, le gustaba hablar de la alienación, y esta desempeñaba un papel destacado en su pensamiento cuando escribió los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Pero en aquella época la definición de alienación que Marx sostenía se basaba en la idea de que nuestra realidad cotidiana no estaba de acuerdo con nuestra potencialidad como especie. En aquellos años, Marx tenía una noción bastante idealista de la humanidad. Este idealismo sustentaba su concepto del ser de la especie. Su argumento era que el capital nos impedía realizar la perfección de la que éramos capaces dado nuestro ser. Era un concepto idealista, un concepto utópico, pero desempeñó un papel muy importante en la definición de los sentimientos subjetivos de alienación, pérdida y separación que surgieron dentro de la clase trabajadora en relación con el dominio del capital.

La alienación no era del todo redundante como concepto científico, pero su base radicaba en esta concepción más bien humanista sobre la capacidad potencial de los seres humanos y las frustraciones a las que quedaban sometidos al estar incrustados en un sistema de mercado en el que la clase capitalista tenía el poder. Este ideal de alienación en los primeros escritos era problemático incluso para el propio Marx. A finales de la década de 1840 propuso una interpretación diferente, ajena a la concepción idealista del ser de la especie. Se apoyaba cada vez más en la interrogación histórica de los conceptos, que reflejaría las relaciones realmente existentes en el capitalismo. Marx buscaba un enfoque más científico, en el que la alienación, un concepto idealista, no encajaba. Por esa razón, surgió una tendencia dentro de la historia del marxismo, muy fuerte

en los años sesenta y setenta, a borrar la alienación de las formas científicas del marxismo favorecidas por gente como Althusser, en el plano teórico, y por los partidos comunistas que existían en Europa en esa época, en el plano político. Este borrado siguió de cerca las doctrinas comunistas promovidas entonces en la Unión Soviética.

A partir de los años sesenta, el concepto de alienación fue generalmente rechazado dentro del marxismo (con la excepción de los humanistas marxistas como Erich Fromm) por considerarlo poco científico y no verificable. Se entendía que no formaba parte de lo que debía ser la ciencia socialista y comunista. Pero el argumento de que el propio Marx abandonó el concepto de alienación a finales de la década de 1840 no encaja muy bien con que en 1857-1858 escribiera los *Grundrisse*, en los que el concepto de alienación vuelve a aparecer con fuerza. Solo que entonces adoptó una forma muy diferente, desempeñó un papel muy distinto y, por lo tanto, tuvo un significado muy alejado del que se transmitía en los manuscritos de 1844.

En los *Grundrisse* la cuestión se plantea así: si nos separamos de algo que nos pertenece y perdemos el control sobre ello, nos alienamos de ello. Marx sostenía que el propio acto de intercambio de una persona a otra significaba que había una alienación de una mercancía al pasar de manos. La alienación tiene un significado técnico. Pero eso entrañaba que, conforme se iba comprendiendo el funcionamiento del sistema de mercado, dicho significado adquiría una mayor amplitud.

En los *Grundrisse*, Marx examina el modo en que el trabajador está enajenado del proceso de trabajo, enajenado en el siguiente sentido: está empleado por el capital, produce una mercancía, pero en realidad no tiene ningún poder sobre la mercancía que ha producido, ni tienen ningún derecho al valor que se encarna en ella. La fuerza de trabajo que aporta el trabajador está enajenada de su producto. Pero se trata de una alienación técnica que se basa en que el valor creado por el trabajador pertenece al capital, lo mismo que la mercancía. Además, el trabajador va quedándose sin el dominio sobre el propio proceso de trabajo. El trabajador que tiene el dominio de las herramientas y las habilidades conserva cierto poder

en la definición de cómo se producen las cosas. Pero, a medida que pasa el tiempo, se introduce la maquinaria y surge el sistema de fábrica; entonces el trabajador se convierte en un apéndice de la máquina, alienado del proceso de trabajo, así como del producto. El proceso de trabajo, el producto del trabajo y el valor que contiene se alienan del trabajador. Esa pérdida sustenta una reivindicación política: la de que debemos inventar el tipo de sociedad en la que los trabajadores puedan reclamar derechos sobre el valor y la mercancía que han producido.

Pero no solo el trabajador está alienado. Marx sostiene que el capitalista experimenta un problema similar. El capitalista, al menos en la teoría burguesa, es un individuo jurídico libre dotado de derechos de propiedad privada que comercia en un sistema de mercado igualitario. La acumulación de capital parte de un punto en el que el capitalista es «libre de elegir», como diría Milton Friedman, y disfruta de la libertad de elección y del igualitarismo que se deriva del intercambio de mercado. Marx tiene que abordar entonces cómo este sistema de mercado, basado en la universalidad de la igualdad y la libertad, se convierte en desigualdad y falta de libertad, incluso para los capitalistas. La respuesta es que los individuos no controlan el sistema de mercado. De hecho, ese sistema obliga a los capitalistas a realizar cierto tipo de actividades, les guste o no. Las «leyes coercitivas de la competencia» rigen los comportamientos de los capitalistas individuales, que, por lo tanto, no son libres de elegir. El mercado los obliga a hacer esto o aquello. Este punto de vista es común tanto a Marx como a Adam Smith. Este último argumentaba que la mano invisible del mercado tenía el poder de fusionar todo tipo de motivaciones y deseos empresariales y que nada de eso importaba para el resultado, porque era la mano invisible del mercado la que gobernaba. Adam Smith simplemente presumía que el resultado sería beneficioso para todos, una conclusión que Marx rebatió y refutó de modo decisivo en *El Capital*. Pero Marx y Smith estaban de acuerdo en que los capitalistas también estaban alienados de su producto.

En los *Grundrisse*, Marx explica que el trabajo alienado y el capital alienado se reúnen en el proceso de trabajo. Esta doble alienación

es fundamental para el modo de producción capitalista. La alienación es, por lo tanto, un elemento esencial del sistema capitalista. Vuelve como un concepto científico crucial en la construcción de una teoría crítica del capital. Aunque Althusser argumentó de manera influyente que Marx atravesó una ruptura epistemológica en 1848 cuando pasó de un lenguaje de alienación a otro en el que ese concepto no tenía cabida, el resurgimiento del concepto por parte de Marx en 1858 sugeriría que hay una manera de devolverlo a nuestra comprensión de la economía política. Pero la versión de 1858 ofrece un concepto de alienación muy diferente al que Marx había proporcionado en 1844.

Esto se aprecia claramente en el capítulo de *El Capital* sobre la jornada laboral. Allí vemos que el capitalista emplea al obrero durante cierto periodo de tiempo como un valor de uso que tiene el poder de crear valor. El obrero obtiene el valor de cambio equivalente al valor de la fuerza de trabajo como mercancía y el capitalista prolonga la jornada laboral para crear una plusvalía que sustenta el beneficio. La plusvalía es el trabajo que se apropia el capital. Esta es la alienación que experimenta el trabajador. Las leyes coercitivas de la competencia obligan a los capitalistas a maximizar la explotación de la fuerza de trabajo que emplean. Si yo solo empleo a mis trabajadores durante seis horas al día, pero otro compite conmigo y emplea su mano de obra durante ocho horas al día con el mismo salario, pronto me veré expulsado del negocio. Enseguida, todos los capitalistas amplían la jornada laboral tanto como pueden para superar a todos sus rivales. Esta competencia entre capitalistas los obliga, sin importar si son buenas o malas personas, a ampliar la jornada laboral al máximo, a menos que haya algún mecanismo que los detenga. El mecanismo es la legislación estatal que controla la duración de la jornada laboral. Una jornada laboral de diez u ocho horas o una semana laboral de cuarenta horas pone un tope a la explotación laboral que surge de la doble alienación del trabajo y el capital en el proceso de trabajo.

Pero podemos llevar la cuestión de la alienación un paso más allá y preguntar hasta qué punto el trabajador obtiene satisfacción del proceso de trabajo y de las mercancías que produce. Aquí volvemos

al lado subjetivo de las cosas abordado por Marx en 1844. El capital se rige por abstracciones. En la medida en que las ideas dominantes de la clase dominante se imponen, no hay lugar para la crítica. Así se ignora la subjetividad de los trabajadores que se sienten explotados y no apreciados ni respetados por el trabajo que realizan. Los sentimientos subjetivos de alienación vuelven a aparecer. Los trabajadores se sienten alienados por sus condiciones de empleo, alienados porque el trabajo que realizan no está adecuadamente remunerado, porque no tienen ningún tipo de control sobre el proceso de producción, porque está regulado a distancia desde el exterior mediante el uso de maquinaria. El tiempo del trabajador es alienado por el capital porque el régimen de tiempo está dictado por las condiciones de trabajo dentro del proceso de trabajo. En todos estos aspectos, se puede argumentar que las condiciones de alienación están latentes dentro de cualquier fuerza de trabajo y es probable que, políticamente, se expresen a través de la oposición de los trabajadores y la creciente conciencia de clase de su condición subjetiva. En este punto, la subjetividad de la alienación que se describe en los *Manuscritos económico-filosóficos* vuelve a entrar en escena, pero ya no es una alienación de la perfección de la que somos capaces, sino una alienación producida por la rutina diaria de ir a trabajar todos los días, trabajar todas esas horas y recibir solo una cantidad minúscula de remuneración. No ser tratado con dignidad y respeto es el golpe más cruel de todos. Las condiciones de trabajo, por lo tanto, pueden dar lugar a poderosos sentimientos políticos de alienación. El aumento del galopante descontento anticapitalista requiere que reavivemos y revitalicemos el concepto de alienación en nuestro pensamiento y en nuestra política.

La alienación tiene poderosas consecuencias subjetivas. Es muy difícil imaginar una fuerza de trabajo productiva que apoye profundamente el trabajo si se siente alienada. La condición subjetiva de alienación crea una distancia entre el proceso de trabajo y el sentimiento de satisfacción y orgullo que puede derivarse de él. Esto no significa que sea imposible que los trabajadores sientan alguna satisfacción. Los procesos laborales pueden ser organizados por los propios trabajadores de manera que

sean interesantes y tengan un sentido de valor personal añadido. Los trabajadores suelen mostrar un sentimiento de orgullo por el trabajo que realizan. Se pueden encontrar fuerzas laborales empleadas bajo el capital en las que hay cierto grado de satisfacción, y entre los capitalistas surgen estrategias para tratar de fomentar lo que se llama «eficiencia X», desarrollando ciertas relaciones sociales dentro de la mano de obra o entre la mano de obra y los supervisores y los capitalistas, que pueden compensar la alienación. En los años setenta, por ejemplo, se crearon «círculos de calidad» en la fabricación de automóviles en los que los trabajadores se reunían y decidían por sí mismos cómo organizar su trabajo en el taller. La competencia amistosa entre grupos animaría el lugar de trabajo. Surgieron situaciones en las que los trabajadores podían sentirse menos alienados debido a las condiciones subjetivas, aunque la alienación objetiva subyacente siguiera existiendo.

Sin embargo, las condiciones del proceso de trabajo en el capitalismo son por lo general fuente de una profunda insatisfacción. Hay encuestas que sugieren que alrededor del 50% o del 70% de la mano de obra estadounidense no está interesada en su trabajo, no le importa o incluso lo detesta. Esto se explica por la naturaleza del proceso de trabajo capitalista, ya que el capitalista no es libre de elegir más que el trabajador. Los procesos laborales mecanizados y automatizados proliferan, de modo que los trabajadores no tienen ningún papel creativo o interesante que desempeñar. Estos son los procesos laborales más rentables que los capitalistas se ven obligados a introducir. No me parece una casualidad que los círculos de trabajo de calidad que surgieron en los años setenta y ochenta desaparecieran en la década de 1980, cuando se acentuó la competencia entre las distintas empresas automovilísticas. El capital no elige libremente cuál debe ser su tecnología, ni tampoco las condiciones de trabajo que impondrá a la mano de obra cuando entre por las puertas de la fábrica.

Al margen de eso, por supuesto, también hemos de reconocer las consecuencias de la aparición de nuevas divisiones del trabajo, junto con la desaparición de muchos empleos industriales y el aumento de los trabajos de servicio y de guardia, más bien carentes de sentido,

sin contenido real o satisfacciones físicas. A medida que los procesos de trabajo se ven afectados por la automatización y, más recientemente, por la inteligencia artificial, el aumento de las estructuras de trabajo que llevan aparejada alguna satisfacción parece cada vez menos probable. De hecho, podríamos dividir a grandes rasgos lo que ocurre en la sociedad en dos categorías de trabajo: una es el trabajo mental más desafiante, y la otra es el trabajo manual rutinario en la industria y el trabajo rutinario en muchas de las industrias de servicios como la banca, etcétera. Tenemos que examinar de cerca las condiciones laborales actuales. ¿Qué grado de alienación existe? ¿Hay un sentimiento generalizado y creciente de alienación respecto de las estructuras de empleo y de la pérdida de la regularidad y la precariedad cada vez mayor del trabajo? ¿Ofrece el proceso de trabajo cada vez una menor satisfacción en comparación con hace muchos años? ¿En qué sentido podríamos argumentar que el advenimiento de una economía socialista será un intento de minimizar el trabajo alienante de manera que este se reduzca a algo automatizado, en el que la inteligencia artificial se encargue de todo y, por lo tanto, ya no necesitemos a las personas para hacer tareas rutinarias y aburridas, lo que liberará tiempo para que todo el mundo pueda emplearlo en lo que quiera? Una de las grandes señales que identifican a una sociedad socialista es que en ella hay abundancia de tiempo libre para todos, la gente se emancipa de los deseos y las necesidades y se encuentra en condiciones de vivir en ese mundo que Marx describió cuando dijo: «El reino de la libertad comienza cuando se deja atrás el reino de la necesidad». Lo que eso supone es que, si logramos ocuparnos de todas las necesidades, hacer todo el trabajo alienante a través de la automatización, reducirlo a unas pocas horas a la semana o algo por el estilo, entonces el resto del tiempo podemos hacer lo que queramos y como queramos.

La alienación en el proceso de trabajo vuelve a resurgir en los *Grundrisse* de la siguiente manera. Aunque la palabra alienación no aparece mucho en *El Capital* de Marx, la alienación como realidad está en todas partes. Marx se preocupa por la forma en que los trabajadores se convierten en apéndices de las máquinas, por cómo

pasan de controlar sus medios de producción a ser controlados por estos. También habla de la alienación que conlleva la forma en que se establece la jornada de trabajo, se refiere a la alienación desde la perspectiva de la toma de decisiones relativas al proceso de trabajo. En efecto, resucita tácitamente las categorías a las que apeló en los *Manuscritos económico-filosóficos*. Enfatiza que el trabajador no tiene el control del valor ni de la mercancía que produce, los cuales pertenecen al capital; no tiene el control del proceso de trabajo. Allí se da una alienación importante; además, hay una relación alienada con la naturaleza. El extractivismo en la relación metabólica con la naturaleza se acelera. El capital, sin control, destruye las dos fuentes primarias de su propia riqueza: el trabajador y el suelo.

Todas las formas de alienación descritas en los *Manuscritos económico-filosóficos* pueden encontrarse en *El Capital*, pero integradas en la comprensión científica de la acumulación de capital. Tanto el trabajador como el capitalista están alienados, impulsados por las abstracciones y las leyes del movimiento del capital que son fetichizadas y objetivadas por las ideas dominantes de la clase dominante. Esta es una parte de la historia de la alienación cuya importancia es todavía mayor en el mundo de hoy. En ella radica la fuente de muchos descontentos actuales.

Hasta ahora he hablado de la alienación en el proceso de trabajo y de la extensión de esa alienación a través de las transformaciones en la división del trabajo, el aumento de los trabajos sin sentido y los crecientes problemas de alienación derivados de las tensiones en la relación capital-trabajo y del extractivismo exacerbado de la naturaleza. A partir de los años sesenta y setenta, muchos trabajadores fueron tomando conciencia de su alienación y se involucraron activamente en intentar hacer algo al respecto. Surgieron demandas para reestructurar los procesos laborales de forma menos alienante, para crear consejos de trabajadores en los talleres, para construir cooperativas de trabajadores y otras formas de asociaciones que organizaran la producción de una forma muy diferente. Algunos marxistas, como André Gorz, argumentaron que esta era una lucha perdida y que había algo más importante. Los levantamientos de 1968 se centraron en las demandas de los

jóvenes por la libertad individual y la justicia social. La respuesta de la clase capitalista y de las empresas fue tratar de satisfacerlas prestando más atención a los deseos y necesidades de la generación joven, reestructurando el consumo en torno a la libertad de elección y a la libertad de expresión cultural.

De ahí surgió una teoría y práctica de lo que podríamos llamar «consumismo compensatorio». Esto entrañaba un acuerdo fáustico entre el capital y el trabajo en el que el primero decía al segundo: «Sabemos que no podemos crear procesos de trabajo adecuados para vosotros, pero podemos compensaros para que, cuando salgáis del trabajo y volváis a casa, tengáis a mano una abundancia de productos de consumo baratos, de los que obtendréis toda la delirante felicidad que deseáis. Todos estos productos de consumo compensarán que lo paséis mal en el trabajo». De ahí surgió el proyecto de crear una clase trabajadora razonablemente acomodada. La idea del consumismo compensatorio se convirtió en algo muy significativo y lo que hemos visto es una enorme explosión desde los años setenta hasta los ochenta de nuevas formas de consumo. Lo más importante es que no constituyen un consumo de masas en el sentido ordinario. En gran parte se trataba de un consumo de nicho. En efecto, el capital respondió a los nichos de consumo y, en algunos casos, los creó. Esto produjo fragmentación social y, al explotar y en algunos aspectos dar forma a las políticas de identidad y a las guerras culturales, promovió las diferenciaciones de estilo de vida y los diferentes modos de expresión cultural, sexualidad, etcétera.

El consumismo compensatorio fue visto por las corporaciones como una de las respuestas a las alienaciones que se experimentaban en el lugar de trabajo. Pero el problema del consumismo compensatorio es que, en primer lugar, requiere que los consumidores tengan suficiente demanda efectiva, que tengan suficiente dinero, que puedan ir a las tiendas y comprar todo lo que quieran. La respuesta capitalista no fue necesariamente aumentar los salarios, sino bajar el coste de los bienes de consumo. Mientras los salarios permanecían estancados, lo que podía comprarse con ellos aumentaba debido al descenso general de los costes de los

bienes de consumo (muchos de los cuales se producían en China). El bienestar material de las clases trabajadoras pudo mejorar incluso cuando los niveles salariales se estancaron. Esto era especialmente cierto en la medida en que los niveles salariales individuales se estancaban, pero los hogares aumentaban sus ingresos al incorporarse las mujeres a la fuerza de trabajo en gran número, en parte incentivadas por los atractivos del consumismo y la proliferación de tecnologías y servicios domésticos que ahorran trabajo. Pero aquí también se llega a un punto en el que no está claro que el consumismo compensatorio funcione realmente.

Cuando observamos el capital desde el lado del consumidor, vemos que el capital transforma los deseos, las necesidades y los anhelos con el objetivo de crear el tipo de mercado requerido para el «consumo racional» (racional, por supuesto, desde el punto de vista del capital). Pero el consumismo compensatorio no ha funcionado muy bien por un par de razones. La primera es que, a medida que avanzaba la década de 1980, la clase trabajadora acomodada se vio atacada por la automatización y por la revitalización de la industria manufacturera gracias a la alta tecnología. Y el «trabajador acomodado», como se lo llamaba (era principalmente masculino) a principios de los años ochenta, se vio atacado de manera gradual; el poder de los sindicatos fue disminuyendo poco a poco por diversas causas, no solo por los ataques políticos, sino también por la sustitución de esa clase trabajadora en las fábricas a través de la automatización, de modo que cada vez se necesitaban menos trabajadores. La disminución del poder adquisitivo de grandes segmentos de la población los dejó muy al margen de este consumismo compensatorio. Los que se incorporaron al consumismo compensatorio empezaron a sentirse un tanto frustrados por la naturaleza de los productos que realmente se les ofrecía.

La historia de las ventas es interesante. Recuerdo haber leído la novela de Émile Zola sobre los nuevos grandes almacenes de París durante el Segundo Imperio. El prefecto de París pregunta al propietario: «¿Cómo se las arregla para obtener tantos beneficios?». La respuesta es: «Consiga a las mujeres como consumidoras, y luego los hombres tendrán que pagar». La cuestión tenía una

vertiente de género. Siempre pienso en eso cuando voy a unos grandes almacenes, porque lo primero que encuentras en casi todos ellos son perfumes, bolsos y productos femeninos. Hay que subir a la cuarta planta para encontrar las cosas de hombre. Por lo tanto, conseguir a las mujeres como consumidoras sigue siendo importante. Pero, a partir de 1945, se ha desarrollado otra línea: la de «conseguir a los niños» como consumidores. Esta forma de consumismo se ha vuelto aún más brutalmente explotadora y, a su manera, alienante.

¿Hasta qué punto ha sido satisfactorio el consumismo compensatorio? Para empezar, muchos de los productos eran de mala calidad y se deshacían. Esto resulta conveniente, porque el capital no quiere productos que duren mucho tiempo, para no saturar el mercado. El consumismo compensatorio supuso crear nuevas modas a diario si es posible y fabricar todo tipo de productos que no duren. Esto produce un dinamismo en los mercados de consumo que puede llegar a ser agotador y frustrante. Además, muchas de las tecnologías domésticas que se supone que ahorran tiempo y trabajo resultan no hacerlo en absoluto.

Todo esto me recuerda un pasaje interesante de *El Capital* en el que Marx habla de John Stuart Mill. Este se preguntaba por qué las nuevas tecnologías de las fábricas no aligeraban la carga de trabajo sino que empeoraban la suerte del obrero. Marx responde que no podía ser de otra forma, porque el propósito de la nueva tecnología no es aligerar la carga de trabajo, sino aumentar la tasa de explotación de la fuerza de trabajo. Lo mismo pienso de muchas de las nuevas tecnologías domésticas consumistas. Todos los hogares habían de tener un frigorífico, un lavavajillas, una lavadora, un televisor, ordenadores para videojuegos, teléfonos móviles y todo lo demás. Esto absorbía gran parte de la capacidad productiva excedente que surgía en la economía capitalista. Pero la función de estos bienes domésticos y de consumo duradero era crear y ampliar un nuevo mercado a tan corto plazo como fuera posible. La mayoría de los productos no son duraderos. Necesitamos un nuevo ordenador cada tres o cuatro años y un nuevo teléfono móvil cada dos.

Hay una rápida rotación del consumo, hasta el punto de que el capital empieza a cultivar formas de este que son prácticamente instantáneas y no excluyentes. Se invierte mucho capital en hacer, por ejemplo, una serie de Netflix, pero dicha serie puede ser consumida de forma instantánea por una gran población, y su consumo no es excluyente: que yo la vea no impide que la vea también otra persona. Las formas de consumo empiezan a cambiar. En lugar de fabricar objetos que duren mucho tiempo y satisfagan una necesidad concreta, como cuchillos, tenedores, platos y cosas así, se crea una gran industria de fabricación de espectáculo. Me resulta fascinante observar la gama de nuevas películas que se estrenan, en su mayoría desconocidas para mí, pero que absorben una gran cantidad de capital en su producción. Esto alimenta un mercado de consumo instantáneo, o de muy corta duración. Ves un episodio de Netflix en una hora y ya está, se acabó, y luego pasas a la siguiente hora. Triunfan los maratones televisivos. La telerrealidad se impone hasta el punto de que las noticias diarias se convierten en un espectáculo de consumo con consecuencias políticas desastrosas. Todo el consumo está cambiando y transformándose. Pero no lo está haciendo de una manera que resulte necesariamente más satisfactoria. El consumismo compensatorio también puede ser alienante.

Por ejemplo, consideremos el crecimiento del turismo. En estos momentos es una industria formidable, a la que se destinan enormes inversiones. La gente visita un lugar y consume la visión de este a lo largo de un día, y luego va al siguiente y hace lo mismo. Se trata de una forma especialmente interesante de consumo instantáneo. Pero, cada vez en mayor medida, el turismo tiene todo tipo de efectos negativos. Si quieres ir a un lugar donde haya paz y tranquilidad, fácilmente puedes encontrarte con que hay miles de personas pululando por él. Ahora hay muchos sitios que son imposibles de disfrutar porque hay demasiados turistas. Hace poco visité Florencia y me moría de ganas de marcharme. Sus cualidades habían sido absolutamente asesinadas por el exceso de turismo. Algunas ciudades están intentando controlarlo. Barcelona, por ejemplo, sufre un exceso de turismo. Están tratando de poner coto a

Airbnb y la construcción de hoteles porque el carácter del lugar empieza a desintegrarse, se vuelve cada vez menos satisfactorio para los visitantes y resulta insoportable para los residentes. ¿Quién quiere ir a un lugar hermoso solo para encontrarse con turbas de gente arremolinándose, comiendo perritos calientes y hamburguesas y bebiendo Coca-Cola?

Estamos ante modos de consumo que en un momento dado parecían ofrecer algunas compensaciones, pero que ya no son satisfactorios. El resultado es que el consumismo compensatorio produce una alienación generalizada. Los dos elementos básicos de nuestra vida, la existencia cotidiana que llevamos en nuestro lugar de residencia y el ritmo de trabajo diario al que nos consagramos, ofrecen cada vez menos satisfacciones significativas, incluso cuando la lista de posibilidades imaginarias prolifera. Las insatisfacciones indican que algo no funciona en el camino por el que transita nuestra sociedad. Si se plantea la pregunta: «¿Va nuestra sociedad en buena o mala dirección?», la mayoría de la gente diría que en mala. ¿Dónde están las instituciones que deberían protegernos? Si se reguló la duración de la jornada laboral, ¿no podrían controlarse las formas no reguladas de producción y consumo que ahora dominan en la sociedad?

Todo lo que atañe a la política ha ido de mal en peor, y por eso creo que la cuestión de la alienación se vuelve cada vez más significativa. Si hay poblaciones alienadas de su vida cotidiana y de sus posibles placeres, así como de su trabajo, es probable que busquen instituciones y medios políticos o de otro tipo que respondan a sus desafecciones. El auge de la religión, en particular del cristianismo evangélico y de las formas radicales de islam, es una respuesta a la falta de sentido de la vida y del trabajo cotidianos. Más allá de eso, por supuesto, hay un profundo pozo de descontento con un proceso político controlado por las ideas rectoras de una clase dominante para la que la eficiencia del mercado y del capital lo es todo, mientras que la responsabilidad por el medio ambiente y por todo lo importante desde un punto de vista cultural se considera extraña o irrelevante.

Surgen situaciones de alienación de los procesos laborales, de alienación generalizada en relación con el consumismo contemporáneo, de alienación respecto del proceso político, de alienación en relación con muchas de las instituciones que tradicionalmente nos han ayudado a enfrentarnos a la realidad y han dado sentido a la vida. Todo esto constituye una combinación aterradora. Cuando las poblaciones alienadas están simplemente ahí, descontentas, viviendo en un estado de retraimiento pasivo-agresivo del proceso social, incapaces de preocuparse por nada porque todo parece carente de sentido, la situación es peligrosa. En un mundo impregnado de múltiples alienaciones, la rabia oculta se hace palpable y solo desea un detonante para explotar en disturbios, para hervir en violencia desestructurada.

Las poblaciones alienadas son vulnerables y están dispuestas a movilizaciones repentinas e imprevisibles. Aquí es donde se plantea la cuestión de quién es el culpable del malestar general. El capital, que controla las ideas dominantes mediante el control de los medios de comunicación, se asegura de que el propio capital sea el último en ser culpado. Busca a otros a los que culpar, como los inmigrantes, los vagos, la gente que no es como yo (o como tú), que ofende el código moral, que no comparte mis opiniones religiosas o algo por el estilo. Esto suele acarrear cierta inestabilidad política e incluso enfrentamientos violentos. Es lo que ahora vemos surgir por todo el mundo, con figuras autoritarias que emergen de las sombras para captar de pronto la ira de las masas. «Dadme vuestra ira», parecen decir estos nuevos líderes, a menudo carismáticos, «y yo la encauzaré y os llevaré al origen de los problemas». Los inmigrantes, las minorías, la gente de color, las feministas, los socialistas y los laicos se alinean como chivos expiatorios. Obtenemos, en definitiva, el tipo de política que ahora nos rodea. Sé que es una representación demasiado simplista de nuestra situación actual, pero creo que la rudeza tiene ciertas virtudes. Culpar a todos y a todo excepto al capital, el Dios sagrado de nuestro universo social. Pero el capital ha alcanzado una posición terminal en términos de la dinámica de acumulación y crecimiento exponencial continuos, en la explosión de las desigualdades sociales, en la profundización de la

servidumbre por la deuda de la creciente esclavitud salarial y en el rápido deterioro de las condiciones ambientales. La capacidad de las personas para sostenerse mediante un hueco consumismo compensatorio y gestos vacíos hacia la inclusión está en caída libre. Las frustraciones son múltiples. Hay que volver a introducir el concepto de alienación en el diálogo político. Sin él, no entenderemos lo que ocurre en la política. Poblaciones enteras se han rendido en lo esencial a sus condiciones de alienación.

Muchas formas de vida se están malogrando y abandonando; dejan a su paso la adicción a las drogas y al alcohol, la dependencia de los opiáceos y cosas similares. La esperanza de vida ha disminuido en muchas partes del mundo, incluidas Gran Bretaña y muchas zonas de Estados Unidos.

Existe un malestar generalizado en las poblaciones que se sienten alienadas, abandonadas y desatendidas. Creen que la única posibilidad es aclamar y seguir a un líder carismático que libere y encauce su ira latente. Estamos asistiendo al surgimiento de movimientos populistas de extrema derecha en todo el mundo. La situación en Brasil, por ejemplo, es desastrosa. No es solo Bolsonaro. La sociedad se ha desplazado mucho hacia la derecha y está utilizando estas circunstancias para intentar restablecer el poder del capital sobre la base de una política autoritaria y neofascista. Vemos lo mismo en Hungría y Polonia, vemos señales en esa dirección en Alemania y en Francia, vemos a Modi en India, a Erdoğan en Turquía, a Sisi en Egipto, a Duterte en Filipinas. Están surgiendo todo tipo de formas políticas desastrosas. Hay que examinar las condiciones económicas y políticas en las que están arraigadas. Hay que cortar de raíz los amenazantes movimientos políticos de derechas. Pero eso requiere la creación de una economía política alternativa que arme la comprensión de las causas fundamentales de su malestar. Sin una transformación revolucionaria y un control del proceso social hegemónico y de sus concepciones mentales dominantes llegaremos a las entrañas del autoritarismo fascista. Existe la posibilidad de que haya consecuencias trágicas. Aunque son muchos los elementos que intervienen en la creación de nuestra situación actual, será imposible superar nuestras dificultades

sin una exploración exhaustiva de las estructuras de alienación que nos envuelven.

# **XVII. ALIENACIÓN EN EL TRABAJO: LA POLÍTICA DEL CIERRE DE UNA PLANTA**

Hace poco pasé un fin de semana muy interesante en Chicago con la artista LaToya Ruby Frazier. Se dedica desde hace tiempo a la fotografía y es muy conocida en los círculos culturales. LaToya había decidido investigar y registrar el efecto en los trabajadores del cierre de la planta de General Motors en Lordstown. El anuncio del cierre se produjo entre el día de Acción de Gracias y la Navidad de 2018. La noticia produjo cierta sorpresa y conmoción, porque a muchos de los trabajadores les parecía que a General Motors le iba muy bien. Pese a tener una alta tasa de beneficios y enormes recursos, iban a cerrar una planta que fabricaba el coche compacto de la firma, el Chevrolet Cruze. LaToya decidió ir a Lordstown para conocer los efectos de este cierre en los trabajadores y sus familias.

Por supuesto, cuando llegó allí, no fue bien recibida por General Motors. Intentaron que no entrase en la planta y llegaron a decirle cosas bastante amenazadoras. De modo que hubo de hacer su trabajo fuera del complejo y esto le dio un tinte especial, porque se relacionaba no solo con trabajadores individuales en la planta, sino también con las familias en sus hogares. Las familias, en este caso, se iban a ver seriamente afectadas. Cuando se anunció el cierre, la empresa prometió encontrar a los trabajadores un empleo en otro lugar dentro de General Motors. Pero nadie sabía exactamente a dónde podrían reasignarlos, a dónde tendrían que ir. Tras un periodo de silencio, los trabajadores recibieron una carta en la que se les daba cuatro días para decidir si querían ser trasladados a otro lugar o simplemente abandonar la empresa, en cuyo caso perderían sus prestaciones. Tenían cuatro días para elegir y les daban tres semanas para trasladarse a la nueva ubicación. Imagínense lo que eso significaba para una familia en la que, por ejemplo, la madre o

el padre estuvieran empleados en la planta. Las consecuencias eran enormes: ¿se trasladaba toda la familia? ¿O solo el marido o la mujer? ¿Y a qué distancia se trasladarían? ¿A 1.000 kilómetros? ¿A 1.500 kilómetros?

Los efectos resultaron bastante draconianos. LaToya fue testigo de un desgarrador proceso de toma de decisiones y registró la angustia que producía en las familias, los efectos en los niños pequeños (que de repente se encontraban con que uno de sus padres se iría a otra planta y no lo vería más que una vez cada tres semanas o algo por el estilo) o los casos en los que toda la familia habría de trasladarse, con lo que todas sus relaciones sociales y redes de apoyo se verían alteradas. La necesidad de tomar una decisión tan rápida dejó una huella traumática en los afectados, y el ensayo fotográfico de LaToya ilumina lo terrible de la situación. Pero también hace algo más. Lo que LaToya quería no era solo ofrecernos un ensayo fotográfico y un registro de lo sucedido. A través de una serie de entrevistas, dio voz a la forma en que las familias respondían a –y hablaban de– este trato bastante brutal por parte de la empresa y cuáles eran sus sentimientos al respecto.

La planta de General Motors en Lordstown se creó a finales de los años sesenta. Se promocionó como un experimento especial en las relaciones laborales industriales. En aquella década, se hizo mucho hincapié en organizar un proceso de trabajo con el que los trabajadores se sintieran cómodos, otorgándoles una mayor participación en él. Lordstown se creó en un momento en el que las publicaciones hacían bastante hincapié en algo llamado «eficiencia X». Se creía que una mano de obra menos alienada sería mucho más eficiente y eficaz que otra más alienada y que no se preocupaba por su participación en la producción. Algunas empresas automovilísticas intentaron organizar entonces una nueva estructura de relaciones laborales, en la que se enfatizara el cumplimiento, la colaboración y la cooperación de los trabajadores, en lugar de su represión y su dominación, como había sido la norma en el proceso de trabajo de las fábricas capitalistas desde sus comienzos.

Esto fue posible gracias a la particular y peculiar situación de la industria del automóvil en Estados Unidos en los años sesenta. La

industria estaba concentrada en tres grandes empresas automovilísticas, General Motors, Ford y Chrysler. Las publicaciones de la época describían esta situación como una forma clásica de capital monopolista. Las tres empresas automovilísticas de Detroit no eran técnicamente un monopolio, sino un oligopolio: solo unas pocas empresas, pero que ejercían el liderazgo en materia de precios y a las que, en general, se consideraba dominantes en la economía estadounidense. En aquella época no había empresas extranjeras en el país: ni Toyota, ni Volkswagen, ni BMW, ni nada parecido que pudiera desafiarlas. Si leemos *El capitalismo monopolista* de Sweezy y Baran, una publicación muy propia de aquella época, comprobaremos que las empresas automovilísticas de Detroit se consideraban un buen ejemplo de cómo funcionaba realmente el capital monopolista, a saber, mediante la colaboración de precios, el liderazgo de precios y la fijación de precios. Esto daba a las empresas automovilísticas cierto margen de maniobra para negociar con los sindicatos.

A medida que el sindicato de trabajadores del automóvil adquirió fortaleza durante los años cincuenta y sesenta, surgió un proceso de negociación llamado *panel bargaining*. Los trabajadores de la automoción elegían una empresa de automóviles y decían: «Vale, vamos a renegociar nuestro contrato, insertar ciertas cosas, como las cláusulas del coste de la vida, para que los salarios aumenten según este parámetro». Si los trabajadores de la automoción organizaban con éxito un contrato con Ford, entonces iban a las otras empresas de automóviles y decían: «Oye, esto es lo que ha hecho Ford, esperamos que hagas algo parecido». Las otras compañías automotrices seguirían el ejemplo a grandes rasgos, pero no al pie de la letra, para no entrar en conflicto con la legislación antimonopolio y decir que estaban en competencia. Pero en la práctica no competían tanto, y los trabajadores podían esperar contratos razonablemente favorables y compatibles. Digo «razonablemente favorables» en un sentido muy matizado, porque siempre hubo muchas luchas, muchas peleas, sobre las condiciones del taller, sobre las tasas salariales, sobre el empleo de las minorías, y hubo fuertes movimientos dentro de los trabajadores del

automóvil. Por ejemplo, los Movimientos Sindicales Revolucionarios de Detroit y, más adelante, la Liga de Trabajadores Negros Revolucionarios presionaban a las empresas automovilísticas más allá de lo que era posible en aquella época.

En la década de 1960, las empresas estaban interesadas en intentar colaborar con los trabajadores y en hacerlos participar en el proceso de trabajo para así gobernar no solo mediante la coerción, sino también mediante el consentimiento. Y el consentimiento entrañaba el control de los trabajadores sobre ciertos aspectos de dicho proceso: asignación de tareas y cosas por el estilo. Lordstown se creó como una aventura innovadora desde el punto de vista del capital, en la que se enfatizaba el consentimiento del trabajador. La mano de obra de Lordstown tenía una relación especial con la empresa. Esto marcó a Lordstown como una rama particular de General Motors. Curiosamente, el experimento de Lordstown parece haber fracasado en sus objetivos inmediatos por una razón muy interesante. Las pruebas sugieren que las empresas automovilísticas tenían razón al afirmar que, una vez que los trabajadores se involucraban en el diseño y las asignaciones en el proceso de trabajo, era probable que participaran mucho más en este y, por lo tanto, fueran mucho más eficientes y estuvieran más orgullosos de su situación y de su producto. La mano de obra estaba menos alienada. Pero esto también significaba que los trabajadores participaban en la determinación de las condiciones de su propia producción y, una vez comprometidos con esa tarea, querían determinar más elementos del proceso. Lordstown se convirtió en un centro de militancia obrera, precisamente por la avanzada conciencia y el compromiso de los trabajadores. Los trabajadores eran conscientes de quién mandaba y, en la medida en que se sentían ligeramente empoderados, empezaron a pensar aún más en lo que podría significar ese empoderamiento. Así que Lordstown, ese supuesto modelo de colaboración, se convirtió en un lugar de lucha militante.

Lo que LaToya descubrió fue que la tradición de orgullo por participar en el proceso de producción y por pertenecer a esta planta nunca desapareció. Por ello, el cierre supuso una doble conmoción.

No se trataba tan solo de que la planta cerrara, sino de que una forma de vida y una manera de ser se vieran de repente cuestionadas. El cierre fue traumático a todos los niveles. Alteró la vida familiar y las relaciones sociales. Supuso en los trabajadores la pérdida del compromiso con un proceso de producción que les inspiraba cierto orgullo, y, en la medida en que se sentían orgullosos de la excelencia de su trabajo y su producto, se hizo doblemente difícil aceptar el cierre. Curiosamente, el cierre debe atribuirse en parte a la incoherencia de las políticas económicas de Trump. Trump había prometido ayudar a los obreros manufactureros. Pero una de las razones por las que la planta de Lordstown se había mantenido abierta era porque existía una normativa que impedía a las grandes empresas automovilísticas concentrar su producción en los SUV, que tenían éxito económico, y despreocuparse de la producción de coches compactos, más respetuosos con el medio ambiente pero menos rentables.

La planta de Lordstown producía el coche compacto de General Motors, el Cruze, tal como exigía la normativa. Pero, cuando Trump abolió la regulación, General Motors ya no estaba obligada a producir esa clase de coches. Trump, en su pasión antiambientalista por la desregulación, abolió la normativa que preservaba el empleo en Lordstown. La pérdida de puestos de trabajo en la planta fue, por lo tanto, en parte obra de Trump.

Otra parte importante de esta historia es que la estructura oligopolística de las tres grandes empresas automovilísticas de Detroit estaba protegida contra la competencia extranjera durante la década de 1960 porque el sistema internacional de Bretton-Woods se basaba en los controles de capital. Esto significaba que el capital no podía entrar o salir libremente de Estados Unidos. Por supuesto, tal cosa no quiere decir que no hubiera movimiento de capitales, sino que los diferentes Estados-nación eran en realidad territorios protegidos dentro de los cuales se podían formar cuasimonopolios. El territorio protegido de Estados Unidos hizo posible el dominio de los tres grandes fabricantes de automóviles. Pero los controles de capital se abandonaron, por varias razones, en 1971. El efecto fue la apertura del mercado estadounidense al capital extranjero, lo que

permitió a las empresas automovilísticas extranjeras penetrar en Estados Unidos y competir con el oligopolio de Detroit. A finales de los años setenta y principios de los ochenta, se produjo una enorme oleada de inversiones con las que las empresas automovilísticas japonesas y alemanas entraron en el mercado estadounidense. El poder del monopolio de Detroit se rompió, sobre todo en el mercado de los coches compactos. Los japoneses tenían un producto mejor y más barato.

De repente, en la década de 1980, Detroit se encontró con dificultades económicas frente a la dura competencia extranjera. Abandonó sus estrategias de colaboración con los trabajadores de la industria automovilística y adoptó una estrategia más coercitiva, que comenzó a aplicar en los años setenta y ochenta. Pero la aplicación de esa nueva estrategia en Lordstown, donde existía una fuerza de trabajo militante y con conciencia de clase, significaba que en aquella planta iba a librarse una gran lucha. Las publicaciones sobre relaciones laborales de finales de los años sesenta y principios de los setenta hablaban de círculos de trabajadores y círculos de producción en la industria del automóvil, que también contaban con cierto apoyo por parte del Departamento de Trabajo de Estados Unidos, pero, a finales de los años setenta y principios de los ochenta, los teóricos abandonaron todas esas ideas. El mensaje pasó a ser: «Tenemos que volver a meter a la clase trabajadora en vereda y a crear sistemas laborales mucho más coercitivos». El resultado fue que el capital vio a la fuerza de trabajo como un elemento desechable que fácilmente podía dejarse de lado, con lo que se produjo una verdadera transformación en las relaciones laborales en las plantas.

Pero entonces llegó la crisis de 2007-2008, que creó graves dificultades para las empresas automovilísticas. El poder del consumidor en Estados Unidos se derrumbó durante la crisis inmobiliaria. Siete millones de hogares perdieron sus casas, lo que supuso que no compraran coches nuevos. General Motors estuvo a punto de quebrar. De hecho, técnicamente quebró, tuvo que ser rescatada. En efecto, General Motors fue nacionalizada durante un breve periodo, asumida y rescatada por el Estado. También fue

rescatada por los trabajadores del sector del automóvil, que aceptaron renegociar sus contratos. Este momento fue importante. Los trabajadores de la industria automovilística salvaron sus propios puestos de trabajo al salvar a la empresa que los empleaba. Solo podían hacerlo reduciendo sus exigencias salariales y su acceso a las prestaciones: sanidad y pensiones. Se llegó a un acuerdo con el sindicato, que introdujo una fuerza laboral de dos niveles. Los trabajadores más antiguos, que habían estado allí con contratos estándar, mantendrían sus privilegios tanto en lo que respectaba a la tasa salarial como, lo que era aún más importante, a la asistencia sanitaria y a los derechos de pensión. Los nuevos contratados de General Motors pasaron al segundo nivel, que no tenía la misma tasa salarial, derechos de pensión y asistencia sanitaria. De modo que dos personas que trabajaban codo con codo, haciendo el mismo trabajo en la misma planta, tenían diferentes condiciones contractuales. En efecto, la mano de obra veterana se mantenía en el sistema previo, mientras que los jóvenes que entraban en la empresa tenían que aceptar las condiciones del nuevo contrato, muy reducidas. El doble efecto de la intervención estatal y de las concesiones sindicales rescató a General Motors de las dificultades de 2007-2008, hasta el punto de que, ahora mismo, es una de las empresas más rentables del país.

Los propios trabajadores decían con frecuencia en sus conversaciones con LaToya que no podían entender por qué se iba a cerrar la planta de Lordstown cuando ellos habían sido tan generosos y habían renunciado a muchas de las ventajas que tanto les había costado conseguir para rescatar la empresa. La firma era entonces increíblemente rentable, y en ese mismo momento se había dado la vuelta de improviso y los trataba como si fueran naderías desechables en lugar de una mano de obra leal que se había sacrificado para salvarla. Además, parecía especialmente cruel darles cuatro días para decidir si se trasladaban a otra planta en Misuri, Minesota o donde fuera. Y lo peor era que, si no aceptaban el traslado, perdían todas sus prestaciones. Imaginen el estrés que genera ese ultimátum. Si tienes prestaciones de jubilación y prestaciones sanitarias para tu familia, y de repente te enfrentas al

hecho de que, si no aceptas el traslado a alguna planta que está a 1.000 o 1.500 kilómetros de distancia, vas a perderlas, ¿qué haces, cómo lo haces y cómo hablas sobre ello? Y solo tienes cuatro días para hablarlo y decidir. Esto me parece absolutamente inconcebible, pero te muestra el estado de las relaciones laborales en uno de los sectores más privilegiados de la negociación sindical, y lo que eso puede significar para el conjunto de la población trabajadora. Algunos decidieron que no podían aceptar la oferta y que tendrían que asumir las consecuencias. Esto suponía una reducción real de su nivel de vida, de su seguridad, pero, si la otra opción era tener que romper la familia, muchos prefirieron preservar esas valiosas relaciones sociales en la comunidad.

Creo que todo esto pone algo de manifiesto sobre la forma de considerar el proceso de trabajo desde el punto de vista del capital. El trabajo es simplemente un valor de uso, un factor de producción, que es desechable y del que se puede disponer bajo ciertas circunstancias y posibilidades legales. Eso es todo. En cambio, para el trabajador tiene que ver con la vida familiar y las relaciones sociales, con lo que hay tanto en el taller como en la comunidad, con cómo funciona y se relaciona todo entre sí, con el papel del sindicato y con los empleados del sindicato, y con cosas por el estilo. Es importante no perder eso de vista, porque ahora mismo las empresas capitalistas se centran en la eficiencia y la tasa de beneficios. Nada más importa. Se declina toda responsabilidad empresarial por las condiciones de vida de la comunidad, cuando tanto General Motors como el sindicato han sido profundamente partícipes de ella.

Por ejemplo, United Way, que es una gran institución de donaciones benéficas, ha tenido una gran presencia en la comunidad, gracias a la financiación de muchos servicios comunitarios, actividades culturales, estructuras de bienestar social, etc. La contribución de los empleados de General Motors a United Way fue enorme. La empresa igualó las contribuciones de los empleados dólar por dólar. Si los empleados daban 100.000 dólares, la empresa ponía otros 100.000. La comunidad se había entretejido gracias a las donaciones benéficas, y, obviamente, si la gente ya no

tiene empleo en General Motors, no podrá donar nada. La comunidad se enfrenta a una grave erosión de su tejido social, de sus relaciones sociales y de su capacidad de provisión social y cultural.

En la historia del capital, unas empresas crecen y otras se hunden. Sabemos que eso ocurre. No estamos diciendo que bajo ninguna circunstancia deba cerrarse una planta. Las grandes preguntas son cómo se da ese paso y por qué se actúa de ese modo. En el caso de General Motors, la retórica de la consejera delegada Mary Barra ha consistido en volver a insistir en que la comunidad de General Motors es una gran familia, justo en el momento en que está destruyendo familias a diestro y siniestro.

Pero ante General Motors se abre un nuevo camino: el de los vehículos con motor eléctrico. Así que ahora General Motors está diciendo que en el futuro no quiere ser una empresa de automóviles, sino una empresa de alta tecnología. General Motors está tratando de imitar a Tesla y dedicarse a la producción de coches eléctricos. La industria del automóvil tiene un auténtico problema. Contribuye poderosamente a la contaminación y al cambio climático. Es evidente que debemos abandonar el automóvil y el uso de combustibles fósiles en general. Hay un gran exceso de capacidad en la producción de automóviles en todo el mundo, sobre todo en las formas tradicionales. Esto no tiene sentido. La principal base económica de São Paulo está en la industria del automóvil, al mismo tiempo que la ciudad es tristemente célebre por sus atascos y la mala calidad del aire. Tiene que haber algún tipo de planificación, algún tipo de reorganización del orden social para que haya una transición que nos aparte de la producción masiva de automóviles. No voy a decir que la planta de Lordstown deba mantenerse abierta indefinidamente. Tenemos que reconocer que, en un momento dado, querríamos vivir en una sociedad en la que no fuéramos tan dependientes del automóvil, y eso significaría que la base económica de la sociedad tendría que cambiar. Pero una cosa es decir eso y otra elaborar un plan de transición a lo largo de quince o veinte años, aprovechar las estructuras sociales que existen en Lordstown y las habilidades que están disponibles en ella, y hacer la transición

hacia algo diferente. Solo hay una manera de pensar al respecto, y es mediante algún tipo de plan coherente de reasignación y reconstrucción de la industria del automóvil. Cuando se dice que debemos pensar en la transición desde la producción de automóviles hasta la producción de alta tecnología de sistemas vehiculares eléctricos de inteligencia artificial, me parece bien y creo que todos deberíamos estar de acuerdo. Lo que resulta inaceptable en el caso de Lordstown es la forma en que se ha tratado a los trabajadores como artículos desechables, que se apartan o se tiran según lo exija la rentabilidad.

Además, esa forma de hacer las cosas echa por la borda todos los recursos comunitarios y, en muchos casos, comunales que se habían construido en términos de relaciones sociales, estructuras de provisión social y aspectos similares. Tiene que haber una manera mejor de llevar a cabo esas transiciones, y esa manera es, por supuesto, una que el capital no quiere adoptar. Los capitalistas siguen actuando de la misma forma. General Motors no debe ninguna lealtad a sus trabajadores; se lo debe todo a los accionistas y a los directores generales. Para asegurar altos dividendos y salarios exorbitantes a sus directores ejecutivos, destruye una fuerza de trabajo viable, una comunidad y unas estructuras enteras de relaciones sociales, sin dejar nada atrás, excepto posibilidades aterradoras. Ohio es un lugar en el que la epidemia de opioides hace estragos a causa del desempleo, la pérdida de identidad y de sentido, una alienación cada vez más profunda. La situación está haciendo estragos en las comunidades de Ohio.

Tenemos que idear soluciones que no impongan los costes sociales de un cierre repentino, sin ninguna consulta con los sindicatos, sin ningún tipo de diálogo con las organizaciones comunitarias. General Motors estaba dispuesta a tener conversaciones con el sindicato cuando se enfrentaba a problemas, pero ahora que nada en dinero ya no lo necesita. Por eso trata a sus extrabajadores como basura desechable que no encaja en su visión de lo que debe ser el futuro. El maravilloso ensayo fotográfico de LaToya y los comentarios escritos de los trabajadores y sus familias ponen de manifiesto una tragedia innecesaria en el momento de

producirse. Este es el tipo de historia por la que todo el mundo debería adoptar el anticapitalismo como única postura política posible.

# **XVIII. LA POLÍTICA ANTICAPITALISTA EN LA ÉPOCA DEL COVID-19**

Cuando trato de interpretar, comprender y analizar el flujo diario de noticias, tiendo a situar lo que está ocurriendo en el contexto de dos modelos distintos pero entrecruzados sobre el funcionamiento del capitalismo. El primer nivel constituye una cartografía de las contradicciones internas de la circulación y acumulación de capital a medida que el valor monetario fluye en busca de beneficios a través de los diferentes «momentos» (como los llama Marx) de la producción, la realización (el consumo), la distribución y la reinversión. Se trata de un modelo en el que la economía capitalista aparece como una espiral de expansión y crecimiento sin fin. Dicho modelo adquiere bastante complejidad a medida que se elabora, por ejemplo, a través de la lente de las rivalidades geopolíticas, los desarrollos geográficos desiguales, las instituciones financieras, las políticas estatales, las reconfiguraciones tecnológicas y la red siempre cambiante de las divisiones del trabajo y de las relaciones sociales. Sin embargo, considero que este modelo está integrado en un contexto más amplio de reproducción social (en hogares y comunidades), en una relación metabólica continua y en constante evolución con la naturaleza (incluida la «segunda naturaleza» de la urbanización y el entorno construido) y con todo tipo de formaciones sociales contingentes de carácter cultural, científico (basadas en el conocimiento) y religioso que las poblaciones humanas suelen crear en el espacio y el tiempo. Estos últimos «momentos» incorporan la expresión activa de los deseos, necesidades y anhelos humanos, el ansia de conocimiento y significado y la búsqueda de la realización en un contexto de cambios en los acuerdos institucionales, las contestaciones políticas, los enfrentamientos ideológicos, las pérdidas, las derrotas, las frustraciones y las alienaciones, todo ello

elaborado en un mundo de marcada diversidad geográfica, cultural, social y política. Este segundo modelo constituye, por decirlo así, mi comprensión práctica del capitalismo global como una formación social distintiva, mientras que el primero se refiere a las contradicciones en el seno del motor económico que impulsa esta formación social a lo largo de ciertos caminos de su evolución histórica y geográfica.

Cuando el 26 de enero de 2020 leí por primera vez que un coronavirus estaba ganando terreno en China, pensé inmediatamente en las repercusiones que eso tendría en la dinámica global de la acumulación de capital. Sabía, por mis estudios del modelo económico, que los bloqueos y las interrupciones en la continuidad del flujo de capital darían lugar a devaluaciones, y que, si estas se generalizaban y agravaban, señalarían el inicio de una crisis. También era muy consciente de que China es la segunda economía más grande del mundo y que había rescatado *de facto* el capitalismo global tras 2007-2008, por lo que cualquier golpe a su economía estaba destinado a tener graves consecuencias para una economía mundial que, en cualquier caso, se encontraba en una condición lamentable. Me parecía que el modelo de acumulación de capital existente tenía ya muchos problemas. Había en casi todas partes movimientos de protesta, desde Santiago de Chile hasta Beirut, muchos de los cuales se centraban en que el modelo económico dominante no funcionaba bien para la masa de la población. Este modelo neoliberal se apoya cada vez más en el capital ficticio y en una gran expansión de la masa monetaria y de la creación de deuda. Ya se está enfrentando al problema de una demanda efectiva insuficiente para realizar los valores que el capital es capaz de producir. ¿Cómo podría el modelo económico dominante, con su legitimidad en declive y su delicada salud, absorber y sobrevivir a los inevitables efectos de lo que se ha convertido en una pandemia? La respuesta depende en gran medida del tiempo que pueda durar y extenderse la perturbación, ya que, como señaló Marx, la devaluación no se produce porque las mercancías no puedan venderse, sino porque no pueden venderse a tiempo.

Hace tiempo que rechazo la idea de la «naturaleza» como algo ajeno y separado de la cultura, la economía y la vida cotidiana. Adopto una visión más dialéctica y relacional de la conexión metabólica con la naturaleza. El capital modifica las condiciones ambientales de su propia reproducción, pero lo hace en un contexto de consecuencias imprevistas (como el cambio climático) y sobre el trasfondo de unas fuerzas evolutivas autónomas e independientes que reconfiguran de forma perpetua las condiciones ambientales. Desde este punto de vista, no existe un desastre verdaderamente natural. Los virus mutan sin cesar. Pero las circunstancias en las que una mutación se convierte en una amenaza para la vida dependen de las acciones humanas. Hay que tener en cuenta dos aspectos relevantes. En primer lugar, las condiciones ambientales favorables aumentan la probabilidad de que se produzcan mutaciones vigorosas. Es verosímil esperar que la rápida transformación del hábitat y los sistemas intensivos o incontrolables de suministro de alimentos en, por ejemplo, los subtrópicos húmedos puedan contribuir a ello. Tales sistemas existen en muchos lugares, incluyendo China al sur del Yangtze y el Sudeste Asiático. En segundo lugar, las condiciones que favorecen la rápida transmisión a través de los cuerpos de los huéspedes varían enormemente. Las poblaciones humanas de alta densidad parecerían un objetivo fácil. Es bien sabido que las epidemias de sarampión, por ejemplo, solo florecen en los grandes centros de población urbana, pero se extinguen con rapidez en las regiones poco pobladas. La forma en que los seres humanos se relacionan entre sí, se desplazan, se disciplinan o se olvidan de lavarse las manos afecta a la forma en que se transmiten las enfermedades. En los últimos tiempos, el SARS, la gripe aviar y la gripe porcina parecen haber salido de China o del Sudeste Asiático. China también ha sufrido intensamente la peste porcina en el último año, lo que ha supuesto el sacrificio masivo de cerdos y la escalada de los precios del porcino. No digo todo esto para acusar a China. Hay muchos otros lugares en que los riesgos ambientales de mutación y difusión viral son elevados. La gripe española de 1918 tal vez saliera de Kansas, África tal vez incubara el VIH/sida y ciertamente dio lugar al virus del Nilo

occidental y al ébola, mientras que el dengue parece florecer en América Latina. Pero los efectos económicos y demográficos de la propagación del virus dependen de las grietas y vulnerabilidades preexistentes en el modelo económico hegemónico.

No me sorprendió demasiado que el COVID-19 se encontrara en un principio en Wuhan (aunque no se sabe si se originó allí). Evidentemente, los efectos locales serían considerables y, dado que se trataba de un centro de producción importante, con probabilidad habría repercusiones económicas mundiales (aunque yo no tenía ni idea de la magnitud). La gran pregunta era cómo se produciría el contagio y la difusión y cuánto tiempo duraría (hasta que se encontrara una vacuna). La experiencia anterior había demostrado que una de las desventajas de la creciente globalización es la imposibilidad de detener una rápida difusión internacional de nuevas enfermedades. Vivimos en un planeta muy conectado en el que casi todo el mundo viaja. Las redes humanas de difusión potencial son vastas y están abiertas. El peligro (económico y demográfico) era que la perturbación durara un año o más.

Aunque se produjo una caída inmediata en los mercados bursátiles mundiales cuando se conoció la noticia, a ese descenso sorprendentemente le siguieron nuevos máximos durante un mes, o incluso más. Las noticias parecían indicar que los negocios seguían su curso normal en todas partes, excepto en China. Se creía que iba a ocurrir lo mismo que con el SARS, que se contuvo de forma bastante rápida y cuyo efecto global fue bajo, pese a tener una alta tasa de mortalidad y haber creado un pánico innecesario (retrospectivamente) en los mercados financieros. Cuando apareció el COVID-19, la reacción dominante fue describirlo como una repetición del SARS, con lo que el pánico resultaba redundante. Que la epidemia hiciera estragos en China, país que se movilizó a gran velocidad y sin miramientos para contener sus efectos, también llevó al resto del mundo a tratar de manera errónea el problema como algo que ocurría «allí», y, como reza el viejo dicho, «ojos que no ven, corazón que no siente» (reacción que estuvo acompañada por algunos signos preocupantes de xenofobia antichina en ciertas partes del mundo). El tope que el virus puso a la historia de

crecimiento de China, por lo demás triunfal, fue incluso saludado con regocijo en ciertos círculos del gobierno de Trump. Sin embargo, empezaron a circular historias de interrupciones en las cadenas de producción mundiales que pasaban por Wuhan. Estas fueron en gran medida ignoradas o tratadas como problemas que solo afectaban a ciertas líneas de productos o corporaciones (como Apple). Las devaluaciones eran locales y particulares, no sistémicas. También se minimizaron los signos de caída de la demanda de los consumidores, aunque empresas como McDonalds y Starbucks, que tenían grandes operaciones dentro del mercado interno chino, hubieron de cerrar sus puertas allí durante un tiempo. La coincidencia del Año Nuevo chino con el brote del virus enmascaró los efectos a lo largo de enero. La complacencia de esta respuesta estuvo muy equivocada.

Las primeras noticias sobre la propagación internacional del virus fueron ocasionales y episódicas, con un brote grave en Corea del Sur y algunos otros focos como Irán. Fue el brote italiano el que provocó la primera reacción violenta. La caída de la bolsa que comenzó a mediados de febrero osciló un poco, pero a mediados de marzo había provocado una devaluación neta de casi el 30% en las bolsas de todo el mundo. La escalada exponencial de las infecciones dio lugar a una serie de respuestas a menudo incoherentes y, a veces, dictadas por el pánico. El presidente Trump realizó una imitación del rey Canuto ante una posible marea creciente de enfermedades y muertes. Algunas de las respuestas han sido un tanto extrañas. Que la Reserva Federal bajara los tipos de interés frente a un virus pareció raro, incluso cuando se reconoció que la medida estaba destinada a aliviar los efectos en el mercado más que a frenar el avance del virus.

Las autoridades públicas y los sistemas de salud se vieron en apuros casi por doquier. Cuarenta años de neoliberalismo en América del Norte y del Sur y en Europa habían dejado a la población totalmente expuesta y mal preparada para enfrentarse a una crisis de salud pública de este tipo, a pesar de que los sustos anteriores del SARS y el ébola proporcionaron abundantes advertencias y lecciones convincentes sobre lo que se debía hacer. En muchas partes del mundo supuestamente «civilizado», los gobiernos locales

y las autoridades regionales/estatales, que siempre forman la primera línea de defensa en las emergencias de salud pública y de seguridad de este tipo, han sido privados de fondos en razón de una política de austeridad diseñada para financiar los recortes de impuestos y los subsidios a las corporaciones y los ricos. Las grandes farmacéuticas tienen poco o ningún interés en la investigación no remunerada de las enfermedades infecciosas (como las provocadas por todos los coronavirus, bien conocidos desde los años sesenta). Rara vez invierten en prevención. Tienen poco interés en invertir para estar preparados ante una crisis de salud pública. Les encanta diseñar curas. Cuanto más enfermos estemos, más ganan. La prevención no contribuye a los beneficios de los accionistas. Incluso pueden disminuirlos. El modelo empresarial aplicado a la provisión de salud pública eliminó el excedente de capacidades de afrontamiento que se necesitaría en una emergencia. La prevención ni siquiera era un campo de trabajo lo suficientemente atractivo para justificar las asociaciones público-privadas. El presidente Trump había recortado el presupuesto de los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades y había disuelto el grupo de trabajo sobre pandemias en el Consejo de Seguridad Nacional con el mismo espíritu con el que recortó todos los fondos de investigación, incluso sobre el cambio climático. Si yo quisiera ser antropomórfico y metafórico al respecto, llegaría a la conclusión de que el COVID-19 es la venganza de la Naturaleza por más de cuarenta años de flagrante y abusivo maltrato a manos de un extractivismo neoliberal violento y no regulado.

Tal vez sea sintomático que los países menos neoliberales, como China y Corea del Sur, Taiwán y Singapur, hayan superado la pandemia hasta ahora mejor que Italia, aunque Irán pondría en duda este argumento como principio universal. Aunque hay muchas pruebas de que China manejó el SARS bastante mal, con mucho disimulo y negación inicial, esta vez el presidente Xi se movió para ordenar la transparencia tanto en la información como en las pruebas, como hizo Corea del Sur. Aun así, en China se perdió un tiempo precioso (unos pocos días eran absolutamente cruciales). Sin embargo, lo notable en el caso chino fue el confinamiento de la

epidemia en la provincia de Hubei, con Wuhan como centro. La epidemia no se desplazó con la misma ferocidad hacia Pekín o hacia el oeste o incluso más al sur. A finales de marzo, China anunció que no había nuevos casos en Hubei y Volvo anunció que la producción de automóviles volvía a la normalidad, cuando el resto de la industria automovilística mundial estaba parada. Las medidas adoptadas para confinar el virus desde un punto de vista geográfico fueron exhaustivas y restrictivas (como tenía que ser). Sería difícil reproducirlas en otros lugares por razones políticas, económicas y culturales. Los informes procedentes de China sugieren que los tratamientos y las políticas no fueron precisamente humanitarios. Además, China y Singapur desplegaron sus poderes de vigilancia personal hasta niveles invasivos y autoritarios. Pero parecen haber sido extremadamente eficaces en conjunto, aunque, si las acciones de respuesta se hubieran puesto en marcha unos días antes, los modelos sugieren que se podrían haber evitado muchas muertes. Esta información es importante: en cualquier proceso de crecimiento exponencial hay un punto de inflexión más allá del cual la masa creciente se vuelve de todo punto incontrolable (nótese aquí, una vez más, la importancia de la masa en relación con la tasa). Que Trump se haya demorado durante tantas semanas será, con toda seguridad, costoso en vidas humanas.

Los efectos económicos se están extendiendo sin control por todo el mundo. Los trastornos que se producen en las cadenas de valor de las empresas y en determinados sectores han resultado ser más sistémicos y sustanciales de lo que se pensaba en un principio. El efecto a largo plazo puede ser acortar o diversificar las cadenas de suministro mientras se avanza hacia formas de producción menos intensivas en mano de obra (lo que tendría enormes consecuencias para el empleo) y una mayor dependencia de los sistemas de producción basados en la inteligencia artificial. La interrupción de las cadenas de producción supone el despido de trabajadores, lo que disminuye la demanda final, mientras que la demanda de materias primas disminuye el consumo productivo. Estos efectos sobre la demanda habrían producido por sí mismos al menos una leve recesión.

Pero las mayores vulnerabilidades existían en otros lugares. Los modos de consumo que explotaron a partir de 2007-2008 se han estrellado con consecuencias devastadoras. Estos modos se basaban en reducir el tiempo de rotación del consumo lo más cerca posible de cero. La avalancha de inversiones en esas formas de consumo tenía que ver con la máxima absorción de volúmenes de capital exponencialmente crecientes en formas de consumo que tuvieran el menor tiempo de rotación posible. El turismo internacional fue emblemático al respecto. Las visitas internacionales pasaron de 800 millones a 1.400 millones entre 2010 y 2018. Esta forma de consumismo «experiencial» instantáneo requirió enormes inversiones infraestructurales en aeropuertos y aerolíneas, hoteles y restaurantes, parques temáticos y actividades culturales, etc. Este punto de acumulación de capital se encuentra ahora estancado, las aerolíneas están cerca de la quiebra, los hoteles están vacíos y el desempleo masivo en las industrias de la hospitalidad es inminente. Comer fuera no es una buena idea, y en muchos lugares se han cerrado restaurantes y bares. Incluso la comida para llevar parece una opción arriesgada. El vasto ejército de trabajadores que participan en la *gig economy* [trabajos esporádicos de duración breve] o en otras formas de trabajo precario está siendo despedido y no cuenta con medios visibles de apoyo. Se cancelan actividades como festivales culturales, torneos de fútbol y baloncesto, conciertos, convenciones empresariales y profesionales, e incluso reuniones políticas en elecciones. Estas formas de consumo experiencial «basadas en actividades» han sido clausuradas. Los ingresos de los gobiernos locales se han desmoronado. Las universidades y las escuelas están cerrando.

Gran parte del modelo más innovador del consumismo capitalista contemporáneo es inoperante en las condiciones actuales. El impulso hacia lo que André Gorz describe como «consumismo compensatorio» (en el que se supone que los trabajadores alienados recuperan el ánimo gracias a un paquete de vacaciones en una playa tropical) se ha desvanecido.

Pero las economías capitalistas contemporáneas están impulsadas en un 70% o incluso en un 80% por el consumismo. La confianza y

el sentimiento del consumidor se han convertido en los últimos cuarenta años en la clave de la movilización de la demanda efectiva, y el capital ha estado cada vez más impulsado por la demanda y las necesidades. Esta fuente de energía económica no ha estado sujeta a fluctuaciones violentas (descontadas algunas excepciones, como la erupción volcánica de Islandia que bloqueó los vuelos transatlánticos durante un par de semanas). Pero el COVID-19 no está apuntalando una fluctuación violenta, sino un choque todopoderoso en el corazón de la forma de consumismo que domina en los países más prósperos. La forma en espiral de la acumulación incesante de capital se está derrumbando de una parte del mundo a otra, y lo único que puede salvarla es un consumismo de masas financiado e inspirado por el gobierno y conjurado de la nada. Para ello habrá que socializar toda la economía en Estados Unidos, por ejemplo, sin llamar a esa operación socialismo. Pase lo que pase, el escepticismo popular generalizado en cuanto a la necesidad de contar con un gobierno dotado de amplios poderes ha quedado atrás, y la diferencia entre los buenos y los malos administradores es objeto de un mayor reconocimiento. Tener gobiernos supeditados a los intereses de los tenedores de bonos y de los financieros (como ha ocurrido desde 2007-2008) está resultando ser una mala idea, incluso para los financieros.

Existe el cómodo mito de que las enfermedades infecciosas no reconocen la clase social ni otras barreras y límites sociales. Como muchos otros dichos, hay algo de verdad en ello. En las epidemias de cólera del siglo XIX, la superación de las barreras de clase fue lo bastante tremenda para propiciar el nacimiento de un movimiento de saneamiento y salud pública (profesionalizado) que ha perdurado hasta nuestros días. No siempre ha estado claro si dicho movimiento estaba destinado a proteger a todos o solo a las clases altas. Pero hoy los efectos y consecuencias sociales y de clase diferenciales cuentan una historia diferente. Las repercusiones económicas y sociales se filtran a través de las discriminaciones «habituales» que están a la vista en todas partes. Para empezar, la mano de obra encargada de atender al creciente número de enfermos suele estar muy marcada por el género, la raza y la etnia en casi todo el mundo.

Es un reflejo de la mano de obra que se encuentra, por ejemplo, en los aeropuertos y otros sectores logísticos. Esta «nueva clase trabajadora» está en primera línea y se lleva la peor parte, bien por ser la que más riesgo corre de contraer el virus en sus puestos de trabajo, bien porque se la despide sin recursos a causa de los recortes económicos impuestos por el virus. Está, por ejemplo, la cuestión de quién puede trabajar en casa y quién no. Esto agudiza la división social, al igual que el asunto de quién puede permitirse el aislamiento o la cuarentena (con o sin sueldo) en caso de contacto o infección. De la misma manera que aprendí a llamar a los terremotos de Nicaragua (1972) y Ciudad de México (1985) «terremotos de clase», el progreso del COVID-19 muestra todas las características de una pandemia de clase, género y raza. Mientras que los esfuerzos de mitigación están convenientemente envueltos en la retórica del «estamos todos juntos en esto», las prácticas, sobre todo por parte de los gobiernos nacionales, sugieren motivaciones más siniestras. La clase trabajadora contemporánea de Estados Unidos (compuesta predominantemente por afroamericanos, latinxs y mujeres asalariadas) se enfrenta a una fea elección: contaminarse en nombre del cuidado a los enfermos y mantener abiertos elementos cruciales de la provisión (como las tiendas de comestibles), o irse al paro sin prestaciones (como una atención sanitaria adecuada). El personal asalariado (como yo) trabaja desde casa y cobra su sueldo igual que antes, mientras que los directores generales vuelan en aviones y helicópteros privados.

Los trabajadores de la mayor parte del mundo han sido socializados durante mucho tiempo para comportarse como buenos sujetos neoliberales (lo que significa culparse a sí mismos o a Dios si algo va mal, pero sin atreverse a sugerir que el capitalismo podría ser el problema). No obstante, incluso los buenos sujetos neoliberales pueden ver que algo no funciona en cómo se está respondiendo a la pandemia.

La gran pregunta es cuánto tiempo durará esta situación. Podría ser más de un año, y, cuanto más dure, mayor será la devaluación, incluida la de la mano de obra. Los niveles de desempleo aumentarán casi con toda seguridad a niveles comparables a los de

los años treinta, en ausencia de intervenciones estatales masivas que vayan a contracorriente del ideario neoliberal. Las ramificaciones inmediatas para la economía, así como para la vida social cotidiana, son múltiples. Pero no todas son malas. En la medida en que el consumismo contemporáneo se estaba volviendo excesivo, rozaba lo que Marx describió como «consumo excesivo y consumo demencial, lo que significa, por su giro hacia lo monstruoso y lo bizarro, la caída» de todo el sistema. La imprudencia de este exceso de consumo ha desempeñado un papel importante en la degradación del medio ambiente. La cancelación de los vuelos de las compañías aéreas y la reducción radical del transporte y la circulación han tenido consecuencias positivas en lo que respecta a las emisiones de gases de efecto invernadero. La calidad del aire en Wuhan ha mejorado mucho, al igual que en muchas ciudades estadounidenses. Los lugares ecoturísticos tendrán un tiempo para recuperarse del pisoteo. Los cisnes han vuelto a los canales de Venecia. En la medida en que se frene el gusto por el hiperconsumismo imprudente y sin sentido, podría haber algunos beneficios a largo plazo. Un menor número de muertes en el Everest podría ser algo positivo. Y, aunque nadie lo diga en voz alta, el sesgo demográfico del virus puede acabar afectando a las pirámides de edad y teniendo efectos a largo plazo sobre las cargas de la seguridad social y el futuro de la «industria de los cuidados». La vida cotidiana se ralentizará y para algunas personas eso será una bendición. Si la emergencia se prolonga lo suficiente, las reglas de distanciamiento social podrían provocar cambios culturales. La única forma de consumismo experiencial que seguramente se beneficiará es lo que yo llamo la economía de «Netflix», centrada en los aficionados a maratones de series.

En el frente económico, las respuestas han estado condicionadas por la forma en que se salió del crac de 2007-2008, que dio lugar a una política monetaria ultralaxa, el rescate de los bancos y un aumento espectacular del consumo productivo mediante una expansión masiva de la inversión en infraestructuras en China. Esto último no puede repetirse a la escala requerida. Los paquetes de rescate establecidos en 2008 se centraron en los bancos, pero

también supusieron la nacionalización *de facto* de General Motors. Quizá sea significativo que, ante el descontento de los trabajadores y el colapso de la demanda del mercado, las tres grandes empresas automovilísticas de Detroit estén cerrando sus puertas, al menos temporalmente. Si China no puede repetir el papel que desempeñó en 2007-2008, entonces el peso de la salida de la actual crisis económica se traslada a Estados Unidos, y aquí está lo más irónico de todo: las únicas políticas que funcionarán, desde un punto de vista económico y político, son mucho más socialistas que cualquier cosa que pueda proponer Bernie Sanders, y esos programas de rescate tendrán que iniciarse bajo la égida de Donald Trump, presumiblemente bajo la máscara de «*Making America Great Again*» («Volvamos a hacer grande a América»). Todo los republicanos que se opusieron de modo tan visceral al rescate de 2008 tendrán que tragarse sus palabras o desafiar a Donald Trump. Este último probablemente anulará las elecciones con carácter de urgencia y anunciará el comienzo de una presidencia imperial para salvar al capital y al mundo de los disturbios y la revuelta. Si las únicas políticas que pueden funcionar son las socialistas, entonces la oligarquía gobernante se moverá sin duda para asegurar que sean nacionalsocialistas en lugar de socialistas populares. La tarea de la política anticapitalista es evitar que esto ocurra.

# **XIX. LA RESPUESTA COLECTIVA A UN PROBLEMA COLECTIVO**

Escribo esto en medio de la crisis del COVID en la ciudad de Nueva York. Es un momento difícil para saber con exactitud cómo responder a lo que está sucediendo. Normalmente, en una situación de este tipo, los anticapitalistas estaríamos en la calle manifestándonos y agitando. En cambio, me encuentro en una situación frustrante de aislamiento personal en un momento en el que los tiempos exigen formas de acción colectivas. Pero, como dijo Marx, no podemos hacer la historia en las circunstancias que elegimos. Así que debemos averiguar cómo aprovechar mejor las oportunidades que tenemos.

Mis circunstancias son relativamente privilegiadas. Puedo seguir trabajando, pero desde casa. No he perdido mi trabajo y sigo cobrando. Lo único que tengo que hacer es esconderme del virus. Mi edad y mi género me sitúan en la categoría de vulnerable, por lo que se me aconseja no tener contacto alguno. Esto me da mucho tiempo para reflexionar y escribir entre las sesiones de Zoom. Pero, en lugar de detenerme en las particularidades de la situación en Nueva York, pensé que podría ofrecer algunas reflexiones sobre posibles alternativas y preguntarme cómo piensa un anticapitalista en circunstancias de este tipo.

Comienzo con un comentario de Marx sobre lo que ocurrió en el fallido movimiento revolucionario de la Comuna de París de 1871:

No tiene utopías prefabricadas que introducir por decreto del pueblo. Sabe que para llevar a cabo su propia emancipación y con ella esa forma superior a la que la sociedad actual tiende irresistiblemente por sus propios organismos económicos, tendrá que pasar por largas luchas, por una serie de procesos

históricos que transformen las circunstancias y a los hombres. Sus únicos ideales consisten en liberar los elementos de la nueva sociedad de la que está preñada la propia sociedad burguesa que se derrumba.

Permítanme hacer algunas observaciones sobre este pasaje. En primer lugar, por supuesto, las ideas de Marx eran un tanto contrarias al pensamiento de los socialistas utópicos, tan abundantes en las décadas de 1840, 1850 y 1860 en Francia. Esta era la tradición de Fourier, Saint-Simon, Cabet, Blanqui, Proudhon, etc. Marx consideraba que los socialistas utópicos eran soñadores y no personas prácticas capaces de transformar realmente las condiciones de los trabajadores en el aquí y ahora. Para transformar las condiciones aquí y ahora se necesitaba un buen conocimiento de la naturaleza de la sociedad capitalista. Pero Marx tiene muy claro que el proyecto revolucionario debe concentrarse en la emancipación del yo de los trabajadores. El «yo» de esta formulación es importante. Cualquier proyecto que aspire a cambiar el mundo requerirá también una transformación del yo. De modo que los trabajadores también tendrían que cambiar. Marx tenía esta idea muy presente en la época de la Comuna de París. Pero también señala que el propio capital está creando en realidad las posibilidades de transformación, y que mediante largas luchas sería posible «liberar» los fundamentos de una nueva sociedad en la que los trabajadores puedan desligarse del trabajo alienado. La tarea revolucionaria consistía en liberar los elementos de esta nueva sociedad ya existentes en el seno de un viejo orden social burgués que se derrumbaba.

Ahora bien, convengamos en que estamos viviendo una situación en la que una vieja sociedad burguesa se viene abajo. Desde luego, está preñada de todo tipo de cosas feas (como el racismo y la xenofobia) que no quiero ver liberadas. Pero Marx no está diciendo que se libere todo lo que hay dentro de ese viejo y horrible orden social que se está derrumbando. Lo que está diciendo es que tenemos que seleccionar aquellos aspectos que contribuirán a la emancipación de los trabajadores y las clases trabajadoras. Esto plantea la cuestión de cuáles son esas posibilidades y de dónde

proceden. Marx no lo explica en su panfleto sobre la Comuna, pero gran parte de sus primeras teorías estaban dedicadas a revelar exactamente cuáles podrían ser las posibilidades constructivas de las clases trabajadoras. Uno de los lugares en los que se entrega a dicha tarea por extenso son los llamados *Grundrisse*, un texto muy voluminoso, complejo e inacabado que escribió en los años de crisis de 1857-1858. Algunos pasajes de esa obra arrojan luz sobre lo que Marx podría haber tenido en mente en su defensa de la Comuna de París. La idea de «liberar» está relacionada con la comprensión de lo que estaba ocurriendo en el seno de una sociedad capitalista burguesa. Esto es lo que Marx procuraba siempre comprender.

En los *Grundrisse*, Marx desarrolla con amplitud la cuestión del cambio tecnológico y el dinamismo tecnológico inherentes al capitalismo. Muestra que la sociedad capitalista, por definición, va a invertir a lo grande en la innovación y en la construcción de nuevas posibilidades tecnológicas y organizativas. Y eso es así porque, como capitalista individual que compite contra otros capitalistas, obtendrá un beneficio extraordinario si mi tecnología es superior a la de mis rivales. En consecuencia, cada capitalista individual tiene un incentivo para buscar una tecnología más productiva que la de sus competidores. Por esta razón, el dinamismo tecnológico está incrustado en el corazón de la sociedad capitalista. Marx reconoció este hecho a partir del *Manifiesto comunista* (escrito en 1848). Ahí radica una de las principales fuerzas que explican el carácter permanentemente revolucionario del capitalismo. Este nunca se conformará con la tecnología existente. Tratará siempre de mejorarla, porque siempre recompensará a la persona, la empresa o la sociedad que tenga la tecnología más avanzada. El Estado, la nación o el bloque de poder que posea la tecnología más sofisticada y dinámica es el que va a liderar el grupo. De modo que el dinamismo tecnológico está integrado en las estructuras globales del capitalismo. Y así ha sido desde sus inicios.

La perspectiva de Marx al respecto es esclarecedora e interesante. Cuando imaginamos el proceso de innovación tecnológica, solemos pensar en alguien que fabrica un producto y busca una mejora tecnológica en él. Es decir, el dinamismo tecnológico aparece como

un elemento específico de una fábrica concreta, de un sistema de producción concreto, de una situación concreta. Pero resulta que muchas tecnologías pasan de un ámbito de producción a otro. Se convierten en genéricas. Por ejemplo, la tecnología informática está a disposición de cualquiera que quiera utilizarla para cualquier fin. Las tecnologías de automatización están disponibles para todo tipo de personas e industrias. Marx observa que, cuando se llega a las décadas de 1820, 1830 y 1840 en Gran Bretaña, la invención de nuevas tecnologías ya se ha convertido en un negocio independiente y autónomo. Es decir, ya no es alguien que fabrica textiles o algo así quien se interesa por la nueva tecnología que aumentará la productividad de la mano de obra que emplea. En lugar de eso, los empresarios dan con una nueva tecnología que puede ser utilizada en todo el mundo. El principal ejemplo al respecto en la época de Marx fue la máquina de vapor. Tenía numerosas aplicaciones, desde el drenaje del agua de las minas de carbón hasta la fabricación de máquinas de vapor y la construcción de ferrocarriles, mientras que también se aplicaba a los telares mecánicos en las fábricas textiles. De modo que, si querías entrar en el negocio de la innovación, entonces la ingeniería y la industria de las máquinas-herramienta eran buenos lugares para empezar, y economías enteras –como la que surgió en torno a la ciudad de Birmingham, especializada en la fabricación de máquinas-herramienta– se orientaron a la producción no solo de nuevas tecnologías, sino también de nuevos productos. La innovación tecnológica, incluso en la época de Marx, se convirtió en un negocio por derecho propio.

En los *Grundrisse*, Marx explora con detalle lo que sucede cuando la tecnología se convierte en un negocio, cuando la innovación crea nuevos mercados en lugar de funcionar como una respuesta a una demanda específica del mercado existente para obtener una nueva tecnología. Las nuevas tecnologías se convierten entonces en una punta de lanza del dinamismo de la sociedad capitalista. Las consecuencias son muy variadas. Un resultado obvio es que las tecnologías nunca son estáticas, nunca están asentadas, y se quedan rápidamente obsoletas. Ponerse al día con la última tecnología puede ser estresante y costoso. La aceleración de la

obsolescencia puede ser desastrosa para las empresas existentes. Sin embargo, sectores enteros de la sociedad –la electrónica, la farmacia, la bioingeniería, etc.– se dedican a crear innovaciones por el mero hecho de innovar. Quien consiga crear la innovación más cautivadora (como el teléfono móvil o la tableta) o que tenga más aplicaciones (como el chip informático) será quien con probabilidad se imponga. De modo que la idea de que la tecnología en sí misma se convierte en un negocio se vuelve absolutamente fundamental en el relato de Marx sobre lo que es una sociedad capitalista. Es lo que diferencia el capitalismo de todos los demás modos de producción. La capacidad de innovar ha sido omnipresente en la historia de la humanidad. Hubo cambios tecnológicos en la antigua China e incluso en tiempos del feudalismo. Pero lo que es algo único dentro de un modo de producción capitalista es el simple hecho de que la tecnología se convierte en un negocio gracias a un producto genérico que se vende a productores y consumidores por igual. Este fenómeno es muy propio del capitalismo. En él radica uno de los motores fundamentales de la evolución de la sociedad capitalista. Así es el mundo en el que vivimos, nos guste o no.

Marx señala a continuación un corolario muy significativo de esta evolución. Para que la tecnología se convierta en un negocio es necesario movilizar los nuevos conocimientos de determinadas maneras. Esto entraña la aplicación de la ciencia y la tecnología como formas distintivas de conocimiento y comprensión del mundo. La creación de nuevas tecnologías sobre el terreno se integra con el auge de la ciencia y la tecnología como disciplinas intelectuales y académicas. Marx observa que la aplicación de la ciencia y la tecnología y la creación de nuevos conocimientos se vuelven necesarias para esta tecnología revolucionaria. Esto define otro aspecto de la naturaleza del modo de producción capitalista. El dinamismo tecnológico está relacionado con un dinamismo en la producción de nuevos conocimientos científicos y técnicos y de nuevas concepciones mentales del mundo, a menudo revolucionarias. Los campos de la ciencia y la tecnología se entrelazan con la producción y la movilización de nuevos conocimientos y comprensiones. Con el tiempo se fundaron

instituciones totalmente nuevas, como el MIT y Caltech, para facilitar este desarrollo.

Marx se pregunta entonces: ¿qué significa esto para los procesos de producción dentro del capitalismo y cómo afecta a la forma en que el trabajo (y el trabajador) se incorpora a ellos? En la época precapitalista, es decir, en los siglos XV y XVI, el trabajador tenía por lo general el control de los medios de producción (las herramientas) y se convertía en un experto en su utilización. El obrero cualificado se convirtió en un monopolista de cierto tipo de conocimiento y de cierta clase de comprensión, que, señala Marx, siempre se consideraron un arte. Pero, con la llegada del sistema fabril, y aún más con el advenimiento del mundo contemporáneo, ya no es así. Las habilidades tradicionales de los trabajadores se vuelven redundantes porque la tecnología y la ciencia toman el relevo y se incorporan a la máquina, junto con nuevas formas de conocimiento. El arte desaparece. Y así, Marx, en un sorprendente conjunto de pasajes de los *Grundrisse* (páginas 650 a 710 de la edición de Penguin), habla de la forma en que las nuevas tecnologías y el conocimiento se incorporan a la máquina; ya no están en el cerebro del trabajador, y este es apartado para convertirse en un apéndice de la máquina, en un mero maquinista. Toda la inteligencia y todos los conocimientos, que antes pertenecían a los trabajadores y les conferían cierto poder de monopolio frente al capital, desaparecen. El capitalista, que antes necesitaba la destreza del trabajador, se libera de esa limitación y la destreza se encarna entonces en la máquina. El conocimiento producido a través de la ciencia y la tecnología fluye hacia la máquina y esta se convierte en «el alma» del dinamismo capitalista. Esta es la situación que describe Marx.

Por lo tanto, el dinamismo de una sociedad capitalista se vuelve crucialmente dependiente de las innovaciones perpetuas impulsadas por la movilización de la ciencia y la tecnología a través del negocio de los descubrimientos incesantes. Marx lo vio con claridad en su propia época. Escribía sobre todo esto en 1858. Pero ahora, por supuesto, estamos en una situación en la que esta cuestión se ha vuelto decisiva y crucial. La cuestión de la inteligencia artificial es la versión contemporánea de lo estudiado por Marx.

Ahora necesitamos saber hasta qué punto se está desarrollando la inteligencia artificial a través de la ciencia y la tecnología, y en qué medida se está aplicando y es probable que se aplique en los procesos de producción. El efecto obvio sería el de desplazar al trabajador, desarmándolo y devaluándolo todavía más en lo que respecta a la aplicación de la imaginación, la habilidad y la experiencia dentro del proceso de producción.

Esto lleva a Marx a hacer el siguiente comentario en los *Grundrisse*. Permítanme citarlo, porque creo que es de veras fascinante.

La transformación del proceso de producción desde el simple proceso de trabajo hasta un proceso científico, que subyuga a las fuerzas de la naturaleza y las obliga a trabajar al servicio de las necesidades humanas, aparece como una cualidad del *capital fijo* en contraste con el trabajo vivo [...]. Así, todas las potencias del trabajo se transponen en potencias del capital.

El conocimiento y la experiencia científica se encuentran ahora dentro de la máquina bajo el mando del capitalista. La fuerza productiva del trabajo se reubica en el capital fijo, algo que es externo al trabajo. El trabajador es desplazado a un lado. Así, el capital fijo se convierte en el portador de nuestro conocimiento e inteligencia colectivos en lo que respecta a la producción y el consumo.

Más adelante, Marx se centra en aquellos elementos que contiene el orden burgués que se está derrumbando y que podrían redundar en beneficio del trabajo. Aquí tenemos la respuesta. El capital «reduce involuntariamente el trabajo humano y el gasto de energía al mínimo. Esto redundará en beneficio del trabajo emancipado y es la condición de su emancipación». En otras palabras, a juicio de Marx, el aumento de algo como la automatización o la inteligencia artificial crea condiciones y posibilidades para la emancipación del trabajo. En el pasaje que he citado del panfleto de Marx sobre la Comuna de París, la cuestión de la emancipación del yo del trabajo y del trabajador es fundamental. Esta condición es algo que hay que

asumir. Pero ¿por qué resulta tan potencialmente liberadora? La respuesta es sencilla. Toda esta ciencia y toda esta tecnología están aumentando la productividad social del trabajo. Un solo trabajador, encargado de todas esas máquinas, puede producir una enorme cantidad de mercancías en muy poco tiempo. Citemos otra vez al Marx de los *Grundrisse*:

En la medida en que se desarrolla la gran industria, la creación de riqueza real depende menos del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo empleado que del poder de los organismos puestos en marcha durante el tiempo de trabajo, cuya «poderosa eficacia» es a su vez desproporcionada con respecto al tiempo de trabajo directo empleado en su producción, pero que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción [...]. La verdadera riqueza se manifiesta más bien –y la gran industria así lo revela– en la monstruosa desproporción entre el tiempo de trabajo aplicado y su producto.

Pero entonces, y aquí Marx cita a uno de los socialistas ricardianos que escribían en aquella época, «una nación es verdaderamente rica, cuando la jornada laboral es de seis y no de doce horas. La riqueza no es el dominio sobre el tiempo de trabajo excedente [...] sino el tiempo disponible fuera del necesario en la producción directa, para cada individuo y para toda la sociedad».

Esto lleva al capitalismo a producir la posibilidad de «el libre desarrollo de las individualidades», incluyendo la de los trabajadores. Y, por cierto, voy a repetir algo que ya he dicho antes: Marx nunca deja de enfatizar que el punto final de lo que la acción colectiva va a impulsar es el libre desarrollo del individuo. La idea generalizada de que Marx aboga en exclusiva por la acción colectiva y la supresión del individualismo es errónea. Sucede lo contrario. Marx trata de movilizar la acción colectiva para conseguir la libertad individual. Volveremos a esa idea en un momento. Pero el objetivo crucial aquí es la potencialidad para el libre desarrollo de las individualidades.

Todo esto se basa en «la reducción general del trabajo necesario», es decir, en la cantidad de trabajo que se necesita para reproducir la vida diaria de la sociedad. El aumento de la productividad del trabajo significará que las necesidades básicas de la sociedad podrán ser atendidas con mucha facilidad. Así se podrá disponer de abundante tiempo para liberar el potencial de desarrollo científico y artístico de los individuos. Al principio solo gozarán de él unos pocos privilegiados, pero al final estará al alcance de todos. Es decir: liberar a los individuos para que hagan lo que quieran es fundamental, porque se puede atender a las necesidades básicas mediante el uso de tecnología sofisticada. El problema, dice Marx, es que el propio capital es una «contradicción móvil». «Presiona para reducir el tiempo de trabajo al mínimo, mientras que por otro lado postula el tiempo de trabajo como única medida y fuente de riqueza». Por lo tanto, disminuye el tiempo de trabajo en la forma necesaria, es decir, en lo que es realmente necesario, para aumentarlo en la forma superflua. Ahora bien, la forma superflua es lo que Marx llama plusvalía. La cuestión es quién va a quedarse con el excedente. El problema que identifica Marx no es que el excedente no esté disponible, sino que no está disponible para el trabajo. Mientras que la tendencia «por un lado es crear tiempo disponible», por otro es «convertirlo en trabajo excedente» en beneficio de la clase capitalista. No se está aplicando realmente a la emancipación del trabajador, cuando podría ocurrir así, sino que se está utilizando para el provecho de la burguesía y, por lo tanto, para la acumulación de riqueza por medios tradicionales en el seno de esta. Ahí radica la contradicción fundamental. «La verdadera riqueza de una nación», dice Marx. ¿Cómo hay que entender eso? Bueno, dice, «se puede entender en términos de la masa de dinero y todo lo demás sobre lo que alguien manda». Pero para Marx, repetimos, «una nación es verdaderamente rica, cuando la jornada laboral es de seis y no de doce horas. La riqueza no es el dominio sobre el tiempo de trabajo excedente [...] sino el tiempo disponible fuera del necesario en la producción directa, para cada individuo y para toda la sociedad. Es decir: la riqueza de una sociedad se va a medir por la cantidad de tiempo libre disponible que tenemos todos para hacer lo

que nos dé la gana sin limitación alguna porque nuestras necesidades básicas están cubiertas. Y el argumento de Marx es el siguiente: hay que crear un movimiento colectivo para que se pueda construir ese tipo de sociedad. Pero lo que se interpone es, por supuesto, la relación de clase dominante y el ejercicio del poder de clase capitalista.

Ahora bien, todo esto resuena de forma interesante en nuestra actual situación de bloqueo y colapso económico como consecuencia del coronavirus. Muchos de nosotros estamos en una situación en la que individualmente tenemos mucho tiempo disponible. La mayoría estamos atrapados en casa. No podemos ir a trabajar, no podemos hacer las cosas a las que nos dedicamos normalmente. ¿Cómo vamos a emplear nuestro tiempo? Si tenemos hijos, por supuesto, entonces estaremos bastante ocupados. Pero hemos llegado a una situación en la que tenemos mucho tiempo disponible. La segunda cosa, por supuesto, es que estamos sufriendo un desempleo masivo. Los últimos datos indican que en Estados Unidos han perdido su empleo unos veintiséis millones de personas. Ahora bien, normalmente se diría que esto es una catástrofe, y, por supuesto, lo es, dado que cuando pierdes tu trabajo, pierdes la capacidad de reproducir tu propia fuerza de trabajo yendo al supermercado porque no tienes dinero. Muchas personas han perdido su seguro médico y otras muchas tienen dificultades para acceder a las prestaciones de desempleo. El derecho a la vivienda está en peligro, al vencer los alquileres o los pagos de la hipoteca. Muchas personas en Estados Unidos, quizás hasta el 50% de los hogares, no tienen más que 400 dólares de superávit en el banco para hacer frente a pequeñas emergencias, por no hablar de una crisis en toda regla como la que estamos viviendo. Es probable que esta parte de la población se eche a la calle muy pronto, ante la perspectiva de pasar hambre ellos y sus hijos. Pero analicemos la situación más a fondo.

La mano de obra que se espera que cuide del creciente número de enfermos y que mantenga los servicios mínimos que permiten la reproducción de la vida cotidiana suele estar muy marcada por el género, la raza y la etnia. Se trata de la «nueva clase trabajadora»

que está en la vanguardia del capitalismo contemporáneo y que se lleva la peor parte, bien por ser la que más riesgo corre de contraer el virus en sus puestos de trabajo, bien porque la despiden sin recursos a causa de los recortes económicos impuestos por el virus. La clase trabajadora contemporánea de Estados Unidos (compuesta predominantemente por afroamericanos, latinxs y mujeres asalariadas) se enfrenta a una fea elección: contaminarse en nombre del cuidado a los enfermos y mantener abiertos elementos cruciales de la provisión (como las tiendas de comestibles), o irse al paro sin prestaciones (como una atención sanitaria adecuada). Esta mano de obra ha sido socializada durante mucho tiempo para comportarse como buenos sujetos neoliberales (lo que significa, como hemos indicado con anterioridad, culparse a sí mismos o a Dios si algo va mal, pero nunca atreverse a sugerir que el capitalismo podría ser el problema). No obstante, incluso los buenos sujetos neoliberales pueden ver que algo no funciona en cómo se está respondiendo a la pandemia y en la desproporcionada carga que soportan para sostener la reproducción del orden social.

Se necesita una forma de acción colectiva para salir de esta gravísima crisis sobre cómo afrontar el virus. Necesitamos una forma de acción colectiva para controlar su propagación: confinamientos y conductas de distanciamiento, todo ese tipo de cosas. Esta acción colectiva es necesaria para liberarnos como individuos y vivir como queramos. No podemos hacer lo que queramos en este momento. Lo cual resulta ser una buena metáfora para entender en qué consiste el capital. El capital consiste en crear una sociedad donde la mayoría de nosotros no somos libres de hacer lo que queremos porque en realidad estamos ocupados en producir riqueza para la clase capitalista. Lo que Marx podría decir es, bueno, tal vez esos veintiséis millones de desempleados podrían encontrar alguna manera de obtener suficiente dinero para mantenerse, comprar las mercancías que necesitan para su sustento y alquilar la casa que precisan para vivir. Entonces, ¿por qué no buscar la emancipación masiva del trabajo alienante? En otras palabras, ¿queremos salir de esta crisis diciendo simplemente que esos veintiséis millones de personas necesitan volver a algunos de esos empleos más bien

horribles en los que antes trabajaban? ¿Es así como queremos salir de ella? ¿O queremos preguntarnos si hay alguna manera de organizar la producción de bienes y servicios básicos para que todo el mundo tenga algo que comer y un lugar decente donde vivir, y pongamos una moratoria a cualquier tipo de desahucio para que todo el mundo pueda vivir sin pagar alquiler? Dicho de otro modo, ¿no es este el momento en el que podríamos pensar seriamente en la creación de una sociedad alternativa? Si somos lo bastante duros y sofisticados para enfrentarnos a este virus, ¿por qué no enfrentarnos al mismo tiempo al capital? Y en lugar de decir que todos queremos volver a trabajar, recuperar esos empleos y restaurar todo a como era antes de que comenzara esta crisis, tal vez deberíamos decir: ¿por qué no salimos de esta crisis creando un tipo de orden social totalmente distinto? ¿Por qué no tomamos aquellos elementos de los que está preñada la sociedad burguesa que se derrumba –su asombrosa ciencia y tecnología y su capacidad productiva– y liberamos la inteligencia artificial, el cambio tecnológico y las formas de organización para crear algo radicalmente distinto a lo que existía antes? Al fin y al cabo, en medio de esta emergencia ya estamos experimentando con todo tipo de sistemas alternativos: suministro básico y gratuito de alimentos a los barrios y grupos pobres y más afectados, tratamientos médicos gratuitos, estructuras de acceso alternativas a través de internet, y cosas por el estilo. De hecho, los fundamentos de una nueva sociedad socialista ya se están poniendo al descubierto, lo que probablemente sea la razón por la que la derecha y la clase capitalista están tan ansiosas por devolvernos al *statu quo* anterior.

Estamos en un momento en el que tenemos la oportunidad de pensar en cómo podría ser una alternativa. Un momento en el que existe realmente la posibilidad de una alternativa. En lugar de reaccionar de forma precipitada y decir: «Oh, tenemos que recuperar esos veintiséis millones de puestos de trabajo de inmediato», tal vez deberíamos tratar de ampliar algunas de las cosas que ya están en marcha, como la organización colectiva de la provisión colectiva. Esto ya está ocurriendo en el ámbito de la sanidad, pero también está empezando a verse con la socialización

del suministro de alimentos e incluso de las comidas preparadas. En la ciudad de Nueva York, ahora mismo varios de los sistemas de restaurantes han permanecido abiertos y a través de donaciones están proporcionando comidas gratuitas a la masa de la población que ha perdido su trabajo, que no puede moverse, que no puede desplazarse. En otras palabras, en lugar de decir que así es como actuamos en una emergencia, por qué no afirmar que este es el momento en el que podemos encomendar a todos esos restaurantes la misión de alimentar a la población, para que todo el mundo disfrute de una comida decente al menos una o dos veces al día. Ya tenemos algunos elementos de esa sociedad: por ejemplo, muchos colegios ofrecen comidas escolares y demás. De modo que mantengamos esos elementos o, al menos, aprendamos la lección de lo que podría ser posible si nos importara. ¿Acaso no estamos en un momento en el que podemos utilizar esta imaginación socialista para construir una sociedad alternativa? No es ninguna utopía. Tenemos todos esos restaurantes del Upper West Side que han cerrado y que están ahí, como dormidos. Volvemos a meter a la gente, empiezan a producir la comida y alimentan a la población en las calles, la alimentan en las casas y dan comida a los ancianos. Necesitamos esa acción colectiva para que todos seamos libres individualmente. En cualquier caso, si los veintiséis millones de personas que ahora están en el paro tienen que volver a trabajar, tal vez debería ser durante seis y no doce horas al día, para que podamos celebrar el surgimiento de una definición diferente de lo que significa vivir en el país más rico del mundo. Tal vez esto es lo que podría hacer a Estados Unidos verdaderamente grande (dejando que el «otra vez» se pudra en el basurero de la historia).

Esta es la cuestión que Marx plantea sin cesar. Que la raíz del verdadero individualismo, en contraposición al falso que se predica de forma constante en la ideología burguesa, la verdadera raíz de la libertad individual y la emancipación es una situación en la que todas nuestras necesidades son atendidas a través de la acción colectiva, de manera que solo trabajamos seis horas al día y el resto del tiempo hacemos exactamente lo que nos plazca. En otras palabras, ¿no estamos en un momento interesante para pensar

realmente en el dinamismo y las posibilidades de construcción de una sociedad socialista alternativa? Pero, para transitar por ese camino emancipador, primero tenemos que emanciparnos nosotros mismos. Solo así podremos ver la posibilidad de un nuevo imaginario y, por lo tanto, de una nueva realidad.

# Preguntas para el debate y lecturas complementarias

## El malestar mundial

- David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2005 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2015].  
– Capítulo 1. Freedom's Just Another Word [La libertad es solo otra palabra].
- David Harvey, *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*, Londres, Verso, 2013 [ed. cast.: *Ciudades rebeldes: del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Madrid, Akal, 2018].  
– Capítulo 5. Reclaiming the City for Anti-Capitalist Struggle [Reclamar la ciudad para la lucha anticapitalista].
- Karl Marx y V. I. Lenin, *Civil War in France: The Paris Commune*, Nueva York, International Publishers, 1988 [ed. cast.: *La comuna de París*, Madrid, Akal, 2015].

1. ¿Qué nos enseña la actual ola de rebelión sobre las contradicciones del capitalismo?
2. ¿Por qué es fundamental entender el problema del crecimiento compuesto?
3. ¿Por qué tipo de camino tendrá que transitar un programa anticapitalista y socialista en la crisis actual?

## II. Breve historia del neoliberalismo

- David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2005.
- Lewis F. Powell Jr. a Eugene Sydnor, «Attack on American Free Enterprise System», 23 de agosto de 1971, archivo de internet, Memo] (consultado el 12 de mayo de 2020).
- Daniel Yergin y Joseph Stanislaw, *The Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, Nueva York, Simon & Schuster, 2002.

1. ¿Qué causó el colapso del sistema financiero en 2007-2008?
2. ¿A qué se refería Margaret Thatcher cuando dijo: «No hay alternativa»?
3. ¿Se acabó el neoliberalismo en 2007-2008?

### III. Contradicciones del neoliberalismo

- Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume I*, Londres y Nueva York, Penguin Classics, 1990 [1867] [ed. cast.: *El capital: crítica de la economía política*, Madrid, Akal, 2022].
- Capítulo 32: Historical Tendency of Capitalist Accumulation [Tendencia histórica de la acumulación capitalista].
- David Harvey, *A Companion to Marx's Capital, Volume 2*, Londres y Nueva York, Verso, 2013 [ed. cast.: *Guía de El Capital de Marx. Libro segundo*, Madrid, Akal, 2016].
- Jim Mann, *Rise of the Vulcans: The History of Bush's War Cabinet*, Nueva York, Viking, 2004.

1. Si el capital se ve obligado a disminuir continuamente los salarios, ¿de dónde saldrá el mercado?
2. ¿A quién se culpó de la crisis financiera de 2007-2008?
3. Tras la crisis financiera de 2007-2008, los Estados rescataron a los bancos y no a los ciudadanos. ¿Cómo se restableció la legitimidad política tras la crisis?

### IV. La financiarización del poder

- David Harvey, *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason*, Oxford, Oxford University Press, 2017 [ed. cast.: *Marx, el capital y la locura de la razón económica*, Madrid, Akal, 2019].

1. ¿Qué quiso decir el consejero delegado de Goldman Sachs, Lloyd Blankfein, cuando afirmó que Goldman estaba «haciendo el trabajo de Dios»?
2. ¿Producen valor las finanzas?

### V. El giro autoritario

- Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School of Economics in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- Jane Mayer, *Dark Money: The Hidden History of the Billionaires Behind the Rise of the Radical Right*, Nueva York, Anchor Books, 2017 [ed. cast.: *Dinero oscuro:*

*la historia oculta de los multimillonarios escondidos detrás del auge de la extrema derecha norteamericana*, Barcelona, Debate, 2018].

1. ¿Por qué los financieros y la Bolsa brasileña se agruparon en torno a un neofascista como Bolsonaro?
2. ¿Cómo es la alianza emergente entre la economía neoliberal y el populismo de derechas donde usted se encuentra?

## **VI. Socialismo y libertad**

- Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume III*, Londres y Nueva York: Penguin Classics, 1990 [1894].
  - Capítulo 48: The Trinity Formula [La fórmula trinitaria].
- Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume I*, Londres y Nueva York, Penguin Classics, 1990 [1867].
  - Capítulo 6: The Buying and Selling of Labour-Power [La compra y la venta de la fuerza de trabajo].
  - Capítulo 10: The Working-Day [La jornada laboral].
- Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Press, 2001 [ed. cast.: *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, Barcelona, Virus, 2016].
- Naomi Klein, *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*, Nueva York, Metropolitan Books/Henry Holt, 2007 [ed. cast.: *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós, 2014].

1. ¿Exige el socialismo una renuncia a la libertad individual?
2. ¿A qué se refería Marx cuando decía que «el reino de la libertad comienza cuando se deja atrás el reino de la necesidad»?
3. ¿Cuál es la relación entre el socialismo y el tiempo libre?

## **VII. La importancia de China en la economía mundial**

- Xi Jinping, *The Governance of China*, Pekín, Foreign Languages Press, 2014.
- Kai-Fu Lee, *AI Superpowers: China, Silicon Valley, and the New World Order*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 2018 [ed. cast.: *Superpotencias de la*

*inteligencia artificial: China, Silicon Valley y el nuevo orden mundial*, Barcelona, Deusto, 2020].

1. ¿En qué se diferenció la resolución china de la crisis financiera de 2007-2008 de la del resto del mundo?
2. ¿Es China el futuro del capitalismo o del socialismo?
3. ¿Cómo podría ser el socialismo basado en la inteligencia artificial?

## **VIII. La geopolítica del capitalismo**

- David Harvey, *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*, Nueva York, Routledge, 2001 [ed. cast.: *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal, 2014].
- Capítulo 14: The Spatial Fix: Hegel, Von Thunen and Marx [La solución espacial: Hegel, Von Thunen y Marx].
- David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2005 [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2016].
- Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of Our Times*, Londres y Nueva York, Verso, 1994 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 2014].
- Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital*, Mansfield Centre, CT, Martino Publishing, 2015 [1913] [ed. cast.: *La acumulación del capital*, Barcelona, Grijalbo, 1978].

1. ¿Cuál es la relación de los tenedores de bonos con el poder político?
2. ¿Cuál es la solución espacial?
3. ¿Qué problema intenta resolver la solución espacial? ¿Por qué no puede resolverlo definitivamente?

## **IX. El síndrome de crecimiento**

- Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume I*, Londres y Nueva York, Penguin Classics, 1990 [1867].
- Capítulo 14: Division of Labour and Manufacture [División de trabajo y manufactura].
- Capítulo 15: Machinery and Modern Industry [Maquinaria e industria moderna].
- Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume III*, Londres y Nueva York, Penguin Classics, 1990 [1894].

- Parte III: The Law of the Tendency of the Rate of Profit to Fall [La ley de la tendencia a la caída de la tasa de beneficio].
  - Capítulo 13: The Law as Such [La ley como tal].
  - Capítulo 14: Counteracting Influences [Influencias contrapuestas].
  - Capítulo 15: Exposition of the Internal Contradictions of the Law [Exposición de las contradicciones internas de la ley].
  - Karl Marx, *Marx's Economic Manuscript of 1864-1865*, ed. Fred Moseley, Chicago, Haymarket Books, 2017.
  - David Harvey, *Paris, Capital of Modernity*, Nueva York, Routledge, 2006 [ed. cast.: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2018].
1. En gran parte del Norte Global parece que muchas fábricas han desaparecido. ¿Qué las ha sustituido?
  2. ¿En qué sentido la ley de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia es una ley de doble filo?
  3. ¿Cómo es posible que centrarse solo en la *tasa* de crecimiento e ignorar la *masa* de crecimiento sea engañoso?

## **X. La erosión de las opciones de los consumidores**

- Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume I*, Londres y Nueva York, Penguin Classics, 1990 [1867].
  - Capítulo 15: Machinery and Modern Industry [Maquinaria e industria moderna].
  - David Harvey, *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*, Londres, Verso, 2013.
  - André Gorz, *Critique of Economic Reason*, Londres, Verso, 1989 [ed. cast.: *La metamorfosis del trabajo: crítica de la razón económica*, Madrid, Sistema, 1994].
1. ¿Hasta qué punto somos autónomos en nuestras elecciones de consumo?
  2. ¿Qué impulsa el desarrollo urbano hoy en día?
  3. ¿Hasta qué punto es necesario el extractivismo para la reproducción de los modos de vida contemporáneos?

## **XI. Acumulación primitiva u original**

- Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital*, Mansfield Centre, CT, Martino Publishing, 2015 [1913].

- Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume I*, Nueva York, Penguin Books, 1990.
  - Capítulo 26: The Secret of Primitive Accumulation [El secreto de la acumulación primitiva].
  - Capítulo 27: The Expropriation of the Agricultural Population from the Land [La expropiación de la tierra de la población agrícola].
  - Capítulo 28: Bloody Legislation Against the Expropriated since the End of the Fifteenth Century. The Forcing Down of Wages by Act of Parliament [Legislación sangrienta contra los expropiados a partir de finales del siglo XV. La reducción de los salarios por Ley del Parlamento].
  - Capítulo 29: The Genesis of the Capitalist Farmer [La génesis del arrendatario].
  - Capítulo 30: Impact of the Agricultural Revolution on Industry. The Creation of a Home Market for Industrial Capital [Efectos de la revolución agrícola en la industria. Formación de un mercado interior para el capital industrial].
  - Capítulo 31: The Genesis of the Industrial Capitalist [La génesis del capitalista industrial].
  - Capítulo 32: The Historical Tendency of Capitalist Accumulation [La tendencia histórica de la acumulación capitalista].
  - Capítulo 33: The Modern Theory of Colonization [La teoría moderna de la colonización].
  - Michael Perelman, *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation*, Durham, NC, Duke University Press, 2000.
  - Hannah Arendt, *Imperialism*, Nueva York, Harcourt Brace, 1968 [ed. cast.: *Los orígenes del totalitarismo II: Imperialismo*, Madrid, Alianza, 2002].
1. ¿Cuáles eran los principales objetivos de la llamada «acumulación primitiva»?
  2. ¿Hasta qué punto los procesos de acumulación primitiva que describió Marx existen en el presente?

## **XII. Acumulación por desposesión**

- David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
  - Capítulo 4: Accumulation by Dispossession [Acumulación por desposesión].
1. ¿Cuál es la diferencia entre la «acumulación primitiva» y la «acumulación por desposesión»?
  2. ¿Cuáles son los ejemplos de luchas contra la acumulación por desposesión?

## **XIII. Producción y realización**

- Karl Marx, *The Marx-Engels Reader*, ed. Robert C. Tucker, Nueva York, W.W. Norton, 21978.
- «The Coming Upheaval», pp. 218-219, el pasaje conclusivo de Karl Marx, *The Poverty of Philosophy*, 1847 [ed. cast.: *Miseria de la filosofía*, Barcelona, Folio, 2003].
- Karl Marx, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Nueva York, Penguin Books, 1993 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1976].
- Silvia Federici, *Caliban and the Witch: Women, the Body, and Primitive Accumulation*, Nueva York, Autonomedia, 2004 [ed. cast.: *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010].
- «Raise Up for \$15, Fight for \$15», [<https://fightfor15.org/raiseup/>] (consultado el 12 de mayo de 2020).

1. ¿Por qué es importante entender la diferencia entre la «clase-en-sí» y la «clase-para-sí», como Marx las llamaba?
2. ¿Produce valor el transporte?
3. ¿Qué le dicen las consecuencias de los cierres por causa del coronavi- rus sobre la constitución de la clase trabajadora actual donde usted vive?

## **XIV. Emisiones de dióxido de carbono y cambio climático**

- David Harvey, *Justice, Nature, and the Geography of Difference*, Cambridge, MA, Blackwell, 1996 [ed. cast.: *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018].

1. ¿De dónde procede el aumento de la masa de dióxido de carbono en la atmósfera?
2. ¿Qué pueden hacer los activistas para sacar el dióxido de carbono de la atmósfera y devolverlo al subsuelo?

## **XV. Tasa frente a masa de la plusvalía**

- Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume I*, Nueva York, Penguin Books, 1990.
  - Capítulo 1: The Commodity [La mercancía].
  - Capítulo 10: The Working-Day [La jornada laboral].
  - Capítulo 11: The Rate and Mass of Surplus-Value [La tasa y la masa de plusvalía].
- Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume III*, Nueva York, Penguin Books, 1991.
  - Parte III: The Law of the Tendency to Fall in the Rate of Profit [La ley de la tendencia a la caída de la tasa de beneficio].
  - Capítulo 13: The Law Itself [La ley misma].
  - Capítulo 14: Counteracting Influences [Influencias contrapuestas].
  - Capítulo 15: Development of the Law's Internal Contradictions [Desarrollo de las contradicciones internas de la ley].
- Paul Sweezy y Paul A. Baran, *Monopoly Capital: An Essay on the American Economic and Social Order*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [ed. cast.: *El capitalismo monopolista*, Barcelona, Anagrama, 1969].
- Michael Roberts Blog, [<https://thenextrecession.wordpress.com>] (consultado el 12 de mayo de 2020).

1. ¿Están más preocupados los capitalistas por la masa de plusvalía que obtienen o por la tasa a la que la consiguen?
2. ¿Cuál es el argumento de Marx sobre la igualación de la tasa de ganancia?
3. ¿Cómo nos ayuda el argumento de Marx a entender el periodo de globalización desde la década de 1980?

## **XVI. Alienación**

- Karl Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, Moscú, Progress Publishers, 1959 [ed. cast.: *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Barcelona, Grijalbo, 1975].
- Karl Marx, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Nueva York, Penguin Books, 1993.
- Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume I*, Nueva York, Penguin Books, 1990.
  - Capítulo 10: The Working-Day [La jornada laboral].
- Émile Zola, *Au Bonheur des Dames (The Ladies' Delight)*, Nueva York, Penguin Books, 2001 [ed. cast.: *El paraíso de las damas*, Madrid, Alba, 2013].

1. ¿Cómo definió Marx el concepto de alienación?

2. ¿Cómo puede la teoría de la alienación de Marx ayudarnos a entender las condiciones actuales del trabajo?

## **XVII. Alienación en el trabajo: la política del cierre de una planta**

- Paul Sweezy y Paul A. Baran, *Monopoly Capital: An Essay on the American Economic and Social Order*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966.
- LaToya Ruby Frazier: *The Last Cruze*, (consultado el 12 de mayo de 2020).

1. ¿Qué nos enseña el ensayo fotográfico de LaToya Ruby Frazier sobre las repercusiones del cierre de la planta de General Motors en los trabajadores, las familias y los niños?
2. ¿Por qué las empresas automovilísticas de Detroit son un buen ejemplo de cómo funcionaba el capitalismo monopolista?
3. ¿Cómo ha cambiado la globalización la forma en que el capital ve el trabajo?

## **XVIII. La política anticapitalista en la época del covid-19**

- Karl Marx, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Nueva York, Penguin Books, 1993.

1. ¿Cómo podría el modelo económico neoliberal dominante, con su legitimidad en declive y su delicada salud, absorber los inevitables efectos de una pandemia y sobrevivir a ellos?
2. ¿Cómo debemos evaluar el cómodo mito de que las enfermedades infecciosas no reconocen la clase social u otras barreras y límites sociales?

## **XIX. La respuesta colectiva a un problema colectivo**

- Karl Marx, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Nueva York, Penguin Books, 1993, pp. 650-710.
- Karl Marx y V. I. Lenin, *Civil War in France: The Paris Commune*, Nueva York, International Publishers, 1988.

1. ¿Cómo afecta la movilización de la ciencia y la tecnología como formas de conocimiento al modo en que el trabajo se incorpora a los procesos de producción dentro del capitalismo?
2. ¿Cuál es el argumento de Marx sobre la emancipación del yo respecto del trabajo?
3. ¿De qué manera pueden los activistas ver la crisis actual como una oportunidad para imaginar una sociedad socialista alternativa?